



DIMITTER

WILLIAM PETER

BLATTY

Lectulandia

Albania, 1973: Paul Dimiter, un eficaz agente de la CIA apodado «el agente del infierno» es enviado con una misteriosa misión a este país comunista, ateo y fieramente antirreligioso. Sin embargo es detenido por casualidad antes de conseguir darle cumplimiento y torturado por los servicios de seguridad al mando del responsable y escrupuloso coronel Agim Jeton Vlora. Para conmoción de sus captores, logra escapar.

Jerusalén, 1974: en el Santo Sepulcro es hallado el cadáver de quien parece ser el agente Paul Dimiter. Qué hacía en Israel, cuál era la misión que le trajo a Tierra Santa, quién lo mató y por qué razón son los interrogantes a los que el sargento mayor Peter Meral intentará responder. Y la respuesta será, sencillamente, sorprendente...

Lectulandia

William Peter Blatty

Dimiter

ePub r1.0
lenny 14.12.2017

Título original: *Dimiter*
William Peter Blatty, 2010
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de Pete

PRIMERA PARTE

ALBANIA

1973

Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente lo rodeó un resplandor de luz del cielo [...] donde estuvo tres días sin ver...

Hechos 9, 3-9

A ciento cincuenta millones de kilómetros del sol, en una húmeda habitación de cemento sin ventanas de un laberinto de habitaciones, celdas y pasillos jamás visitados por la gracia ni la esperanza, sentado a una estrecha mesa de madera, se hallaba el interrogador, con la mente en blanco, como la libreta que tenía ante sí. El prisionero irradiaba misterio. No había pronunciado ni una palabra en siete días de tortura. Callado, maniatado y con la cabeza gacha, seguía de pie en medio de la habitación, atrapado en la cegadora luz del foco, sin el menor resquicio para el alivio.

—¿Quién eres?

La voz del interrogador sonaba a paja. Formuladas todas las preguntas sin haber obtenido respuesta alguna, el interrogatorio se redujo a una sola, como si el nombre del prisionero pudiera encerrar su ser.

—¿Quién eres?

Exhausto, el interrogador aguardó mientras miraba de soslayo las líneas de la libreta, corridas por el sudor. En el silencio del cuarto oía su propia respiración y los esporádicos golpes secos que daba con la punta del bolígrafo en la mesa barnizada de roble oscuro. Se le movieron mínima y brevemente las orejas en dirección a un sonido amortiguado que llegaba a través de las paredes: unos pasos pesados llevando un cuerpo a rastras. No sabía si era real o imaginario. Allí gritaba hasta el polvo del aire. Otro sonido raro se entremetió. ¿Qué era? El interrogador dejó el bolígrafo en la mesa y miró con angustia al prisionero, tan silencioso e inmóvil y, sin embargo, tan vivo que parecía una perturbación incrustada en el transcurso del tiempo. Sangraba mansamente, gota a gota, por las puntas de los dedos, desde la cutícula de las uñas, que le habían arrancado, hasta el jaspeado suelo de piedra.

El interrogador, incómodo, cambió de postura.

Bajó la mirada al mudo bolígrafo.

—¿Quién eres?

El silencio le hizo contener el aliento.

El interrogador introdujo el pulgar por debajo de las gafas y las descolocó un poco al frotarse la comisura de un ojo lloroso. Se las quitó con cuidado y, con un pañuelo blanco de algodón, deshilachado y descolorido, que olía ligeramente a naftalina, limpió los dos lentes redondos montados en oro. Cuando hubo terminado se las volvió a poner —tenía las manos del color del pergamino— y, con un gesto de asentimiento, impartió una orden a un torturador fornido.

—Adelante —dijo en voz baja.

El torturador se situó bajo la luz, dio una palmadita al prisionero en la mejilla y sin mediar palabra le soltó un golpe seco y contundente en la ingle con una porra de goma. El prisionero lo absorbió y cayó de rodillas sin un gemido. Con la punta de los dedos, el interrogador se tocó una cicatriz que, como una mueca hostil, le partía por la mitad los pálidos y finos labios, y, a la altura del cuello del parduzco mono verde oliva sin galones, un extraño nudo caliente le apretó la garganta. Por incomprensible que pareciera, el prisionero lo intimidaba: emanaba el brillo de una luz terrible que

ardía en su interior, como las estrellas densas y misteriosas que no dejan ver su color desde lejos.

Habían dado con él por casualidad. El domingo 25 de septiembre, cerca de la norteña aldea montañesa de Spaç, un destacamento de policías, perros amaestrados y gente armada había llevado a cabo una batida en busca de un sospechoso de intento de asesinato. Mehmet Shehu, jefe de Seguridad Nacional, se encontraba en la ciudad en ronda de inspección y, al salir de la jefatura de policía, a la sazón situada en una antigua cárcel de piedra caliza parda, en el barrio de Shkodër llamado Rusi i Madh, unos francotiradores anónimos dispararon contra él. Atraparon a un hombre, un campesino de Domëni, quien, tras ser torturado, reveló el nombre de otro vecino de su pueblo, un comerciante de ropa llamado Qazim Beg, a quien se dio por huido en dirección a Yugoslavia. Varios grupos de búsqueda se apresuraron a cubrir las rutas de salida más lógicas: hacia el oeste, el revuelto río Bunë, y hacia el norte, el llamado Puerto del Pastor, que discurría en espiral por las crestas que rodean las altiplanicies Dukagjini. A pesar del hinchado caudal que, por efecto de lluvias inesperadas, traía el Bunë, pudieron cruzar las turbulentas aguas por el vado más estrecho, de unos doscientos metros; sin embargo, el mayor contingente de la partida de búsqueda (cincuenta y ocho voluntarios armados y tres perros) se dirigió al puerto, paso que sólo algunos albaneses conocían y que se encontraba cerca del pueblo del sospechoso. La subida era desalentadora, vueltas y revueltas entre piedra caliza, marga y pizarra, que quitaban la respiración y trepaban a desoladas alturas glaciales. Era «el macizo de los Condenados». Sin embargo, no hallaron nada en el puerto e iniciaron el descenso, que habría transcurrido sin incidentes, salvo por un capricho del destino que posteriormente se consideraría el primer contacto con el prisionero. Tras oír unos crujidos en un bosque, soltaron en esa dirección a uno de los perros, un mastín feroz, enorme y musculoso, que luego fue hallado muerto en el suelo a la luz otoñal del bosque, entre hojas doradas y anaranjadas, como si, ajeno a cualquier anhelo, se hubiera quedado dormido. Tenía roto el pescuezo. Al verlo, el jefe de la partida, un herrero joven llamado Rako Bey, se sobrecogió, pues no alcanzaba a imaginarse fuerza humana capaz de acabar con el perro de esa forma. Echando ardientes nubes blancas por la boca al aire crepuscular y aguzando la vista, inspeccionó el bosque y removió espinos y avellanos en busca de su sino, sin ver nada más que el velo que cubre los ojos de los hombres. El sol se ponía. El bosque amedrentaba. Las ramas desnudas eran amenazas de hielo, malos pensamientos. Bey se acordó de su madre. Se colgó el rifle al hombro e instó a la partida a alejarse de allí en dirección a Qelëz, donde debían cumplir un objetivo secundario: capturar a un asesino, un panadero del pueblo, y, aunque tampoco lo lograrían, una senda retorcida los llevaría finalmente a cumplir otro, porque el rastreo les pondría en las manos al prisionero, que era un libro escrito amorosamente por el destino para el interrogador.

La búsqueda del panadero prometía ser peligrosa. Pertenecía a un clan montañés que probablemente opusiera resistencia a la detención, puesto que, al fin y a la postre,

el asesinato había sido en desagravio de una deuda de sangre tan enmarañada que paralizaba la mente. Por no faltar a la *besa*, la ley no escrita que prohibía actos de venganza en el hogar, un marido, hombre reservado de Micoj, había sacado de casa a rastras a su infiel esposa y, a plena luz del día, la había matado de un tiro en la cabeza. Después, en señal de aquiescencia, el hermano de la víctima había sacado la bala de plata del cerebro inerte de la mujer y se la había entregado al marido. Ahí podría haber terminado todo, pero el amante de la mujer, desquiciado, cometió un crimen pasional: fue a la casa a buscar al marido y lo mató. Puesto que el amante pertenecía a un clan rival, el hermano del marido, el granjero, se vengó. Este, a su vez, se vio acosado por el padre del amante muerto, pero, confiado en la protección que otorgaba la *besa*, se zafó de él encerrándose en la casa en la que vivía con su mujer y su hijo, un niño de dos años, de mejillas sonrosadas y ojos moteados. De ese modo, no sucedió nada durante las semanas que el granjero y su miedo creciente pasaron vagando por la casa como fantasmas inquietos, replicando el uno los pasos del otro. En aquellas noches crispadas sonaron repiqueteos extraños y, de vez en cuando, hechos ya el uno al otro tras el largo encierro en común, se los oía charlar en voz baja e incluso, en una ocasión, estallaron ambos en sonoras carcajadas. Tiempo después, una noche sin estrellas, un sobresalto arrancó al granjero de su inquieto sueño: los balidos de las cabras de su rebaño. Balaban con insistencia, como si estuvieran heridas. Aguzó el oído, oyó resonar por toda la casa los secos ronquidos sibilantes de su miedo y así supo que este dormía profundamente; entonces, de mal humor, se levantó de la ruidosa cama, se puso a tuestas la chaqueta de lana de cordero y los pantalones y, adormilado, salió a ver el rebaño en plena noche. Pero las buenas obras no siempre reciben recompensa. Ajeno a la trampa que arteramente le había preparado el padre del amante, subió el primer terraplén de una empinada cuesta con dos tramos, la que mediaba entre la casa y los apremiantes balidos. El vengador, un panadero de mirada afable llamado Grodd, aguardaba oculto en el segundo terraplén, con una cabra firmemente agarrada por una pata, a la que pellizcaba la oreja una y otra vez. Y se presentó la desgracia y todo se vino abajo, porque, tal vez por somnolencia o distracción, tal vez por una raíz o una piedra inoportuna, cuando el granjero, de camino al aprisco, llegó a la cima del primer terraplén, resbaló y se precipitó de súbito en el vacío, hasta el fondo del profundo barranco. «Estoy cayendo —pensó sombríamente y, a continuación, murmuró—: No me lo merezco», porque siempre había sido hombre de conducta ejemplar, aunque, en esos momentos, su expediente corría cierto peligro, pues no dejó de murmurar tópicos sobre los caprichos de la vida, aunque esa mácula que se cernía sobre su reputación se evitó a tiempo, cuando la caída remató con énfasis definitivo estampando la cabeza contra un saliente afilado. Grodd oyó el espeluznante chasquido de huesos y, poco después, conmocionado, comprendió que su presa podía morir, mas no por su mano. Cuando hubo asimilado en su totalidad el horror de la situación y llegó al lado del granjero y tocó los efusivos borbotones de sangre, gimió y maldijo lo injusto del suceso. ¿Acaso

no llevaba un amuleto que lo libraba del mal de ojo? ¿Acaso no había hecho la señal de la cruz en todas y cada una de las hogazas de pan que había amasado? ¿Por qué se habían adueñado los demonios de esa noche?

Se llevó al granjero a casa e hizo levantarse a su mujer; luego fue corriendo a la cercana aldea a despertar al médico y se lo llevó a toda prisa, pero en vano, según le dijo el viejo médico después de diagnosticar la gravedad de la herida, pues hacía falta una intervención complicada e inmediata, o de lo contrario el granjero moriría en cuestión de horas.

—Hematoma subdural —explicó el médico.

—¡Son los demonios! —gritó el panadero fuera de sí.

La mujer se santiguó sin perder un segundo.

El viejo médico se encogió de hombros y se marchó.

Con el angustiado Grodd maldiciendo por lo bajo junto a su cama, el granjero accidentado, inconsciente todavía, contrajo unas fiebres que derivaron en neumonía y, al cabo de tres días, expiró sin remedio.

Grodd, inconsolable, rompió a llorar.

—¡Lo han matado los demonios! —gritó en determinado momento.

—Sí, la neumonía era sólo aparente —añadió la mujer.

A partir de entonces, nadie se molestó en decir nada más.

Según el código de la *besa*, sólo la muerte de un varón podía satisfacer la deuda. Y, así, un año después de la muerte del granjero, relajadas la cautela y la alarma, Grodd, el panadero, volvió a casa del granjero y se encontró por casualidad al niño de dos años que jugaba solo en un campo de ensueño, y allí, rodeado de amapolas de un azul más vivo que las luces de Bengala, bañadas por el sol y mecidas por la brisa, entre avellanos, cerezos y cornejos, mostaza, perejil, trisar de alondras y estrelladas corolas de áster, tan blancas como el zorro nival, lo vio correr tras una mariposa de alas negras mientras, a lo lejos, tintineaba una esquila; se acordó de su juventud, oyó la risa del pequeño, respiró hondo y le descerrajó un tiro entre los ojos moteados. Era a Grodd a quien buscaba la partida de caza, cuando fue a dar con el prisionero.

Hubo quien pensó que no había sido casualidad.

EXTRACTO DEL INFORME DE RAKO BEY, JEFE DEL EJÉRCITO DE VOLUNTARIOS DE QELËZ, A 10 DE OCTUBRE

P.: ¿Qué fue lo que los llevó hasta la casa?

R.: Nada, señor. Grodd es pariente del ciego que vive en ella, aunque, en realidad, es pariente de casi todo el pueblo. No hubo nada que nos llevara allí, coronel. Fue el destino.

P.: Hable con propiedad.

R.: Lo siento, señor.

P.: Cada cual tiene su destino en sus manos.

R.: Sí, exactamente.

P.: Hábleme de la casa...

R.: ¡Ah! No era más que una de las que hay fuera del pueblo. La rodeamos poco después de ponerse el sol. Hacía frío. Entramos y allí estaba el ciego. Y el otro.

P.: ¿El otro?

R.: Sí. Encontramos al ciego sentado junto al fuego. El otro estaba a la mesa. Había comida puesta, mucha: col, pan, queso, cordero, huevos, cebollas y uvas. Al ver el cordero y los huevos, supe que el otro tenía que ser un invitado, un forastero, conque lo apunté con el arma. Podía ser Grodd, aunque lo dudé.

P.: ¿Por qué?

R.: Porque se suponía que Grodd era delgado y tenía los ojos azules.

P.: No lo entiendo.

R.: Bueno, que no encajaba con la descripción de Grodd.

P.: ¿El prisionero no le pareció delgado y con los ojos azules?

R.: No, desde luego. Tiene los ojos oscuros y es achaparrado, un animal.

¿Por qué me mira así?

P.: No se preocupe. ¿Se resistió el prisionero?

R.: No.

P.: ¿No hizo nada?

R.: No; sólo agachaba la cabeza y no se movía. Se tapaba las piernas con una manta de lana y tenía una mano escondida debajo.

P.: ¿Les dijo algo?

A.: No. El único que habló fue el ciego. Nos preguntó quiénes éramos y qué pasaba. Se lo conté. Les pedí que se identificasen, pero, cuando el viejo se levantó y vi que era ciego, le dije: «No se moleste, abuelo, siéntese» El otro hombre sacó su documentación del bolsillo y nos h pasó. La miré. Decía que se llamaba Selcë Decani que era vendedor de queso feta y que vivía en Teth, pero yo creo que era algo más.

P.: ¿Cómo qué?

R.: No sé, no puedo explicarlo.

P.: Aquí tiene el carné del prisionero. ¿Lo miró usted bien?

R.: Bueno, no. Es decir, estaba claro que no era Grodd, por lo que sólo me fijé en un par de cosas y en la fotografía, y luego se lo devolví.

P.: Haga el favor de mirarlo otra vez.

R.: Aquí parece más delgado. No lo es.

P.: Pero ¿es él?

R.: Sí, es él.

P.: ¿Y el color de los ojos? ¿Qué me dice del color de los ojos?

R.: ¡Qué raro!

P.: ¿Qué dice?

R.: Dice que es azul.

P.: ¿Y ahora? ¿Recuerda si tenía los ojos azules?

R.: Los tenía negros como aceitunas en salmuera. No me separé de él en todo el camino hasta la cárcel de Shkodër. Los tiene negros.

P.: Muy bien.

R.: ¿Me está poniendo a prueba?

P.: Siga informando.

R.: El carné está mal.

P.: He dicho que siga.

R.: Pues, ya nos íbamos, estábamos prácticamente fuera, cuando, de pronto, el viejo dijo una cosa muy rara.

P.: ¿Qué tenía de raro?

R.: El tono de voz, nada más. No sé cómo decirlo.

P.: ¿Y qué dijo?

R.: Pues dijo: «No es de los nuestros. Es de fuera».

P.: ¿Qué quiso decir?

R.: No estoy seguro. Volvimos a entrar, apuntamos al tipo y dijimos al viejo que se explicase. No contestó y le dije: «Abuelo, hable, vamos. Este fin de semana mi hija cumple tres años y prometí que estaría con ella. Vamos, por favor, conteste». Y entonces, el viejo dijo: «¡Prendedlo!». Miré al tipo a los ojos y se me ocurrió darle un culatazo con el rifle.

P.: ¿Por qué?

R.: No lo sé. Fue un detalle, un movimiento en el fondo de sus ojos, como una lucha interior. Me dio la sensación de que, si quería, podría matarnos.

P.: Está usted cansado, me parece.

R.: No he dormido.

P.: Bien, volvamos a lo nuestro. ¿Qué pasó después?

R.: Lo dejé sin sentido, le pusimos cadenas en los pies y nos lo llevamos a la comisaría de Qelëz. Preguntamos a la policía si el hombre había comunicado su llegada al pueblo, como manda la ley.

P.: En efecto.

R.: Dijeron que no. Eso era muy sospechoso. Conté todo lo sucedido al comisario del pueblo y al comandante de policía.

P.: Eso está bien.

R.: Entonces el comandante le hizo algunas preguntas, pero el hombre no contestó, no dijo una palabra, y empezamos a pensar si no sería mudo

o alguna clase de imbécil. Por otra parte, todas las comunicaciones con Teth estaban cortadas, porque había habido una tormenta, y no podíamos comprobar ningún dato suyo. Pero tuvimos un gran golpe de suerte, porque en esos momentos se encontraba en Qelëz un comerciante de Teth, un tipo grandote, calvo y muy hablador. Bueno, el caso es que lo encontraron, lo llevaron a la comisaría y le preguntaron si había visto alguna vez al prisionero. Dijo que sí, que no se acordaba de su nombre, pero que era de Teth sin la menor duda. Entonces el comisario le preguntó si no se llamaría Selcë Decani y el comerciante dijo: «¡Claro que sí! ¡Eso es! ¡Es Selcë! —y añadió—; ¡Cómo se me ha podido olvidar!». Entonces se puso a mirar fijamente al tipo y, con una expresión muy curiosa, nos dijo que no se explicaba cómo había podido ser, pero que se había equivocado, porque acababa de acordarse de que Selcë Decani llevaba muerto unos cuantos años y que nuestro hombre no se parecía en nada a Decani. También nos dijo que lo más asombroso de la equivocación era que había sido bastante amigo de Decani y que su muerte lo había dejado triste y abatido durante muchos meses. Fue todo muy raro.

P.: Por decirlo suavemente. ¿Y después?

R.: Ah, pues, como estaba pendiente la búsqueda del panadero y teníamos prisa, les propuse dejar al tipo en Qelëz, pero el comandante y el comisario enseguida dijeron que no y me aconsejaron que lo llevásemos con nosotros a Shkodër, que fue lo que hicimos al final, y allí se lo entregamos a la policía secreta de ustedes, la Sigurimi. Parecían todos muy nerviosos.

P.: ¿Los de la policía secreta?

R.: No, los de Qelëz. Parecía que tenían muchas ganas de deshacerse del tipo.

P.: ¿No se le pasó por la cabeza que el prisionero pudiera ser precisamente el que intentó asesinar a Mehmet Shehu, la persona a quien les habían mandado buscar?

R.: Bueno, sí, claro, pero nos habían dicho que lo habían atrapado cerca del Bunë.

P.: ¿Quién se lo dijo?

R.: Los de Qelëz.

P.: ¿Habló el prisionero o dio alguna información en el camino de Qelëz a Shkodër?

R.: No. No dijo nada en ningún momento. Ni una palabra.

P.: ¿Observó alguna otra cosa rara en él?

R.: Pues, una cosa, tal vez, sí. Volvimos andando a Shkodër y, a media jornada, nos paramos a comer en Mes, en un patio que está cerca de la

cárcel. Hacía un calor y una humedad extraordinarios para la época, por lo que hicimos un descanso. Uno de mis hombres tocó el laúd y los demás cantamos. Atamos al prisionero por las piernas a un albaricoquero y no dejábamos de mirarlo.

P.: ¿Por qué?

R.: Había nubes de mosquitos que picaban... ¡y mucho, en realidad!

P.: ¿Y eso qué tiene que ver?

R.: Que no se los espantó ni una sola vez.

P.: ¿Tenía las manos sueltas?

R.: Sí, sí.

R.: Muy bien. Antes ha declarado que el prisionero tenía los papeles en regla.

R.: Eso me pareció.

P.: ¿Y de verdad no opuso resistencia en ningún momento?

R.: No, la verdad es que no.

P.: Le pregunto de nuevo, ¿por qué le clavó la culata del rifle? Deme un motivo, aparte de la mirada rara. ¿Le pareció que tenía una pistola o un cuchillo debajo de la manta?

R.: No, no tenía nada.

P.: Entonces, ¿por qué lo agredió?

R.: Me asusté.

P.: ¿Qué lo asustó?

R.: Cuando le quité la manta de un tirón, vi que tenía sangre en la mano. Es decir, en la que no le había visto, porque la tenía tapada con la manta, la derecha. Tenía un tajo como de mordedura de animal.

P.: ¿Y eso lo asustó?

R.: Sí.

P.: ¿Por qué motivo?

R.: Me acordé del perro del pescuezo roto.

EXTRACTO DEL INTERROGATORIO AL CIEGO, LIEGENI SHIRQI, EN QELĒZ, A 12 DE OCTUBRE

P.: ¿No tenía atrancada la puerta?

R.: No. Oí que llamaban y dije en voz alta: «Adelante, sé bienvenido».

P.: ¿No le pareció peligroso?

R.: El peligro es irrelevante. Aquí las cosas son de otra manera. No es como abajo. Aunque hubiese matado a mis hijos, tenía que ofrecerle hospitalidad. Como reza el dicho: «Vivo en esta casa, pero la casa es de mi invitado y de Dios».

P.: Dios no existe.

R.: No, puede que no exista en la ciudad, coronel Vlora, pero ahora mismo estamos en las montañas y aquí tenemos la impresión general de que sí existe.

P.: No pierda la compostura, tío.

R.: ¿Eso sirve de algo?

P.: Lo único que sirve de algo es afrontar la realidad.

R.: Lo haría con gusto, efendi, pero ¿dónde está la realidad? Como bien sabrá, en mi mundo, hay que adaptarse.

P.: Decía usted...

R.: Le dije que pasara y lo oí entrar. Con él se coló una lluvia torrencial, una gran ráfaga, y cayó un relámpago cuya luz noté en la piel. La tormenta se desató de repente, como un dolor inesperado. Me levanté y saludé al desconocido. Le dije: «Que Dios...».

P.: Todo eso sobra. Lo detuvieron por una cosa que dijo usted: «Es de fuera». ¿Qué quiso decir exactamente?

R.: Pues que no era de la montaña, que no era guegue.

P.: ¿Dice que se lo dijo él?

R.: En efecto.

P.: ¿Es que habló?

R.: Es lo normal, en la montaña, efendi.

K.: No sea descarado, anciano. Cuénteme todo lo que le dijo él.

R.: ¿Desde dónde?

R.: Desde el principio.

R.: Bueno, pues, como le he dicho (o lo he intentado), lo saludé, como debe ser. También le pregunté qué tal estaba y me contestó que se alegraba de verme con salud. Son fórmulas de cortesía que respetamos.

P.: Sí, lo sé. ¿Qué pasó después?

R.: Lo invité a sentarse a la mesa, naturalmente, y le ofrecí de comer en abundancia. Vio que era ciego, supongo, porque me dijo que no me tomase muchas molestias por él. Le dije: «Gracias a Dios, tenemos comida para el huésped. Carecer de ella es la mayor vergüenza de todas». Él no respondió y yo seguí poniéndole comida y noto.

P.: ¿Por qué tanta comida?

R.: Por su talla. Era grande. O, mejor dicho, compacto, de constitución muy fuerte.

P.: ¿Cómo lo sabe?

R.: Igual que sé que es usted del norte: por su andar. El hombre se levantó a echar un tronco al fuego. Eso es una grosería, y por eso pensé que podía ser de ciudad.

P.: Continúe.

R.: Pues le pregunté de dónde era y me dijo que de Teth; añadió que era vendedor de queso. Bueno, eso ya lo sabía yo, desde luego, por el aroma.

P.: Cosa que le diría usted de inmediato, claro.

R.: ¿Cómo dice?

P.: Es igual. ¿Qué más pasó?

R.: Bien, después me enteré de que era cristiano y, entonces, retiré el *raki* y se lo cambié por vino.

P.: ¿Cómo se enteró de eso?

R.: Por el solideo. Oí que se lo quitaba y lo dejaba en la mesa. El botón duro que lleva arriba hace un ruidito. Pero no era de Teth ni guegue. Aquí pisamos fuerte, *efendi*, de tanto subir y bajar por las faldas de los montes. Así pisaba él, cuando llegó a la puerta de casa, pero después cambió; pisaba con más suavidad, con más calma. Diría que fue al darse cuenta de mi ceguera.

P.: ¿Quiere decir que bajó la guardia?

R.: Sí, puede que sí.

P.: Entonces, ¿de dónde cree que era? ¿Del sur?

R.: No lo sé.

P.: ¿Extranjero?

R.: ¿A qué se refiere?

P.: ¿Hablaban con acento? ¿Sonaba a extranjero?

R.: No, no tenía ningún acento. Eso era lo raro: hablaba en perfecto norteño, hasta las inflexiones más sutiles que caracterizan el habla de Teth.

P.: ¿Y qué más le contó?

R.: No mucho más, al menos con palabras.

P.: Explíquese, por favor.

R.: Pues le pregunté cómo se llamaba y me lo dijo. Después me...

P.: ¿Recuerda cómo dijo que se llamaba?

R.: Sí, dijo que se llamaba Selcë Decani. Eso también me pareció raro. Bueno, el nombre no, sino mi reacción. Una vez conocí a un hombre que se llamaba igual y, entonces, cuando lo dijo él, pensé: «¡Sí! ¡Sí, claro! ¿Cómo no he reconocido esa voz en el acto?». Y le dije: «Por favor, mi viejo amigo, perdóname. Me he hecho viejo y estoy senil». Entonces, de pronto me acordé.

P.: ¿De que Selcë Decani llevaba muerto unos años?

R.: ¿Cómo lo sabe usted?

P.: No importa.

R.: Sí, murió.

P.: ¿Y, sin embargo, la voz era la misma?

R.: No, en realidad, no. Ni mucho menos. Sólo al principio.

P.: ¿Y después?

R.: Pues le dije que comiese, pero no quiso. Se quedó quieto y callado. Sin embargo, estaba muy alborotado por dentro (se lo noté), como si tuviera un conflicto emocional terrible. Una gran batalla. De todos modos, no tardó en calmarse y enseguida percibí que desprendía otra energía, porque me envolvió una sensación consoladora y cálida, casi amorosa. Al principio no sabía qué era, pero luego me hizo una pregunta muy curiosa. Me preguntó si alguna vez había visto a Dios y, en tal caso, si me había quedado ciego por eso.

P.: ¡Qué rocambolesco!

R.: Pues eso fue lo que me preguntó.

P.: Bien, de acuerdo. ¿Le preguntó qué quería decir con eso?

R.: No, como tampoco le preguntaría a usted cuándo vino de las montañas a la ciudad. Las dos preguntas serían una grosería.

P.: Tiene usted un oído peligroso.

R.: Oigo. He oído su forma de andar.

P.: ¿Qué más le dijo usted?

R.: Al principio, nada. Estaba perplejo. Luego le pregunté si todavía tenía frío.

P.: ¿Y qué respondió?

R.: Nada, pero volví a darme cuenta de la fuerza que desprendía. Entonces, de repente, comprendí lo que era; piedad, una piedad tan densa que se palpaba, que casi era corpórea. Pero no esa piedad que inspira resentimiento, la que aborrecemos, sino la otra, la que consuela y sana. Otra cosa: hubo un momento en que estuve seguro de que lo veía con los ojos. Era joven, con las facciones muy marcadas y una sonrisa de arcángel. ¿Le parece una ilusión? Pues hay cosas que no son ilusorias.

P.: ¡Está usted loco! ¿Ha terminado?

R.: Sí, he terminado. No hay más que contar. A continuación llegaron sus hombres. Le miraron la documentación. Les pareció que todo estaba en regla. Cuando se marchaban, dije una cosa y se detuvieron.

P.: Ha dicho usted que le inspiraba piedad.

R.: Sí.

P.: Entonces, ¿por qué lo traicionó?

R.: Soy fiel al Estado.

P.: Inténtelo otra vez.

R.: No soportaba tenerlo más tiempo a mi lado.

P.: ¿Por qué?

R.: Por algo que percibía en él.

P.: ¿La piedad?

R.: No, otra cosa: una energía brutal, terrorífica. Quemaba.

P.: Eso se lo imaginó usted.

R.: No, era real.

P.: Entonces, ¿qué era?

R.: En aquel momento estaba seguro de que era bondad.

Decani era un muerto que vagaba por los montes buscando instantes de vida en recuerdos falsos. En el fondo, eso es lo que creyeron tanto el comisario como el jefe de policía de Qelëz (y, más tarde, también los agentes de seguridad de Shkodër, aunque nadie se atrevió a dar tan peligrosa opinión en voz alta), y por ese motivo dispusieron del prisionero de manera tan precipitada, porque quién sabía lo que podía suceder a una persona normal si entraba en contacto con el anfitrión de una niebla resucitada. Pero entonces, ¿quién era el prisionero?

Algunos se inquietaron.

En Shkodër dominaba la sensatez, por tanto aplicaron al prisionero métodos científicos, que postulaban que la materia era real y mensurable. La siguiente suposición era mucho menos especulativa, a saber, que el cautivo era un agente enemigo con una misión que cumplir y, por tanto, imposible de averiguar, pues la única amiga de Albania era la extensa China y ¿quién abrigaría esperanzas de poder seguir el hilo de los vaivenes y propósitos de cada una de las demás naciones de la Tierra? Sencillamente, lamentándolo de corazón, no disponían de tanto tiempo; en cambio siguieron avanzando poquito a poco, con apatía, buscando pruebas de que el extranjero hubiera llegado por el aire: se le hicieron minuciosos análisis de cera de los oídos, de una muestra de heces y de porquería de las uñas, por si se hallaban restos de comida o flora no autóctona, y se examinó la ropa a la luz de una lámpara negra, que delataría cualquier señal de limpieza en seco. Sin embargo, toda esa ciencia arcana no arrojó resultado alguno. Después, los únicos datos que se extrajeron de la comprobación de la dentadura del prisionero fueron: «amalgama facial demasiado grande», de plata mal pulida, y «dos coronas troqueladas de aleación de cromo y cobalto» con «reconstrucción excesiva y los bordes mal pulidos en grado sumo, por lo que se clavaban en la encía»: odontología albanesa, sin la menor duda. Y sin embargo, ¿cómo era posible? ¿Cómo era posible todo? Se sabía quién era cada individuo, estaban todos contados, se les hacía un seguimiento; todos los nombres de todos los ciudadanos constaban en listas interminables que se comprobaban a diario en cada lugar por el que pasaban: en el mercado, en el puesto de trabajo y de vuelta a

casa; en las reuniones «culturales» que se celebraban después de cenar y durante la hora anterior de lectura de las noticias, durante la cual los ojos se anesthesiaban y la mente volaba. Allí, nadie iba a ninguna parte. Estaban tomados. ¿Cómo iba a ser el prisionero un ciudadano del país y andar por ahí solo, sin hacer ruido, con los documentos de un fantasma? En un sótano del edificio de seguridad de Shkodër lo desnudaron, lo golpearon y lo interrogaron por tumos unas agentes de seguridad, desde la mañana del viernes, primero de octubre, hasta justo antes del mediodía del día siguiente, momento en que las agresiones mecánicas de las inquisidoras habían hecho aflorar las emociones que normalmente las provocan, inspirándoles, por consiguiente, furia auténtica y maldiciones cruentas manifestadas a voces. Aún se hicieron cosas peores. Pero ni por esas habló el prisionero. Y así, la noche del 2 de octubre, dominados por la furia y la mistificación, los agentes de Shkodër trasladaron al prisionero a Tirana, la capital, al anónimo edificio estatal de seguridad, donde contaban con especialistas, con horrores, con medios.

Se hallaron respuestas a preguntas que nadie había formulado.

—¿Quién eres? —repitió el interrogador con hastío.

De nuevo en pie a base de golpes, con la mirada levemente posada en el suelo de piedra, el prisionero guardó un silencio sobrecogedor. El interrogador observó la delicada trama de sangre seca que le rodeaba la frente como una cinta. Se preguntó a qué le recordaba y, de pronto, se acordó: Cristo en silencio. Un reproducción en miniatura del cuadro simbolista que adornaba una celda del seminario jesuita, situado en las cercanías del centro de la ciudad: lo había visto cuando arrebataron el edificio a los sacerdotes, varias semanas antes de resolverse a matar al director de un tiro y sustituirlo por Samia Sabrilu, la celebérrima muchacha de quince años, elegida por su crueldad, su arrogancia y su astucia, así como por su precocidad sexual y por el odio que profesaba a su padre. Fue prácticamente un año antes de arrojar a todos los sacerdotes a los campos de trabajo o a la tumba y convertir el antiguo seminario en un restaurante especializado en comida nortea. El interrogador frunció los labios pensativamente. No, no era sólo el cuadro. Había algo más. Estaba seguro de haber visto a ese hombre alguna vez, en alguna parte de Tirana, pensó. En un banquete oficial, quizá.

O en sueños.

—¿Quién eres? Si nos lo dices, te dejaremos dormir.

A continuación, abandono y frío aislamiento; después, estruendo metálico, bocinazos como taladros en los oídos e hiriente luz blanca, estranguladora de sueños; luego, oscuridad total y aguas fétidas plagadas de partículas de materia desconocida que rezumaban de las paredes de la celda por mil poros afligidos y oxidados, y la inundaban lenta e incansablemente, hasta llegar a unos centímetros del techo, donde, malolientes e indecisas, se estancaban y, poco a poco, con un suave chapoteo,

descendían. El procedimiento se repitió varias veces. Esa fase duró tres días (contados desde fuera); a continuación llegaron los torturadores, todos con nombres falsos, para protegerse de posibles represalias futuras. Dos eran hombres, a uno lo llamaban Soñador, por su mirada perdida, y al otro, un joven que siempre tenía la sonrisa en la boca y que, en realidad, era hijo del interrogador, lo llamaban Risas; a la tercera, una antigua monja alta y fornida de andar pesado, la llamaban Ángel. Con la piel gris ceniciento, la mirada opaca y un tic enloquecido e irreprimible en un ojo, como si en todo momento lo guiñara pícaramente, y su uniforme de camisa y pantalones azul oscuro, era el fantasma de la implacable cámara. El prisionero reposaba boca arriba en una estrecha mesa de madera teñida de sangre y, cuando lo rodearon los tres, Ángel miró al interrogador; no bien hubo dicho este «¡Empezad!», su ágil porra hendió el aire con un silbido y descendió a velocidad demoledora desde lo alto hasta los riñones del prisionero con unas consecuencias que no agradaron a ninguno de los presentes, pues el destinatario abrió los ojos lentamente, como si se hubiese despertado en una hamaca veraniega. Desazonado, el interrogador retrocedió un paso ante la inminente aparición de lo sobrenatural y, al momento, un nubarrón de puñetazos, porrazos y maldiciones envolvió la mesa como una niebla viva y abrasadora de rabia, exuberancia y odio a sí misma y, en tanto oía los gritos y gruñidos de esfuerzo, las bofetadas y los pueriles insultos obscenos, las acusaciones y las imprecaciones masculladas, sabía que no tardarían en tomar cuerpo y fundirse por último en la encamación de un único frenesí autónomo que les sorbería la razón a todos, y aun así sería irracional y les robaría las almas, pero no tendría una propia, más que la de la fiera del centro del torbellino. «¡Cerdo!» «¡Degenerado!» «¡Escoria asesina!» Volaban los epítetos silbando de justa furia, estremeciéndose y quebrándose en cada voz a cada embate. El interrogador temblaba de agitación y se entregó a la fiera unos momentos, pero, de súbito, se retiró al sorprender fugazmente en los ojos de su hijo Risas un destello enloquecido de placer y una emoción sin nombre que no se hallaba en el aire fresco. «¡Basta! ¡A otra cosa!», ordenó entonces, y Ángel procedió a colocar los dedos del prisionero bajo una puerta que empezó a cerrar con lentitud, sonriendo y canturreando mil insinuaciones singularmente lascivas, al principio, pero enseguida frunció el ceño, cada vez más consternada, pues la expresión del prisionero no cambió. Fue entonces cuando, perplejos, decidieron arrancarle las uñas, no sin antes cubrirle la cabeza con un casco para que oyera, muy amplificadas, sus propios gritos. En vano. El prisionero no gritó. Sin embargo, cuando le hubieron arrancado la última uña, cerró los ojos y, con un sonido de suspiros y huesos mezclados, se dejó caer lentamente al suelo de piedra jaspeada. El interrogador, angustiado de pronto, lanzó una mirada a un viejo marchito de modesto traje marrón que se encontraba fuera del círculo de luz. Su rostro, demacrado y alargado, quedaba en la sombra, pero el hombre sujetaba ante sí por la gastada asa, con ambas manos, un maletín negro de piel, de manera que lanzaba destellos con un anillo que llevaba en el índice al tiempo que frotaba incansablemente con el pulgar la

lisa piedra verde de pasta que lo adornaba. Brillaba como las señales de un barco lejano.

—¡Deprisa! ¡Mire a ver cómo se encuentra!

Fue una orden premiosa, estimulada por un presentimiento alarmante de que el prisionero se deslizase al sombrío mundo de los muertos llevándose el secreto.

—¡Hágalo ahora mismo! ¡Ya! ¡Apúrese!

El anciano médico avanzó trabajosamente, fatigado y encorvado bajo el peso del tedio y de la repetición constante de actos inútiles en un mundo sin objeto. Arrastró tras de sí su espíritu, exánime como un saco de lona vacío.

—¡Que no se le vaya! —gritó el interrogador.

Rápidamente trasladaron la mesa teñida de sangre de las sombras a la luz y, cuando Risas se agachó a levantar al prisionero del suelo, Ángel lo apartó con brusquedad, recogió el cuerpo sin el menor esfuerzo y lo soltó encima de la mesa como un saco de astillas. «No es más que aire», farfulló por lo bajo y, entonces, en un curioso instante de vacilación, miró al prisionero con una insólita expresión de ternura en el rostro: como si la hubiese tomado por sorpresa la inocencia, un recuerdo de la bendita infancia. Retrocedió y se apartó de la luz. Entre tanto, el anciano médico se acercó resollando a la mesa. Con un crujir de dedos flojos y secos, como rellenos de paja, le buscó el pulso, en tanto que con la otra mano levantaba la trabilla del cierre del maletín y lo abría. En medio del silencio, revolvió los objetos del fondo buscando el estetoscopio. Lo encontró y lo sacó. Uno de los tubos restalló contra el maletín como un latigazo mínimo.

—¿Está bien? —inquirió el interrogador, preocupado.

El médico levantó la mirada y sólo vio una torre y la nebulosa de costumbre, condenado como estaba a ver el mundo a través de una película de polvo que le cubría las córneas, una notable afección crónica diagnosticada como «trastorno del espíritu» que había comenzado el día en que dejó de creer en la trascendencia del universo. De repente, todas las cosas de la cámara cobraron vida (había aprendido a «mirar alrededor» del polvo) y vio frente a sí al interrogador con cara de gran preocupación. El médico lo observó clínicamente un momento y, en el duro rostro surcado de cicatrices, vio fatiga e ira, reprimida pero siempre presente; a continuación se enfrascó en la silenciosa tarea que lo aguardaba. «Necesito un fonendo nuevo», musitó mientras se encajaba los tubos en los oídos, conforme a las reglas del concepto artificial al que denominaba tiempo y espacio.

—En este mundo, nada dura eternamente —añadió.

Ese aspecto de las reglas era de agradecer.

—¿Está bien? —lo hostigó Vlora de nuevo.

—¡Guarde silencio!

El doctor, temiendo el puño y el vacío en el estómago, fingió que la tarea lo absorbía y, frunciendo el ceño con gravedad, movió la campana del aparato de un lado a otro, atento el desacostumbrado sonido de un ser vivo. Lo sobresaltó un poco,

como de costumbre.

—Sí, está bien —contestó—. Tiene el corazón muy fuerte. Sólo está durmiendo.

El interrogador parpadeó sin comprender y, de repente, la cólera lo desbordó, se le escapó del cuerpo sacudiéndolo y rasgándolo; sin embargo, el ataque pasó tan súbitamente como había llegado, derrotado por la poderosa sensación de misterio que, cálida y expectante, se cernía sobre la mesa como las tinieblas de la creación, aguardando el soplo vital.

Los pensamientos del interrogador asomaban como serpientes por los caminos. ¿Estaría entrenado el prisionero mediante hipnosis para soportar el dolor? ¿Le habrían bloqueado el «umbral del dolor» de modo que los estímulos dolorosos no se canalizaran hacia el cerebro? Mientras el médico palpaba, apretaba y murmuraba, el interrogador miraba fijamente al prisionero buscando algo que justificase la desconcertante variedad de las descripciones de los numerosos testigos. Y lo que era peor, al ver la fotografía, cuatro aldeanos interrogados por separado habían jurado que habían coincidido con él en una tienda de Teth a una hora en la que, no cabía duda, se encontraba en Shkodër bajo custodia. No hubo manera de que se desdijesen. El prisionero tenía una cara tan sumamente normal, pensó el interrogador, hasta tal punto anodina como una teja de pizarra, que posiblemente la mente proyectase en ella sus propias imágenes internas. Las facciones eran delicadas y refinadas, aunque el jefe de la batida lo había descrito con las palabras «nariz chata», «robusto» y «animal», una percepción que invadía el reino de lo estrambótico. Miró su cuerpo de arriba abajo. Parecía esculpido en el mismo material que los mármoles de Miguel Ángel, duro, perfectamente cincelado y rodeado de una sutil aura luminosa de movimiento inminente que aguarda en silencio la liberación de una plegaria.

—¿Qué es eso?

El médico levantó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es qué?

—Esa cicatriz.

—¿Se refiere a este hundimiento? Diría que es una traqueotomía.

—No, la de la garganta, no. La del brazo.

El interrogador la señaló.

—¡Ah!

La vista del médico se abrió paso entre el polvo hasta una depresión que tenía el prisionero en el brazo izquierdo, en la que la piel, rodeada de vello, se hundía en un círculo pálido del tamaño de un pulgar de carpintero. Esa piel presentaba un relieve verrugoso.

—¿Qué es? —preguntó el interrogador.

—No lo sé.

—¿Una marca de nacimiento?

Las palabras salieron disparadas, como viajeros sin el visado del raciocinio.

—No, no es una marca de nacimiento.

—¿Una herida de bala?

—Tal vez. Podría ser cualquier cosa. No sé.

El interrogador no despegaba la mirada de la cicatriz. Algo le inclinaba a pensar que aquello tenía un sentido. El instinto era inquietante, pero impreciso. Lo desechó.

—Si le parece importante —dijo el médico con resentimiento—, pregunte a los especialistas. Mi cometido es muy sencillo. —Se quitó el estetoscopio de los oídos, lo dobló y lo devolvió al maletín de primeros auxilios—. Por mi parte, he terminado con esto —farfulló. Recogió el maletín y, cabizbajo, se retiró a su puesto; dio media vuelta y, desde la sombra, anunció—: Está en buenas condiciones.

Los torturadores se congregaron de nuevo alrededor de la mesa.

—No —ordenó el interrogador—. A la jaula.

Vio de refilón un destello en los ojos de Ángel y el esbozo de una sonrisa en sus labios. En «la jaula» era imposible estirar las piernas, darse la vuelta y ponerse de pie; sólo se podía estar en cuclillas. Una tortura insoportable incluso para un solo día, y si se alargaba más hacía perder la cordura. ¿Acaso saboreaba Ángel los placeres venideros? Sin embargo, se percibía una discordancia entre la sonrisa y la mirada inanimada de la torturadora. A continuación, echó una ojeada inexpresiva a su hijo, quien sonreía de manera inequívoca. Tenía en los ojos un limpio brillo de expectación satisfactoria y algo inquietantemente parecido a la lujuria. Vlora, asqueado, dio media vuelta y salió de la cámara a paso vivo. Fuera, lo saludaron al punto dos guardias clavando la culata del rifle en el suelo; luego, mientras avanzaba malhumorado por el oscuro pasillo entre inquietantes ecos de crujidos y siseos, sumido en la desazón de sus pensamientos, uno de ellos se llevó la mano a la boca y chistó de manera audible para avisar del paso de una persona autorizada a los guardias apostados más adelante.

En la cámara proseguía el tormento.

La secretaria del interrogador lo oyó acercarse. Lánguida, de ojos oscuros, de treinta y pico años, daba caladas a un cigarrillo turco al tiempo que apagaba una cerilla y la dejaba después en el doblez de un libro para señalar la página antes de cerrarlo.

—Tiene algunas llamadas, coronel Vlora.

Le entregó las notas correspondientes y se quedó admirándolo sin expresión, en tanto que él ojeaba el montoncito rápida y distraídamente. Todavía tenía los ojos febriles y la mujer advirtió un leve temblor en sus manos. Pensó que le habría gustado poseerlo en ese momento. «Nada urgente», murmuró ella en tono cohibido. Dio otra profunda calada al cigarrillo, retuvo el humo y lo fue soltando suavemente por un lado. Vlora le devolvió las notas sin un comentario y vio el montón de colillas acumulado en el cenicero morado de cristal de la mesa de despacho. En un lado, tenía una inscripción estampada en letras agrietadas y desvaídas: RECUERDO DE DOBRACI.

—Ese hábito te va a matar, Leda —le recriminó.

Ella asintió y bajó la mirada.

—Lo sé —dijo, y apagó el cigarrillo.

—Es sólo cuestión de voluntad —insistió él.

Sonó el teléfono. Agradeció que lo cogiese Leda.

—Sección cuarta —dijo sucintamente. Sin dejar de escuchar, miró al interrogador y vio que este hacía gestos negativos con la cabeza. Ella entendió y asintió—. El coronel Vlora no está —informó al interlocutor en un tono un poco molesto y tajante, como si le hubiesen dicho algo impropio. Era su táctica para cortar en seco otras preguntas posibles—. ¿Quiere dejar un recado? —añadió, lacónica.

El interrogador dio media vuelta y se alejó. Ella le miró la espalda morbosamente durante un momento y, a continuación, cogió el paquete de tabaco de la mesa y sacó otro cigarrillo.

Vlora se estremeció al entrar en su despacho, deslumbrado por la inesperada luz del mediodía que se derramaba por las ventanitas cuadradas de la estancia como bendiciones flamígeras de un santo fastidioso. Había estado muchas horas en la oscura cámara de tortura. Se acercó a un antiguo escritorio de madera y se sentó de espalda a la clara e implacable luz, pues era la única forma de proteger su delirio, y así, descansó unos momentos, esperando paz; después, como para darse ánimos, abrió un cajón del escritorio y miró sus galones y condecoraciones: la Estrella Partisana, la Orden de Skanderberg, y la de Héroe Nacional Reconoció su valor con reticencia, cerró el cajón y se miró las manos. Ya no temblaban; al menos, se había tranquilizado. Levantó el auricular del teléfono de la mesa, se conectó a la línea desocupada y marcó.

Reordenó algunos objetos del escritorio con arreglo a un concepto arbitrario del equilibrio que variaba cada día: un platillo de grapas; un ramillete de flores recién cortadas puestas en un vaso con agua hasta la mitad; una bandeja de correo llena de informes sobre el prisionero; una antigua foto enmarcada de una mujer melancólica, su madre, y un niño de cinco años y ojos verdes. A pesar de las capas de color y los poco acertados retoques manuales, tenían una sonrisa soñadora y distante, como un saludo desvaído y borroso del pasado. Un pisapapeles de arcilla, toscamente modelado en forma de corazón, con el nombre de kiri grabado en letras pequeñas en la parte inferior y alegremente pintado de colorines sujetaba los documentos de la bandeja. Las flores y el corazón eran lo único vivo en el despacho, aunque en las flores ya se anunciaba la muerte: siempre pasaba lo mismo en ese edificio, había observado. Había algo en el aire de ese lugar.

Se puso al teléfono su mujer.

—¿Diga?

Mora posó la mirada en las desmayadas flores y, mientras enderezaba una violeta que se ahogaba entre amapolas rojas, absorbió la tristeza que llegaba por la línea telefónica.

—Soy yo —dijo con desaliento.

—Sí.

—¿Qué tal está mi pequeña Kiri?

—Está mejor.

—¿Y la fiebre?

—Bien; no es más que una gripe de cuatro días.

—Dile que su Baba le manda millones de besos.

—De acuerdo.

—Y de abrazos, Moricani.

—Sí, también.

El interrogador clavó la mirada en la pared de enfrente, esperando a que el dolor hablase de nuevo. La voz de su mujer estaba más muerta y abatida cada día. «Tengo que decirle algo agradable —pensó—, pero ¿qué?» Una oscuridad cubrió la pared de repente y en la ventana se oyó un rápido repiqueteo de lluvia. Apretó el interruptor de un flexo metálico pintado de color caqui y, después del clic, un brillante charco de luz bañó el escritorio.

—Así se va a poner muy contenta —dijo la mujer sin entusiasmo.

Las palabras parecían un reproche.

El interrogador torció la cabeza de la lámpara en dirección a las flores del vaso, como un foco.

—Bien —dijo lacónicamente.

Un resentimiento furibundo sustituyó a los remordimientos y lo dejó inerme, perplejo, porque las palabras de ánimo que había elegido habían desaparecido como supervivientes de un naufragio en un bote salvavidas, reducidas a un punto en el confín de un mar helado.

—Tengo que irme —dijo, como perdido. No podía controlarlo.

Se acordó de la furia artificial de los torturadores.

—¡No! ¡Un momento! —replicó ella al instante.

—Sí, ¿qué pasa, Moricani?

Ella le hizo un encargo.

—Elez, el tendero nuevo de la plaza —empezó.

El interrogador fijó la mirada en los papeles de la bandeja. Absorto de nuevo en el prisionero, sólo escuchaba a medias.

—Sé que miente —dijo ella—. Lo sé: cuando miente, le tiembla el hombro izquierdo.

Vlora se esforzó por concentrarse en el torrente de palabras. Algo de una lata de alubias.

—¿Oyes lo que te digo? —preguntó ella.

—Alubias.

—Sí, de las grandes. Dice que no le quedan, pero miente. Tiene latas en la trastienda. Quiere algo a cambio. Si vas tú, te las dará encantado, porque tendrá miedo.

—No, Moricani, no puedo.

—¿No puedes?

—No está bien. No puedo recurrir a mi posición en beneficio personal.

Oyó entonces el silencio y el peso del vacío.

No podía colgar ahora y plantarla así. Tenía que dejarla marchar.

—A Kiri le encantan —dijo ella con tristeza—. Le encantan las alubias grandes, frías, con mucho aceite de oliva, zumo de limón y ajo. Quería dárselas para cenar.

Lo venció.

—No te prometo nada —le advirtió con agotamiento—. Y no pienso decirles quién soy.

—No, por supuesto que no. —Su voz adquirió de pronto un tono cantarín—. Sólo lo decía porque, con un hombre, es diferente. Es a las mujeres a quienes miente siempre. Así son las cosas.

Sabía que a su marido lo reconocía y lo temía todo el mundo; eso lo sabía toda Albania, menos él. Lo consideraba un ingenuo en muchas cosas: encerrado a cal y canto en la torre de sus ardientes ideales, o era un auténtico hombre nuevo o sólo un niño. ¡Hasta quería que todo el mundo recibiese el mismo trato y que tocios fueran felices! Tenía que haberse hecho monje de una orden contemplativa, pensó, y dedicarse a hacer queso mientras se consumía de tristeza.

—Fíjate en el hombro —insistió ella—. Ahí está el secreto.

—Lo tendré en cuenta, Muki.

La había llamado por el diminutivo cariñoso que le gustaba a ella. El tono tierno le había costado un esfuerzo, pero valió la pena: era libre, hasta la siguiente mirada triste, cuando él le preguntase: «¿Qué te pasa?», y ella, bajando la mirada, murmurase con desconsuelo: «Nada, no me pasa nada».

—No vengas tarde —le advirtió alegremente.

—No.

Vlora colgó, aliviado y agradecido, oyó débilmente a Leda al teléfono y, de repente, lo asaltó un vivido recuerdo de un sueño lúcido que había tenido la víspera, una pesadilla crónica de un niño aterrorizado, abandonado en un rincón donde siempre era de noche. Después tuvo una visión nueva y mucho más terrible, de la que sólo recordaba cosas sueltas. Rusos. Ho Chi Minh. Un banquete en Tirana. Un muerto.

¿Qué significaba?

No lo sabía.

Volvió la vista hacia los informes de la bandeja y los cogió. Hicieron un ruido ambiguo, un crujido de los que, a veces, en el silencio del amanecer, nos hace creer que han murmurado nuestro nombre. Los puso con cuidado en la mesa. Tenía la sensación de que la respuesta estaba allí, en esos documentos, aunque había estudiado muchas veces la información que contenían. Sabía que cuando se mira fijamente el rojo de una cosa, se dejaba de ver el verde; debía adoptar el punto de vista adecuado.

Lo primero del montón era un carné de identidad blanco, mugriento y ajado de tanto manosearlo. El emblema del águila y la planta de maíz de la funda estaba tan desgastado que parecía el fantasma exangüe de sí mismo. El interrogador lo cogió con cuidado, lo abrió y repasó las dos columnas de datos: nombre del padre..., nombre de la madre..., domicilio..., profesión..., ojos..., boca..., marcas distintivas. Posó lánguidamente la mirada en la fotografía, pegada al final de la columna izquierda, en la que el prisionero miraba directamente con la confianza de un hombre sencillo.

Ataviado con chaqueta, camisa y corbata, levantaba la cabeza y los hombros forzosamente, la postura de satisfacción y orgullo típica de los campesinos cuando posan para esa foto; la chaqueta, un poco estrecha, abotonada y tirante, parecía de prestado o alquilada para la ocasión. ¿Por qué sonreía? Sí, un poquito, pensó el interrogador. Producía un efecto general de inocencia infantil que le resultaba curiosamente enternecedor. ¿Cómo podía fingirlo el prisionero? Sin darse cuenta, se acordó de *Los hermanos Karamazov*, de las palabras del pequeño Iliusha en su lecho de muerte: «Papá, no llores..., y cuando me muera, coge otro chico bueno, otro... que tú mismo elijas entre todos, que sea bueno, ponle de nombre Iliusha y quiérello lo mismo que a mí». Algunas veces se le caían las lágrimas al leerlo. No sabía por qué le había venido ahora a la cabeza. ¿Con qué lo había asociado? Dejó el carné a un lado y se puso a trabajar en los documentos, en silencio, varias horas; uno a uno, pulió y lustró todos los hechos y enigmas, los puso del revés, les dio la vuelta y, finalmente, volvió a examinarlos a la luz de la razón; pero ni así sacó nada en limpio, no se reveló ningún hecho oculto y la conclusión fue la misma nebulosa burlona del principio.

Y la misma sensación de temor.

Apartó los papeles y prestó atención al tranquilizador tamborileo de la lluvia. Se preguntó si, en realidad, no estaría todo bien, si sus preocupaciones serían imaginarias. El peligro, un sueño. A su espalda restalló débilmente un trueno en las montañas de Selcë Decani y se levantó de súbito un viento brusco que lanzó ráfagas de lluvia contra las ventanas. Unos destellos misteriosos bailotearon en sus gafas, relámpagos lejanos, recuerdos de soles; de repente, el viento se alejó y una vez más el silencio arrojó blandamente la persistente llovizna. Se quedó escuchando unos momentos sin moverse, con la mirada fija en un cajón hondo del escritorio. Lo abrió, sacó de él una caja de zapatos de cartón amarillento y la colocó en la mesa con cuidado, como si contuviera una reliquia inestimable. Unas gruesas cintas de goma montaban guardia alrededor de la caja. Vlora empezó a frotar pensativamente un nudo de una de las gomas, que se había roto y así la habían vuelto a atar. A continuación las retiró, quitó la tapa y miró los objetos guardados en el blanco interior: un lapicero muy corto, un paquete de cerillas, una vieja billetera cuarteada,

marrón, de piel corriente, cincuenta y cinco leks en billetes y monedas, un librito de contabilidad con las ventas de queso anotadas en letra menuda y apretada, una fotografía de una mujer y una carta personal de caracteres majestuosos, aunque parecía escrita con prisa: eran las pertenencias que los captores habían extraído de los bolsillos del prisionero en el pueblo de Qelëz.

Miró la foto de la mujer. Estaba desgastada y descolorida, con los bordes irregulares, como recortada de otra de mayor tamaño. La mujer parecía joven, de unos veintitantos años, aunque la foto no estaba bien enfocada y no se distinguían muy bien las facciones. A través de un velo, en un lugar en el que el aire era lágrimas, brillaban dos grandes ojos castaños rebosantes de furia. Dejó la foto al lado del pisapapeles con forma de corazón; con cautela, volvió a meter la mano en la caja, sujetó la carta por una esquina con el índice y el pulgar y, poco a poco, sin hacer ruido, la sacó como un garfio de máquina tragaperras al entregar el premio. Era una pequeña cuartilla doblada varias veces que habían encontrado entre las páginas del librito de contabilidad. Vlorá apartó la caja con el dorso de la mano y acercó la cabeza del flexo, ajustó la luz, desdobló el papel con sumo cuidado y lo leyó.

¡Universo mío! ¿Quién sabe si esta carta llegará a tus manos? Enver ha fallecido. Que Dios se apiade de él, porque siempre fue bueno conmigo. Pero ahora tienes que venir a buscarme, ¡corazón mío! ¡Ay, Selcë, mi luz de la mañana, mi ángel! ¿Tienes la menor idea de lo mucho que te he echado de menos? ¡Ah, ven a buscarme! ¡Ven enseguida, mi niño queridísimo! ¡Corazón mío, mi juventud, alma mía! Ven enseguida. Soy libre, pero no lo soy.

Morna

En Teth, todos los vecinos contaron lo mismo: que Selcë Decani y Morna Altamori se habían amado contra viento y marea desde los primeros días de su juventud sin que nada —ni amenazas de los padres ni castigos— lograra separar sus risas. Sin embargo, cuando la muchacha cumplió diecisiete años, sus padres la casaron con otro hombre, experto en riego, tranquilo y de mirada imperturbable, que tenía un buen empleo de funcionario. Con el alma desgajada del cuerpo, desgarrado y privado de los días, el joven Selcë Decani se marchó lejos del pueblo, a los humedales del sur, y el tiempo no tardó en olvidar el nombre de los amantes. Sin embargo, después, habló la muerte. Primero murió el marido de Morna, alcanzado por un rayo cuando lo sorprendió una tormenta en el campo. De todas maneras, casi un año antes del accidente, la afligida y ojerosa Morna había empezado a languidecer en brazos de una enfermedad de diagnóstico desconocido que, en silencio y con tesón, iba robándole el aliento. Tras la defunción de su marido mandó a Decani recado de que acudiese a su lado y, cuando este llegó a Teth, la halló muerta; después de un dolor tan inmenso que no cabría en cabeza humana, Decani reanudó la vida en

el pueblo y, poco después, cayó también víctima de una enfermedad que los médicos no supieron nombrar, aunque cualquier habitante de Teth diría sencillamente a quien le preguntase que se le había partido el corazón.

«Soy libre, pero no lo soy.»

Vlora se quedó mirando las palabras. ¿Qué querían decir? No paraba de dar vueltas a la cabeza mientras la lluvia golpeaba las ventanas con vacilación, como el bastón de un ciego. Según los resultados de complicados análisis, la carta había sido doblada y desdoblada muchas veces; innumerables, a decir verdad. ¿Quién la veneraría y la leería con tanta insistencia, si no su destinatario?

El difunto. El fantasma. Selcë Decani.

Vlora, sobresaltado, levantó la vista. Un lóbrego latigazo de viento restalló a su espalda gimiendo con suavidad y golpeando los cristales de las ventanas. Inquieto, con la sensación de que alguien lo miraba, giró en la silla y miró por las ventanas al trepidante norte, donde negros nubarrones procedentes de las montañas iniciaban una rauda carrera hacia la ciudad como la fe colérica de las hordas de fanáticos; de un momento a otro oscurecerían la plaza, los anónimos edificios oficiales de granito, las anchas calles sin alegría que no conducían a ninguna parte y la estatua de Lenin que, lustrosa y resbaladiza de lluvia, dominaba los vacuos escaparates de las tiendas, atestados de fantasmas de mil anhelos, polvo y un tenue recuerdo de esperanza. Dos automóviles deteriorados traqueteaban inútilmente arrastrándose bajo la lluvia entre zumbonas riadas de ciclistas de labios apretados que pedaleaban con desaliento en dirección a sus pesadas obligaciones: seres grises y empapados, guarecidos bajo brillantes impermeables, en tanto los peatones, andrajosamente vestidos, transitaban arrimados a los carteles de las paredes, que imprecaban a «traidores» y «enemigos» en grandes letras mayúsculas que, entre la lluvia y la mala calidad de la tinta, se habían convertido en caprichosos borrones rojos y negros. El interrogador se fijó en una columna de niños que, de dos en dos, con sus batas sin cuello, desfilaban hacia el Palacio de la Cultura o hacia cualquier otro de los monolíticos museos de la plaza. Pasaban en ese momento por delante del hotel Dajti y el interrogador deseó brevemente que fuese junio para poder ir a la terraza del Dajti a tomar una cerveza y el abundante surtido de tentempiés que tan bien combinaba con el tango o *El Danubio azul* de los altavoces exteriores, que vertían su son, ronco y débil, al cansado aire nocturno.

Vlora frunció el ceño. Los niños se habían detenido. ¿Qué era lo que miraban? Algo que quedaba por debajo de su campo de visión. Iban parándose transeúntes a mirar. Inmóviles y en silencio bajo la llovizna, brotaban de los bordillos como ánimas grises. Con un crujido de articulaciones, el interrogador se levantó a mirar las calles de alrededor. Entonces lo vio: en medio de un cruce inundado de agua yacía el cadáver exánime de un jesuita de piel de hojalata, empapado de sangre y lluvia sucia, buscando con inmóviles ojos ciegos la respuesta a una plegaria interrumpida. Durante el confinamiento en un campo de trabajo, había bautizado a un recién nacido; después

de juzgado y declarado culpable del delito, un escuadrón de soldados lo había fusilado por la mañana y después lo habían arrojado a la calle envuelto en sus vestiduras clericales, empaquetado como carne de la carnicería, y allí yacería tres días, para demostrar al pueblo que las balas llegaban adonde no llegaba Dios.

El interrogador captó un movimiento, un revuelo borroso, rápido, ceñido y furtivo, de una mano que hacía la señal de la cruz. Entre el tropel de gente, alguien se había santiguado. La sangre acudió rauda a la cicatriz que le partía los labios y, enfurecido, dio media vuelta y salió disparado del despacho; bajó a las calles, llenas de barro, sin sombrero, sin abrigo y sin más compañero que la cólera y el dolor punzante de la cicatriz; sin embargo, al salir del Edificio de Seguridad, sólo encontró calles vacías y lluvia y, bajo el temerario y prolífico cielo, el cadáver de un hombre que había comprado la muerte al bajo precio de asperjar unas gotas de agua. Dos chinos con uniforme de estilo Mao salieron del hotel Dajti amparándose bajo relucientes paraguas negros, ribeteados de diminutos dragones amarillos. Se acercaron al bordillo y, al principio, se quedaron embobados mirando al muerto, pero después se volvieron y miraron a Vlora, que avanzaba chapoteando con las botas en dirección al cadáver del sacerdote. No había nadie en la calle; salvo la pareja de chinos imperturbables, nada se movía; sin embargo. Vlora sabía que estaban allí. Los mirones. Estaban escondidos. Notaba sus miradas heridas en la espalda como pecados ardientes.

—¿Os parece que este cerdo era un héroe? —gritó a pleno pulmón. Las palabras resonaron, húmedas, en el cemento vacío—. ¿Creéis que os amaba? ¿Acaso no sabéis que sois pobres y vuestros hijos son ignorantes y están enfermos por culpa de sus mentiras? ¿Todavía creéis en el demonio? Bien, ¡pues ahí lo tenéis! ¡Ese es el demonio!

Alzaba los brazos acusadores hacia el cadáver, daba vueltas, señalaba y gritaba: «¡Ese es el demonio!», hasta que, por fin, un agotamiento inmenso le venció las piernas; vaciló y dejó caer los brazos muertos a los lados. Los chinos lo miraban sin curiosidad y sonrieron cuando él los miró. Sin ver nada más que el tamaño de sus dientes, Vlora dio media vuelta lentamente, agachó la cabeza y, empapado hasta los huesos y con la garganta irritada, se limitó a escuchar el suave repiqueteo de desesperación que resonaba en las duras y obstinadas calles deshabitadas.

La mañana del día siguiente, 20 de marzo, Vlora ordenó trasladar al prisionero a una celda estrecha y hacinada y, sin embargo, inconmensurable: un mar lúgubre y oscuro, infestado de gemidos y murmullos incesantes que se imponían misteriosamente al ruido de cuerpos inquietos tumbados en jergones de paja, a los llantos y lamentos por los felices tiempos pasados. En el techo, una bombilla pendía de un cable y bañaba la negrura en un vaho ambarino, en tanto a empujones y arañosos iba entrando comida por unas ranuras: fideos fríos de semilla de amapola y pan mohoso; de vez en cuando,

un grifo contenía la respiración y supuraba agua. Con el prisionero, en la celda se contaban trece hombres y seis mujeres, pero a menudo venían los guardias y se llevaban a alguien a rastras y, así, el 22 de marzo sólo quedaban cinco, entre ellos, el prisionero y un sacerdote tuerto aparentemente chiflado que, por lo visto, se acordó de que era domingo.

—Antes del *big bang* —se puso a predicar en la celda—, todo el universo era un punto de tamaño cero y peso infinito. Entonces, el punto estalló, creó el espacio y, con él, el tiempo y su hermano gemelo, el desorden. Sin embargo, para que el cosmos pudiera ser, la fuerza de esa explosión primordial debía igualarse a la fuerza de gravedad con la misma precisión que una bala disparada a una diana de dos centímetros y medio situada en el extremo opuesto del universo visible, a mil trescientos millones de años luz.

De la oscuridad salió un puño como un rayo y golpeó al sacerdote en el pómulo con un chasquido de cartílago y carne.

—¡Ya te he dicho que quiero dormir! —gruñó una voz masculina, colérica y profunda.

Al sacerdote le horadó los oídos un sonido agudo y crujiente y los golpes secos de las manos del agresor en el suelo, a medida que este se alejaba arrastrándose; era un musulmán fornido e irritable que, nada más llegar a la celda, había anunciado que, a pesar de haber «asesinado a muchos otros», era «completamente inocente» del «ultraje» que lo había llevado a ese lugar detestable: la última y fatídica brutal paliza que había recibido un mecánico de bicicletas de la plaza de Shkodër.

—Después vino la célula viva —se atrevió a proseguir el sacerdote con pertinaz osadía, aunque, por prudencia, bajó la voz—, pero ¿cómo? ¡Ah, sí! Según nos dicen, existía un caldo químico en el cual, gracias a nuestro querido «azar» de siempre, llegó a formarse un virus, después otro, y otro... ¿Es necesario que continúe? De todos modos, no debe importarnos si, como nos enseñan ahora, ese caldo ha existido, ni el que las probabilidades de que aparezca un solo virus de esas características en mil millones de años sean menores que las de que una moneda tirada al aire caiga de cara seis millones de veces seguidas. La respuesta socorrida es que se trata de «un suceso único». Es una grosería insinuar siquiera que, ante semejantes magnitudes, pueda decirse que la distinción entre lo único y lo sobrenatural haya perdido utilidad, ya que no su *insouciant je ne sais quoi*.

En un rincón se oía jadear a una pareja que hacía el amor.

El sacerdote miró hacia allí.

—La fornicación produce el mayor de los placeres —comentó—. ¿Y por qué? Para asegurar la perpetuación de la especie. He ahí su propósito, pero el propósito es propio de ¡la mente! Y de esta manera vemos que...

Esta vez recibió el golpe en un lado de la cabeza. El sacerdote se bamboleó y procuró mantenerse en pie, después cayó y se quedó unos momentos tumbado de espalda, inmóvil, respirando con dificultad y salpicado de sangre.

—He derramado la misa sobre el universo —musitó finalmente, mareado— y en el domingo de hoy... ¿es domingo? No importa. En cualquier caso, no tenemos vino.

De pronto, al notar que se le escapaba la luz de los ojos, levantó en el aire una mano trémula, como si fuera a bendecir a un niño o un granero, y, sangrando por la comisura de la boca, justo antes de perder el conocimiento, murmuró: «Podéis ir en paz. La misa ha terminado».

Unos minutos después —u horas, tal vez, o días, ¿quién sabe?, puesto que los brazos del dolor aplastan el tiempo a su antojo— el silencio despertó al sacerdote con un sobresalto. Se sentó y miró en derredor.

—Conque los otros chiflados se han marchado, ¿eh? —exhaló en la penumbra—. Se los habrán llevado a un manicomio, sin duda. Era una broma. Sin duda, están todos muertos. —Miró hacia el prisionero, que estaba sentado en el suelo cerca de él, con la cabeza agachada, las rodillas dobladas hacia arriba, los brazos reposando sobre ellas y las manos sueltas, colgadas como elegantes espátulas. Todavía no había dicho una palabra—. Oiga, usted, hola —dijo el sacerdote—. ¿Cómo se llama? ¿Qué crimen ha cometido? ¿Qué delito innombrable? Es decir, además de volverse loco, lo que sin duda es un delito, sobre todo si se debe a recuerdos del Edén. Dígame, ¿qué ha hecho usted?

El prisionero no respondió. No hizo movimiento alguno.

El sacerdote lo evaluó con desánimo.

—Le ruego que no me haga el menor caso —dijo secamente—. Al fin y al cabo, no soy más que un clérigo viejo y reaccionario, adjunto del Vaticano, su perro fiel y enemigo del pueblo en todas partes. Por favor, no se moleste en escuchar ninguna de mis palabras. —Esperó contestación y desvió la mirada—. Es por los niños pequeños —murmuró críticamente—. Lo siento. No soy Stephen Kurti. Cuando los soldados fueron a su iglesia de Drin a destruirla, él luchó contra ellos con las manos y los puños. Lo mandaron a la cárcel y, luego, a un campo de trabajo, donde bautizó a un niño a escondidas. Por eso lo fusiló un pelotón. ¿Acaso algún santo temió más a Dios que a estos villanos? —Hundió la cabeza hasta el pecho—. No, no soy Kurti —prosiguió en voz baja—. Mi cuerpo es la casa del dolor, vivo atormentado, estoy irremediablemente loco, soy un río de sufrimiento y, sin embargo, el deseo de vivir no se extingue. Vivo por los fideos fríos y babosos que nos dan.

El sacerdote levantó la cabeza bruscamente y miró la puerta al oír en el pasillo unas aplastantes pisadas férreas que se acercaban implacablemente a la celda con intenciones nefastas. Sin embargo, pasaron de largo y su eco fue perdiéndose hasta morir. El sacerdote volvió a agachar la cabeza.

—El padre Lazar Shantoja, el famoso hombre de letras, también lo fue —recordó con aflicción—. Lo soltaron después de muchos años de trabajos forzados. ¿Sabe lo que hizo su madre, cuando vio a su único hijo, su niño amado, la primera vez que llegó a su puerta, después de todos esos años de separación inquebrantable? —Se volvió de nuevo a mirar al prisionero—. Se puso a bailar. Sí, no podía ni hablar y se

puso a bailar; lo hizo desconsoladamente, sin parar. Unos meses después, volvieron a detenerlo. Le cortaron las manos, le partieron los huesos de los antebrazos y de las piernas y sólo entonces dejaron que su madre lo viera. Shantoja entró en la sala en la que ella lo esperaba de la única forma que podía: apoyándose en los codos y en las rodillas; entonces, ella pidió a gritos a los carceleros que lo matasen. Y le hicieron caso. Vi cómo lo arrastraban por los pies escaleras abajo, un piso tras otro; cuando llegaron al segundo, tenía el cráneo abierto. Se dieron cuenta de que yo lo había visto todo y me pusieron en aislamiento un mes. Me soltaron pronto para que jugase un partido de balonvolea.

Levantó la cabeza y echó un vistazo alrededor.

—¡Ah! Podría decirse que fui valiente una vez. Cuando me prendieron, empezaron a interrogarme: que si no era cierto que era espía del Vaticano, que si estaba dispuesto a abjurar y a prometer lealtad a la nueva Albania, el primer estado ateo del mundo. Dije que no y, entonces, me torturaron con los electrodos. Se me llenó el cráneo de rayos blancoazulados; creía que me reventaba la tapa de los sesos. Gritaba, se me cerraban los clientes de golpe y me mordía la lengua. Luego, noté un líquido caliente que me caía por la cara. Pensé que sería agua, para que la corriente eléctrica se expandiera, pero oí reírse a los hombres, abrí y los ojos y vi que uno estaba orinándose en la cara. Poco después, un día, enloquecido de sed, me ardía la cabeza y la hundí de pronto en la taza sucia y maloliente de un retrete; tenía la lengua cuarteada de sequedad y lamí aquello como un perro rabioso; de nada sirvieron los gritos, las amenazas, las patadas y los culatazos en la cabeza y la espalda; no, no había poder ni ruego angelical que pudiera impedirme seguir lamiendo y sorbiendo frenéticamente, hasta que, entre muchos hombres fuertes, me arrancaron de allí. Creo que fue entonces cuando empezó el asco que me inspira mi propia humanidad. No pudieron conmigo hasta entonces. Antes, incluso había venido un día un guardia a traerme noticias de mi anciana madre; había enfermado de gravedad y se la había llevado una ambulancia, pero, como ya era tarde y estaba a punto de anochecer, el conductor y su jovencísimo ayudante pensaron que se perderían la cena y que no merecía la pena, y entonces se les ocurrió pararse por el camino y arrojar a mi madre montaña abajo. Por cierto, el ayudante del conductor era el hijo de Vlora. Sí, el torturador. Ese mismo. El guardia me dijo que lo sentía y, a modo de consuelo, me dio un albaricoque. Un albaricoque para sustituir a mi madre.

»Sin embargo, aquella noche, mientras me lamentaba solo en mi fría celda y, ante el sufrimiento de los inocentes me asaltó de pronto la duda sobre la existencia de Dios, oí Su voz. Sí, sí, Su voz. ¡La oí de verdad! “James, ¿acaso te he pedido yo que resuelvas la cuestión del Mal? —me dijo en tono burlón—. ¡Eso me corresponde a mí! Lo que te pido a ti es que seas tan buen sacerdote como seas capaz”. Parecía muy enfadado, como el Dios de Job, y tal vez se diera cuenta de que estaba mirando con disimulo a todas partes, por si había micrófonos y altavoces escondidos. Luego me dijo: “Confía en mí, déjame a mí las reflexiones y la teología”. Bien, era Dios quien

lo decía, desde luego no me cupo la menor duda, y, por lo visto, todavía le pesaba la soledad de los tiempos del desierto, cuando se aparecía en forma de nube o, por la noche, en forma de ígnea columna, guiando la huida. Yo tenía algunas advertencias que hacerle, pero guardé un silencio prudente, pues no deseaba que se desencadenase un estallido arrasador cerca de mí mientras Él ponía los cimientos del mundo. ¡Hablando de tormentos! Pero todo acabó bien. Bueno, confieso que me puse nervioso cuando me dijo que confiase en él, pero, en general, Sus palabras me hicieron un efecto maravilloso y, a partir de ese momento, decidí convertirme en un gran sacerdote y prodigar consuelo y amor entre mis compañeros de prisión y animarlos y darles cuanto pudiera. “Entraré en el altar de Dios —cantaba mi corazón—, del Dios de mi alegría y de mi gozo.” Y entonces vi la orina caliente que me caía por la cara. Creo que a raíz de ese episodio comprendí por fin que, por más que Dios exista, sencillamente es imposible que me ame.

»Bueno, después de aquello seguí oficiando misa en el campo de Mali; teníamos que trabajar en los humedales, un ejército interminable de hombres harapientos, hundidos en las ciénagas hasta el pecho. Incluso confesé unas cuantas veces en semejantes circunstancias. ¿Se imagina la escasez de pecados que habría en semejante lugar? Con todo, no crea que fui valiente. Lo que pasa es que no daban importancia a esas menudencias. Sólo al bautismo. Eso sí que lo aborrecían y temían. No bauticé a nadie; no, allí no nacían niños. —El sacerdote bajó la cabeza y la voz—. Estoy aquí porque cumplí con toda mi parte del trabajo. —Se sumió unos momentos en el silencio, hasta que, súbitamente, rompió a llorar con desgarró y a darse puñetazos en el pecho—. ¡*Mea culpa, mea culpa!* —repetía con insistencia.

Cuando se hubo sobrepuesto, se reclinó contra la pared de la celda y volvió la cabeza hacia el prisionero.

—¿Es usted sacerdote? —le preguntó en voz baja en la oscuridad. Esperó y después añadió—: Sí, creo que sí. Huelo los santos óleos de sus manos. ¿Me confesaría usted, padre, por favor?

No hubo respuesta. Sólo se oía el goteo del grifo.

—Enseguida vendrán a buscarnos. No pasa nada, todo en la vida es preparación para la muerte. Sin embargo, tenía esperanzas de llegar ante Dios con... Bueno... es por todos los niños pequeños que le he escatimado...

La frase quedó inconclusa y, deshecho en llanto, se acurrucó en el implacable suelo de piedra y ahogó un gemido por todas las plegarias de su vida que no habían recibido respuesta. «*Meme, meme*», murmuraba débilmente llamando a su madre una y otra vez, hasta que, al final, los silenciosos gemidos y ruegos remitieron, engullidos por la corriente continua de la respiración.

El prisionero levantó la cabeza y lo miró fijamente.

Después, con lentitud, le tendió la mano.

Al cabo de unos momentos se oyeron fuertes pisadas que se acercaban por el pasillo. El sacerdote se enderezó con brusquedad y, agarrando al prisionero por los

hombros, empezó a sacudirlo y a gritar frenéticamente.

—¡Ya vienen! ¡Vienen por nosotros! ¡Por el amor de Dios, deme la absolución! ¡Me arrepiento de todos los pecados que he cometido! ¡Absuélvame!

La puerta de la celda se abrió de par en par y la bombilla arrojó un resplandor impactante, en tanto los guardias, sin dejar de maldecir, se llevaban a rastras al sacerdote, quien seguía implorando: «¡Absuélvame! ¡Absuélvame!»

—No, no es sacerdote.

—¿Estás seguro?

—Sí, completamente.

Estaban sentados a una mesa de nueve metros con dos brazos en forma de «te», en una habitación enorme de techo alto; la presidía Vlora, con el musulmán y el sacerdote tuerto sentados en la última punta. El sacerdote tuerto, afeitado y con un parche limpio en el ojo, vestía unos pulcros pantalones marrones de *tweed* y un jersey verde vivo de cuello alto hecho de lana. Deleitándose con un cigarrillo mal liado y de poca calidad, volvió la cabeza a un lado y echó una nube irregular de humo.

—Cualquier sacerdote —añadió— me habría confesado.

Miró al musulmán de soslayo, con gesto de desaprobación.

—Podías haberte comedido un poco con los puñetazos —dijo con frialdad.

Se quitó de los labios una hebra amarga de tabaco.

El musulmán lo miró con desprecio y volvió la cabeza a otro lado.

—Es mi estilo —dijo el musulmán.

—Todo un estilo.

Había sido una farsa.

Todos los de la celda eran actores.

—No se queje. A cambio, es usted libre —dijo Vlora al sacerdote—. Bien, ¿qué más? ¿Alguna otra impresión? ¿Alguno de los dos?

—El dolor —dijo el sacerdote como ausente.

Tenía la mirada perdida, posada en una vivida muesca de la mesa de pino, barnizada de oscuro, que parecía una omega diminuta. Vlora frunció el ceño.

—¿El dolor?

El sacerdote lo miró.

—Esos puñetazos tan contundentes me dieron un dolor de cabeza terrible. No se me pasaba. No podía quitármelo de encima. El hombre me puso la mano en la frente y se me pasó.

Vlora se quedó un momento con la mirada en blanco; después, una mueca de burla le levantó la comisura de los labios.

—¿Todavía cree en la magia, sacerdote? —le soltó—. Está usted agotado. Váyase a casa con su mujer.

Las palabras eran producto del desconcierto, el temor y la irritación de Vlora. La

víspera del día en que se le ocurrió la artimaña de la celda, había vuelto a soñar con el banquete en Tirana, con Ho Chi Minh y con la muerte, pero había aparecido un personaje nuevo, un sirviente espectral, un ayudante de la cocina con la cara en blanco. De pronto, se encontraba de nuevo en la cámara de interrogatorio, donde se hallaba el prisionero encadenado a la pared con los brazos en cruz; Ángel, la torturadora, estaba delante de él acercándole una taza de agua fría a los labios. «Elena», la llamó el interrogador por su verdadero nombre. Ella lo miró, sonrió, se acercó a él y se pusieron a hablar del prisionero en voz baja, agradablemente. «¿Quién es?», le preguntaba el interrogador cariñosamente, y ella le respondía con amabilidad: «Tu salvador». Justo después de eso, Vlora estaba en la calle, mirando bajo la lluvia al empapado y crédulo opresor, el sacerdote ejecutado, y, cuando el muerto abrió los ojos de par en par y lo miró torvamente, se despertó con un nuevo brote de duda: ¿sería el prisionero otro de esos mártires cansinos cuya valentía sobrehumana los hacía aborrecibles? ¿Sería ese hombre, portador de la documentación de Selcë Decani, un sacerdote que, disfrazado de vendedor de queso blanco en migajas, recoma las montañas del norte diciendo misas y predicando el perdón y un pan que era Dios? En tal caso, la treta de la celda no sólo había fracasado: el informe que recibió de los forenses de Seguridad en relación con la cicatriz que el prisionero tenía en el brazo anulaba por completo la teoría de que la hubiera descubierto, la reducía a cenizas. Decía:

Se considera que la zona en cuestión fue objeto de una operación que parece haber sido lógica y, por tanto, muy probablemente efectuada por cirujanos plásticos. La característica más evidente es la ausencia de formaciones como folículos pilosos y glándulas sebáceas. Puesto que en la parte interna del muslo derecho del sujeto parece existir una zona donante que presenta cicatriz superficial y despigmentación, se deduce procedimiento de injerto, hallazgo acorde con la cicatriz claramente identificable en la que la piel nueva se injerta en la antigua, con la diferencia de textura entre la piel injertada y la de alrededor. Bajo el injerto se aprecia adelgazamiento de la dermis, así como cicatrización del tejido subyacente, con aparición de algunas células inflamatorias. En conclusión, tras valoración de los datos, se puede afirmar que el injerto se efectuó para ocultar una vacuna.

Al romper el alba, en el helado despacho, la última frase hizo parpadear al interrogador. ¿Ocultar una vacuna? ¿A quién se le iba a ocurrir? ¿Con qué propósito? Con el ceño fruncido, dejó el informe a un lado y, mientras las flores rosadas y azules del vaso del escritorio respiraban muerte, dio mentalmente un salto asombroso y furibundo hasta el atraso y el analfabetismo de su pueblo, las deudas de sangre entre familias, los compromisos matrimoniales desde la cuna y los niños aterrorizados que gritaban, encerrados en jaulas, a oscuras, durante los doce primeros meses de vida, no

fuera a ser que los vieran los demonios y les hicieran daño, por nombrar sólo una de las innumerables y atroces supersticiones que la fe en un Dios doliente y sangrante hacía pasar por casi creíbles y sensatas. Vlora se miró la mano, posada en la mesa. Se le había cerrado sola y con fuerza. La abrió. Le temblaba. Él había sido uno de los niños a quienes habían encerrado en la oscuridad.

Se volvió a mirar la mañana en la calle; la luz plomiza del alba iba filtrándose e iluminando suavemente la ciudad, envuelta en niebla, arrancando espectrales destellos de escombrera a los edificios que sobresalían en algunas partes. ¿Por qué pensaba en esas cosas? No lo sabía. Enojado, volvió a mirar el informe forense: «para ocultar una vacuna». ¿Qué podía significar eso? Tampoco lo sabía. Al desviar la mirada hacia la foto de su mujer, perdida hada mucho, y de su hijo, un súbito e inquietante recuerdo le hizo contener la respiración: en Albania, las campañas de vacunación infantil no habían comenzado hasta después de que una epidemia de viruela asolara el país, hacía más de treinta y cinco años. El prisionero, de cuarenta y pocos, había nacido unos años antes de ese momento y, si era oriundo del país, ¿no lo habrían vacunado!

Se estremeció. Le pareció que hacía más frío en la habitación. ¿Quién iba a tener la necesidad, a pensar siquiera en la necesidad de ocultar la vacuna delatora, sino un agente enemigo formidable, enviado con una misión poderosa y asumiendo unos riesgos inimaginables? Reflexionó sobre el extraño informe del ciego y la odontología perfectamente albanesa, sobre el perro estrangulado del bosque y el espectral e inquietante Selcë Decani. Si el prisionero no era un agente extranjero, concluyó, sólo podía ser un demonio.

—O ambas cosas —murmuró.

En una ocasión había oído hablar de un agente del infierno de esas mismas características.

Aquella noche durmió con los demonios.

El curso de las cosas dio un giro completamente desconcertante. A primeras horas de la mañana del 3 de abril, a requerimiento apremiante e imperativo de Vlora y tras una breve visita a su enfermo padre, regresó de Pekín a Tirana un severo oficial médico del ejército chino, el mayor Liu Ng Tsu, experto en interrogatorio mediante hipnosis inducida por drogas, asesor asignado a la Central de Seguridad. Entre el 3 y el 4, Vlora lo puso al día y le dejó examinar el expediente. La acción tuvo lugar el día y El prisionero llevaba treinta y seis horas sin dormir y veinticuatro sin agua, lo tumbaron boca arriba en una camilla con ruedas, lo ataron con correas y lo trasladaron a una habitación estrecha con baldosas blancas. Era la llamada Sala Mágica y estaba inmaculadamente limpia y muy iluminada por focos de quirófano instalados en el techo. Allí se sometía a los prisioneros a los trucos más enrevesados. Primero les inyectaban pentotal sódico y, a continuación, les inducían la hipnosis y las ilusiones: «Empieza usted a notar mucho calor en la mano», solían decir a los sujetos recalcitrantes para convencerlos de que habían entrado en trance hipnótico y

era inútil seguir resistiéndose, cuando, en realidad, la mano del sujeto sólo reaccionaba a la corriente de un equipo de diatermia que no estaba a la vista. Otras veces, se ponían en marcha proyectores de holografías, ocultos también: «¿Ve la sólida pared que hay frente a usted?». «Sí.» «Mire a través de ella. Verá rosas flotando en el aire.» Esa clase de juegos. Una vez efectuados, inyectaban metanfetamina a los sujetos para producir en ellos una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar y contar ideas y recuerdos sin darles tiempo a pensar; de esa forma, algunas veces, al final de todo, salía una cosa baqueteada y balbuciente llamada verdad.

—¡Vamos, empeece! ¿Qué pasa ahora?

Agotado y fuera de sí, impaciente, consumido, Vlorá miraba con consternación a Tsu, que estaba situado enfrente de él, junto a la camilla. Al inclinarse a inyectar el pentotal, había vacilado inexplicablemente: estaba inmóvil, con la jeringuilla ya preparada en el aire, observando la cara del prisionero. Vlorá se inquietó.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Tsu negó con la cabeza, siguió inmóvil y, por último, dijo:

—Nada.

Se agachó un poco más y le puso la inyección.

—Por un momento creí que había visto antes a este hombre.

Entró en la sala arrastrando los pies un especialista en polígrafo. Era de baja estatura, de mediana edad, con los ojos muy juntos, y vestía un traje muy gastado de una talla mucho mayor que la suya; los pantalones le hacían grandes bolsas en los pies.

—Aquí estoy —murmuró agriamente a modo de saludo.

No le habían dejado terminar el desayuno. Huraño y contrariado, desplegó con mucho ruido una mesa metálica y una silla y plantó estrepitosamente ambas cosas en el suelo cerca de la cabecera de la camilla. Puso el polígrafo en la mesa, enchufó al prisionero al artilugio y se sentó en la silla con una expresión dolida de persona maltratada. Aspirando con fuerza por la nariz, se puso los cascos y asintió al tiempo que murmuraba en tono de paciencia sufrida:

—Preparado.

—Si nos ayuda un poquito, podrá beber esto.

Tsu acercó a la mejilla del prisionero un vaso helado lleno de agua muy fría.

^Agua fresca de un manantial —le dijo con tono afable—. Le dejo bebería si hace lo que voy a decirle, ¿de acuerdo? No es nada difícil, sólo tiene que abrir los ojos.

Vlorá negó con un movimiento de cabeza.

—Esto no va a funcionar —dijo—. No va a funcionar.

Lo asaltó una sospecha increíble y escalofriante en relación con el enigma de la identidad del prisionero y se quedó mirándolo fijamente a la cara. El prisionero abrió los ojos. Vlorá se separó de la camilla al instante.

Tsu incorporó un poco al prisionero sujetándolo por la cabeza y le acercó el agua

a los labios.

—Sólo uno o dos sorbos, de momento —le advirtió con suavidad. A continuación, le hizo una promesa en voz baja—. Después, más.

El prisionero habló.

—Gracias —dijo.

Sobresaltado, Vlora dio un respingo y Tsu sonrió al verlo tan perplejo. Así comenzó una serie de fases y sucesos que los convencería de que el prisionero se había debilitado: la ilusión más increíble y letal, sin la menor duda, de la Sala Mágica, como se haría constar en sus anales.

Los primeros pasos fueron los de costumbre. Redujeron la iluminación a una penumbra fantasmagórica y comenzó el proceso habitual de hipnosis: aplicación de un ritmo constante y repetitivo, que, en este caso, consistió en colocar a la vista del prisionero un metrónomo cuya varilla, iluminada, se movía de un lado a otro. Tal recurso siempre había sido eficaz contra la resistencia de los sujetos a la hipnosis y los propósitos de no perder la propia voluntad. A continuación se pusieron en funcionamiento los trucos predilectos de la sala y, cuando Tsu dio por seguro que habían surtido el efecto deseado, procedió a inyectar una dosis de metanfetamina superior a la normal —6,4 miligramos por kilogramo de peso corporal—, necesaria en casos de neuróticos introvertidos. A continuación, con una voz normal, sin características destacables y con un irreprochable acento del norte, el prisionero no sólo habló, sino que respondió a todas las preguntas.

Más habría valido a los carceleros que no hubiera sido así.

Interrogado, el prisionero insistió en que era Selcë Decani, vendedor ambulante de queso y enamorado de Morna Altamori y contó que, en realidad, no había muerto, sino que, sencillamente, había desaparecido; había huido al oeste y la falsa noticia de su defunción había sido difundida a propósito para proteger a su familia del acoso del gobierno. Había regresado a Albania por temor a la muerte inminente de su enferma madre. Tal fue, en esencia, la Primera Versión.

Pero hubo otras.

Se sabía que algunos agentes enemigos de los más mortíferos habían utilizado drogas y la hipnosis para defenderse del inicuo «efecto inhibitor del pentotal» de manera que, en caso de tortura o interrogatorio bajo los efectos de dicho suero, el sujeto repetía una lección programada por hipnosis. En caso de que los interrogadores sondearan a mayor profundidad y, para contrarrestar la inhibición, aplicasen otras drogas y más hipnosis, podían encontrarse con una segunda versión implantada y programada exactamente igual que la primera. Según los rumores, en casos contados, por no decir míticos, se había llegado a encontrar incluso una tercera capa de condicionamiento mental. Es decir, parecía que todo se iba cumpliendo según las peores previsiones; todos los temores paranoicos y todas las sospechas quedaron confirmados cuando, tras un interrogatorio mucho más profundo, el prisionero cambió su relato de arriba abajo. Aunque mantuvo el andamiaje del primero, lo

cambió de una manera sutil pero fundamental. Reconoció que Selcë Decani había muerto realmente, que él se llamaba Sabri Melcani y que había huido a Yugoslavia hacía muchos años; que después se había trasladado a Grecia, huyendo una vez más de una acusación de asesinato que le habían imputado cuando daba cumplimiento a una deuda familiar de sangre: al enterarse de que el hombre a quien creía haber matado se había recuperado y vivía felizmente en este mundo, se vio obligado —por el aguijón de la conciencia, dijo— a regresar e intentarlo de nuevo. Tal fue, en esencia, la segunda versión, que, de no haber trascendido, no habría resultado tan inquietante; sin embargo, salieron a relucir la tercera, la cuarta y la quinta y, cuando llegó la sexta, se vio, para mayor furia y total consternación de los presentes, que era un calco fiel de la primera versión, cosa que hacía prever —siempre y cuando el prisionero sobreviviese a las numerosas inyecciones de drogas peligrosas— la repetición de un inútil círculo vicioso. Con todo, tampoco fue esto lo más fatídico. Ese honor estaba reservado al polígrafo.

El aparato corroboró todos y cada uno de los relatos del prisionero.

En semejante coyuntura era difícil saber qué hacer y, llegados a ese punto, la solución natural, a falta de otra y para alivio inmenso de todo aquel que anhelase lo conocido, fue lanzarse al caos de manera directa e inmediata, como hizo Vlora al recurrir, desesperado, a una táctica nueva, ajena a él y sobre la que no tenía control ninguno. De principio a fin, el protagonista fue Tsu.

Todo empezó con mucha calma, agradablemente incluso, a decir la verdad. Trasladaron al prisionero a un lugar confortable en el que, tras recibir atención médica, pudo bañarse, comer, beber y ponerse ropa limpia durante siete días; además se le permitió dormir en un lecho blando sin interrupciones hasta que se despertó por sí solo. Entre tanto, el mayor Tsu dio instrucciones a cuantos debían estar en contacto con el prisionero de no hablar ni una palabra en su presencia, ni dirigida a él ni entre ellos. Al octavo día, un lunes, se reanudó la acción. Cuatro guardias armados escoltaron al prisionero a la sala de la mesa en forma de «te», donde sólo lo aguardaba Vlora. Habían corrido las cortinas negras de terciopelo y, por las altas y grandes ventanas de la pared oriental, entraban grandes haces de luz en los que caracoleaban, atrapadas, partículas de polvo y de miedo. Dos de los guardias situaron al prisionero al final de la mesa y, a continuación, salieron los cuatro y lo dejaron allí solo, con la cabeza agachada y las manos unidas delante del cuerpo, como maniatado por unas esposas invisibles. De los altavoces salía una música suave y, puesto que todas las ventanas estaban abiertas, se oía el tráfico de la calle a lo lejos, unos pisos por debajo. De vez en cuando llegaba el grito o la risa tonta de un niño.

—Bien, aquí estamos de nuevo —empezó Mora con normalidad—. A veces es estimulante cambiar de lugar, muy tonificante; nos quita el anquilosamiento y nos saca de nuestros puntos de vista habituales. Por cierto, siéntese, haga el favor. Póngase cómodo, tenga la bondad. De verdad. Bien, no importa, como guste. A propósito, ¿le gusta esta música? Podemos cambiarla. ¿Quiere que la cambie? Es

Strauss. Muy bien, en tal caso, la dejamos. Entre tanto, permítame que le cuente lo que pasa aquí. En primer lugar, le estamos muy agradecidos por esos relatos tan fascinantes que nos ha ofrecido. Soy un gran aficionado y ávido admirador de las grandes obras de la imaginación. He traducido algunas al albanés: *Macbeth*, de Shakespeare, así como *Hamlet* y *Otelo*. También *La señora Inger de Ostraat*, de Ibsen, y *Don Quijote*. ¿Le parece sorprendente? Sí, lo hice yo en persona, cuando era profesor universitario. Me concedieron la «Estrella Partisana». En fin, es igual: pura charlatanería. ¿Por qué será que, delante de los desconocidos, tenemos esta necesidad imperiosa de justificarnos? ¿Sabe a qué me refiero? Tal vez no. Bien, ya basta. Volvamos a lo que nos ocupa. Preste atención a lo que voy a decirle. Quiero contarle para qué estamos aquí, ¿de acuerdo? Queremos establecer una relación nueva con usted. Reconocerá que la anterior no era gratificante. —Vlora señaló la mesa con el dedo y la recorrió hasta una cesta de mimbre rebosante de fruta fresca—. Por cierto, pruebe los albaricoques —lo invitó—. Están en su punto.

Entraron tres torturadores, brutos muy fornidos todos ellos, con Risas a la cabeza. Llevaba en la mano un lustroso maletín azul de piel y, del brazo, a un niño cojo de diez años ataviado con la típica tela de mezclilla verde oliva de los prisioneros. Le habían atado las manos delante del cuerpo, con los brazos pegados a los lados. Al llegar a la mitad de la larga mesa, el hijo de Vlora empujó al niño hacia delante, hasta que, estremecido y parpadeando, quedó capturado en un rayo de sol.

—Bien, ahora ya estamos todos reunidos —dijo Vlora—. Así pues, no perdamos más tiempo. Este niño es gitano, deforme de nacimiento. Además de la malformación del pie, tiene un brazo paralizado, el izquierdo, completamente adormecido e insensible al dolor. Por otra parte, padece un retraso mental, además de ser sordo y mudo. Asesinó a sus padres mientras dormían, un acto comprensible, pero que no le correspondía a él. Podría decirse que más le valdría haber muerto él. Sin embargo, no vamos a matarlo, pues no nos corresponde juzgarlo. Tanto es así que no podemos hacerle absolutamente nada. Lo cierto es que todo depende de usted.

A una señal de Vlora, Risas puso el maletín encima de la mesa, abrió los cierres y sacó una bolsa de plástico incolora y transparente, rematada por un cordel de cuero. Al niño se le abrieron los ojos como platos de miedo y perplejidad cuando le encasquetaron la bolsa en la cabeza. Mora echó un vistazo al reloj como si comprobase el tiempo que le quedaba hasta el siguiente compromiso.

—La muerte por asfixia es horrible —dejó caer con naturalidad—, pero todavía es peor morir muchas veces de esa misma forma; un número ilimitado de veces, a decir verdad. Vamos a poner a este niño al borde la muerte por asfixia tantas veces como sea necesario, hasta que nos diga usted su verdadero nombre y la misión que lo ha traído aquí, además de los datos necesarios para verificar ambas cosas. Su suerte depende de usted, pero no se precipite; sobre todo, tómese el tiempo que desee. Como le he dicho antes, ya ha sufrido usted bastante.

Un torturador tiró del cordel y lo ató. Otro agarró al niño entre los brazos y lo

sujetó para que no se moviera, es decir, que no podía salir del haz de luz por muy desesperadamente que patalease, con los ojos hinchados de terror y la boca completamente abierta, gritando sin voz en tanto las cadencias de El Danubio azul se oían por los roncós altavoces.

—Esta situación es verdaderamente lamentable —dijo Vlora con tristeza—. Sí, en efecto, lo es de verdad. Pero salvar a millares de personas del peligro bien vale el sufrimiento de uno solo. —Se levantó de la silla, se acercó a la puerta y la abrió—. ¡Adelante! —ordenó a las sombras de la antesala, apenas iluminada, llamando a Tsu y al artrítico y viejo médico del maletín negro. El médico se situó rápidamente en la esquina más próxima a la entrada, mientras que Tsu ocupaba el lugar de Vlora en la mesa—. El comandante Tsu me reemplazará a partir de este momento —anunció Vlora mirando al prisionero con paciencia paternal—. A mí ya me conoce usted demasiado. Sí, le resulto demasiado cómodo, eso está claro. El comandante Tsu le reavivará el interés. Entre tanto, no crea que este niño es actor, porque no lo es. Por si las dudas, se lo voy a demostrar ahora mismo.

Vlora señaló al niño con un gesto de la barbilla y, al instante, Risas sacó una navaja del bolsillo, la abrió y cortó el dedo meñique al crío; después lo arrojó con displicencia a la mesa, hacia el prisionero. Fue a parar al lado del cesto de fruta.

El interrogador clavó a su hijo una mirada furibunda.

—¡Maldito seas! —le dijo entre dientes—. ¡Maldito seas!

El hijo de Vlora había contradicho la orden expresa de su padre de cortar el dedo de la mano paralizada y le había amputado el de la buena. El interrogador dio media vuelta y salió enfurecido de la sala, fugazmente asaltado, como a veces le sucedía, por una duda cruel sobre la veracidad de que librar del dolor a millares de personas pudiera comprarse en algún caso con el sufrimiento de uno solo.

Tenía la costumbre de aporrear y ahogar esa clase de pensamientos, pero esa vez no lo hizo.

Lo que sucedió a continuación sería analizado de manera meticulosa, aunque nunca se llegó a entender; al fin y al cabo, los hechos irrefutables eran muy pocos. Los dos guardias armados que vigilaban la puerta se apresuraron a saludarlo cuando salió. De allí se fue directamente al despacho pasando por delante de otros muchos guardias a lo largo del camino. Sin embargo, al cabo de treinta y siete minutos, decidió de pronto poner fin al experimento de Tsu; salió a toda prisa del despacho, como si buscara pelea, y regresó a toda prisa a la sala de interrogatorios. La pareja de guardias armados no estaba en su puesto. La halló dentro, sin uniforme ni armas. Ambos estaban inconscientes, tenían contusiones y los habían drogado con hipnóticos procedentes del maletín del médico; el anciano, por su parte, aunque no lo habían agredido, parecía haber sufrido un ataque cardíaco fatal y, puesto que el niño fue hallado con vida, el número total de víctimas mortales fue de cuatro, solamente, no de cinco, como se pensó en el primer momento: un torturador, muerto de un manotazo fortísimo que le había cortado la respiración en seco; otro, con la columna vertebral

rota por una sola contusión en la nuca; Tsu, con la parte posterior del cráneo completamente abierta, pues se había estrellado contra la pared con toda la fuerza de su cuerpo. El tercer torturador, Risas, el hijo de Vlora, recibió a la muerte sin ningún cambio de expresión apreciable, salvo los ojos, donde quedó inmortalizado un brillo débil e inusitado de algo que nadie logró identificar de manera convincente, pero que se parecía sobre todo al pasmo.

Tenía el cuello partido.

Los dos guardias supervivientes no pudieron contar gran cosa durante los interrogatorios. Al oír unos «arañazos» en la puerta, dijo uno, entró solo en la sala, vio al prisionero por el rabillo del ojo «sólo un instante» antes de que le pusiera las manos en la garganta y al punto lo dejara inconsciente «algo, una forma de presionarme los nervios». El otro guardia, que había acudido a la sala unos momentos después, relató un encuentro idéntico, igual que los otros cuatro guardias de otros pisos. No tenían ni la menor idea de por qué les había perdonado el prisionero la vida; nadie pudo aducir motivo alguno. Se efectuaron registros, interrogatorios, informes de equipos de criminalistas, pero nada arrojó ninguna luz y, cuando la noche, los susurros y los terrores paranoicos se apoderaron de los laberintos del edificio de Seguridad del Estado, ningún corazón latía con normalidad.

El prisionero se había fugado.

Tres días más tarde, al anochecer del domingo 17 de mayo, siete jóvenes, exactamente cuarenta minutos después del ocaso, se reunieron en un cobertizo lleno de paja del alto y escarpado pueblo de Domëni, como llevaban haciéndolo con poca esperanza todos los domingos a esa misma hora desde hacía muchos meses. Eran toscos campesinos de poco más de veinte años de edad que hablaban poco y en voz baja, con cautela, para evitar que la temida Sigurimi los descubriese. Las primeras veces que se reunieron la misión los emocionaba mucho, por el peligro y el sigilo que entrañaban esas guardias secretas, pero el martillo del tiempo había ido desinflando el entusiasmo y sólo quedaban el tedio y la fuerza de la costumbre, en esas reuniones, acurrucados en la oscuridad, en el suelo de tierra del cobertizo, esperando a un hombre que jamás acudiría.

—Entonces, ¿qué os parece?

El ronco susurro rompió el silencio.

—¿Creéis que lo habrán apresado? —siguió diciendo el mismo, un herrero musculoso del pueblo de Drishti—. ¿Habrà muerto?

—Me alegro de encontraros a todos bien de salud.

Los hombres se sobresaltaron. No reconocían la voz. No era uno de ellos. Presos de un súbito temor, se pusieron de pie a toda prisa. ¿Quién era ese desconocido que salía de la oscuridad? ¿De dónde venía? No habían visto ni oído nada, ni el crujido de una puerta, ni un movimiento, ni un paso.

El joven herrero de Drishti se sobrepuso.

—Dios debe de haberte enviado aquí —se aventuró a decir en voz baja, tanteando con esperanza. Una vena le golpeaba en la sien mientras añadía las palabras que debían llevar a la contraseña—: Dinos, ¿has venido por el camino menos transitado?

El prisionero avanzó un paso y respondió a la contraseña:

—Toda la creación aguarda anhelante.

El herrero contuvo la respiración al darse cuenta.

—¡El obispo! ¡Eres tú! ¡Has venido!

Sin tardanza, los jóvenes se arrodillaron en fila en la tierra del cobertizo, con la cabeza inclinada, mientras el prisionero se acercaba rápida y silenciosamente; unió las manos y, posándolas en la cabeza del herrero, se puso a recitar con apremio una fórmula católica de plegaria:

«Te rogamos, Padre Todopoderoso...» —comenzó. Concluido el rito en menos de veinte minutos, el prisionero impuso las manos al segundo hombre y repitió la oración, hasta que, al final de la séptima vez, su voz, firme y solemne, empezó a temblar, igual que las manos, desprovistas de uñas, cayó de rodillas y lloró convulsamente.

Los sacerdotes recién ordenados se quedaron mirándolo.

En la inquietante oscuridad del despacho, respirando por encima de la mesa, Vlora olió el espectro de las flores que se habían marchitado, secado y muerto en el vaso; sonó el clic seco y ronco del interruptor metálico de la lámpara de color caqui al apretarlo; acercó a la luz un objeto desconcertante, la misteriosa prenda sin marcas que habían hallado en la boca de su hijo después de que lo asesinaran.

Era un albaricoque de piel dorada.

—Dimiter —murmuró Vlora, entumecido.

Era el nombre del agente del Infierno.

SEGUNDA PARTE

JERUSALÉN

1974

1

El doctor Moses Mayo empezaba cada día como si el mundo fuera a acabarse esa noche. No conocía otra forma de soportar tanto sufrimiento, el terror silencioso de vivir en un cuerpo humano. Siempre se despertaba con la fresca caricia del amanecer y a las siete ya estaba agarrado a su mesa de despacho, comiendo rosquillas bagels de semillas de amapola y tomando té dulce a sorbitos mientras saludaba a los desalentadores titulares del *The Jerusalem Post* con un susurro: «¿A quién le importa? El mundo se acaba esta noche». Sin embargo, esa mañana de primeros de marzo discurrió por otra vereda. En su reducido habitáculo del personal de la Facultad de Medicina del hospital Hadassah, el neurólogo se despertó en los túneles de la noche con una sibilina sensación de miedo. Completamente despierto, se quedó mirando la oscuridad del techo, atento al agitado ronroneo de sus pensamientos. Había tenido un sueño extraño, pero ¿qué era? Se sentó, encendió el flexo de la mesilla y, con los ojos entornados, miró la esfera del relojito de latón que emitía un rotundo tictac desde un redondel de luz amortiguada. Mayo soltó un gruñido. Pasaban unos minutos de las dos de la madrugada. Suspiró, bajó los pies al suelo con un balanceo y, al agarrarse la cabeza con las manos, lo invadió una tristeza desbordante, una depresión. Se preguntó qué era lo que había soñado. Se miró cansinamente los levantados y marfileños dedos de los pies y, de mal humor, los movió arriba y abajo. La víspera se le había muerto un paciente. Sabía que, a continuación, venían el abatimiento y los remordimientos. ¿Era eso? ¿O todavía duraba el horror demencial del ala de psiquiatría, el espantoso asesinato que no cabía en cabeza en alguna? Se rascó el escuálido pecho por encima de la casaca del pijama de franela de rayas rojas y blancas. No, se dijo, ni lo uno ni lo otro. Se levantó y entró en el cuarto de baño, alicatado con baldosas blancas, haciendo con los pies un ruido de desnudez almohadillada; encendió la luz, agarró una espita, le dio media vuelta y se mojó la cara con agua fría. El aire de las tuberías se despertó entre estertores metálicos y enseguida remitió.

«Sí, callaos —pensó Mayo—, aquí hay enfermos durmiendo.»

—Aunque yo no —dijo en voz baja—, yo no.

Mientras se secaba con una toalla azul descolorida y gastada, interrumpió un momento su indeciso frotar y enjugar para mirarse en el espejo del armarito, donde, en un rostro de facciones marcadas, coronado por una erizada cabellera de color gris acero, encontró unos afligidos ojos verdes que le devolvían una hiriente mirada recriminadora.

—¡Incompetente! —musitó con dureza—. ¡Farsante!

No dejaba de pensar en el enfermo que había fallecido. Dejó la toalla en el toallero y se quedó mirando una apagada señal de nacimiento, una muesca ovalada, blanca como la leche, que se acurrucaba con desmayo cerca de la comisura del lánguido ojo derecho.

«¡Vamos! ¿Qué he soñado?», volvió a preguntarse. No recordó nada y dejó de mirarse.

De repente, el sueño abrió el corazón de par en par: empezó con un Niño Jesús de unos cinco años. Sólo llevaba puestos un *dhoti*^[1] y unas sandalias de cuero, además de un estetoscopio colgado del cuello; estaba pasando visita solemnemente por toda el ala de neurología y, seguido de un cortejo de estudiantes de medicina que tomaba apuntes aplicadamente, se dirigió a la cama de un ciego al que había curado en una famosa ocasión en el estanque de Betsaida. El Niño tenía una expresión cálida y tierna y despedía un tenue resplandor blanco. Saludó cariñosamente al ciego. «Nos encontramos de nuevo», le dijo con una sonrisa. Con la cabeza alzada sobre las almohadas, el beneficiario del milagro no respondió, sino que permaneció tumbado con rigidez, los ojos muy abiertos y la mirada recelosa y aprensiva. El Niño descolgó la tablilla del historial de los pies de la cama, le echó una ojeada, volvió a dejarla en su sitio y se volvió a los estudiantes, quienes enristraron libretas y bolígrafos para tomar notas.

—He aquí un verdadero milagro —anunció el Niño. Señaló al paciente con el índice, en cuya punta llevaba una tirita de dos centímetros y medio—. Este hombre era ciego de nacimiento —les dijo—; con los dedos, le apliqué un poco de saliva en los ojos y después le pregunté si veía algo. Me dijo: «Sí, veo. Veo gente, pero parecen árboles andantes».

El hombre que ya veía pareció tranquilizarse entonces, como si por fin hubiese entendido que el grupo de estudiantes no había ido a acusarlo de un delito ni de, tal vez, un malentendido, y que el milagro de la vista no sería revocado. Aliviado, cerró los ojos y asintió como si confirmara lo que oía.

—Entonces, le apliqué los dedos una vez más —dijo el Niño—, pero sin saliva: le toqué los ojos sólo con las yemas. Enseguida lo vio todo sin distorsiones. Y, tomad buena nota, por favor, el verdadero milagro se produjo entonces, con la segunda imposición de manos. —El Niño miró a los estudiantes, que escribían a toda prisa—. Bien, ¿sabría alguno de vosotros decirme por qué? —preguntó con benignidad. Una joven de pelo de color violeta levantó el puño, que llevaba tatuado, y, al abrirlo, salió volando una pura paloma blanca—. ¿Sí? —le dijo el Niño, arqueando la cejas con expectación.

—Pues, incluso en el caso de que la ceguera hubiera sido psicósomática... —empezó, pero el ciego sanado la miró de una forma que la hizo callar.

—¿Insinúa que miento? —le dijo, furioso.

La paloma blanca revoloteaba en círculos por encima del grupo, lanzándose caprichosamente a dar picotazos que hacían brotar sangre.

—No —contestó la estudiante—, sólo quería decir que la causa no tenía importancia, porque, después de muchos años de ceguera, su visión no percibiría la profundidad ni sintetizaría formas ni volúmenes. ¿Se acuerda de lo doloroso que fue abrir los ojos? ¿Y de que lo único que veía usted era un conjunto de luces y colores

brillantes que daban vueltas a gran velocidad? Los ojos habían sanado, sin duda, pero su cerebro todavía no había aprendido a procesar los datos. Cuesta al menos un mes de mucho esfuerzo aprender a distinguir unos pocos objetos sencillos. —Esas palabras aplacaron por fin al ciego, quien bajó la mirada y, sin palabras, le dio la razón—. No, por supuesto que usted no miente —concluyó la estudiante—. En realidad, sólo si recuperaba la vista al primer intento podía haber visto hombres que parecían árboles. De haber sido todo mentira, usted habría dicho que lo veía todo perfectamente desde la primera cura.

De súbito, la paloma descendió con una rapidez asombrosa y picó al Niño Jesús en la pálida y blanda mejilla. Del picotazo brotó un borbotón de sangre, salpicó la blanca cama del ciego y corrió en regueros hasta el suelo, en tanto que la paloma, transformada en jeringa hipodérmica con alas, volaba rápidamente hasta el final del pasillo, viraba en seco y, con un destello, desaparecía por la esquina. Entonces, bruscamente y poniendo fin al sueño, la estudiante del pelo de color violeta apareció delante de Mayo ataviada de viuda victoriana. Levantó el brazo con la mano abierta, donde tenía tres lustrosos frutos verdes brillantes de rocío, y, con la otra, le ofreció un periódico doblado.

—Prima Harriet —canturreó con tristeza—, aquí tienes el *Boston Evening Transcript* y unos deliciosos higos envenenados.

Mayo se llevó el dedo a los labios y asintió pensando que sabía qué era lo que había desencadenado el sueño. No hacía mucho que había estado reflexionando sobre ese preciso pasaje del Evangelio según San Marcos, en el que el ciego al que cura Jesús en Betsaida primero ve solamente «árboles que caminan» y su visión no es perfecta hasta que Jesús repite la cura. Como agnóstico confeso que era —aunque el fastidioso misterio de los designios del cuerpo humano le había llevado a creer en una inteligencia amorfa a la que veces llamaba Maurice—, ese pasaje de los Evangelios le parecía incomprensible. Desconcertante. En la época de Jesucristo no se conocían remedios médicos para la ceguera, de manera que, si la sanación de Betsaida no había sucedido en realidad, ¿cómo podía Marcos conocer los síntomas del síndrome posceguera? Levantó la mano y se miró las uñas al tiempo que asentía levemente con la cabeza. Sí, el sueño había regurgitado sus cavilaciones.

Pero ¿la jeringa voladora? ¿La sangre? ¿Los higos envenenados?

El neurólogo terminó sus abluciones matutinas, se vistió, puso agua a hervir en el hornillo y se hizo un té muy azucarado en un gran tazón de porcelana que se llevó a la tenue luz del pasillo, donde se quedó un rato en silencio, inmóvil, indeciso, sumido en sus pensamientos con la cabeza gacha y una mano en el bolsillo de la bata de médico que, igual que los cailones y arrugados pantalones que llevaba, era grande para su constitución de palillo. No parecía que vistiese la ropa, sino que la habitase. «Milagros», musitó. De repente, menudeaban tanto en los antisépticos pasillos del hospital como los gemidos de los soldados del ala de quemados por la noche. El lunes, una enfermera llamada Samia Maroon le había informado, casi sin aliento, de

que había visto algo semejante a una aparición. Además, el caso del ala infantil: un niño de dos años que padecía rabdomiosarcoma, un cáncer mortal que se extendía con rapidez. Hacía varias semanas que en las radiografías de tórax del niño no se veía nada más que una mancha ominosa en crecimiento continuo. La mancha desapareció de la noche a la mañana. Al comprobar las radiografías, el neurólogo, estupefacto, murmuró: «¡Maldita pimpinela escurridiza!». El niño padecía además disautonomía, una misteriosa disfunción del sistema nervioso que afectaba solamente a los asquenazíes, descendientes de judíos de la Europa del Este, y cuyas víctimas no podían llorar ni sentir dolor. La enfermedad había desaparecido, igual que el cáncer. «¡Maurice! —pensó Mayo—, ¡ese *goniff*^[2] caprichoso no respeta las malditas reglas de su propio juego!»

Suspiró mirando en las profundidades del té y puso cara de melancolía; a esas horas, no había *bagels* de semillas de amapola que valieran. «Ya no caen del cielo», se lamentó. Siguió andando y, desconsolado, salió de la Facultad de Medicina por las puertas de al lado de los mostradores, cerrados con reja y candado a esa hora, de la sucursal del banco Leumi y, cruzando las oscuras losas cuadradas de un patio, entró en el vestíbulo principal del hospital. Dos mujeres robustas fregaban el suelo esparciendo agua y espuma hipnóticamente una y otra vez sobre las baldosas jaspeadas de blanco y beis. El vestíbulo cavernoso y resonante, que en las horas diurnas se llenaba de bullicio y ajeteo vitales, estaba silencioso y vacío, con la salvedad de las dos mujeres de la limpieza. Y de una persona más, para consternación de Mayo. En uno de los bancos de cedro en los que esperaban su turno los pacientes de consultas externas había un árabe viejo y encogido de rostro severo, con un raído traje azul marino de raya fina y barba de dos días. Larguirucho y tenso, el viejo árabe miró a Mayo fijamente con una expresión de esperanza y expectación. «Trastornado en el *velterrein* árabe —pensó Mayo—, completamente perdido en el espacio.» Con un discreto gruñido, el neurólogo se acercó al banco y se sentó.

—Buenos días —saludó al árabe en voz baja.

—Día de rosas.

—Día de oro. Dime, hermano, ¿por qué estás aquí otra vez tan temprano? Ya habíamos hablado de esto, hermano, ¿no es así?

Hacía poco que Mayo se había encontrado al árabe al volver de una visita nocturna a un paciente que se quejaba de dolor lacerante de un «miembro fantasma». El buen hombre estaba convencido de que, por ser árabe, o llegaba a la consulta mucho antes que nadie o tal vez no lo recibieran, y no había quien le quitase esa idea de la cabeza.

—Tío, ¿llegó a verte el médico la semana pasada?

—Sí.

—¿Y te puso tratamiento?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué has vuelto, tío?

—¿Por qué no?

Mayo frunció los labios y se quedó como atascado. Coloquialmente, la expresión «¿Por qué no?» cumplía en árabe una función semejante a la del yidis *nu*, una respuesta imprecisa y polifacética con múltiples matices e interpretaciones posibles, incluida la falta total de significado. Sin embargo, sin dar tiempo al neurólogo a concretar la pregunta, el árabe se tocó un lado de la cabeza y, afligido, dijo:

—Por favor, esto es nuevo. Me duele la cabeza.

—De todos modos, no hay necesidad de venir tan temprano, de verdad. No importa que seas árabe o judío. ¿Todavía no nos hemos dado cuenta de eso, tío?

—Ya, pero estamos en guerra.

Mayo vio la solicitud de visita que llevaba el árabe enrollada en la mano y el papel crujió levemente bajo la mirada, pues el árabe la agarró aprensivamente con más fuerza. Sin expresión alguna, el neurólogo miró de nuevo al hombre.

—¿Has rellenado la solicitud? —le preguntó en voz baja.

—Sí.

—¿Y has vuelto a decir que eres puertorriqueño?

El árabe lo miró con un brillo de culpa y de desafío en los ojos.

—¿Por qué no?

Mayo agachó la cabeza un momento y volvió a levantarla.

—¿Eres granjero, tío?

—Tendero.

—Tendero. ¿Qué vendes?

—Recuerdos.

—Ah, ya. ¿Y ahora va mal el negocio?

—Sí, mal. Muy mal. Estamos en guerra.

Mayo miró al árabe de hito en hito y, súbitamente, se puso de pie.

—Seguramente te harán una radiografía del cráneo arriba —le dijo—, pero sospecho que ese dolor de cabeza se debe al estrés. Se te pasará en cuanto vuelvan los turistas. Entre tanto, come plátano frito. Lo manda el médico. El plátano tiene mucho potasio, tío. A tu pueblo le encanta el plátano; es una especialidad puertorriqueña. Come plátanos.

Dio media vuelta y se alejó de allí.

—Que Dios sea contigo —dijo el árabe.

—¡Plátano frito!

Mayo pasó bordeando la inquieta fregona de una de la mujeres de la limpieza y siguió en dirección a los ascensores. Encontró uno esperando, con las puertas abiertas, entró y pulsó un botón negro y redondo marcado con el número 3. Se cerraron las puertas. Un leve tirón y empezó el silencioso ascenso. Sin embargo, al llegar al 3, decidió no salir. Impulsivamente, apretó el botón negro con la letra hebrea *mem* y bajó hasta esa planta; luego, volvió a pulsar el botón 3. Tenía una voluptuosa sensación de espacio ilimitado, porque, durante el horario público, los ascensores

siempre iban llenos hasta la asfixia. «Al país de los juguetes, por favor», murmuró en un determinado momento. Salió del ascensor rebosante de satisfacción.

De camino a su despacho, se detuvo al llegar a un mostrador de enfermería detrás del cual una bonita enfermera morena de unos treinta años rellenaba el historial de un paciente con la cabeza muy cerca del formulario.

—Buenos días, Samia.

—Buenos días.

La enfermera respondió en un tono seco y frío, sin dejar de escribir, sin levantar la vista. Mayo suspiró, agachó la cabeza y la sacudió. No hacía mucho, había herido los sentimientos de la enfermera porque se había mofado del cuento que, emocionada, le había contado a propósito de una paciente llamada Isabell Lahkme, una anciana con demencia moderada y lisiada por fractura de cadera.

—Hacia la una de la madrugada, estaba atendiendo una quemadura en la 304 —le había contado la enfermera—, cuando me pareció que había alguien husmeando por el pasillo. Levanté la vista y, al mirar hacia fuera, ¿a quién vi, lo juro por Dios? ¡A la señora Lahkme!

—Bromeas.

—Lo juro. Sin la menor duda. Era ella, sólo que parecía..., bueno...

—¿Qué, Samia? ¿Qué parecía?

—No sé, animada, ¿sabes? Como rejuvenecida. Entonces se volvió, me miró directamente a los ojos y sonrió. Bueno, se me abrió la boca un palmo, porque, claro, ¡no podía creer que estuviera andando! ¿No es eso? Entonces, le dije: «¡Oiga, señora Lahkme!». No me lo podía creer. Pasó de largo y dejé de verla, pero salí detrás de ella, ¿no? Y, cuando llegué al pasillo, ya no estaba. No había nadie. ¡Desapareció!

—Samia...

—No, no, un momento. ¡Déjame terminar de contártelo! Fui directamente a su habitación y...

—No estaba en la cama, ¿es eso lo que vas a decirme?

—No, no; estaba allí, durmiendo.

—¿A qué viene todo esto, Samia?

—A lo siguiente: un día después, estaba yo en su habitación cuando llegó su hija de visita y...

—Le contaste lo que habías visto, ¿no?

—¿No puedes dejar de interrumpirme? No, Moses, no le conté ni una palabra. La hija le cogió la mano y se la besó; vi que temblaba un poco, ¿sabes? Como si estuviera a punto de echarse a llorar. Entonces, dijo a su madre lo mucho que deseaba que no tuviera que estar siempre «metida en esa cama». Entonces —te lo juro por Dios, Moses, es la pura verdad—, la señora Lahkme le dijo: «No te preocupes. No estoy siempre metida en esta cama, ni mucho menos. No paro de salir de viaje con gente joven».

A continuación, se volvió hacia mí y me dijo; «Y tú sabes que es verdad, porque

anoche me viste, ¿verdad, enfermera?». ¡Ay, Dios mío! Estuve a punto de desmayarme, Moses. ¿No es increíble?

—No —la interrumpió el neurólogo—. Y lo que es más, no tienes ningún derecho a desvariar, Samia. Eso es privilegio del médico jefe y la alta jerarquía del hospital.

Había sido eso, pensó Mayo, contrito, oyendo el rasgueo de la pluma de tinta de la enfermera, que no levantaba la cabeza de su tarea. Además, le había contado otra cosa que había visto esa misma noche. Mayo se había quedado mirando incrédulamente la estrella roja de David cosida en la gran cofia blanca almidonada. Todo su empeño en creer esos cuentos con fe inquebrantable había fracasado de la manera más miserable ante dos verdades incontestables: Mayo sabía que la enfermera era neurótica, además de aficionada a poner a prueba con valentía y creatividad los límites más extremos de la paranoia. En una memorable ocasión se había quejado amargamente de que los empleados de una verdulería cercana a Montes de Jerusalén, el modesto barrio donde vivía, se habían negado a llevarle la compra al coche aduciendo que «toda esa porquería de ahí es antiárabe», cuando, en realidad, los propietarios del establecimiento eran palestinos. Mayo esperó pacientemente, deseando que la enfermera dejase de escribir, hasta que se dio por vencido y, con un suspiro, reanudó la marcha. En ese mismo instante cesó a su espalda el garabateo de la pluma.

Con un gesto de resignación siguió adelante, recorriendo un pasillo flanqueado por estrechos catres e inquietos durmientes. El ordenador central del hospital se había estropeado, con el consiguiente retraso del alta de docenas de pacientes que sólo habían ido a hacerse una visita de seguimiento. Repitió el gesto de resignación. Al llegar a la puerta de su despacho, buscó la llave en el bolsillo de la bata y la sacó, pero cuando iba a introducirla en la cerradura, volvió la cabeza a un lado y, pensativo, se fijó en las sombras del fondo del corredor, tenuemente iluminado, desde donde lo llamaba un misterioso resplandor suave. «Fue ahí —pensó—. Ahí es donde sucedió.»

—Samia, estás tocada —murmuró.

Sacó la llave, la guardó en el bolsillo y, arrastrando los pies, siguió andando por el largo pasillo con ventanas; dejó atrás camillas y bombonas de oxígeno de reserva hasta llegar cerca de una pared, decorada con llamativos personajes de dibujos animados, que cerraba el pasillo y señalaba el comienzo del ala infantil. Se detuvo. Vio una cosa en el suelo, justo delante de él. Se agachó a recogerla. Era un gorro blanco de chef de talla muy pequeña; pensó que sería de un disfraz infantil de la fiesta de Purim y, con una sonrisa cariñosa y triste que le templó hasta los ojos, lo depositó con cuidado en un carrito de medicación que, aparcado, aguardaba en silencio el momento de comenzar su chirriante ronda. Oyó un ruidito muy débil detrás de sí, como de una aguja al caer al suelo. Se volvió pero no vio nada. No había nadie en el pasillo. «¿Qué esperaba ver?», se preguntó.

—¿Señora Lahkme? —dijo roncamente en voz alta.

Se acercó a una ventana de observación y se detuvo a mirar las altas y grises

cunas metálicas de la sala, ocupadas por niños que dormían. Contempló con melancolía al niño moreno que se había librado del cáncer y de la disautonomía. La remisión de ambas enfermedades no era más que una pieza del rompecabezas. Todavía quedaba otro misterio en el aire, la versión del cuento de improbabilidades que le había contado Samia.

Creyó percibir movimiento y, al mirar, vio que un niño se había despertado: una niña de dos años y mejillas gordezuelas y sonrosadas que estaba acostada de lado con el pulgar en la boca. Miraba a Mayo con una sonrisa traviesa que parecía esperar algo divertido. En el momento en que el neurólogo cruzó la mirada con ella, la niña se sentó riendo de contento y aplaudiendo con las manitas delante del cuerpo. Después se quedó quieta un momento, concentrada en la figura de Mayo, como si esperase algo, mientras la sonrisa iba desapareciendo de sus ojos; se puso de nuevo el dedo en la boca, suspiró, se tumbó y volvió la cabeza hacia el otro lado. El neurólogo, confundido, siguió observándola; por último dio media vuelta y se fue arrastrando los pies, con el tazón apretado en la mano y el té más frío que su búsqueda del sentido de la vida.

Se detuvo ante la puerta de su despacho. Había captado de reojo un movimiento al fondo del pasillo, algo negro y rápido, pero, cuando miró directamente hacia allí, no vio nada. Suspiró y, sacudiendo la cabeza con abatimiento, abrió la puerta y entró. «El virus mortal de Samia se está propagando —pensó—. ¡Hay que comunicárselo a la OMS!» Desganado, se acercó a la oscura silla giratoria de roble que esperaba fielmente detrás de la mesa, se sentó y echó una breve ojeada al caos que se acumulaba en la habitación. Cuando era médico jefe, puesto al que había renunciado misteriosamente, más o menos en la época en que había empezado a adelgazar de un día para otro, su despacho era fiel reflejo de su estado mental: un templo silencioso de pulcritud y organización. Sin embargo, desde la renuncia, el cubículo había ido degenerando hasta convertirse en una guarida asilvestrada de libros e informes que alternaban en los anaqueles con recuerdos y trivialidades humorísticas, y de paredes, antaño desnudas, que se asfixiaban bajo una capa de citas, fotografías y curiosidades enmarcadas, como por ejemplo, la etiqueta descolorida de un envase de una sustancia líquida de color ciruela que llevaba el evocador nombre de «Nosferatu. Zumo de remolacha» —con las palabras «producto de importación» justo debajo del nombre— y un par de ocurrencias del humorista israelí Ephraim Kishon, una de las cuales se titulaba «Consejo para pacientes»:

NO SEA QUISQUILLOSO. SI PIDE CALDO Y SE LO DAN CON FIDEOS,
LA ENFERMERA LE DIRÁ:
«PUES TÓMESE EL CALDO Y DEJE LOS FIDEOS».

Al lado se encontraba la otra:

¿QUÉ SE SACA HOY POR UNA LIBRA?
¡LA MALDICIÓN DE UN MENDIGO!

En un lugar destacado, entre un cartel turístico de la californiana Carmel y una fotografía de la neblinosa despedida de los amantes del final de la película Casablanca, esas dos perlas guiaban el paso de Mayo por el mundo.

Miró apesadumbrado el desorden de la mesa: cartas, informes, recordatorios y notas manuscritas. Con la punta de los dedos apartó unos cuantos papeles hasta dejar al desnudo un espacio de pino barnizado, un retal de mar pálido en medio de un batiburrillo de témpanos de hielo. Posó allí el tazón y dedicó unos instantes de reflexión a la siguiente clase de las diez de la mañana. Sabía que necesitaba dormir, pero estaba demasiado inquieto, afectado todavía por una difusa sensación premonitoria. Se acordó de la tirita del sueño. ¿Qué significaría? Como de costumbre, había dejado la puerta del despacho abierta de par en par, otra novedad que había empezado en la época de la súbita pérdida de peso; levantó la cabeza y miró la pared con una curiosa expresión triste y melancólica, como si esperase ver pasar por allí a un antiguo amor perdido. Sin embargo, no había señales de vida en el pasillo. Suspiró. Echó de menos la distracción del periódico matutino, el bálsamo de la inmersión en la rutina y, desesperado, echó mano a la papelería, que se encontraba debajo de la mesa, y rescató el *Jerusalem Post* del día anterior; lo abrió encima de la mesa y se puso a releerlo pasando la vista rápidamente por los titulares, «SIRIA PODRÍA REAVIVAR LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS», «SIETE CONDENADOS POR EL GRAN JURADO DEL WATERGATE», «LLEGA A EUROPA LA OLA ESTADOUNIDENSE DE DISTURBIOS UNIVERSITARIOS», «MUEREN 22 NIÑOS EN UN ATAQUE DEL VIETCONG» y «UNA PITÓN SE TRAGA A UNA MUJER EN BANGLADESH».

Al llegar a los dos últimos soltó un gruñido, pero no dijo nada.

Por ese día, no podía hacerse cargo de más desgracias en más partes del mundo.

Buscando algo más halagüeño se fijó en un anuncio de Chutzpah, un perfume de Aviva Dayán, hija del famoso jefe del Estado Mayor del Ejército, que le suscitó la deseada sonrisa irónica. Con los labios fruncidos en un redondel provocativo y sensual, la muchacha lo miraba arrebatadoramente desde la foto, por encima de las letras que proclamaban las virtudes del perfume:

¡ARROGANTE! ¡DIRECTO! ¡PROVOCATIVO! ¡A LA PAR QUE FRESCO
Y NATURAL! ¡A IMAGEN Y SEMEJANZA DE LAS AUTÉNTICAS
ISRAELITAS QUE LO INSPIRAN!

Casi al final del anuncio se promocionaba otro perfume:

MAZELTOV: ¡EL PERFUME DE LA SUERTE!

Mayo se rio por lo bajo y su risa se mezcló con el recrujir del papel al dar la vuelta a la página para ver una sección fija, titulada «Celebraciones del día en Jerusalén»:

Paseo diario. Jueves. Catorce estaciones hasta la iglesia del Santo Sepulcro. Píscolabis gratuito a continuación, en restaurante chino mandarín. Lugar de encuentro: Convento de la Flagelación.

Sonrió. Después, dos artículos de la última página le proporcionaron mayor y más hondo solaz:

LONDRES: AGENTE POLICIAL FLATULENTO EN BUSCA Y CAPTURA POR NO DISCULPARSE

LONDRES (REUTERS): Tras recibir las quejas de una familia, la policía busca desde el miércoles a un agente flatulento, quien, al parecer se permitió ventosear en el hogar de dicha familia durante una redada de drogas, pero no pidió disculpas. Un portavoz de Scotland Yard ha confirmado que el caso está manos del Departamento de Conducta Profesional.

El otro solemne artículo decía:

Noruega: Un alce en celo confundió un pequeño coche italiano de color amarillo chillón con una posible pareja, pero, al parecer, ante la falta de respuesta, defecó en el vehículo.

—He aquí la respuesta —murmuró Mayo de manera inexpresiva— al misterio de los dolores de cabeza de la esposa frígida.

Echó un vistazo a dos titulares menos sensacionalistas que también le habían llamado la atención el día anterior, aunque no habría sabido decir por qué. En uno se informaba de la llegada de unidades de reemplazo de la Unión Soviética que sustituirían a las albanas en la misión de paz de la ONU en los Altos del Golán. El otro hablaba de un cadáver hallado al pie de la torre de la iglesia rusa. Aunque la autopsia todavía estaba en proceso, se creía que la víctima se había caído de los empinados peldaños de la torre, «hipótesis fundada —continuaba el artículo— en el traumatismo que presentaba el cadáver», aunque «todavía no se había descartado el homicidio».

La causa de la muerte había sido rotura de cuello.

Apartó los ojos de la lectura. Había oído un crujido extraño. Se fijó en un rincón de la habitación en el que, de pie y como mareada, reposaba una funda negra de violín llena de polvo. El niño que llevaba dentro la miró de soslayo: teniendo en cuenta la reciente racha de acontecimientos sobrenaturales benignos, ¿no andarían también las tinieblas rondando por los pasillos? «¡No, imbécil! ¡La funda de violín ha resbalado y ha hecho un ruidito!» Pensó que también podría ser un aviso de Maurice, de que, por no haber podido tocar una nota en varias semanas, necesitara practicar más concienzudamente; eso le recordó su deber y sus obligaciones, conque dobló el *Jerusalem Post*, lo devolvió a la papelera y buscó entre los documentos del escritorio hasta dar con los artículos que había analizado para la clase de la mañana.

Uno se refería a la alucinosis peduncular, un síndrome neurológico curioso y poco común que afectaba a personas completamente cuerdas, que veían pequeños personajes de dibujos animados, como Porky o el pato Lucas, vestidos de uniforme militar, casi siempre de las SS nazis; el otro estudio trataba del dolor, según un notable experimento reciente del Centro de Control del Dolor de la UCLA, llevado a cabo por un «hombre de pelo cano» de sesenta y pico años sobre una tabla muy fina de un metro cuadrado, con cien clavos clavados de manera que las afiladas puntas sobresalían unos dos centímetros y medio por el otro lado. Para cerciorarse de que no había trampa ni cartón, varios miembros de la Facultad de Medicina tocaron previamente los clavos con la mano y afirmaron que bastaría una presión mínima para que se hundiesen en la carne humana. A continuación, el sujeto de pelo cano se quitó la camisa y la camiseta y se tumbó junto a la tabla; después se acostó boca arriba sobre los afilados clavos y permaneció allí varios minutos sin dar señal de dolor ni malestar; luego «se levantó con un ruidito estremecedor de ventosas, a medida que el cuerpo se despegaba de los clavos». De la espalda no salió una gota de sangre, salvo en un punto del hombro, y, tan pronto como le advirtieron de la pequeña herida, esta dejó de sangrar. Existían individuos que nacían con «insensibilidad congénita al dolor», una afección neurológica extraordinariamente poco común, de causas desconocidas todavía, que consiste en la ausencia de conexión entre los nervios sensibles al dolor y el reconocimiento del mismo por parte del cerebro. Sin embargo, el hombre de pelo cano no la padecía. «Eres una persona interesante, Maurice —dijo Mayo sin apenas mover los labios, mirando el informe—. Has creado algunos seres que no pueden derramar lágrimas, y otros que no sienten el dolor. ¿Se trata de una bendición o de una maldición terrible?»

—¿Necesita algo, doctor Mayo?

Sobresaltado, levantó la cabeza.

Desde el otro lado de la mesa lo miraba bondadosamente un hombre alto, rubio, con barba, de facciones curtidas y vestido de blanco hospitalario, un ayudante voluntario ocasional que hacía tareas básicas, pero pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros en voz alta a los pacientes.

—¡Ah, Wilson! No le oí llegar.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió que a lo mejor quería que hiciese algo.

—Sí, me gustaría que me enseñases a teletransportarme.

—¿Cómo dice?

Unos pasos se acercaban por el pasillo. Wilson desvió los ojos sutilmente en dirección al sonido.

—Hacía ya unas semanas que no lo veíamos por aquí —le dijo Mayo con una maliciosa sonrisa irónica en los ojos—. ¿Ha estado de vacaciones o algo así, Wilson? ¿Disfrutando de las aguas de nuestro espectacular mar Muerto, untándose la cara de *hummus*, tomando Manischevitz cosechero y pensando: «¡Guau! ¡Esto es vida! ¡Esto es vivir!»?

Mayo miró brevemente al pasillo en el momento en que pasaba a toda prisa un franciscano de barba pelirroja y hábito marrón, haciendo ruido con las cuentas de madera de olivo del rosario que colgaba de su cinturón de cuerda: Dennis Mooney, el mordedor de puros, el fraile jovial y charlatán que se ocupaba de la iglesia de los Prados del Pastor, situada cerca de Belén, en una localidad llamada Bei-Sahour. Cuando iba de visita a Jerusalén, solía pasar siempre por Hadassah a dispensar oficios clericales. A Mayo le resultaba cargante y se alegró de que no se detuviera a charlar.

Volvió a mirar al voluntario.

—¿Qué se ha hecho en la mano? ¿Se ha quemado?

—En la cocina.

—¡Cosa fina! Entienda una cosa, Wilson: las nubes de malvavisco no se tuestan prendiendo fuego a un pan matzá regado con queroseno. Si trata así al matzá, seguro que le ataca. ¡Y deje de morderse los dedos, por Dios! ¿Qué hace merodeando por aquí a estas horas? ¿A quién lee en voz alta, Wilson? ¿A los murciélagos?

—Bueno, es que... los de quemados... a veces no pueden dormir.

Mayo bajó la mirada y asintió.

—Sí, lo sé —murmuró taciturno.

—Bajo al laboratorio. ¿Necesita algo?

—No. No necesito nada, Wilson. Gracias por preguntar.

Mayo volvió a ponerse lúgubre, no podía seguir enarbolando el brillante escudo del humor. Wilson lo observó intensamente un momento, hasta que, sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó. Mayo levantó la cabeza y lo siguió con la mirada. El neurólogo iba a Ramala una vez al mes, a trabajar de voluntario en un lazareto dirigido por una orden de monjas austríacas. Había visto allí a Wilson un par de veces leyendo libros o fragmentos de noticias a leprosos analfabetos o ciegos. Eso le recordó otro milagro, el de una leprosa, una robusta campesina que había ido perdiendo la vista poco a poco. Solía estar en su celda, sola y a oscuras, y, si de pronto la exponían a una luz intensa, se estremecía y soltaba un gemido grave de dolor. Había recuperado la vista hacía dos meses. No se había librado de la lepra, pero sí en gran medida de la soledad.

—¡Tengo que operarme la nariz!

Samia irrumpió en la habitación gesticulando con los brazos, haciendo recrujir con el roce el algodón almidonado de los lados del uniforme. Se dejó caer en una desvencijada butaca Naugahyde.

—¡Así! ¿Lo ves? —dijo, poniéndose de perfil y levantándose con un dedo la punta de la nariz—. Necesito un buen cirujano, uno bueno de verdad. —Mayo la miraba sin dar crédito a sus ojos, mientras la enfermera, con los pies del número 42 por delante, se sentaba de un salto levantando las piernas unos centímetros en el aire—. Tengo invitados estadounidenses a cenar la semana que viene —dijo—. ¿Qué hago? ¿Qué les pongo de comer? ¿Cocina judía? ¿Árabe? ¿O qué?

Sin parar de gesticular rápidamente con las manos, centelleantes sus grandes y oscuros ojos, siguió disparando a discreción un soliloquio que saltaba sin tregua de tema en tema: de la cena concertada a los Altos del Golán, pasando por la proporción justa de limón que llevaba el hummus, hasta vaciar por fin su saco de inconexiones; entonces, se levantó de la butaca de un brinco y se puso a mirar y remirar las fotografías y citas de las paredes.

—¡Cuántas novedades por aquí! —comentó.

—¿Por qué no?

—¿El que acaba de salir era Wilson?

—Sí.

—A su lado siempre se respira tranquilidad, ¿te has fijado, Moses?

—No.

—Eres de piedra. El hombre es un poco tardo, cierto, pero ¡qué sonrisa tiene! ¡Mata! De lo que no tengo la menor idea es de por qué no se afeita esa barba que lleva. Vive enfrente de mi casa, ¿sabes? Lo veo a todas horas.

—Geográficamente deseable, Samia.

—Sí, lo sé. Y un verdadero encanto, pero demasiado joven para mí, Moses.

Mayo se quedó asombrado.

—¿Demasiado joven? —dijo—. Pero si es mayor que tú.

—De eso nada. Además, alterna con los tirados del Club 2000.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Acaso lo vigilas, Samia?

—No te pases de listo. Lo que ocurre es que a veces, cuando miro al edificio de enfrente, veo a un tipo que tiene en su casa. Aparta las cortinas y mira al vendedor de fruta, que toca la campana. Y el tío va en pijama. ¿Tú crees que Wilson será de la otra acera?

—Lo dudo.

—No se moriría por afeitarse esas barbas; le tapan demasiado la cara. ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Significa algo? ¿Qué? ¿Una frase de la película?

Se refería a una frase en gruesas negritas que Mayo había sobrepuesto al pie de la foto de Casablanca:

NUNCA HAGO PLANES DE LARGO ALCANCE

—Sí, significa algo.

—¿Qué?

—No tiene importancia.

—Pero ¡qué cascarrabias eres! ¿Y esto otro? —preguntó la enfermera—. Esto de aquí, lo de al lado de Meral cuando hizo aquella detención tan espectacular. —Acababa de dejar atrás una foto de prensa de un sargento de policía uniformado; la pregunta se refería a la de dos risueños adolescentes enlazados por los hombros. Señalando, preguntó—: Este de aquí eres tú, ¿verdad? El de la izquierda.

—Sí, soy yo.

—¿Y el otro quién es?

—Meral.

—No lo habría adivinado nunca.

—¿Por qué?

—Porque está sonriendo.

Mayo miró la foto con una expresión de triste desapego en los ojos y recordó que, tres meses después de hacerse esa foto, moría el último miembro de la familia de Meral, la madre, y el niño de doce años tuvo que hacerse cargo de todos los trámites del entierro.

—¡Qué hombre tan poco hablador! —comentó la enfermera—. ¿Va con alguien?

—¿A qué te refieres? ¿A un psiquiatra?

—A una mujer.

—No creo.

—Lástima —dijo la enfermera.

Entonces, se volvió hacia Mayo con los ojos brillantes.

—¡Ah! ¡Pero estuvo genial con el maniaco de Psiquiatría!

El solitario cobijo de la séptima planta, la de Psiquiatría, había albergado una temporada a dos internos, esquizofrénicos dóciles ambos y convencidos de que eran Jesucristo. Hacía seis semanas, uno de ellos había asesinado al otro. El asesino, un prisionero sirio de diecisiete años que había perdido los genitales en combate, había rajado la garganta a la víctima alegremente y sin mediar provocación con un cuchillo de cocina de treinta centímetros, que, acto seguido, volvió contra sí y, poniéndoselo en la garganta, amenazó con suicidarse al ver acercarse a los agentes de seguridad del hospital. Ante semejante callejón sin salida, a alguien se le ocurrió avisar a Meral y fueron a despertarlo en plena noche. Al verlo entrar en la planta, el joven asesino de barba negra, que en ese instante lanzaba una ardiente proclama como prueba de su divinidad, cerró la boca y, cuando Meral se le acercó con las manos en alto, enseñándole las palmas, y murmurando suavemente en árabe: «*Ibni...*, hijo mío», el soldado dejó caer el cuchillo al suelo, rompió a llorar de una manera desgarradora y se echó en brazos del policía abrazándolo a su vez estrechamente, mientras el agente le imponía ambas manos en la cabeza y decía una y otra vez, siempre en árabe: «Sí, pobre hijo mío. Lo sé. Lo sé».

—Fue sencillamente asombroso —prosiguió Samia volviéndose de nuevo hacia la pared—. Es que tiene un no sé qué que te conquista. No sé qué es, pero tú confías en él. ¿No es eso? Confías en él y ya está. Bueno, ¿y esto qué es?

Se refería a una placa que decía: ¡cuba, sí, masada, NO!

—No lo entiendo —insistió ella—. ¿Qué es...?

El neurólogo la cortó bruscamente.

—Bien, Samia, ya basta. Vamos, siéntate aquí y cuéntamelo todo otra vez.

La enfermera se volvió sin comprender.

—¿Qué te lo cuente todo? ¿A qué te refieres?

—Lo sabes de sobra.

—No, no lo sé.

—Todo ese asunto del payaso.

—¡Ah, ya! —Con un gesto displicente de la mano, la enfermera se volvió de nuevo a las fotos—. Bueno, la verdad es que no estoy segura de...

—¡He dicho que basta! ¡Me rindo! ¡Sin novedad en el frente paranoide! Verás, lo he estado pensando y quiero que me lo vuelvas a contar todo, hasta el último detalle, absolutamente todo lo que recuerdes. Ahora voy a escucharte, Samia. ¡Lo juro!

A Samia se le cayó de golpe la máscara de indiferencia y, agradecida y conmovida, fue rápidamente a sentarse otra vez en la butaca Naugahyde, pero no se dejó caer como antes, sino que se inclinó hacia delante con un anhelo que le cortaba la respiración, deseando repetir una vez más lo que había visto hacía dos días, el lunes 11 de marzo, durante su descanso de las tres de la madrugada, al entrar en el ala infantil a ver a Tzipi Tam, la enfermera al cargo en ese momento y buena amiga suya, y detenerse un momento en el camino al descubrir con gran asombro, al otro lado de la partición de cristal del ala, a un payaso de circo completamente disfrazado y maquillado haciendo hábiles juegos malabares con tres pelotas de vinilo de color naranja ante un público compuesto únicamente por los dos niños internos que estaban despiertos: una niña de dos años y mejillas sonrosadas y el niño del «milagro» del rhabdomiosarcoma. Concluido el relato, la enfermera se reclinó en la butaca con los brazos cruzados. Mayo le preguntó si estaba segura de la fecha del suceso y ella dijo que sí.

Era el mismo día en que habían remitido el cáncer y la disautonomía.

—¿Lo reconociste? —preguntó Mayo.

La enfermera se encogió de hombros.

—¿No?

—Con tanto maquillaje y demás... Y la peluca roja, tan larga, abundante y rizada —dijo—, toda llena de caracolillos.

—Tenía que ser alguien de la casa, por fuerza —dijo Mayo.

—No lo sé.

—O alguien contratado por algún padre.

La enfermera frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Pues ¿no celebró su cumpleaños uno de esos niños?

—¿Cuándo?

—Ese día.

Mayo se acordó de que, cuando vivía en California, los padres tenían la costumbre de felicitar los cumpleaños a sus hijos por medio de un payaso con patines.

«Pero ¿en plena noche?», se preguntó de inmediato.

—No Jo sé, Mayo, ¿por qué?

—Es igual. ¿Cómo era de alta esa persona?

—Bastante, me parece. Grande. Era una persona grande. —¿Quieres decir robusta? ¿Fornida?

—Sí, las dos cosas.

—Entonces estás segura de que era un hombre.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No estoy segura de lo que he dicho.

—Pero a ti te parece que era así.

—¿Has visto alguna vez una mujer payaso?

—He salido con alguna, Samia. ¿Hablaste con él?

—No, sólo lo vi al pasar.

—¿Y él te vio a ti?

—No sé, pero no creo.

—¿Y entonces siguió con sus malabarismos?

—Sí.

—¿Parecía que molestase a los niños?

—Parecían muy contentos. La niña aplaudía y se reía.

Mayo miró inexpresivamente a la enfermera. Luego bajó la vista a la mesa y asintió.

—Sí, te creo. Fue todo tal como lo has contado. —Levantó la vista de nuevo—. ¿Avisaste a seguridad, Samia?

—No; pensé que a lo mejor tenía autorización y que mejor se lo preguntaba antes a ella, a Tzipi. Sin embargo, cuando llegué a su despacho, no estaba, conque volví atrás a averiguar qué pasaba; pero en el ala infantil tampoco había nadie.

—¿Ni el payaso, quieres decir?

—Sí, ni el payaso.

—¿Y los niños seguían despiertos?

—Sólo el niño.

—¿Te pareció que estaba diferente?

—¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

—Pues..., mejor de salud, tal vez.

Samia negó con la cabeza.

—No sé qué decir.

—¿Más atento?

—No lo sé, no es mi ala.

—Claro, claro.

—Según he leído, últimamente circula por Europa una droga, un hipnótico; los hombres se lo ponen a las mujeres en la bebida y luego las violan, Mayo.

Mayo asintió.

—Sí, el Rohipnol.

—¿Funciona, de verdad?

—¡Vaya, Samia! ¿Quieres autoadministrártelo?

La enfermera soltó una risotada y después miró al neurólogo con afecto.

—¡Qué gracioso eres! —le dijo.

Mayo bajó la mirada.

—Sí, el que es gracioso nunca deja de serio —dijo, distante.

—¿Quieres que te cuente otra vez lo de Lahkme?

Mayo la miró con una expresión gélida, se inclinó hacia delante y removió los papeles de la mesa.

—No, ahora no, Samia. Gracias. Tengo que preparar una clase.

—¡Ah, sí! Yo también tengo que irme ya.

Samia se levantó.

—Si quieres saber alguna otra cosa, no tienes más que decírmelo.

—De acuerdo.

—Gracias, Moses.

—¿Por qué?

—¡Ah! Ya lo sabes.

La enfermera dio media vuelta y salió del despacho, pero, cuando hubo desaparecido, Mayo siguió mirando fijamente el pasillo vacío, hasta que el ruido de sus pasos se extinguió. Recordó una cosa que había leído en una publicación de medicina: en una época había existido una clínica de trastornos del sueño justo enfrente del Big Ben; pensó que, después de eso, ya no cabía dudar de nada, por desorbitado que fuese. En alguna parte se abrió un ascensor que hizo un sonido como un suspiro, esperó y luego, despacio y en silencio, se cerró. «Maurice, que se larga —pensó—, antes de que venga a buscarlo la “Loca Policía de Dios”. ¡Como para pensar en un universo racional en el que poder confiar, con tanta magia caprichosa despendolada por ahí!»

—No importa —murmuró—, siempre y cuando sea magia blanca.

Una melancolía remota le tiñó la mirada al fijarla un momento en la foto de Casablanca; luego vio el cenicero de la mesa, rebosante de colillas dobladas y, a continuación, la oscuridad del otro lado de la ventana; deseó entonces que hubiera amanecido ya y, por el este, en lo alto del monte, se alcanzara a ver el edificio de la sede de la ONU, en Ein Kerem, donde había nacido Juan Bautista, porque sonreiría,

como de costumbre, al pensar que la elevación que ahora ocupaba el edificio correspondía a la bíblica colina del Mal Consejo. En silencio, bajó la mirada a su trabajo, repasó desganadamente el artículo sobre el dolor y escribió unas notas en una libreta amarilla de rayas azules. Soltó el bolígrafo al cabo de veinte minutos. El torbellino de pensamientos. La premonición. El sueño. Inquieto, se levantó, salió del despacho y se fue a dar una vuelta por los pasillos, tan silenciosos antes del amanecer, con sus carteles de silencio colgados a intervalos regulares. En el ala de quemados charló con un joven soldado insomne al que, durante la guerra de Yom Kippur o de Octubre, le habían cortado el brazo y lo habían llevado al hospital desde el campo de batalla con la esperanza de que los cirujanos se lo pudieran coser: «Eso es lo que recuerdo, que cogí mi propio brazo de la mano». Después, Mayo se fue a la cuarta planta, al ala de Neurología y, al salir del ascensor, vio que se acercaba el padre Mooney. Al ver a Mayo, el atractivo cuarentón franciscano se detuvo un momento, vacilante y como acoquinado, pero enseguida sonrió ampliamente y siguió acercándose dispuesto a estrechar la mano a Mayo. El neurólogo se estremeció en su fuero interno: el franciscano, entusiasta e incansable anecdotista, podía acorralar a cualquiera y, con intención de demostrar su atrevido y desquiciado sentido del humor, bombardearlo con pesados relatos interminables, como el de la monja embarazada en silla de ruedas que se encuentra con un amigo sacerdote en un aeropuerto y, jubilosa, recibe al mortificado viajero con los brazos abiertos diciéndole: «¡Ay, Jim! ¡Cuánto me alegro de que fueras tú!».

—¡Hola, Mayo! ¡Me alegro de verlo! —exclamó Mooney.

Mayo se llevó el dedo a los labios.

—¡Ah, sí! Lo siento —dijo Mooney bajando la voz—. No me acordaba de la hora. —Cuando la puerta del ascensor empezaba a cerrarse, Mooney lo impidió interponiendo la mano—. ¿Qué tal va todo, Mayo?

—Todavía no me he ido al otro barrio. Lo vi pasar hace un rato, Mooney.

—Sí, ya. No podía pararme. Tenía que dar una comunión de urgencia. Lo de costumbre. —Mooney levantó el brazo y consultó la hora en su reloj. Era un grueso Rolex de oro—. Bueno, tengo que volver —dijo con un suspiro— Hoy llega un montón de turistas a la capilla a primera hora.

Los muros de la pequeña iglesia redonda del fraile estaban cubiertos de mosaicos de heraldos angélicos que cantaban a coro *Gloria in Excelsis Deo*, y en cualquier estación del año, tanto en diciembre como en julio, eran muchos los turistas que, bajo la cúpula de cristal de su nave, se reunían a cantar villancicos con el corazón inesperadamente henchido de emotividad. Cuando Mooney entró en el ascensor, Mayo vio de refilón una cicatriz que tenía el franciscano en la base del cuello. El fraile se volvió, apretó el botón del sótano y, al levantar la mano para despedirse, Mayo le vio una tirita blanca y ancha en la punta del dedo corazón.

—Tengo anécdotas nuevas que contarle, Mayo. Venga a vemos.

—Sí, sí —murmuró el neurólogo, como ausente.

—¡Ah, bien, estupendo! ¡Que sea pronto! ¿De acuerdo? ¡Que sea pronto!

El ascensor se cerró con un silbido.

Con las manos en los bolsillos de la bata, el neurólogo, sumido en sus pensamientos, bajó la cabeza y, mientras oía la sacudida del ascensor, que iniciaba el descenso, intentó averiguar por qué un cosquilleo helado en la sangre le había puesto de punta el pelo del cogote.

Oyó el golpe seco del ascensor al detenerse abajo.

Levantó la cabeza y miró abstraído al pasillo, a las filas de habitaciones de pacientes numeradas. Se preguntó qué le pasaba, cuál de todos los múltiples y variopintos trastornos raros de la mente le había dejado la sombra de una pincelada en el cerebro. Al fondo, en un cruce de pasillos, apareció de pronto una enfermera como un destello blanco y, detrás, un ayudante, seguramente Wilson, supuso Mayo. Esperó a que desapareciesen de la vista y siguió andando hasta la puerta de la habitación 406, por cuya ventanilla de observación se asomó a mirar con tristeza la oscuridad del otro lado y el tenue punto de luz nocturna. El último inquilino de la habitación, un hombre llamado Ricardo Rey, había sido paciente suyo. Era el que había muerto. Rey, funcionario del consulado español, era hombre de espíritu bondadoso y paciente y cara de querubín anciano con pelo blanco; había llegado a manos de Mayo tras sufrir un derrame cerebral devastador. A medida que transcurrían las semanas de convalecencia, las previsiones de Mayo habían ido mejorando con cautela, a pesar del contratiempo de la vista del paciente: no veía nada más allá de sesenta o setenta centímetros. A esto se sumó después un detalle un poco siniestro: Rey empezó a decir que veía en la habitación a gente que no estaba; por ejemplo, un día en que, sentado en la cama, hablaba con Mayo y se interrumpió en medio de una frase, se volvió a mirar ligeramente a la izquierda y, con aplomo y modales exquisitos, dijo a lo que debía de ser una aparición: «Lo lamento muchísimo, pero díganme, ¿nos conocemos?». Al principio, Mayo no le dio mucha importancia y achacó las visiones a probables lesiones cerebrales relacionadas con la vista; pero todo cambió cuando el neurólogo preguntó al paciente qué le había dicho la aparición.

—Nada —contestó Rey.

—¿Nada? ¿Y entre ellos? ¿Hablan entre ellos?

Rey se quedó pensando unos momentos con la cabeza agachada, como si sopesara la pregunta juiciosamente. Después, la levantó y respondió con sencillez: «Presencian». Por algún motivo que no supo precisar, la respuesta inquietó a Mayo.

Rey falleció cinco semanas después del incidente.

Mayo se frotó la base de la nariz con un nudillo. La muerte de Rey. ¿Eso era lo que lo preocupaba, a fin de cuentas? Recordó que, al principio, cuando empezó la práctica de la medicina, le obsesionaban las palabras que, en sus últimos momentos, había pronunciado una estrella de cine que apenas había cumplido sesenta años: una queja en susurros: «Pero, si acabo de llegar al mundo». Sin embargo, con el tiempo,

se había acostumbrado a esa clase de pérdida. «Además, esto no es dolor —pensó—, porque el dolor lo conozco de sobra.» A lo lejos se oía un apagado entrecuchar de platos y vasos. Miró la hora. Casi las cuatro. Habían empezado los preparativos del desayuno de los pacientes. «Y con el alba, no tardará en hacerse visible el edificio de la ONU —pensó agradecido—. No hay por qué tener miedo a lo que pueda suceder.»

Siguió deambulando por el pasillo, torció a la derecha en el siguiente cruce y, al ver que salía luz por la ventanilla de la puerta del paciente de la 422, se animó inmediatamente. Era la habitación de Eddie Shore, el legendario director de big band de la década de 1940 que, cuando más clamorosa era su fama, decidió inexplicablemente dejar la música y retirarse a una granja del norte de Virginia, donde inició una nueva carrera de escritor de novelas. Había ido a Jerusalén a documentarse para escribir un relato histórico ambientado en la época de Jesucristo y no se encontraba en Hadassah por un trastorno neurológico, sino porque presentaba síntomas de salmonelosis. Le habían dado cama en el ala de Neurología porque las habitaciones eran mejores. Mayo apretó el paso. Como gran aficionado que había sido en su juventud a la música de Shore, se había presentado a su ídolo sin el menor recato y había mantenido largas conversaciones con él, a lo largo de las cuales había descubierto a un ser humano totalmente inesperado: afable y cordial a la par que brusco y cascarrabias, agudo y perspicaz a la vez que brutalmente franco. Algunas veces resultaba escurridizo, se desviaba del tema o pasaba una pregunta por alto como si no la oyera, pensaba Mayo, y era en esos momentos cuando parecía envolverlo un velo de misterio.

Aunque era prácticamente calvo, tenía los pómulos altos y prominentes y una mirada fascinadora que lo hacían extraordinariamente bien parecido incluso a sus sesenta y pico años; se había casado con toda una serie de las más glamurosas jóvenes promesas hollywoodenses, aunque ningún matrimonio había durado mucho tiempo, y en una ocasión en que Mayo le preguntó cómo podía haberlas dejado, le respondió: «¿Bromeas? ¡Era muy difícil! Porque, figúrate, ¿cómo se le dice a la diosa desnuda que está contigo en la cama, objeto de deseo de todos los hombres del mundo, que estás harto de ella? ¿De verdad te parece tan fácil? ¡Por el amor de Dios, Mayo! ¡Piénsalo un poco, haz el favor! ¡Piénsalo!».

También le había contado sus motivos para dejar la música.

«Un día se me ocurrió hacer una gira completamente distinta —empezó a explicarle—, es decir, con una orquesta buena de verdad, con los mejores músicos del país. ¡La mejor! Íbamos a tocar cosas originales e innovadoras, no la aburrida matraca que tocamos en el Paramount de Times Square justo después del telonero “Don Nosecuántos y su Mighty Wurlitzer”, y en fiestas de promoción de facultades e institutos. De manera que compuse unas piezas elegantes, salvajes, verdaderamente maravillosas, reuní una orquesta impresionante e iniciamos la gira. ¿Y sabes lo que pasó? ¡Que a la gente no le gustó nada! ¡Nos abuchearon! Sí, nos abuchearon en todos los conciertos, nos pedían a voces que tocásemos mis grandes éxitos, mis

canciones más populares, hasta que me harté y dije: “¡Que os jodan!”. Suspendí la gira y me encerré en mi ático de Manhattan y me emborraché y rabié y pedorreé. Luego me quedé hecho polvo, fastidiado de verdad, y fui a ver a mi representante y le dije que me buscara a unos músicos, que íbamos a hacer otra gira, pero que no quería pagar más que el mínimo. “¿El mínimo? —me contestó a voces—. Eddie, ¿te has vuelto loco? ¡No se encuentran buenos músicos pagando el mínimo! ¡Sólo gente tirada! ¡Trompetistas con enfisema!” Pero le contesté que eso era exactamente lo que quería, trompetistas con enfisema, y que de verdad no me importaba que ni siquiera supieran leer partituras. ¡Que me los buscase!

»Y me los buscó: una panda de holgazanes que creían que una partitura era algo parecido a un test de Rorschach; conque nos fuimos de gira; sonábamos fatal, horroroso de verdad —“Grandes éxitos románticos de carreras de coches trucados de Mantovani”—, pero interpretamos todos mis grandes éxitos, los más populares, toda la repostería vienesa que la mujer de Mozart le tiraba a la cara, y los muy trogloditas no paraban de animar, aplaudir y hacer ruido con los pies. ¡No me lo podía creer! ¡Me ponía enfermo! ¡Qué rabia me daba! Para colmo, una noche, mientras tocábamos, levanté la mano para indicar a los chicos con los dedos la siguiente estrofa. Mira, así, de lado, de manera que, en realidad, no veían cuántos dedos levantaba, tenían que adivinarlo; así que terminaron tocando una estrofa distinta cada uno y aquello sonaba como un choque de galaxias. Cacofonía pura. Ruido de serrería. Basura total. ¿Y qué pasó? ¡Se levantaron a aplaudimos! —En ese momento, Shore se quedó mirando sombríamente a la nada—. Así fue —dijo—. Así fue. Anulé el resto de la gira esa misma noche, me compré una granja, empecé a escribir y nunca volví a mirar atrás.»

—¡Caramba, maestro! ¿Todavía despierto? O tan temprano, mejor dicho.

Después de asomarse a la ventanilla y ver a Shore despierto, sentado en la cama y armado de bolígrafo y libreta, con un libro abierto y boca abajo encima de las piernas, el neurólogo entró en la habitación y ahora se encontraba al pie de la cama de Shore con las manos en los bolsillos de la bata.

—¡Ah! ¡Hola, muchacho! ¿Qué novedades hay? ¿Qué pasa por ahí? —Shore se quitó las gafas de leer y sonrió al reconocer a Mayo. Luego frunció el ceño un poco y miró a un lado, pensando—. Sí, sí, supongo que me desperté por algo. Por algo, pero no sé qué fue.

—¿Se encuentra mejor?

—Ah, sí, mejor, mucho mejor, Mayo, gracias. Al menos ya no me duele la cabeza ni tengo retortijones de estómago. ¿Y tú, qué tal? ¿Bien? Te veo raro —le dijo, estirando el cuello hacia delante y escrutando la cara a Mayo con toda atención—. Parece que acabes de perder a tu mejor amigo.

Mayo sonrió lánguidamente.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Pues cualquiera diría que estás dispuesto a repetirlo. Venga, acércate. Siéntate. Arrima una silla.

—No. Veo que está trabajando. No quiero entretenerlo.

—¡No, no, no, muchacho! ¡Quiero hablar contigo, de verdad! ¡En serio!

A Mayo le encantaba que lo tratase con tanta familiaridad.

Shore cogió el libro que tenía encima de las piernas y se lo enseñó.

—Verás: para documentarme, estoy leyendo el Nuevo Testamento, entre otras cosas, y me parece que he encontrado una cosa interesante aquí, en este evangelio, el de Juan. ¡Vamos, muchacho, siéntate! ¡Tienes que oír esto!

Mayo asintió y dijo:

—De acuerdo —y, lentamente, tomó asiento en una silla, junto a la cama—. Bien, ¿de qué se trata, maestro? Cuénteme.

Shore volvió a ponerse las gafas.

—Conocerás estos versículos de Juan —dijo, señalando las páginas abiertas—, o tal vez no. Es cuando van a apedrear a la mujer adúltera. Verás, yo creía que todas estas historias no eran más que sandeces, pero ¿sabes una cosa? En este pasaje —señalaba una página del libro— hay una clave, una pista que revela que este episodio no se lo inventaron. ¡Lo puede ver cualquier escritor de ficción!

Shore resumió ávidamente el pasaje de Juan en el que los fariseos, por poner a Jesús a prueba, le presentan a una adúltera y le preguntan qué opina de la ley de Moisés, según la cual, el adulterio de la mujer se castiga con la muerte por dilapidación. Jesús «inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo» y después se levantaba y decía a quienes le preguntaban: «aquel de vosotros que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra».

—Después volvió a agacharse y siguió escribiendo en la tierra —continuó Shore —, y entonces, esos *momzers*^[3] fariseos, se largaron. —Con los ojos chispeantes por la emoción del descubrimiento, se inclinó hacia delante acercándose a Mayo—. Mira lo que te digo, Mayo, si fuese una novela —continuó con apasionamiento—, si fuese ficción, te aseguro, maldita sea, que en otro capítulo, más adelante, terminaríamos con este jodido suspense y descubriríamos exactamente qué fue lo que escribió Jesús. ¡Pero estos evangelios no lo dicen! ¡No! ¡No se llega a saber en ningún momento qué fue lo que escribió! No hay ni una sola explicación más adelante, ¡ni una! Y eso sólo puede ser porque quien lo escribió no lo sabía y, como no lo sabía, ¡no se lo inventó!

Mayo asintió suavemente con la cabeza, dejando vagar los pensamientos.

—Muy bonito —dijo.

—¿Muy bonito? ¿No se te ocurre otra cosa que decir? ¿Muy bonito? Yo, el Sherlock Holmes judío del desierto judaico, acabo de demostrar que los Evangelios no son cuentos inventados, pero a ti te parece que no he hecho más que tocar un riff en el chelo. ¿Estás sordo o eres un idiota de tamaño interplanetario?

Mayo lo miró en actitud especulativa.

—Para usted es toda una novedad, ¿no?

—¿Qué?

Shore entrecerró los ojos: acababa de aparecer su identidad escurridiza.

—¿No es usted judío? —aclaró Mayo.

—¿Eh?

Shore se quedó un momento en blanco. Después, murmuró suavemente:

—¡Oh! —y volvió a apoyar la cabeza en la almohada, borrados de su cara el velo protector y la tensión—. Sí, soy judío hasta la médula —dijo mirando al techo pensativamente—. De todos modos, resulta intrigante, ¿no le parece? Eran hombres bastante jóvenes, algunos apenas sabían escribir, no eran más que pescadores y cosas así. Estaban totalmente acongojados, cagándose en los pantalones, encerrados a cal y canto, aterrorizados porque los perseguían por asociación y los iban a prender y a crucificar después, y, de repente, se convierten en unos maniacos obsesivos que, desafiando a la muerte, se suben al tejado y se ponen a gritar: «¡Ven por mí, poli!», y salen a los caminos respirando fuego y hacen cosas muy raras, como dejarse golpear, torturar y arrojar a la cárcel; los matan y hasta los crucifican boca abajo por predicar grandes ideas, como «amad a vuestros enemigos» y «no os divorciéis» y, de paso, «nuestro colega muerto ha resucitado y tenéis que comer su carne y beber su sangre», ideas triunfadoras, facilonas, pegadizas. Pero esos acojonados lo hacen, sí, lo hacen de verdad y, en menos de veinte años, llegan a Roma ganando adeptos y prácticamente la conquistan. ¿Cómo llamas a eso, Mayo? Es asombroso. A esos tíos les pasó algo, algo grande, como una resurrección, quizá. No sé. Pero seguro que creyeron verlo andando por ahí. Dejarse matar es tomarse muchísimas molestias, sólo por aburrimiento y porque la pesca escasea.

Shore calló un momento y, después, críticamente, añadió en tono pensativo:

—¿Sabes? A veces se encuentra uno en tal situación, que se pone a pensar en estas cosas. —Siguió un largo silencio que obligó a Shore a escrutar a Mayo, quien miraba fijamente un envoltorio de tiritita vacío que había en el suelo, junto a la cabecera del director de banda. Le había recordado la tiritita del sueño. Shore frunció el ceño—. Sigues con la misma mirada de zombi, ¿sabes? —le dijo—, como el percusionista suplente a quien tuve que contratar una vez en Phoenix. El hombre se había enterado de que los pandas se colocaban con hojas de eucalipto, conque le prepararon su droga predilecta y el tío tocó lentamente, arrastrando las escobillas, y miraba al público con la boca abierta y una expresión perdida en los ojos, exactamente como tú en estos momentos, pero sin los dientes morados. ¿Has oído algo de lo que te acabo de decir?

—Sí, maestro, todo. Lo he oído todo.

Mayo se levantó.

—Tengo que irme —dijo—. No me encuentro muy bien, la verdad.

—¡Lástima! Cuídate, muchacho.

—Lo mismo digo.

Con una sonrisa desmayada, Mayo dio media vuelta, salió de la habitación y reanudó el vagabundeo por las salas del hospital acechado por espectros de luz y oscuridad, de milagros y asesinatos, y por la necesidad de encontrar respuesta a una

pregunta sobrecogedora que nadie había formulado, ni nadie podría formular, hasta que, por fin, justo antes del amanecer y sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró de pronto ante la puerta metálica de color gris del ala de Psiquiatría de la séptima planta. Pegados en ella, como brillantes pensamientos de otro lugar, había un gran arco iris pintado con lápices de colores y un ramillete de margaritas azules y amarillas. Había también una foto de una doctora de la plantilla, una joven sonriente con bata blanca. «Sarah», murmuró Mayo con cariño. Esa puerta nunca estaba cerrada con llave. Tras ella había pacientes a quienes se consideraba inofensivos: una adicta a la cirugía plástica, ancianos aquejados de demencia y algunas otras curiosidades, como un profesor de desconstrucción del inglés cuyo atavío cotidiano, cuando impartía clases, consistía en botas de paracaidista de caña alta y una siniestra cazadora negra y brillante de cuero. Lo habían expulsado en una ocasión del Club 2000 por lanzar presuntamente «vibraciones amenazadoras» subido a una máquina del millón. «Pero ¿qué hago aquí?», se preguntó Mayo. ¿Era por el Niño Jesús del sueño? ¿Por el Jesucristo asesinado? Entonces le vino Meral a la cabeza y, con él, una cosa inolvidable que le había dicho después de llevar mansamente al Jesucristo asesino a Kfar Shaul, un manicomio para locos peligrosos que había a las puertas de Jerusalén. Cuando volvió a Hadassah para informar de lo sucedido a la policía del subdistrito, dijo: «Hizo todo el recorrido en silencio, hasta que, por consolarlo un poco, le dije que ahora en el único Jesucristo que había en la ciudad. Y entonces, por primera vez, habló y me dijo: “No. Hay otro”».

Mayo se fijó en el colorido dibujo de las margaritas. ¿Qué habría querido decir el joven soldado atormentado? Cambió el peso del cuerpo al otro pie en tanto repasaba una vez más el sueño en busca de conexiones y, de repente, descubrió una, pues se dio cuenta de que, tanto en el sueño como en el dedo del padre Mooney, no había una tirita, sino dos, superpuestas. Frotándose la barbilla en actitud ausente y sopesando el posible significado de las tiritas, si es que lo tenían, volvió a notar levemente en la nuca el vaho helado de la premonición. Bruscamente, con un gruñido y un gesto despectivo de la mano, dio media vuelta y se dirigió a los ascensores. «¿Y qué más da? —masculló el neurólogo mentalmente—. No es más que un fantasma de Marley en Oriente Medio —pensó burlonamente—, un bocado indigesto de cordero.» Sin embargo, como sucede en el mundo subatómico, en el que los electrones, como santos de manos sangrantes, aparecen en dos lugares a la vez, Mayo no tardaría en renunciar al sentido común y cambiar radicalmente de opinión.

Había llegado la mañana.

Y después vendría la noche.

7 de marzo, 3.20 de la madrugada

Queridísima Jean:

Meral es el más infeliz de los hombres. Volví a verlo esta mañana en el Sepulcro de Lázaro. Me conmovió. Todos los turistas habían salido por unos peldaños irregulares de la oscuridad de la cripta a la terrorífica luz exterior, cuando, en último lugar, una texana negra, alta y despampanante, con bigudíes de latón en el pelo que bailaron al sol asomó la cabeza y, con cara de maravilla, exclamó: «¡Alabado sea Dios!». Cuando por fin se reunió con los demás, que elegían recordatorios en la tienda de recuerdos del Sepulcro de Lázaro, subí al polvoriento y desvencijado autobús turístico, me senté a solas entre asientos vacantes y pensé en muertos que salen de la tumba. Se acercaba una tormenta. Las azotadoras rachas de viento hacían gemir las ventanillas amarillentas y el aire se tomó gris dentro del autocar. Detrás del sepulcro, en un montículo, se levanta una mísera casita que acoge a una familia humilde de siete u ocho personas, tal vez más; y fue entonces, al mirar hada los llamativos colores de su colada, que el viento agitaba en un tendal de cuerda de cabra, cuando lo vi. Era Meral. Estaba exactamente como la última vez en que lo había visto allí. Un hombre alto e imponente, de constitución fuerte, pero como si estuviera encogido dentro del uniforme azul de invierno, sentado al volante de su coche patrulla, contemplando con melancolía la boca del sepulcro. No movió ni una pestaña en todo el rato que lo estuve mirando; tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si pensara en algo imposible. ¡Pobre Meral! Sus padres y todos sus hermanos han muerto, así como su mujer y su único hijo, un niño queridoísimo. Cuando vivían en el norte del país, el día del quinto cumpleaños del pequeño, volvió a casa a mediodía para darle una sorpresa, según cuentan, y aparcó el todoterreno donde no pudiese verlo, al comienzo de una cuesta; se dirigió a casa a paso vivo con un ramo de luminosos girasoles en la mano, a la vista —eran las flores predilectas del niño—, y un dinosaurio de peluche escondido a la espalda. El niño, al verlo llegar por una ventana de la cocina, salió disparado con una sonrisa radiante y los delgados brazos tendidos hacia él; entonces cayó sobre su vida con un ruido que no llegaría a oír, un cohete lanzado por capricho desde el otro lado de la frontera. Poco después, el cáncer se llevó a su mujer. De eso hace cuatro años, pero el duelo no ha terminado para él. Es un hombre que parece sufrir hasta la separación más insignificante, siempre se vuelve al despedirse y se queda mirando atrás como para conjurar la posibilidad de no volver a ver a esa persona. Cuando ya

estábamos a punto de irnos, con el motor del autocar en marcha, empezó a lloviznar sobre el polvo movedizo y allí dejamos a Meral, olvidado entre las blancas piedras muertas, con la mirada fija en el sepulcro.

Meral el discreto. Meral el sincero. Un día he de tocarlo.

Me alegré de volver a la Ciudad Vieja de Jerusalén, a los bulliciosos bazares abovedados, al olor penetrante de cardamomo molido y cuero nuevo y al voltear de incontables campanas de iglesia; a los empujones del tumulto, a la confusión, a las mujeres con paneras de pan caliente en la cabeza y a los niños de uniforme azul y blanco, niños de ojos soñadores que desfilan hacia la escuela en filas primorosas, cantando por calles oscuras y estrechas en cuyos altos muros resuenan sus vocélas, que desembocan bruscamente a la luz del sol como atisbos inesperados de alegría; a donde los ciegos siempre viajan en pareja, de la mano.

¿Es aquí donde hallaré al que busco?

¿Se encuentra en esta ciudad de piedra que se desmorona?

Tengo que parar. Pienso en Meral.

Tuyo, Paul

3

Un rayo atronador sacudió los cristales de las ventanas de la comisaría de la Ciudad Vieja, un antiguo castillo de los cruzados, imponente e impasiblemente agazapado junto a la Puerta de Jaffa. Un joven soldado raso que atendía el mostrador de recepción levantó hoscamente la mirada al oírlo y, poco a poco, volvió a bajarla hacia el libro, erizado de notas en tinta negra y roja: negra para el registro de llegadas y salidas y roja para las quejas de los ciudadanos. El soldado miraba una entrada en rojo: la denuncia de un anciano frágil y lloroso cuyo hijo, joven y fornido, enfurecido con él por su adicción a la bebida, le había dado una paliza brutal. El soldado advirtió algo raro. Se acercó más al libro, cogió el bolígrafo lleno de tinta roja y, lenta y cuidadosamente, corrigió una falta de ortografía; echándose un poco atrás, repasó lo que acababa de hacer y volvió a dejar el bolígrafo; miró por la ventana hacia los crudos adoquines de la calle, donde la lluvia, a merced del viento, salpicaba en ráfagas indecisas y vacilantes, como un tenue espíritu gris recién llegado a las calles vacías de una ultratumba cualquiera, perdida y olvidada. Los gruesos muros del edificio amortiguaban los sonidos, de manera que entre las paredes amarillas de la húmeda recepción sólo se oía ligeramente el seco tecleo de una máquina en el piso de arriba. El soldado echó una ojeada al transmisor portátil que tenía en la mesa. Acababa de emitir un débil ronquido, pero, como no se oyó nada más, levantó la vista hacia un aviso colgado en la pared, junto a la entrada de la cárcel, en el que se recordaba la obligación de declarar las armas que entraban y salían. Lo miró con silenciosa incredulidad, pues casi nunca se gastaba tinta roja en anotar movimientos del uso de armas.

La jurisdicción de la *Kishla*, la comisaría de la Ciudad Vieja, abarcaba todo el barrio cristiano y sus concurridos bazares, y sólo se le presentaban conflictos menores, si no triviales: rateros, niños que se perdían en los mercados, disputas familiares, peleas nocturnas con navajas entre muchachos y la necesidad de detener e interrogar a turistas por comprar opio o hachís en el barrio. Menudeaban asimismo las denuncias de mujeres turistas por «tocamientos obscenos» de dependientes que las ayudaban a probarse ropa, un motivo de neurosis muy extendido entre muchos comerciantes de los bazares, quienes, animados a seguir con la práctica del «tocamiento» por la reacción favorable de algunas mujeres, habían llegado a creer que de esa forma aumentarían las ventas. Tal era el nivel de delincuencia en el distrito policial de la Ciudad Vieja. Sólo había un asesinato cada tres años.

Transformados los pensamientos en ensueño, el aburrido soldado se frotaba inconscientemente el brazo por debajo del único galón que lucía en la manga, cuando el tempestuoso viento y la lluvia le llamaron la atención hacia la alta puerta principal de la comisaría. Acababa de entrar una figura alta y taciturna, pero imperiosa, cubierta con un poncho chorreante: un estoico policía de facciones marcadas y grandes ojos separados, que cerró la puerta sin hacer ruido y, antes de pasar ante el

mostrador y seguir su camino salpicando con el poncho las baldosas anaranjadas y beis del suelo, saludó sombríamente al soldado con un movimiento de cabeza y lo envolvió un momento con una mirada distante de tristeza innombrable y algo muy cercano a la compasión, la perpetua expresión que ofrecía al mundo. El soldado le devolvió el saludo y esbozó una sonrisa. La presencia de ese hombre alto siempre lo confortaba. Y le infundía seguridad. Cogió el bolígrafo de tinta negra y anotó en el registro:

Sargento Mayor Peter V. Meral

La estrella de David plateada que adornaba la gorra negra de policía hizo un ruido seco y amortiguado cuando, nada más entrar en su despacho, Meral la dejó caer sobre el escritorio de pino. El único mobiliario del cubículo de paredes blancas era la mesa de despacho, un lámpara de sobremesa, una silla y, contra la pared, al pie de una gran ventana redonda que daba al aparcamiento de la comisaría, con sus filas de coches policiales azules y blancos, una estrecha cama turca con una manta gris oscuro, perfectamente estirada, con los bordes bien sujetos bajo la colchoneta. Meral se quedó un momento contemplando la lluvia y después leyó el título del expediente que acababa de recoger en la sección de archivos: incidencia REMLE, 14 DE ENERO DE 1974. Lo dejó encima de la mesa, se sentó y, con el ceño fruncido, repasó sus notas una vez más.

Eran desconcertantes hasta el insulto. No había pruebas de que se hubiera cometido un delito; sin embargo, los hechos del caso, como los sueños tenebrosos que no logramos recordar, apuntaban vagamente a una gran transgresión oculta. A las 3.25 de la madrugada, hora en que se produjo una llamada al Departamento de Bomberos, un Land Rover 197, provisto de dispositivo quitapiedras en la parte delantera, que circulaba a toda velocidad, colisionó con el único surtidor de la gasolinera Paz, sita en la calle Remle, y obstaculizó el cruce con la calle Brigada de Jerusalén a la altura de la Puerta de Jaffa, inmediatamente después de esta. A continuación se produjo una explosión y enseguida se declaró un incendio. Al presentarse la policía y los bomberos en el lugar de los hechos, hallaron el Land Rover siniestrado en llamas, pero no había rastro del conductor u otros posibles ocupantes, como tampoco de su identidad. Las respectivas declaraciones de los dos testigos, un matrimonio que vivía en el modesto dúplex de encima de la gasolinera Paz, fueron confusas y contradictorias. El dormitorio matrimonial, situado en la tercera planta, daba a la calle y, habida cuenta de la prótesis de pierna del marido, fue la mujer quien, tras oír la colisión y la explosión, se asomó a una ventana del dormitorio y, al ver lo sucedido, corrió inmediatamente al extremo opuesto del piso a avisar a los bomberos al 102 y, a continuación, al 100 de la Kishala, situada a pocos minutos de distancia. Cuando la mujer volvió a la ventana del dormitorio y se asomó de nuevo, no vio nada más que el Land Rover y el surtidor en llamas. En el vehículo

no había nadie, según su declaración, ni se veía al conductor por ninguna parte. En cambio, la versión del marido fue un poco distinta.

R.: Había otro hombre.

P.: ¿Está seguro?

R.: Completamente. No es que lo viera, entiéndame. No llegué a salir de la cama, por la pierna. Pero lo oí.

P.: ¿Qué fue lo que oyó?

R.: Ah, pues, primero, que abrían la portezuela de un coche; luego alguien se apeó y dio unos pasos rápidos. Después se abrió otra portezuela y oí que arrastraban algo pesado por la gravilla.

P.: ¿Algo o a alguien?

R.: No lo sé. A continuación, unos ruiditos que no logré identificar y una portezuela de coche que se cerraba otra vez. Hizo un ruido como la primera, pero mucho más suave. Luego abrieron y cerraron otra vez y, por último, oí un coche que se alejaba.

P.: ¿A gran velocidad?

R.: No, no más de lo normal. No. Era un coche muy pequeño, por cierto, p.: ¿Cómo lo sabe?

R.: ¡Ah! Es que los veo y los oigo todos. Llevo treinta años. A primera hora de la noche, cuando ya hemos cerrado, a veces los oigo acercarse y detenerse a inflar las ruedas. También dejamos a mano latas de agua para los coches, por si alguno se calienta mucho. Y de gasolina, como muy bien saben todos los taxistas de la Puerta de Damasco.

P.: Eso es muy amable de su parte.

R.: Sólo Dios lo es. Pudo haber sido un VW.

P.: ¿Qué?

R.: El otro coche. O, mejor dicho, un Topolino. Hacía un ruidito de pedorreta muy típico de ese modelo.

Meral acababa de estar en el lugar del siniestro, examinándolo por segunda vez. También había entrevistado de nuevo al matrimonio. Había aprovechado la ocasión para poner en duda la versión de la mujer y contarle la del marido, pero ella insistió en que no había visto ni oído otro vehículo ni a otro hombre, aunque al final reconoció que la primera vez que miró por la ventana sólo había «echado una rápida ojeada»; e incluso cedió otro poco cuando admitió que tal vez hubiera otro vehículo, pero que, asustada como estaba, sólo se había fijado en las llamas del Land Rover y el surtidor. No estaba segura. En cuanto al marido, durante la segunda entrevista recordó un detalle que se le había pasado en la primera. Dijo que había oído hablar a alguien.

P.: ¿Cuándo?

R.: Justo antes de oír que arrastraban algo.

P.: ¿Justo después de que abrieran la portezuela del segundo coche?

R.: Eso es. Una voz de hombre. Grave. Estaba muy enfadado.
Horrorizado, diría yo.

P.: ¿Horrorizado?

R.: Sí, estoy seguro. Y suplicaba.

P.: ¿Qué decía? ¿Lo recuerda usted?

R.: Decía: «¡Cualquiera menos tú! ¡No, tú no!».

P.: ¿Nada más?

R.: No, no oí nada más, sólo que arrastraban algo y los pasos.

El hombre no se explicaba cómo había podido olvidar ese detalle en su primera declaración. Bajó la vista ambiguamente y se limitó a decir: «No lo sé». Parecía preocupado por el olvido. Después, Meral volvió a interrogar a los otros dos testigos del caso. Entre los calcinados y retorcidos despojos del vehículo no se hallaron documentos ni rastro alguno con que identificar al conductor. En cambio, la placa de la matrícula sobrevivió y dio a Meral la pista del encargado de la agencia de alquiler de coches Eldan, quien había formalizado el alquiler a un hombre que había pagado en efectivo y había presentado un carné de conducir internacional a nombre de Joseph Temescu, además de la de un proveedor de herramientas agropecuarias de la zona, quien tenía en su posesión un recibo reciente de la venta de un rastrillo quitapiedras a nombre de la misma persona, y, en opinión de Meral, ese detalle no sólo apuntaba claramente hacia un posible crimen, sino también hacia la condición de asesino profesional de su autor, pues si el conductor tenía intenciones de matar, habría procurado asegurarse de que podría utilizar su vehículo después de la colisión.

Aunque el dependiente que vendió el dispositivo quitapiedras a Temescu no conservaba un recuerdo claro de la transacción, el mecánico de la casa recordaba haberlo instalado en el coche de Temescu. Sin embargo, respecto a la descripción de Temescu y a pesar de que el dependiente de Eldan había hecho fotocopia del carné de conducir del cliente, al parecer, la fotografía estaba movida y el rostro, desenfocado, no se veía bien; ni el mecánico ni el vendedor supieron dar información útil: «de unos cuarenta y pico» y «facciones muy marcadas», nada más. Ambos dijeron que Temescu hablaba inglés, pero que se notaba que no era su lengua materna, porque tenía un acento fuerte que no era ni israelí ni árabe. «De Oriente Medio, tal vez», se aventuró a decir el empleado, pero con dudas. No obstante, se halló una pista tentadora. El sargento fue al hospital estatal árabe a preguntar si el 14 de enero habían atendido un caso de quemaduras graves. Y, en efecto, había ingresado un hombre de unos cincuenta años con quemaduras de tercer grado, sobre todo en la cara y en las manos. Lo acompañaba otro de edad indeterminada, quien dijo que el herido se llamaba Thomas Huida y él, Martin Kerr. Al quemado se le repusieron líquidos por

vía intravenosa y se le aplicaron cremas antibióticas. Kerr insistió en quedarse con el quemado en la habitación los seis días que estuvo ingresado. Según la enfermera del hospital que lo atendió, el acompañante se sentaba en el suelo, junto a la cama, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas, agarrándoselas con las manos, sin hablar, sólo mirando al hombre de la cama y a sus manos, cubiertas de gruesos vendajes. El séptimo día, ayudó al quemado a subir a un taxi y después lo siguió en su coche. En el hospital, Kerr había dado el mismo domicilio para los dos: un piso situado en el barrio judío, pero, cuando el sargento Meral fue allí a interrogarlos, descubrió que en aquella dirección no vivía ni había vivido nunca nadie con esos nombres.

El sargento estuvo un buen rato mirando el carné de conducir de Temescu. Tenía algo raro. Aunque, en general, la foto coincidía con la descripción del dependiente del alquiler de coches y del mecánico, estaba tan borrosa y desenfocada que, si se miraba fijamente un buen rato, parecía cambiar. Consultó la hora, devolvió el carné al expediente, lo cerró y lo guardó de nuevo en su lugar, en la sala de archivos; luego salió otra vez al corredor y pasó por delante de una cocina y del dormitorio de la comisaría, con sus múltiples camas turcas para patrulleros cansados, y devolvió el revólver Webley-Smith a la armería, porque había terminado su turno del día. Cuando iba hacia la recepción a fichar la salida, pasó por el despacho de Ari Zev, que tenía la puerta abierta, y este, comandante del puesto, de unos cuarenta años, pero canoso, lo llamó: «¡Meral!».

El policía árabe se detuvo y entró en el despacho de paredes azules. Zev estaba al escritorio. A su espalda, en la pared, había un gran plano detallado de los barrios de la Ciudad Vieja, además de una vitrina en la que, entre otras cosas, estaba expuesto un brazalete del cuerpo de policía de Maplewood (Nueva Jersey), regalo de un policía estadounidense que había ido a Israel a estudiar los métodos israelíes. Zev estaba escribiendo en una libreta y todavía tenía en la mano un lapicero amarillo muy afilado.

—Un par de cosas —empezó—. Los albaneses no dejan de preguntar por su compatriota desaparecido. La próxima vez se los paso a usted directamente. Son unos pelmazos. ¿Sabe algo de él?

—No, nada en absoluto. Necesitamos una foto. Ya la he pedido tres veces. Tal vez tengamos más suerte cuando nos la manden.

—«Si» nos la mandan.

—Eso, «si».

Zev arqueó las cejas.

—¿Y qué hay de lo de la calle Remle, Meral?

—Sin novedad.

—Me lo suponía. En ese caso, he pensado que será mejor que lo deje. Podría no ser más que un montón de humo.

—No. Ahí hay algo más. Estoy convencido.

Zev volvió la cabeza hacia la ventana un momento, pensativo, sin soltar el lapicero, tamborileando ligeramente con él sobre la mesa como a borbotones desganados.

Miró a Meral.

—De acuerdo, sargento, siga con ello. Tiene usted un instinto infalible.

Meral asintió, dio media vuelta y salió del despacho. Zev se quedó mirándolo por la puerta abierta mientras se alejaba.

—¡Pobre desgraciado! —murmuró.

Sujetó firmemente el lapicero y reanudó la redacción de los comentarios al informe no concluyente del juez de instrucción sobre Yusef Tamal, un emigrante yemení domiciliado en Beit Sahour, sospechoso de varias actividades criminales. Era el hombre que había aparecido muerto, desnucado, al pie de la torre de la iglesia rusa.

Fracturas en cuello y cráneo, así como diversas laceraciones, abrasiones y contusiones; desgarró de platisma, esplenio, trapecio y varios músculos menores más del cuello, con fractura de columna y de las vértebras...

«¿Fractura por la caída o antes?», escribió Zev.

Meral salió de la comisaría y se quedó junto a la pared dolomítica beis cremoso del edificio. Habían amainado el viento y la llovizna. Enredado todavía en la maraña del caso de la calle Remle, contempló los relucientes adoquines de la calle. «Un ruido de arrastrar algo pesado», ¿qué sería? ¿Quién era Joseph Temescu? Y lo más raro de todo: en el Land Rover siniestrado se hallaron los restos calcinados de una gran lechuga negra y de otra ave de menor tamaño que no se pudo identificar, tal vez un pinzón o un gorrión común, ambos presas predilectas de la clase de mochuelos que se veía con frecuencia por la noche en la ciudad. No lo comprendía. Sacudió la cabeza y pensó en asuntos más prosaicos. El paseo. Por orden del comandante, todos los agentes de la *Kishla* estaban obligados a pasear cinco horas semanales fuera de turno por el barrio cristiano, con el fin de «no perder el contacto con los vecinos —como decía Zev—, estrechar lazos y prestar oídos a sus quejas». Calculó que tres horas más completarían las cinco de esa semana y lo llevarían hasta Casa Nova, el albergue de noventa habitaciones donde vivía, a tiempo para la cena comunal.

Tomada la decisión, se ladeó correctamente la gorra negra y salió a la calle del Patriarca Armenio Ortodoxo, giró rápidamente a la izquierda y después, a la derecha; entró en la calle David, con sus bulliciosos bazares cubiertos y empapados de imágenes y sonidos, donde siempre tenía la sensación de despertar de un aburrido sueño sin color y zambullirse en un vivido mundo real, entre empujones de portadores viejos y delgados, doblados bajo el peso inmenso de la carga que llevaban a la espalda, y de peatones con toda clase de atavíos imaginables —obreros árabes en burro y turistas con bolsas de comercios; mujeres kurdas con paneras en la cabeza llenas de crujientes bollos recién hechos, pan de pita y huevos pintos cocidos

para el desayuno; judíos ultraortodoxos de largas barbas y tirabuzones a los lados, vestidos de caftán negro y sombrero negro de pieles; mujeres musulmanas y solemnes prelados cristianos—, todos pasando afanosamente por delante de los puestos y tiendas de recuerdos, de torteles enormes de *baklava* bañados con miel y colocados de pie en bandejas metálicas, de cubos de especias rebosantes de comino de color caqui, almendras, nueces y pimentón rojo, pulpa de albaricoques secos e higos, coco en rodajas y lentejas de brillante color amarillo anaranjado; de jóvenes muchachos comerciantes que cantaban a voces el reclamo de su mercancía, mientras que sus padres, tocados con fez de borlas o pañuelo palestino, los observaban plácidamente en silencio desde una silla, al tiempo que la música árabe que salía a todo volumen de la tienda rebotaba en la bóveda del techo del bazar y se mezclaba con el extraño y sobrecogedor contrapunto de las campanas del ángelus de Getsemaní y con la llamada a la oración del almuecín.

Lo saludaban cordialmente en todas partes, a menudo con afecto y siempre con confianza, hasta el punto de que a veces le pedían consejo personal. Ese día, fue una joven de dieciocho años quien se le acercó a quejarse de una boda concertada por sus padres con un hombre a quien no amaba, que ni siquiera le gustaba, y, más adelante, en la calle de la Cadena, donde el aire se impregnaba de olor a cuero nuevo y agua estancada, café y humo, torvamente vigilado por una cabra que miraba hacia abajo entre los barrotes negros de hierro de una ventana del segundo piso, un anciano intendente extraoficial, un *mujtar*, acudió a consultarlo a propósito del comportamiento escandaloso y el «repugnante» atavío vaquero que, a imitación de la última moda británica, llevaban los adolescentes melenudos árabes llamados «Teddy Boys». Unos metros más allá, en la Vía Dolorosa, se detuvo a dar una moneda a un mendigo, un hombre maduro y sin afeitar que estaba acucillado contra una pared, al pie de una estación del Vía Crucis, con un receptor de radio pegado al oído, escuchando como transido las últimas melodías griegas. Meral se fijó en la placa que señalaba la estación correspondiente.

SEGUNDA CAÍDA DE JESÚS.

La música cesó súbitamente para dar paso a una noticia. Meral supuso que sería el parte meteorológico y la hora. Miró su reloj. Sí, ya era hora de volver, se dijo. En el camino, cual vieja valquiria marchita que arriba tarde a la batalla, salió repentina y estrepitosamente de una empinada *aqabat* una monja mayor en una bicicleta motorizada, un fantasma de hábito blanco y faldones batiendo al viento, y no lo atropelló por muy poco. Detrás de ella traqueteaba un Fiat azul, sucio y castigado, que arrastraba una vagoneta con un burro en ella, sentado sobre los cuartos traseros y vuelto de espalda, con una expresión de incomprensión llevadera en los ojos.

Ni esa estampa le arrancó una sonrisa.

En el camino hacia Casa Nova y la cena, hizo un breve alto al doblar una esquina

de la Vía Dolorosa y entrar en la calle llamada Jan el Zeit. Había visto algo raro. En el umbral de un sórdido albergue llamado The Shalom se encontraba un mujer más bien joven, de pelo rubio y tez blanca, con unas gafas de sol muy grandes y una colorida pañoleta «recuerdo de Jericó», que parecía discutir acaloradamente con un franciscano alto y fuerte. De pronto, la mujer volvió la cabeza y miró al policía, dijo algo al fraile, quien, a su vez, se volvió rápidamente a mirar. Entonces la mujer agarró al franciscano por el brazo y se lo llevó enseguida al interior del edificio. Meral se quedó unos momentos mirando la puerta del albergue, tratando de entender el sentido de la insólita escena. Le pareció verdaderamente curiosa.

Curiosa no, en realidad.

Letal.

8 de marzo, 2:11 de la madrugada

Queridísima Jean:

Sueño raro anoche. Vívido. Me había muerto y veía ante mí una brillante luz roja. Me hizo daño y quise desviar la mirada. Comprendía que esa luz gobernaba todo el universo. Había dos ministros encargados del espacio y de vigilar que todo funcionase a la perfección, pero esos seres habían fallado en su misión y el espacio era como un rompecabezas mal compuesto. Quería apagar la hiriente luz roja que me avisaba del estado caótico en que se encontraba el espacio, cuando de pronto, acongojado, caí en la cuenta de que yo era el elegido para enmendar el desorden, para arreglar el caos disonante de las contradictorias leyes de la naturaleza. Además de otra misión secreta.

¿Qué podía significar?

Ahora, otra cosa que vacilaba en contarte. Al parecer, mientras sana mi antaño mortífero «visitante», otra persona ha intentado acabar con mi vida. Un domingo, hace unos cuantos días, con el suave aire del amanecer, tuve el capricho de acercarme en mi pequeño Topolino a la torre de la iglesia ortodoxa, una columna de piedra de Jerusalén que se alza en espiral en un monte por encima del huerto de Getsemaní. Tengo costumbre de subir a lo alto de la torre porque desde allí retrocedo en el tiempo. Hacia el oeste, detrás de los pétreos bloques de las murallas de Herodes, que con la primera luz del alba despiden un tenue resplandor rosado, se domina el enredado apiñamiento de iglesias, minaretes, patios, agujas y chapiteles del barrio viejo, que ahogan el desmañado crecimiento de viviendas de blancos tejados abovedados que, a su vez, se acurrucan estrechamente unas contra otras, temblando todavía de temor del Dios de Job. Sin embargo, al dar la vuelta y mirar por el lado opuesto, se entra bruscamente en otra dimensión, una dimensión que anonada y envuelve, la de la silenciosa inmensidad del bruñido desierto de Judea; la de las montañas de Moab y, más allá, la del mar Muerto y el turbulento caudal marrón del río Jordán, que murmura recuerdos del Bautista: todo igual que hace miles de años.

Ese domingo, tras caracolear hasta la cima de la torre, me asomé al lado oriental, por donde ascendía el sol desde detrás de las secas montañas, moteando la tierra árida y beis con la luz increíble del primer día de la tierra; de pronto, sin darme tiempo siquiera a tomar una bocanada del dulce y penetrante olor de pino de Jerusalén, se levantó un viento tan fuerte que me empujó contra la granulosa pared de piedra. Me quedé allí pegado. No podía moverme, casi no podía ni respirar. Después, con la misma inmediatez que

había empezado, cesó la ráfaga de fuerza increíble y pensé en espíritus y en Jesús caminando sobre las aguas: lo que cuenta el Evangelio según san Marcos sobre la gran borrasca que se levantó de pronto y amainó y cesó con la misma rapidez. Después, como de costumbre, me quedé a cumplir con mi hora de «reflexión especial», que ese día me trasladó a Galilea, en la época en que, bajo el limpio cielo de mayo, se mecían en las laderas los resplandecientes macizos de trigo silvestre. Sin embargo, enseguida me interrumpió el pensamiento un rugido cercano de motores de unos autobuses diesel al ponerse en marcha. Roto el encanto, era inútil seguir pensando y di media vuelta dispuesto a marcharme; fui lentamente hacia el otro lado de la torre, donde empieza la resbaladiza escalera de caracol que desciende en picado hasta las piedras de la calle. Pero, cuando empecé a bajar, entreví un destello de luz. Me detuve a mirar con atención. Era un «alambre». Estaba dispuesto en el séptimo peldaño, contando desde arriba, y, al agacharme a quitarlo, percibí de pronto que, por detrás de mí, se acercaba alguien a toda prisa.

Y entonces se resolvió el problema.

Ahora no deseo sino decirte que, por favor, no te preocupes, que siempre estoy en guardia, siempre alerta. ¿Por qué tengo esta necesidad de protegerte, de cuidar de ti, aunque estés muerta?

La separación no existe.

Tuyo, Paul.

Un brillo pícaro chispeaba en los astutos ojillos del simpático y menudo prelado armenio.

—Sí, ¡agua del río Jordán, señor Parker! ¡En botellitas! ¡Y bendita! ¿Le parece que podríamos exportarla a Estados Unidos? ¿Que se vendería? Y, ah, sargento, ¿me pasa el *risotto*, por favor?

El alto techo abovedado del comedor de Casa Nova amplificaba las conversaciones y el roce de cubiertos metálicos contra platos, mientras los peregrinos católicos cenaban en mesas alineadas, pegadas unas a otras, a ambos lados del refectorio comunal. Ese era prácticamente el único y pequeño consuelo que podía aceptar Meral: un contacto humano vital que paliase su soledad interior sin acarrearle un compromiso total, ni apego ni vínculo afectivo con posibilidades de sufrimiento. También se le alborozaba un momento el corazón cuando se creaba en el ambiente, impregnado de emocionantes efluvios de alegría confiada de tantos creyentes allí reunidos, un destello de fe que algunas veces descendía sobre él y, aunque sólo fuera por el más breve instante, lo envolvía. Sin embargo, lo que le proporcionaba un desahogo más perdurable en esas cenas diarias eran los fragmentos aislados de esperanza que, como las migas que al final de la velada recogían con la mano las monjas italianas que servían la mesa, espigaba él ocasionalmente entre los comentarios de los sacerdotes que guiaban el viaje de los peregrinos, aunque el bálsamo nunca duraba mucho. Durante la Semana Santa del año anterior, mientras tomaban el café, un antiguo sacerdote del ejército de Estados Unidos había destacado el gran número de discípulos de Cristo que habían preferido morir a negar que lo habían visto resucitado, y concluyó con ironía: «Dirán que estoy chiflado, pero, en general, creo en las confesiones en el lecho de muerte». Al oírlo, lo embargó fugazmente una cálida euforia, pero, cuando sirvieron el ossobuco y la ensalada, había recaído ya en la árida duda, y aquella noche, como todas las demás, se arrodilló en la capilla del albergue a rogar a un Dios, de cuya existencia dudaba, por que la de su hijo fuera cierta, dondequiera, comoquiera que fuese.

—¿Más San Salvatore? ¿Se lo lleno?

Una monja italiana, joven y pecosa, con un delantal negro sobre el hábito blanco, sostenía una frasca ya vacía de fuerte vino tinto.

—Sí, por favor —respondió ávidamente el obispo armenio. A continuación se dirigió a la pareja estadounidense que tenía enfrente—. Entonces, ¿qué le parece? —preguntó al hombre—. Dígame la verdad.

—Sinceramente, no lo sé —dijo el hombre. Parecía inseguro.

—Ah, pues yo creo que se vendería muy bien —dijo la mujer—. ¡Claro que sí! ¿Agua bendita del Jordán? ¡Seguro que se vendería maravillosamente!

Mientras esperaba a que se llevaran el servicio del primer plato, Meral echó una mirada tristona y decepcionada al ramillete de ciclamen rosa que adornaba la mesa.

La velada no prometía ninguna animación, aunque más adelante, cuando llegaron las naranjas y los plátanos de postre, creyó por un momento que las cosas podían cambiar.

—¿Qué opina del Sudario? —preguntó al obispo un comensal que estaba a su lado, un ingeniero joven, rubio, de pelo muy corto y con un delicado acento alemán. Se refería al paño mortuorio con el que habían enterrado a Jesús—. Tengo entendido que, según dos físicos estadounidenses, la imagen del hombre crucificado sólo puede deberse a algo relacionado con la fisión nuclear. ¿Qué opina usted de eso, padre Yukemian?

La pregunta trajo a Meral a la memoria la enigmática frase que, en el Evangelio según san Juan, dice Cristo resucitado a María Magdalena junto al sepulcro, cuando ella cae al suelo y le abraza los pies: «Noli me tangere», «No me toques, porque todavía no he subido al Padre». ¿Qué significaba? En realidad, nadie lo sabía. Y ahora hablaban de un proceso nuclear. Sin embargo, Yukemian dijo al alemán:

—No creo que cuaje —e intentó reavivar la conversación sobre las perspectivas de vender agua embotellada del Jordán, aunque el comensal llamado Parker insistió en el tema del sepulcro de Jesús con un comentario cuya seriedad nadie pudo figurarse con exactitud.

—¡Ah, vaya! ¿Y por qué no lo comprueban allí mismo con un contador Geiger? ¿No les parece?

Durante el café, un sacerdote que estaba de visita se levantó y pidió atención golpeando un vaso con una cucharilla. Meral lo miró fijamente. Era el sacerdote a quien había visto discutiendo con la mujer rubia delante de The Shalom.

—Hola, soy el padre Dermis Mooney —dijo, y, tras una sarta de ocurrencias que arrancaron algunas risitas, anunció un entretenimiento improvisado, que consistía en retar a un «concurso de canciones» al padre Mino Mancini, el rechoncho y calvo director del albergue, cuya eterna expresión era una sonrisa afable y que a casi todo el mundo le recordaba al fraile Tuck, el compañero de Robin Hood. Meral agachó la cabeza un momento y rememoró la escena a la entrada del albergue. ¿Tendría el atractivo clérigo un amorío secreto? Levantó la cabeza y miró fijamente a Mooney, que inauguraba el concurso con *The Rose of the Tralee* y cantaba con una agradable voz de tenor impregnada de emoción. Mancini respondió con *Non Dimentica*. A continuación, cada uno de ellos cantó algunas baladas populares e incluso invirtieron los papeles cuando Mooney parodió al rotundo italiano cantando *That's Amore* como si fuera Dean Martin borracho, y Mancini respondió con *My Wild Irish Rose*, que también produjo un efecto muy cómico por su fuerte acento italiano.

El concurso terminó sin un vencedor claro y, poco después, el comedor quedó prácticamente vacío de vida, reducidos los vibrantes sonidos a unas pocas voces aquí y allá, al ruido de recoger platos y a un par de tonos agudos y continuos, producidos por una juguetona pareja rumana, un conde y una condesa, que, sentados en el extremo opuesto del refectorio, frotaban con un dedo humedecido el borde de sus

vacías copas. Meral, solo y con la cabeza baja, pensando con concentración en el macabro hallazgo de las dos aves calcinadas, finalmente lo oyó y levantó la cabeza. Gruñó en su fuero interno. Quien ocupaba la cabecera de la mesa de los rumanos era Scobie, un antiguo agente británico clandestino del SIS, el Servicio Secreto Británico, ya retirado y, como Meral, residente en Casa Nova desde hacía mucho tiempo. Además se había ganado fama de charlatán y de pesado y, por lo visto, no tenía la menor consideración por el sello de «Estrictamente confidencial» de los expedientes de sus hazañas porque, después de un par de Pimm's Cup, las divulgaba sin recato ante cualquier huésped o, en casos desesperados, se las largaba al indefenso personal del albergue. Miraba fijamente a Meral desde la otra punta de las mesas casi vacías, arqueando las cejas, con una expresión especulativa. El policía consultó la hora de manera ostentosa en su reloj de pulsera y sacudió la cabeza con cara de preocupación; se levantó con brío y salió del comedor sin cruzar la mirada con Scobie.

Súbitamente fatigado, puso rumbo a su dormitorio, pero entonces se acordó de una promesa que había hecho a sor Angélica, la menudita y arrugada superiora de las monjas de Casa Nova, y dio media vuelta en dirección al vestíbulo de recepción para dar una pequeña regañina a Patience, el alto y esbelto conserje abisinio que atendía el bar antes y después de la cena; aficionado a las citas de Shakespeare y a aliñar discrecionalmente las bebidas de los clientes con Mickey Finn^[4].

—¿Por qué lo haces, Patience? Dímelo. Quiero entenderlo.

—No lo sé.

—¿Se lo haces a las personas que no te agradan?

—No, no. Las aprecio mucho, de verdad.

—Entonces, ¿por qué, Patience? ¿Por qué?

—No lo sé.

Con una piadosa promesa de reforma en la mano, pero sin la menor idea de por qué hacía eso el conserje, Meral se fue del vestíbulo hacia su habitación caminando cansinamente, cuando, en el cruce con el pasillo que llevaba a los dormitorios de las monjas, se detuvo un momento a mirar al fondo del corredor: parado junto a la puerta de la madre superiora, de espaldas a él, había un hombre de constitución fuerte, con pantalones y camisa de color caqui y un cinturón de herramientas, del que pendía un manojito de llaves de habitaciones. No se movía, tenía la cabeza inclinada hacia la puerta, como si escuchase la música de violín que sonaba en un fonógrafo dentro de la habitación y se oía tenuemente desde el exterior. Lo miró con afecto distante. Reconoció a Wilson; sabía que era un estadounidense agradable y aparentemente sencillo, con una sonrisa radiante y diáfana, como la de los inocentes y los retrasados, que hacía pequeños trabajos de mantenimiento a las monjas desinteresadamente. También reconoció la música: el arrobador *Concierto para violín número 1* de Bruch, y también él inclinó la cabeza un poco hacia el sonido, pero duró menos tiempo del que tarda el corazón en partirse y enseguida siguió su camino, no fuera a ser que al ensalmo de la música se derrumbase la muralla con la que se protegía, como la de

Jericó con las trompetas de Josué, y se le viniese abajo convertida en escombros.

El dormitorio de Meral en Casa Nova podría haber sido la celda de un monje, salvo por las alegres cortinas: un perchero, un escritorio y una silla, una cama pequeña sin cabecera, una mesilla de noche y un armario alto de pino barnizado, con un figura del Niño Jesús dando una rosa roja a su madre en la parte superior. Cuando alquiló la habitación, pidió que retirasen la figura, pero unas semanas después volvió a ponerla sin dar explicaciones de lo uno ni de lo otro. Agotado, se sentó en el borde de la cama y se quedó mirándola; después se fijó en un oscuro crucifijo de bronce clavado en la pared, justo encima de la puerta. ¿Era esa la aspiración suprema del hombre? ¿Sufrir? ¿Por qué? ¿Con qué fin? Unos meses antes, un sacerdote que se había sentado a su mesa había respondido con dos simples palabras, «formación del espíritu», que le habían proporcionado luz una temporada, pero poco calor. ¿Es que no había otro camino? Miró las baldosas de terracota del suelo y después paseó la vista por las fotografías enmarcadas que tenía en el escritorio, apoyadas contra la pared. Sus padres, su amada mujer y, finalmente, el hijo al que había amado con tanta intensidad que incluso a él le asombraba y hasta le asustaba a veces, sin saber por qué, hasta el día en que el cielo dio a luz la muerte sin compasión y por fin entendió que lo que tanto temía era la esencia del infierno: el dolor de la pérdida. De pie en el verde césped, con las piernas muy separadas y oscuros tirabuzones en la frente, como un efebo griego de Maratón que surge del fondo del mar y recibe el aliento de la vida, el hijo de Meral miraba desde la foto irradiando de su rostro el amor de los ángeles al tiempo que ofrecía a la cámara una rosa roja de tallo largo.

Y siguió mirándola. Lloraría, pero no podía. La muralla.

Guardaba todas sus lágrimas para los sueños.

Bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. ¿Por qué había vuelto tan pronto a casa aquel día? ¿Por qué no lo había hecho cinco minutos antes? ¿O después? ¿O dos minutos? ¿O sólo uno? Hacía años ya que repetía fielmente la misma letanía a diario. Levantó la cabeza, la volvió a un lado y fijó la vista pensativamente en algo que había en la mesilla de noche. Alargó el brazo y lo cogió. Era un libro sobre Einstein, Dios y física cuántica. Esa dase de lecturas lo ayudaba, en efecto, pero nunca le descubría el grial de la confirmación completa. Sin embargo, no era el contenido del libro lo que le había llamado la atención, sino otra cosa. Miró detenidamente la cubierta un momento y después lo abrió por la página en la que, hacía dos noches, antes de meterse en la cama, había puesto un estrecho marcador de papel de Casa Nova —por una cara tenía una foto del albergue y, por la otra, una cita espiritual— para señalarla. Esa noche, cuando estaba a punto de dormirse, había murmurado, como todas las noches en los cuatro últimos años: «Un día más, hijo. Un día más cerca». Había pedido hasta la saciedad señales que jamás llegaron, aunque, incluso si el sol se hubiera detenido en medio del cielo, las dudas no habrían tardado

más que unos días en volver. Con todo, esa noche hizo a su hijo la siguiente petición: «Si vives, si me oyes, por favor, ven a verme. Ven a verme esta noche en sueños». El hijo no acudió; nunca lo había hecho. Pero la noche siguiente, cuando cogió el libro otra vez, en el lugar del marca páginas de Casa Nova, encontró un girasol amarillo recién cortado, la flor predilecta de su hijo. A la mañana siguiente preguntó a la mujer de uniforme gris y verde que solía ocuparse de su habitación si había sido ella quien había hecho el cambio; la mujer lo miró con recelo y, con una sonrisa de incertidumbre, le dijo: «¿A quién se le iba a ocurrir semejante cosa?». Después, cuando iba hacia al comedor a desayunar, se detuvo al ver a Wilson con los brazos apoyados en el mostrador de recepción, mirando hacia abajo, esperando tal vez instrucciones de la monja menudita. Se quedó con la vista fija en el puñado de llaves de habitaciones, que llevaba colgado del cinturón de herramientas, y, de pronto, de manera impulsiva, se acercó a él.

—¡Ah, Wilson!

Wilson levantó la cabeza con una cálida expresión de confianza y reconocimiento.

—¡Sargento Meral!

—¿Ha sido usted? —le preguntó Meral en voz baja.

Wilson frunció el ceño con inocente asombro.

—¿A qué se refiere, sargento Meral?

Meral se cohibió entonces y contestó:

—No tiene importancia. ¿Puede prestarme una llave inglesa? Pequeña, la más pequeña que tenga.

—¡Claro que sí!

—Hacía unos días que no le veía por aquí.

—Sí, ya.

Wilson llevaba guantes de trabajo de cuero y, al quitarse uno para poder coger la pequeña llave del cinturón, el sargento se fijó en que tenía las palmas de las manos vendadas.

Estaban rojas de sangre que había supurado.

—¿Qué se ha hecho, Wilson?

Sin dejar de mirar al cinturón mientras sacaba la llave, el joven manitas se encogió de hombros y sonrió sin entusiasmo.

—Gajes del oficio, señor —dijo—. Es normal hacerse rasguños.

Meral sacó el girasol del libro y se lo puso inquisitivamente delante de los ojos. Dudó, pero no podía hacer otra cosa. «Un día más —dijo a la almohada—. Un día más cerca.» Quería tiempo para auparlo y llevarlo en brazos, para ir corriendo con él a velocidad cegadora hasta un lugar donde pudiese encontrar algo más que la tristeza, su eterna compañera.

Se durmió. No soñó.

Por la mañana, cuando se levantó, encontró en el suelo una nota que le habían pasado por debajo de la puerta. Moses Mayo lo había llamado justo antes de la medianoche. Patience tuvo que explicarle que no sólo se daba el toque de queda en la casa a las once de la noche, sino que, además, el sargento le había ordenado explícitamente que no llamara jamás a la puerta de su habitación después de las diez, y tras citarle la shakespeariana «enredada manga de las ansias», el agobiado abisinio cedió por fin a los furiosos gritos de Mayo y le dijo que pasaría una nota por debajo de la puerta del policía —«rápido, ahora mismo», le dijo—, pero se negó en redondo a «llamar suavemente a la puerta», como le pedía el médico.

Patience le dijo que tosería.

—Es lo único que puedo hacer.

Meral abrió la nota. Con gran esfuerzo y letras mayúsculas que se inclinaban ora a un lado ora a otro, Patience había escrito a lápiz:

¡VEN A VERME! ¡IMPORTANTE!

y debajo:

... SHAWR... INAXPLIKABLE... MUERTO.

6

—Te seguía desde lejos. Cuando entraste en la pequeña gasolinera Paz me quedé mirándote y, al verte salir del coche, ¡ay, Dios, qué emoción! ¡Hasta la sangre me cantaba en las venas! No apasionado por tu muerte, se entiende, sino estremecido por el cumplimiento perfecto del deber. Entonces entró en mi coche un pajarito perseguido por una lechuza. ¡Qué revuelo de alas y qué acoso, qué griterío! Pero me daba igual, yo sólo tenía que entregarme al momento: pisé el acelerador a fondo en dirección a ti. Pero entonces el pájaro me dio en un ojo con el ala. Me desvié, me estrellé y ardí. ¡Gracias a Dios!

—A ver, voy a incorporarte un poco y a colocarte estas almohadas a la espalda.

—¡Ah, gracias!

—¿Te duele? ¿Más morfina?

—No, no. Estoy bien, de momento.

—Bien.

—¿Quién eres?

—¿Qué?

—¿Quién eres?

—¿No hemos pasado ya por todo esto?

20 de marzo, 4:17 de la madrugada

Queridísima Jean:

¡Cuántas cosas! Parece La última gaceta de Cyrano.

En primer lugar, Moses Mayo, ¿te acuerdas? ¿Ese médico tan curioso del hospital Hadassah que me hizo una revisión el primer mes que pasé aquí? Hemos tomado algunos tragos juntos: por fin se me ha abierto y me ha contado toda su vida. Ahora sé por qué renunció al puesto de médico jefe y, al mismo tiempo, empezó a adelgazar tanto de repente. Estuvo en Estados Unidos con un beca cultural, haciendo prácticas de interno en UCLA, volvió a Israel y trabajó en la plantilla del Hadassah, en medicina general y neurología, y las circunstancias le adjudicaron el papel de macho dominante de la historia de amor más conmovedora y trascendental que he conocido en mi vida, después de la que tú ya sabes, y no exagero. Vino a la ciudad un equipo estadounidense de cine a rodar un gran película, una de intriga y espías en la que la protagonista era la joven y encantadora Jane Ayres. Conoció a Mayo en el cóctel de la fiesta de bienvenida que ofreció el ministro de Cultura en su casa.

Se sentaron a hablar en un rincón, según me ha contado, y la atracción fue mutua e instantánea, a pesar de la abismal diferencia de edad. Se rieron mucho los dos. Después, en determinado momento, ella le preguntó si la medicina israelí había hecho algún descubrimiento nuevo en relación con la infertilidad. Estaba casada pero era estéril, incapacitada para concebir hijos, y confesó a Mayo su deseo desesperado de tener uno, sin el cual, decía, estaba segura de que su matrimonio se iría a pique. «¿Estás segura de que eres tú, y no tu marido?», le preguntó él. «No, a él lo han descartado. Soy yo.» Mayo le dio cita para hacerle un examen completo y una serie de pruebas y entonces, sin darse cuenta, en contra de lo que cabía esperar, mientras rodaban la película, establecieron entre ellos una relación sentimental.

«¿Qué has podido ver en mí? —le preguntó Mayo un día, cuando le parecía sobradamente claro que, si su matrimonio se hundía, era fácil que se quedase con él inmediatamente—. Soy mucho mayor que tú y nada bien parecido.» Tomándolo del brazo, lo miró a los ojos. «El que es gracioso nunca deja de serlo», le dijo ella. Sin embargo, cuando se acercaba el final del rodaje y tras muchas semanas de estudiar sin descanso y muchas horas nocturnas de reflexión intensa e ilimitada, Moses Mayo se despertó una mañana de abril con los ojos abiertos de par en par, clavados en el techo de

la habitación y pensando en lo extraña e impredecible que era la vida; se levantó, se sentó de inmediato al escritorio y empezó a escribir febrilmente en una libreta amarilla grande. Siguieron después muchas noches de paseos por la habitación, de forcejeo con una decisión increíblemente difícil de tomar. De pronto, concluido el rodaje, se encontraban en el aeropuerto el desventurado Mayo y el amor de su vida, a punto ella de subir a bordo del avión que la llevaría de vuelta a Estados Unidos. Mayo la miró a los ojos, le preguntó: «¿Todavía deseas un hijo por encima de todo?» y, cuando ella agachó la cabeza y dijo: «Sí. Sí, sería lo mejor», Mayo sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó. «No lo pierdas —le advirtió con seriedad—. Entrégaselo a tu médico.» «¿Qué es?» «—No te preocupes —replicó él—, pero no lo pierdas.»

Era una receta para curarle la esterilidad.

Más adelante, concibió y alumbró a un niño.

Mayo no volvió a verla nunca, salvo en el cine.

Mayo, Meral y yo. Los tres hemos perdido el amor de nuestras vidas. Mayo intenta recuperarlo sanando al prójimo; Meral, velando por la seguridad del prójimo; ¿y yo? Bien, no me corresponde decirlo a mí. Todavía no Así pues, permíteme pasar página de esta última gaceta para hablar de un tema sobre el que he leído últimamente y que me gustaría haber conocido antes. Es muy extraño.

Verás, la estrella Sirio tiene una compañera invisible a la que denominamos «Sirio B». que sólo puede verse con telescopio. Es completamente invisible a simple vista Ni siquiera se sospechaba su existencia hasta mediados del siglo XIX. Sin embargo, la tribu dogon de Malí ¡la conoce desde hace miles de años! La llaman «Digitaria», un nombre muy bonito, ¿no te parece? Los dogon ya sabían que describía una órbita elíptica, que tardaba exactamente cincuenta años en completarla y que rotaba sobre su eje. Siempre han creído que es el cuerpo celeste de menor tamaño y, sin embargo (¡vaya paradoja!), el más pesado. Pues bien, ahora resulta que pertenece a la clase de estrellas más pequeñas que se conocen y que está conformada por una materia superdensa, que no existe en la faz de la Tierra. ¿Cómo podían los dogon saber esas cosas? Sirio A es mil veces más luminosa que Sirio B. pero, aun así, hace siglos que los dogon la consideran la más importante del cielo, y tal vez por eso su religión gira en torno a ella. Es una tribu que posee conocimientos de astronomía, cosmología y bioquímica y sostiene que los recibió de unos seres extraterrestres, a quienes llaman «los nommo», que se dividen, según un antiguo texto dogon, en diferentes clases: el nommo Die, que es Dios, los nommo Titanye, que llegaron a la Tierra en naves espaciales y son mensajeros y enviados del nommo Die, y, por último, un «O nommo», que iba a ser sacrificado para purificar y reorganizar el universo (¡eso me recordó el sueño que tuve de la luz roja!), que tomaría

forma humana y que descendería sobre la Tierra. Y después, lo más pasmoso. Cito literalmente: «El O nommo dividió su cuerpo entre los hombres y se lo dio a comer y cuando el universo hubo bebido de su cuerpo, el O nommo también dio de beber a los hombres y dio su principio vital a los seres humanos». Más adelante dice que fue «crucificado en un árbol kilena» y poco después resucitó de entre los muertos.

De haber sabido antes todo esto, es posible que hubiera influido en mi «reflexión especial», así como en mi búsqueda del «objetivo x», que, por cierto, es el más difícil de mi carrera, aunque todavía no tengo la menor duda de que está aquí y de que lo encontraré. A menos que me encuentre él a mí primero. Y, ya que hablamos de esto, una curiosidad: hace unos días, oí unos pasos y, aunque no pude ver a la persona, eran inconfundiblemente los de Stephen. Tuvo que ser el cumplimiento de un deseo. ¡Cuántas veces he revivido en sueños la explosión que se llevó tu vida y la suya! ¿Estarán mis sentidos empezando a embotarse después de tanto tiempo? Tal vez hayan cambiado a la vez que todo mi ser. Porque estoy cambiando, Jean, me está pasando algo. Tengo la sensación de que me renuevo. Todavía no estoy seguro de qué es, pero tengo la sensación —supongo que podríamos llamarlo premonición— de que muy pronto me reuniré contigo en ese lugar en el que nos han prometido que «todas las lágrimas serán enjugadas».

Ya se cuele el amanecer por la ventana de delante de la mesa de madera en la que escribo; barro con la mirada la calle de fuera, siempre alerta. Todavía hay otro asesino suelto en alguna parte. Por favor, querida mía, no te preocupes. Lo peor que puede pasar es que se acaben las cartas.

Allí estarás tú.

—¡No, no son imaginaciones! Son ¡hechos! Te estoy hablando de ¡hechos!

Mayo se paseaba agitadamente de un lado a otro por detrás del escritorio, en tanto Meral, paciente e incrédulo, lo escuchaba. El martes, 11 de mayo, a primerísima hora de la mañana, Eddie Shore había aparecido muerto de fallo cardiaco.

La autopsia dictaminó que había sufrido un infarto de miocardio.

Pero Mayo estaba convencido de que había habido juego sucio.

—¿Por qué? —preguntó Meral.

No iba de uniforme. Era domingo, su día de descanso.

—No lo sé —dijo con inquietud—. Esos dos tipos de la CIA de la embajada estadounidense (todo el mundo sabe quiénes son) entraron como locos en la habitación de Eddie y la precintaron hasta que llegaron los forenses; los suyos, no los nuestros. Y ahora dicen que quieren que mandemos el cadáver a Langley^[5] para hacerle otra autopsia. ¿Por qué motivo, vamos a ver? ¿Me lo dices tú? ¡Huele a podrido, Meral! ¡Huele que apesta!

Mayo se dejó caer en la silla de detrás del escritorio.

—Bien, escúchame —dijo en voz baja y más serena—. De vez en cuando ingresa en el hospital un paciente con síntomas de salmonelosis. Lo he comprobado, está en los archivos. Ingresan y mueren. El último fue hace un año. Vladimir Secich. Era un cónsul soviético importante que luego resultó ser jefe de espías. Todo el mundo decía que estaba a punto de desertar. Y hubo otro con salmonelosis, un agente de seguridad búlgaro que podía tener alguna relación con los rusos. La salmonela no mata, Meral, es benigna.

—Pero has dicho que murieron de fallo cardiaco.

—Me recuerdas a mi madre. Cuando le contaba algún desastre que hubiera sucedido, por grande que fuese, siempre le quitaba importancia. «¡Más nos castiga el mar!», solía decir. El caso es que con una inyección de insulina, se puede inducir la muerte a cualquiera en cualquier momento y parecerá un paro cardiaco. ¿Estamos? El asesino puede llevar montada una hipodérmica minúscula en la parte inferior de un anillo. Luego puede dar unos golpecitos a la víctima en la pierna como animándola, como si se despidiera cordialmente; la víctima ni siquiera lo notaría. Secich tenía agentes de seguridad las veinticuatro horas, uno dentro de la habitación y otro a la puerta, pero es que podría haber sucedido todo delante de las narices del agente sin que se diera cuenta de nada.

—¿No se descubriría la insulina en la autopsia?

—Desde luego que sí, pero sólo si se hace inmediatamente, antes de dieciocho horas, e incluso menos. A Secich se lo llevaron de aquí los rusos y lo mandaron directamente a Moscú sin hacerle antes la autopsia. Además, los asesinos podrían haber actuado de otra forma más sutil que requiere algún conocimiento básico de

psicología humana, pero que tiene la ventaja de no dejar rastro de ninguna clase. Basta con inyectar una pequeña burbuja de aire, Meral. Cuando la burbuja llega al corazón, causa la muerte al instante, limpiamente. Vamos, conozco todas las formas de hacerlo sin levantar sospechas, sin que pueda detectarse en las pruebas.

Meral empezó a entrecerrar los ojos con preocupación.

—¿De verdad crees que esas tres muertes fueron asesinatos?

—No se me ocurre otra explicación, como no les diera un soponcio al ver la factura del hospital.

—Parece que todo esto te afecta emocionalmente, Moses.

—Eddie Shore era una persona maravillosa.

—Entonces, ¿por qué iban a matarlo?

—No lo sé. Lo único que sé es que los agentes de la CIA andaban por aquí, y que si quieres matar a alguien, un hospital es el sitio perfecto. Aquí muere gente, hay muertes constantemente. —Pareció ausentarse un momento y enseguida volvió—. Una cosa más.

—¿Qué?

—Más o menos una hora antes de su muerte, entró alguien en su habitación con el resultado de su análisis de electrolitos. A veces mandamos muestras abajo, al laboratorio, para averiguar si los pacientes pierden muchos nutrientes por vómitos o diarrea. Analizan los electrolitos y luego nos mandan los resultados.

—¿Qué insinúas, Moses? ¿Que a esos pacientes los mató un médico?

—No te pongas como en el colegio de Ramala, cuando sospechabas que la hermana Joseph te robaba la merienda. Los médicos mandan que se hagan los análisis, no bajan a buscarlos. Los recoge y los sube a la planta un ayudante. ¿De verdad hace falta que venga un inspector Clouseau árabe?

Meral giró la cabeza y miró por la ventana.

—Ahora tienes que ayudarme a solucionar este caso, Meral. Dos días después de la muerte de Shore, me encontré con el médico que lo llevaba, Dave Fuchs y hablamos de lo inesperado del suceso. Luego Fuchs me contó una cosa muy rara: que un voluntario... Es posible que lo conozcas de Casa Nova, trabaja allí por horas. Se llama Wilson.

Meral se volvió hacia Mayo.

—Ah, sí, Wilson. Sí, sí, lo conozco.

—Bueno, pues me dijo que, al día siguiente, Wilson había ido a verlo para preguntarle qué había pasado; según Wilson, una hora antes de la muerte de Shore, el propio Fuchs había llamado abajo, al laboratorio, para ordenar el análisis de electrolitos y que le mandasen los resultados directamente a la habitación del paciente, no al mostrador de la planta, como de costumbre, porque pensaba estar allí. Sin embargo, cuando Wilson subió a la habitación, la encontró a oscuras, sólo con la luz de noche, y Shore estaba durmiendo. Fuchs le contestó que no dijese tonterías, que esa noche ni siquiera estaba en el hospital. ¡Es una locura, Meral! Es muy raro,

está todo muy liado.

Meral se quedó impasible, en silencio.

Mayo, concentrado, apoyó las manos en la mesa y echó el cuerpo hacia delante.

—No deliro, Meral, ¿entiendes? El instinto me lo dice a voces. De eso sabes mucho tú, ¿no, mocito? ¡Lo inventaste tú! Sé que aquí pasa algo. Me lo dicen los huesos. ¿Por qué iba a querer nadie mandar unos análisis falsos a la habitación de Shore?

—Creo que he leído suficientes novelas de Hércules Poirot como para saberlo.

—Habla.

—No sé si debo. Es posible que sólo aumente la paranoia que tienes.

—Meral, ¿quién te ha enseñado esa palabra tan gorda? ¿Fueron las picaras hermanas de Ramala, y luego te dijeron que era un pez de dientes muy afilados? Cuando se trata de iluminar a la gente, no hay quien pare a esas monjas católicas. Bien, ¡a ver! ¿Cuál es tu teoría? O la de Hércules Poirot, o la de quien sea.

—Pues, si en realidad Shore murió asesinado de esa forma que supones, puede que el asesino quiera que las sospechas recaigan en Wilson. Por tanto, sería alguien que desea quitar a Wilson de en medio o incluso que muera.

—¿Hacer que Wilson sea sospechoso de asesinato?

—Sólo sigo tus imaginaciones, *jabibi*.

—No son imaginaciones, *bubbi*.

Meral se encogió de hombros con modestia.

—¿Por qué no presentas el caso a Shlomo?

Pasmado, Mayo se echó hacia atrás en la silla.

—¿Shlomo? ¿Shlomo Uris, el idiota de mi sobrino, el inútil niño inspector de policía que una vez se puso a dar golpecitos en las paredes del Santo Sepulcro buscando la entrada de un pasadizo secreto? Seriedad, por favor —replicó Mayo tajantemente.

—Dicen que es muy perspicaz —respondió Meral—. El caso es que Hadassah es un subdistrito de Jerusalén, Moses, y queda en su jurisdicción, no en la mía. No puedo entrometerme.

—Pero ¡lo hiciste con el Jesucristo asesino, el loco!

—Fue una cuestión personal. No abrí una investigación. Por otra parte, Moses, rara vez hay asesinatos en mi jurisdicción, menos aún tan exóticos como este. Resuelvo crímenes en las novelas, pero esto es la vida real.

—Bien, pues no pienso dejarlo pasar, ni muchísimo menos. Voy a seguir ahondando.

—Sí, eso es. Se te da bien, Moses. No lo dejes.

—¿Qué te pasa, Meral?

—¿A qué te refieres?

—¡A tu cara! ¡Fíjate qué cara tienes! No había visto tanta infelicidad en mi vida.

—Mayo se levantó—. Eso es lo malo de los médicos de hoy —dijo—. Va uno a la

consulta y ellos se limitan a ojear las páginas del historial y a repasar los análisis de sangre, en vez de mirar a los pacientes a la cara, que es donde a veces está todo escrito. A veces, no: muchas veces. Bien —dijo poniéndose en marcha—, vamos.

—¿Adónde?

—A la sala de consulta. Quiero comprobar un par de cosas.

—Mucho me temo que no tengo tiempo.

—¡Pues lo pintas!

Veinte minutos después, Meral se abotonaba la camisa mientras Mayo envolvía el manguito del tensiómetro.

—Bien, estás sano —dijo Mayo—. ¿Te deprime saberlo? Oye, tienes que empezar a medicarte. No paro de decirte que vayas al médico. ¡Hazlo, Meral, por favor! Y, además, ese complejo de culpa que llevas a cuestas... Cuando muere una persona, a veces, si hacemos las cosas bien, conseguimos reanimarla; pues, bien, de un tiempo a esta parte muchos reanimados dicen que han visto una luz brillante al final de un túnel que les ayuda a recordar toda su vida, todo lo que hicieron mal. Pero, es que tú... ¡revives cada diez minutos!

Cuando volvieron al despacho de Mayo, Meral descolgó la gorra de policía de un gancho de la pared, fue hasta el escritorio y miró fijamente a su amigo de la infancia, que se había sentado con los codos apoyados a lados, agarrándose la cabeza con las manos.

—No pienso dejarlo así —prometió—. No lo haré.

—Ten cuidado —dijo el policía en voz baja.

Dio media vuelta, se dirigió lentamente hacia la puerta abierta del despacho y, antes de salir al bullicio del pasillo, se detuvo y se quedó un buen rato mirando atrás.

—¿De dónde sacas estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Pues la morfina o las jeringuillas.

—¿Qué importa?

—Entonces es que las robas, supongo.

—¿Me estás interrogando?

—¡Ah! ¡Vuelvo a ver tu sonrisa de arcángel!

—Vamos a cambiar esas vendas viejas. A ver, siéntate.

—Has cambiado.

—Sí, lo sé.

—Ahora es mucho más fuerte.

—¿Qué cosa?

—La luz. Esa luz interior tan terrorífica que irradas. Es mucho más fuerte y peor, mucho peor que antes.

—¿Qué quieres decir con peor?

—Hace más daño. Se parece al perdón.

—Es decir, Shore viene a Israel, muere en extrañas circunstancias ¿y dices que no tenía una misión? No paraba de viajar, de investigar, de dar discursos: era el perfecto chico de los recados para vosotros. ¡Vamos, eso lo sabemos! Lo que quiero saber yo es qué hacía aquí.

Estaban en el despacho de Moshe Zui, de cuarenta y tres años, abogado e investigador del Shin Bet, la agencia israelí de seguridad interior, cuyo complejo de cincuenta y dos oficinas se ocultaba discretamente tras una única puerta reforzada del segundo piso de un edificio de Tel Aviv, en el que había también tiendas de comida preparada y diversos comercios en los que podía encontrarse de todo, desde un taller de reparación de gafas hasta ropa femenina. En la puerta de la agencia había una placa con una inscripción anónima que decía: PRODUCTOS DE PRIMERA CALIDAD.

—Vamos, vamos —insistió Zui—. Sabemos que te fuiste escopeteado a su habitación del hospital. ¡Confiesa! Aquí todos somos amigos, ¿no es eso? ¿Qué problema hay?

Zui hablaba con William Sandalls, un importante agente encubierto de la CIA que se hacía pasar por agregado de la embajada estadounidense; en ese momento estaba sentado ante la mesa del despacho de Zui. Era un ex coronel del ejército, con muchos años de servicio en Japón, alto y ligeramente rechoncho, aficionado a los trajes de guingán de color azul, de pelo más bien rubio y muy corto, pecoso y con la nariz respingona, rasgo que reforzaba la impresión de niño inocente que siempre pretendía dar, aunque el brillo malicioso de sus ojos lo traicionaba. Enseñó a Zui las palmas de las manos.

—Oye, ¿qué quieres que te diga?

—Unas cuantas cosas, pero no lo vas a hacer.

Zui se volvió a mirar a Lod Evert, otro agente del Shin Bet que había en la habitación. Estaba apoyado contra la pared, cruzado de brazos. Zui lo miró con las cejas arqueadas. Evert hizo un gesto de asentimiento y Zui se dirigió de nuevo a Sandalls.

—De acuerdo, nosotros sabemos lo que se traía entre manos —reconoció—. Tenía una información tan explosiva que no se podían arriesgar a que la interceptasen ni, tal vez, a utilizar un topo intermediario, por eso Shore tenía que llevarla en la cabeza y debía transmitírsela a vuestro embajador personalmente.

—¡Ah, conque lo sabéis! ¡Qué gran sorpresa!

—Lo intentamos. Bien, ¿qué era lo que tenía que decirle Shore? ¿Algo sobre un próximo ataque? ¿Algo que pudiese acabar con el Estado? ¿Que Golda Meir, nuestra jefa de Estado, se tiñe el pelo?

—Oye, fuera lo que fuese, sólo lo sabía Shore, nadie más, ni siquiera nosotros.

—¿De qué color se lo tiñe?

—¡Oh, vamos!

Zui miró de manera inexpresiva a Lod y de nuevo a Sandalls y, lentamente, con la punta de los dedos, le ofreció una caja abierta de bombones suizos.

—Toma, llévate tres o cuatro a la embajada, cómetelos por el camino, si te parece, y luego vuelve aquí.

Sandalls metió la mano en la caja.

—¿Que vuelva?

—Sí, de inmediato. Hemos rellenado los bombones con suero de la verdad.

Sandalls retiró la mano.

Con gran parte del domingo por delante, Meral subió a un ruidoso autobús viejo en dirección a Ramala, donde, en un cementerio católico, lejos del tumulto de los *suqs*^[6], depositó flores en la tumba de sus padres y en la de su esposa e hijo. Había llovizado un poco y se habían mojado más la hierba, las lápidas y el aire del lugar, de por sí tan empapado de recuerdos de los seres queridos que la tierra parecía aún más inerte que los corazones que yacían bajo ella. «¿Sabrán que estoy aquí ahora?», se preguntó. Él no lo sabía; lo único que sabía era que tenía que ir allí. Después fue andando a una leprosería, a hacer una visita a la directora, la hermana Elena Karina, que había sido maestra suya en primaria, en una escuela católica. Tomaron té y repasaron recuerdos. Abundaron los silencios. No les molestó.

—¿No has perdido la fe, Peter?

—No. Es lo único que hay.

Sabía que esa respuesta sería de su agrado.

Justo antes de marcharse, Meral preguntó por la leprosa que había recobrado la vista.

—¡Ah, Reema! —dijo la monja inclinando la cabeza.

Una sombra de tristeza le velaba los ojos, pero había algo más que Meral no logró identificar, aunque estaba seguro de haberlo visto antes, y hacía muy poco, aunque no pudo recordar dónde.

—Pues... murió hace unos días, Peter.

—¿De verdad? ¡Qué lástima!

—No, no creas. Estaba contenta.

Cuando volvió a Jerusalén, se acercó a Fuad's, su cafetería predilecta, en el barrio cristiano; si hacía buen tiempo, se sentaba fuera, enfrente de la única e impresionante puerta de la iglesia del Santo Sepulcro. Era un monumento de piedra del siglo IV, levantado sobre el lugar de la crucifixión y entierro de Jesucristo. Todas las madrugadas, a las cuatro y media en punto, y de nuevo a la puesta del sol, dos miembros de diferentes familias musulmanas, los Yude y los Nuseibe, llevaban a cabo el ritual de abrir el santuario. Saladino había nombrado «guardianes de la llave» a los Yude y, más tarde, «ayudantes» a los Nuseibe. A una hora determinada de la mañana y de la tarde, un Nuseibe llevaba a un Yude la llave de veinticinco centímetros; este subía entonces por una escala de mano y abría o cerraba la puerta.

A veces Meral presenciaba la ceremonia del cierre y a menudo el Nuseibe, el Yude o ambos se acercaban después a su mesa y tomaban café con él. Disfrutaban de su compañía. Meral el bueno, el protector. No podía decirles que lo interrumpían con su compañía, que él no iba a allí por el café, sino para contemplar el lugar de reposo de Jesús mientras repasaba hechos de la resurrección como si de la investigación policial más metódica se tratase. Poco importaba que nunca alumbrase nuevas

perspectivas, desarrollara una teoría distinta o desenterrase hechos desconocidos. Lo único que buscaba era el consuelo de los antiguos: la verosímil contención de los relatos evangélicos, narrados en pocas palabras, tan absolutamente desprovistos de exageración y fanfarria que parecían suponer que no sólo eran los hechos conocidos a ciencia cierta, sino que todo el mundo los creía y no se precisaban esfuerzos de vendedor para narrarlos: que las apariciones nunca sucedieron de noche, sino a plena luz del día, y que la idea de la resurrección del Mesías —mucho más poderosa que la del Mesías fracasado— era una novedad, si no un acontecimiento sin precedentes en la tradición judía de la época. Meral dio un sorbo al café sin dejar de mirar la iglesia, recreando por enésima vez su interrogatorio imaginario predilecto: «A ver, san Pablo, ¿nos cuentas otra vez lo que dijiste a la muchedumbre congregada en la falda del monte?». «Pues bien, les dije que unas quinientas personas habían visto a Cristo resucitado, todas al mismo tiempo, y que la mayoría de ellas todavía vivía.» «Aquel día, mientras orabais, ¿había entre la multitud alguno de los que lo habían visto?» «No lo sé. Puede que sí y puede que no, aunque es fácil que hubiese alguno. Muchos creyentes era muy jóvenes, muchachos ávidos. Acudirían. Y, si no, seguro que no tardarían en enterarse de todo.» «¿No tenías miedo de que te lapidasen por mentiroso?» «Nadie lo hizo.»

—Estás en otro mundo, hermano Meral.

—Perdona.

—¿Tan dolorosos son esos pensamientos?

—No, hermano mío. Me confortan y me dan esperanza.

—En tal caso, que Dios sea contigo. Te dejamos con tus pensamientos.

Esa noche, la cena del albergue fue excelente: temerá francesa con patatas y guisantes al gratén. Sin embargo, no había sacerdotes en la mesa de Meral y el comedor, apenas lleno a medias, estaba mucho más tranquilo que de costumbre. Después, Meral se fue a la parte occidental de Jerusalén en autobús, a una sala de cine en la que proyectaban un *western* estadounidense, *Raíces profundas*, con subtítulos en hebreo y árabe. Le gustaba por el sacrificio del final. Le parecía que le hablaba de trascendencia, aunque era incapaz de definir el sentido. Tampoco estaba seguro de que el sacrificio fuese real: lo que a primera vista parecía inspirado en el «amor que hizo los mundos» de C. S. Lewis, en cuanto se rascaba un poco la superficie, no era en verdad tan desinteresado como se podía suponer. Tal vez existieran esas cosas, pero él sólo las había visto en los libros, en las noticias y en el cine, no en la vida real. En su propia vida. Lo único que sabía era que la necesidad de encontrar un caso semejante ardía en su espíritu como una llama negra y fría, sin luz ni calor, pero tan imposible de apagar como la luz de las estrellas del cielo.

«¡Shane, vuelve!»^[7]

El grito se le clavó en el corazón.

De vuelta al albergue, leyó un poco para relajarse —otra de Hércules Poirot— y finalmente, unos minutos antes de las diez, se acostó. A las once y treinta dos entró en

recepción una llamada urgente, una persona de la iglesia del Santo Sepulcro que preguntó con vehemencia por Meral. En esa ocasión, Patience llamó con fuerza a su puerta. Encima de la lápida mortuoria de la Tumba de Jesucristo había aparecido, descansando en paz boca arriba, el cadáver de un hombre con traje y corbata y la cara desfigurada por cicatrices de quemaduras. A simple vista no se apreciaba la causa de la muerte, no se halló nota de suicidio ni documento de identificación, salvo un carné internacional de conducir que llevaba en el billetero y un sobre vacío pero con sello que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. El nombre del sobre y el del carné coincidían.

Joseph Temescu.

12

El sargento Meral y el cabo Issa Zananirí acudieron a la dirección escrita en el sobre dirigido a Temescu, un apartamento situado en Montes de Jerusalén que el difunto había alquilado unas semanas antes de la fecha de su muerte. Era un habitáculo desangelado, con muy pocos muebles y, tras un rápido recorrido de inspección, los policías iniciaron un registro largo y meticuloso de todos los armarios, armaritos y cajones. Hallaron muchos objetos de gran interés y unos cuantos menos interesantes y los guardaron todos en bolsas de pruebas. Sin embargo, en vez de aportar luz y respuestas, eran tan insólitos que sólo creaban confusión en las mentes normales. Había, entre otras cosas, un delineador de ojos, carmín de labios y una lata plateada de maquillaje blanco de payaso, así como tres pelotas de malabares de vinilo de color naranja.

Y una peluca de rizos de payaso.

ENTREVISTA AL SARGENTO MAYOR PETER VINCENT MERAL CENTRAL DE INTELIGENCIA DE TEL AVIV, 21 DE MARZO DE 1974

Asistentes: Charles Bell y William Sandalls, de la embajada estadounidense; Moshe Zui, de inteligencia israelí. Mecanografía: Deborah Peltz.

ZUI: Buenos días, sargento Meral. Me alegro de verlo. Lamento el retraso. Bien, veo que ha tomado café.

MERAL: Sí, un poco.

ZUI: Se dicen maravillas de usted.

MERAL: Inmerecidas, sin duda.

ZUI: ¿Conoce a Bill Sandalls?

MERAL: No, no lo creo. ¿A quién representa usted?

SANDALLS: Somos agregados de la embajada estadounidense.

ZUI: Eso es lo que me cuenta a mí también. Mentiras. Es agente de la CIA, como su amiguito, ese de ahí, Charlie Bell. A ellos les parece gracioso. Mírelos, se ríen como críos con un cofre lleno de anillos descodificadores de secretos.

SANDALLS: Es un placer conocerlo, sargento.

BELL: Buenos días, sargento Meral.

MERAL: Sí, buenos días tengan ustedes.

ZUI: ¿Más café, sargento?

MERAL: No, gracias.

ZUI: La chica que suele hacerlo está de baja por enfermedad.

MERAL: Lástima.

ZUI: Lo comprendo. Bien, repito: quiero dejar muy claro que esto no es un interrogatorio. Sucede que estos amigos estadounidenses han solicitado que les cuente usted directamente algunas cosas y que les conteste algunas preguntas, ¿de acuerdo?

MERAL: Con mucho gusto, pero ¿por qué?

ZUI: No se fíen de nosotros.

SANDALLS: ¡Oh, vamos, Zui! Sólo queremos asegurarnos del todo.

MERAL: ¿De qué?

ZUI: Resulta que su informe sobre el cadáver del Sepulcro ha suscitado una cuestión que usted no podía ni imaginarse; por eso estos señores quieren que nos lo exponga todo otra vez. Es posible que, a medida que hable, se le ocurra algún detalle que en el informe se le pasara por alto o que no le pareciera relevante, pero que pudiera serlo en grado sumo para nosotros. Bien, ¿lo ha entendido?

MERAL: Perfectamente, pero, dígame, ¿a qué se refiere con eso último que ha

dicho, lo de relevante en grado sumo?

ZUI: Bueno, tal vez haya exagerado un poco. ¿No quiere más café? ¿De verdad?

MERAL: De verdad de la buena.

ZUI: Entendido. Bien, hemos leído el informe que redactó sobre el incidente de la calle Remle y nos ha parecido bastante completo. ¡Muy completo! De modo que vayamos directos al cadáver del Sepulcro que, en principio, ha sido identificado con el nombre de Joseph Temescu.

MERAL: ¿En principio?

ZUI: Las cosas cambian. Es decir, lo despiertan a usted por una llamada directa de la iglesia al albergue, sin pasar por la comisaría ni por el servicio de urgencias. ¿Es así?

MERAL: No; al servicio de urgencias sí llamaron, pero después. Primero me llamaron a mí. Wayij. Wayij Nuseibe, de la familia que tiene la llave.

SANDALLS: ¿Qué llave?

MERAL: La que abre y cierra la puerta de la iglesia.

SANDALLS: Es el mismo que halló el cadáver, ¿no es eso? ¿Wayid?

MERAL: Wayij. No, en realidad lo encontró un griego, un monje ortodoxo griego. A medianoche empiezan una serie de servicios que duran hasta el amanecer. Los católicos (franciscanos) siempre lo empiezan todo con una misa en latín. Los católicos, los armenios, los coptos y los ortodoxos griegos cumplen una tarea común: cuidar de que todas las lámparas y velas del Sepulcro estén encendidas y de que todo esté limpio. Era el turno de los griegos, por eso fue ese monje a hacer la ronda a las doce menos cuarto, porque después de la misa, los franciscanos irían al Sepulcro en procesión y...

SANDALLS: ¡Pero eso es muy estrecho! ¿No? Discúlpeme, pero, ¿cuántos pueden caber ahí al mismo tiempo?, ¿diez, doce tal vez, como mucho?

MERAL: Lo tienen bien organizado: entran y salen de uno en uno, en fila india.

ZUI: Pero ¿está seguro de que fue el monje, no otro cualquiera? Tengo aquí el informe y, si mal no recuerdo... ¡Ah, no, no! Disculpe. Me he equivocado. Sí, fue un monje: Anastasios Scopus. Continúe, sargento. Perdone la interrupción.

MERAL: En efecto. Bien, el monje vio el cuerpo y dio un grito tremendo, según me han dicho (no sabía si estaba vivo o muerto o si se le echaría encima como en las películas de miedo), y salió de allí corriendo y dando voces; despertó a Wayij, el cual se presentó en el lugar y vio que el hombre estaba muerto; fue entonces cuando me llamó a Casa Nova.

ZUI: (Dirigiéndose a los estadounidenses): Sí, confían en usted.

SANDALLS: Deje de *utzing*^[8].

ZUI: No he podido evitarlo. Prosiga, sargento Meral. Decía usted que Wayij lo llamó. ¿Qué pasó después?

MERAL: ¿Podemos volver atrás un momento?

ZUI: ¿Qué?

MERAL: Ha dicho usted que ha habido cambios respecto a la identidad de Temescu. No me lo puedo quitar de la cabeza.

ZUI: Lo entiendo, pero no tiene usted por qué saberlo, al menos en este momento. Continúe, por favor. Lo avisó él. ¿Y después?

MERAL: Llamé a comisaría, pedí un forense y marché inmediatamente a la iglesia. Sólo tardé seis minutos, porque está cerca de mi lugar de residencia, Casa Nova. Me estaban esperando y ya habían abierto la puerta. Dentro había un gran alboroto. Monjes y sacerdotes de todas las sectas gesticulando con las manos en el aire, temerosos y confusos, haciéndose toda clase de preguntas: ¿Significaría algo el cadáver encima de la losa? ¿Debían retirarlo o seguir con su ceremonia, delante del muerto que reposaba allí? Un copto ruso había cubierto el cadáver con una sábana; un armenio pensaba que el muerto podía ser un «incorruptible» y que tal vez pudieran dejarlo allí en exposición permanente, lo cual casi fue motivo de una pelea. Entonces, los griegos empezaron a decir en voz alta que tal vez fuese una señal de Dios, para avisarles de que los miembros de la secta que iban a usar la tumba y a entrar en ella tenían intenciones de cometer alguna abominación. Aquello era la locura, como ya he dicho. Sólo el muerto guardaba la calma. La verdad es que parecía muy sereno. Estaba bien vestido, con traje y corbata y una flor blanca y rosada en la solapa de la chaqueta, como dispuesto para el velatorio de la familia y amigos más cercanos. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como se ve en algunas estampas de santos muertos. ¿Le importaría decirme, de paso, cuál fue la causa de la muerte?

ZUI: Todavía no se ha determinado del todo, sargento. Se ha iniciado la segunda autopsia. En la primera se halló un cáncer terminal, el incurable, el de páncreas.

MERAL: ¿Fue la causa de la muerte?

ZUI: Estamos estudiando otra posibilidad.

MERAL: Entonces ¿es un asesinato?

ZUI: Suicidio o asesinato, podría ser cualquiera de las dos cosas. Pero sigamos, sargento. Retomemos el hilo. Encontró usted algo en el cadáver que lo llevó a un apartamento amueblado que Temescu había alquilado en Montes de Jerusalén desde hace ¿cuánto?, ¿unas tres semanas?

MERAL: Más o menos.

SANDALLS: ¿Fue allí usted solo, sargento?

MERAL: No, me acompañó el cabo Zananiri.

SANDALLS: De manera que tiene testigos.

MERAL: ¿Testigos? ¿De qué?

ZUI: De que encontró usted lo que dice que encontró. Sandalls cree que nos pasamos el día comiendo matzá y maquinando planes con que aliñar las

pruebas sólo para volverle más loco de lo que está.

SANDALLS: No espero menos de ti, Moshe.

ZUI: Sargento Meral, ¿le importa seguir con el relato de lo que vio?

MERAL: El portero nos abrió la puerta del apartamento. Era pequeño: dos habitaciones, una minicocina y un cuarto de baño. Muy desangelado, con pocos muebles, viejos y alquilados. De todos modos, lo registramos a fondo. Apenas había ropa colgada en el armario ropero: una chaqueta, una camisa y un par de pantalones, sin etiquetas; estaban todas cortadas. Había polvo por todas partes. Sin embargo, como sabe, encontramos algunos objetos de interés, principalmente, el carné de identidad y los pasaportes.

ZUI: Y las pelotas de malabares y los accesorios de payaso de circo.

MERAL: ¿Tienen algún interés?

BELL (Dirigiéndose a Sandalls): ¡Ahí queda eso!

MERAL: Tengo la sensación de que se me escapa algo.

ZUI: No. Sigamos.

MERAL: Sí, claro. Después fuimos de puerta en puerta haciendo preguntas sobre él. Sobre Temescu. No había muchos apartamentos, es un edificio de cuatro pisos. En algunos no había nadie, pero los que encontramos no supieron decirnos gran cosa; en realidad, no nos dijeron prácticamente nada. Todos coincidieron en que sólo lo habían visto el día en que se instaló, pero después no habían vuelto a verlo; ni siquiera lo habían oído: nunca se oía correr el agua en su apartamento, ni la radio, ni pasos. Nada. Sin embargo, en el momento en que nos marchábamos del edificio, llegó la mujer del segundo piso que ocupaba el apartamento de enfrente, un ama de casa joven y bonita, y nos dijo que había oído entrar a alguien allí la mañana del día en que el difunto apareció en la iglesia. Según ella, la persona sólo estuvo unos minutos; le pareció oír que abría el armario y un cajón. Poco después oyó que los cerraba. Después la oyó salir.

SANDALLS: Pero ¿no llegó a ver a esa persona?

MERAL: No, no la vio. Pero lo curioso...

ZUI: ¿Sí?

MERAL: Bien, parece ser que la escena se repitió a altas horas de la noche: entró alguien en el apartamento y estuvo muy poco tiempo; se oyó abrir un cajón y, después, los pasos de la persona que se iba.

ZUI: ¿Sólo un cajón?

MERAL: Sólo uno, pero a esa hora Temescu ya había muerto. Así pues, ¿quién era?

SANDALLS: Entonces, ¿la segunda vez tampoco vio a la persona?

MERAL: Se había acostado. Aunque tampoco podía asegurar que se tratase de un hombre.

ZUI: ¿Tan cerca está su dormitorio que podía afirmar con seguridad que los

ruidos provenían del apartamento de Temescu?

MERAL: No. El dormitorio de la mujer quedaba un poco más allá, respecto al pasillo. No estaba completamente segura de lo que decía.

ZUI: Sigamos. Ha mencionado usted [consulta unas notas] a una mujer, una enfermera que también vive en ese vecindario. Un enfermera llamada Samia...

MERAL: Sí, Samia Maroon. Nos conocemos por un amigo común, más o menos. Iba ella por la calle cuando nos vio entrar en el edificio y, cuando salimos de nuevo, estaba al lado del coche patrulla. Nos saludó y nos preguntó qué pasaba. Es una persona curiosa por naturaleza.

BELL: ¿Quiere decir «entrometida», sargento?

MERAL: No, no, en absoluto. La verdad es que bastante agradable. Le enseñé la foto del carné de conducir de Temescu y le pregunté si lo había visto por los alrededores. Al principio tuvo que entrecerrar los ojos, como si no la viera bien; la verdad es que la foto está desenfocada y borrosa. Siguió mirándola un buen rato, hasta que empezó a inquietarse. Entonces me miró a mí y abrió la boca como para responderme, pero no lo hizo. Simplemente no habló y cerró la boca enseguida. Algo seguía inquietándola y me pareció que me escrutaba con la mirada, moviendo los ojos como queriendo ahondar en los míos. Entonces me hizo una pregunta. Me...

SANDALLS: Un momento, por favor. Disculpe, pero esta es una de las cosas de las queremos estar completamente seguros, ¿de acuerdo? Haga el favor de repetir lo que le dijo ella palabra por palabra, sargento. O al menos, tal como lo recuerde ahora.

MERAL: Me dijo: «¿Es por un asesinato o algo así? ¿Por un crimen muy grave de verdad?».

ZUI: Eso es exactamente lo que dice su informe. Continúe, por favor.

MERAL: Le dije que sí, que podía tratarse de un crimen grave y, entonces, me respondió de inmediato. Me dijo que no, que no lo había visto nunca. Luego dijo algo de quedar conmigo para tomar un café u otra cosa esa noche. Eso no consta en el informe.

ZUI: No, en efecto. ¿Sale usted con ella?

MERAL: No, no hemos salido nunca, aunque a veces me lo pide ella con algún pretexto.

ZUI: ¿Se vieron esa noche?

MERAL: No, no quise. No di importancia a la invitación.

ZUI: Entonces, ¿qué cree usted que le pasaba a ella, sargento?

MERAL: No estoy seguro, pero sospecho que en realidad sí había visto a Temescu.

ZUI: ¿Se le ocurre algún motivo por el que mentiría?

MERAL: Pues, a lo mejor no le gusta verse mezclada en líos.

ZUI: ¿Por eso, cree usted?

MERAL: En realidad, no. Teniendo en cuenta su actitud y su reacción (como ya he dicho, la conozco un poco), el instinto me dice que tal vez quería proteger a alguien.

ZUI: De acuerdo. Ahora, según nos dicen, hay como un salto en su informe.

MERAL: ¿Ah, sí?

SANDALLS: ¿Es que no hubo nadie en la iglesia que pudiera haber visto al difunto cuando entró en el Sepulcro? Es decir, aunque no sea completamente imposible, parece insólito que el cadáver fuera llevado hasta allí. Seguro que siempre hay alguien apostado en la iglesia vigilando la entrada, ¿no es eso? Por si quisiera entrar un loco con una bomba o algo así, alguien que cuide de que no entren demasiadas personas al mismo tiempo, ¿no?

MERAL: Sí, lo hay. En realidad son tres personas, que se turnan cada ocho horas.

SANDALLS: ¿No habrá que interrogarlas? Podrán confirmar si alguien llevó allí a nuestro hombre o no, decimos si fue solo o acompañado.

MERAL: Está usted completamente en lo cierto, pero resulta que ya he interrogado a dos de ellos y ninguno había visto a Temescu entrar en el Sepulcro. Antes de sacar conclusiones, quería interrogar al tercero, Tariq Maluf, pero ha ido a ver a su familia a Ammán. Vuelve hoy y le toca el turno de noche; pienso ir a interrogarlo y, si vio algo importante, por descontado que les mandaré enseguida el informe correspondiente.

ZUI: Sí, de todos modos, queremos que nos tenga al día de las novedades.

MERAL: Con mucho gusto.

ZUI: Bill, Charlie, ¿algo más? Bien, Deborah, hemos terminado. Puede irse. Y usted también, sargento Meral. Muchas gracias por su colaboración y por su paciencia. Seguimos en contacto.

MERAL: Una pregunta más, por favor. ¿Puedo?

ZUI: Adelante.

MERAL: Dijo usted que estaban pensando en «otra posibilidad» sobre la causa de la muerte de Temescu, además del cáncer. ¿Puede decirme de qué se trata?

ZUI: En estos momentos, no.

MERAL: ¿Es que no lo saben?

ZUI: Lo sabemos, pero no nos lo podemos creer.

[FIN DE LA ENTREVISTA 11:06]

Desde fuera de la cámara interior del Santo Sepulcro se oía el murmullo de voces de dos policías, que paseaban de un lado a otro de la tumba con la cabeza agachada y las manos a la espalda; las mesuradas pisadas resonaban suavemente en las baldosas romboides de mármol de color rosa y negro, en las que reverberaba la luz de unos grandes cirios, y en el aire, el denso y dulce olor de cera caliente e incienso y el recuerdo del bisbiseo de un millón de oraciones amorosas. Para no interrumpir el comienzo de los servicios nocturnos, Meral salió del albergue a las diez y cuarto y subió rápidamente por la angosta calle que antaño temblaba con el estrépito de las armaduras romanas y el retumbar amedrentador de los desfiles de soldados. A esa hora sólo se oían los ruidos más silencioso: el chirrido de una antena al girar, el suave repiqueteo de nudillos de los guardias municipales, que comprobaban si estaban bien cerradas las persianas de acero ondulado de los comercios y, a medida que el sargento se acercaba a la iglesia, la cantinela alegre y satisfecha de un panadero que, justo antes de cenar, había dado limosna a los pobres, como todas las noches, cociendo pan crudo para ellos a cambio de nada.

—¿Estuvo aquí este hombre? ¿Entró en el sepulcro?

Meral interrogaba a Tariq, el tercer vigilante, con quien no había podido hablar antes, acerca de las personas que entraban en el recinto en el que se encontraban en ese momento: una cámara cuadrada excavada en la roca y forrada de mármol, de un metro ochenta de anchura, por dos de altura y dos de profundidad, que era el sepulcro de Jesucristo. La luz de las velas y de las cuarenta y tres lámparas de oro y plata bailaba débilmente en los oscuros ojos de Tariq, que se mesaba la barba de dos días mirando fijamente el carné de conducir de Temescu.

Se lo devolvió a Meral.

—Sí, creo que sí. Me parece que lo vi.

—¿Iba acompañado?

—Sí, me parece. Estoy seguro. Podría ser.

—¿Cuál de las tres, Tariq?

—Sí.

—Sí, ¿cuál?

—Estaba con otra persona.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Y dices que estaban juntos?

—Sí, juntos. Los había visto entrar y estaban hablando. Discutiendo, tal vez.

—¿Discutiendo?

—Eso creo. Puede. No estoy seguro. Gesticulaban, y el que estaba con él siempre se acercaba más a él, susurrando, nervioso.

—¿Y el muerto? ¿El hombre de la foto?

—Estaba tranquilo.

—¿Puedes describir al otro?

—Sí. Tenía barba.

—Tariq, mírame. Mírame a los ojos. ¿De qué sirve ese detalle en Jerusalén?

—No sé qué quiere que le diga.

—Me gustaría que me dieras una descripción completa.

—No me acuerdo.

—¿Lo reconocerías, si lo vieras otra vez?

—Puede que sí, puede que no. Seguramente.

—¿Tenía algo que llamase la atención?

—No lo sé.

—Haz memoria, Tariq.

—De acuerdo. Bueno, una cosa, a lo mejor. Parecía triste. Le vi llorar.

—¿Llorar?

—Sí, un poco.

—¿Y qué hora era, Tariq?

—Eso no lo sé con exactitud, pero hacia el final del día Estaban entrando los últimos en el Sepulcro.

—¿Entraron juntos?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Me parece que a lo mejor sí.

—¿Y viste salir al hombre de la barba?

—No sé. Me llamaron y tuve que ir a la entrada.

—¿Quién te llamó?

—Un vendedor de *falafel*.

Meral vio marchar a Tariq y, a continuación, se agachó para pasar por el arco de acceso al Sepulcro, llegó a la cámara y miró pensativamente el nicho del enterramiento.

La roca original del lugar se elevaba a unos sesenta centímetros del suelo y estaba cubierta desde hacía tiempo por una losa de mármol rosado y marfileño, sedosa y cálida al tacto por efecto de la enorme profusión de velas y lámparas que, como tímidos centinelas parpadeantes, vigilaban la hornacina sepulcral. Meral evocó a Temescu tendido allí mientras pensaba en el rompecabezas de documentos que había encontrado en el apartamento del difunto. Entre ellos había otro sobre dirigido a Temescu, escrito con letra desconocida y que contenía una carta que, a pesar del nombre que figuraba en el sobre, era para otra persona, o al menos así lo indicaba el saludo inicial. Había otros seis objetos desconcertantes, cinco de los cuales eran pasaportes de diversas nacionalidades: italiano, británico, sueco, camboyano y estadounidense, expedidos a nombre de diferentes personas, aunque ninguno de ellos era el de Temescu; en todos aparecía la foto de un hombre que, a pesar de guardar un

parecido general con él, no coincidía exactamente con la del carné de conducir, de la misma forma que las de los diferentes pasaportes entre sí diferían en algunos detalles, como el color, el estilo y la longitud del pelo y el color de la piel y los ojos, sobre todo la del camboyano. Hasta el grosor de las cejas y la forma de los pómulos eran distintos. Aparte de esos detalles, la expresión del sujeto difería tanto en cada fotografía que, en algunos momentos, llegaba a dar la impresión de que se trataba de personas distintas. Todas esas divergencias resultaban mucho más palpables en la foto del sexto documento, la que más le había afectado: un descolorido carné de identidad albanés a nombre de un tal Selcë Decani.

Zui, sentado a su mesa de despacho, miró con desánimo a Sandalls, que estaba justo enfrente, junto a Bell, en un sofá de piel de camello.

—Entonces, ¿qué hacía él allí? —preguntó Zui.

Sandalls levantó las manos y sacudió la cabeza.

—No lo sabemos.

—¿No lo sabéis? ¿El asesino más temible de la historia de vuestro departamento y me dices que no tienes la menor idea de por qué estaba aquí?

—Verás, hacía años que habíamos perdido el contacto con él.

—¡Oh, por favor!

—¡No, Moshe, en serio! ¡El tipo se volatilizó, desapareció del mapa!

—¡Vamos, hombre! Los espías nunca se jubilan, sólo cambian de tapadera. Entró en el país con un pasaporte falso. ¿Y el quitapiedras, Bill? ¿Para qué demonios era? ¿Pensaba ponerse a trabajar en un kibutz^[9]? ¡No digas sandeces! Estaba aquí porque tenía una misión. ¿Qué misión era esa?

—Moshe, te lo juro, ¡ni siquiera sabíamos que estaba en el país!

—¿Quieres que vuelva a sacar los bombones de la verdad? Andaos con ojo, porque pueden destrozarnos la carrera. Crean adicción.

—Gracias por el café.

Esa noche, Zui volvió al pequeño apartamento, cerca de la playa de Tel Aviv, en el que vivía con su mujer y sus dos hijitos. Ella era bastante conocida en la ciudad porque había sobrevivido a Auschwitz; cuando avanzaba en la fila de prisioneros condenados a la cámara de gas, el centinela que vigilaba la entrada la miró fijamente a la cara y, de pronto, ordenó a los soldados que la habían llevado: «¡No, no. A esta lleváosla de aquí! ¡Lleváosla! ¡Se parece mucho a mi hija!».

—¿Ha sido interesante la jornada? —preguntó a Zui cuando este entró en la cocina.

Zui se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla.

—Como de costumbre.

—Aquí, sin novedad, también. ¡Dios, qué vida! ¡Necesitamos un poco de emoción!

Zui se volvió hacia ella y vio su sonrisa irónica.

Entonces se le acercó y la abrazó con toda el alma.

—La emoción de mi vida eres tú —le dijo.

La de ella era la vida misma.

No tardaría en llegar la suficiente para seguir viviendo.

Mayo estaba sentado a la mesa de despacho con el teléfono pegado a la oreja. Miró la hora en su reloj. Llegaba tarde a una cita.

—¿Su ama de llaves?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—¿Y eso qué importa?

—Importa.

—Cuarenta y pico.

—¿Se le han hinchado las piernas y los tobillos? ¿Tiene congestión nasal?

—Sí, las dos cosas, y se le ha llenado la cara de puntos claros: ¿qué le parece que será, Mayo?

—¿Algún entumecimiento? ¿Pérdida de sensibilidad en los dedos de manos o pies?

—No lo sé. Tengo que preguntárselo. Estoy en una cabina pública, en Correos. No sé qué hacer, Mayo. La mujer se encuentra fatal. No para de vomitar.

—¿No hay ningún servicio por ahí donde puedan atenderla?

—No, como usted, no. No confío en ellos.

—¿No la puede traer aquí? Podríamos hacerle unos análisis.

—La llevaría, pero no puede, Mayo. No para de sacar por arriba y por abajo. Le agradecería inmensamente que viniese. ¿Va a venir? Por cierto, si viene, no puede decírselo a nadie. Tengo entendido que ahora es fácil de curar, lo cual es estupendo, pero todavía hoy, en cuanto se oye la palabra «lepra»... bueno, ya sabe lo que nos pasaría. ¿Puede venir ahora mismo? No le llevará mucho tiempo. Le saca una muestra de sangre o lo que necesite y luego lo analiza en el hospital. ¿Le parece bien?

—Sí, supongo.

—Entonces, ¿viene?

—Bien, bien. De acuerdo. Voy, pero no ahora mismo. Es muy tarde ya. Mañana por la mañana.

—Que Dios lo bendiga. Y, por cierto, tengo un regalito para usted, para que se lo lleve a casa. Han empezado a madurar en los árboles del patio y le aseguro que son los mejores que he probado en mi vida.

—¿A qué se refiere?

—No se preocupe. Es una sorpresa.

—¡Qué detalle!

—Es lo mínimo que puedo hacer por usted. ¡Lo ínfimo!

William Sandalls abrió a Zui la puerta de una habitación de la segunda planta de la embajada estadounidense en Tel Aviv y lo acompañó hasta una silla situada al final de una mesa de conferencias de pino oscuro muy pulida, en la que dejó una carpeta de expediente sin título, con el sello de «Estrictamente confidencial».

—Naturalmente, hemos tenido que retocar algunas cosas —dijo Sandalls—. Muchas, en realidad, pero ahí está. Cuando termines de leerlo todo, entenderás de una vez que no sabemos nada de que estuviera aquí con una misión que cumplir, ni en ninguna otra parte, por cierto, desde hace al menos tres años. Pero nada de notas, Moshe, ¿de acuerdo? No las necesitas para nada. Avísame cuando hayas terminado y hablamos.

Señaló un botón que había en un lado de la mesa.

—Este es el timbre.

—¿Dónde está Bell?

—Ocupadísimo. A lo mejor pasa después a vemos. Por cierto, queremos que nos manden el cadáver al D.C.^[10] Nos gustaría repetir la autopsia.

—Bien, de acuerdo, por supuesto.

Zui se quedó mirando a Sandalls, quien dio unos pasos silenciosos sobre la gruesa moqueta marrón de lana, abrió la puerta y la cerró sin ruido tras de sí. Hacía cuatro días que, según la conclusión definitiva de la autopsia, el nombre que figuraba en la tarjeta de visita de la muerte del hombre hallado en el Sepulcro de Jesús era «edema pulmonar», consecuencia del veneno de un escorpión amarillo, una especie abundante en el desierto de Israel, también conocido por el nombre de «portador de la muerte». Además del veneno, las pruebas revelaron una gran cantidad de hidrato de doral, el llamado Mickey Finn, que, junto con el veneno, causa la muerte en noventa minutos. Se hallaron asimismo trazas de morfina en las múltiples cicatrices de pinchazos que presentaba el muerto en brazos y piernas, relacionadas probablemente con el trauma de las quemaduras, del cáncer o ambos. ¿Fue un asesinato o un suicidio? No podía afirmarse con total certeza.

Lo que estaba claro era que el hombre no se llamaba Joseph Temescu. Debido a las cicatrices de las quemaduras, no se sacó nada en limpio de la comparación de las fotos con su rostro, ni, por el mismo motivo, fue posible extraer una muestra completa de huellas dactilares, aunque no habría servido de gran cosa, puesto que la agencia en la que trabajaba la víctima no las conservaba en sus archivos, como tampoco fotografías, para evitar la posibilidad de que algún topo pudiese copiarlas algún día y poner en peligro la vida del agente más valioso. Con todo, hubo otros datos que contribuyeron a esclarecer su identidad, empezando por la cicatriz de una traqueotomía, la variedad de pasaportes que se hallaron en su posesión, las intervenciones odontológicas con la marca del Telón de Acero y una carta, breve e

inocua, descubierta en el bolsillo interior de la chaqueta, que comenzaba con las palabras «Querido Paul». Sin embargo, según algunas opiniones, la prueba definitiva era un desgastado carné de identidad de un país en el que el muerto había cumplido dos misiones.

A esto se sumaba otro detalle que, si bien no podía considerarse completamente irrefutable a causa de las quemaduras de la cara, unido al resto de las pruebas parecía dar una vuelta de tuerca de todas las dudas. El agente Hyam Dov del Shin Bet llevó al depósito de cadáveres, donde se guardaba al muerto, a un antiguo agente británico de los servicios especiales de inteligencia que a menudo soltaba la lengua cuando se emborrachaba, y a quien se había oído pronunciar el nombre del misterioso muerto e, indiscretamente, afirmar que en una ocasión, en Polonia, durante la ocupación nazi, había trabajado con él en una «misión terriblemente peligrosa, ¿sabe usted?».

—¿Reconoce a este hombre? —preguntó Dov.

—No podría decirlo —respondió Scobie—. Creo que no. No, probablemente no.

—¿Y estas fotos de pasaporte? ¿Ha visto alguna vez a esta persona?

—A estas personas, querrá decir.

—No. En realidad es el mismo hombre.

—¡Ah, sí! Sí, ahora lo veo. Es verdad. Desde luego. De acuerdo, déjeme ver.

Scobie miró las fotos.

—No. No. No me suena ninguna de estas fotos. Lo siento mucho.

—Mire otra vez al cadáver.

—Esas cicatrices de quemaduras lo ponen difícil. ¡Por no hablar de las manos! ¡Dios mío! ¿También se quemó las uñas?

—Fíjese bien en la cara, por favor.

—Sí, sí, ya me fijo.

—¿Lo reconoce?

—Vagamente. Sí, un poco, ahora que lo dice.

Dov le dijo un nombre.

—No, nunca he conocido a nadie que se llamase así.

Dov le dijo otro nombre.

—No.

Y otro más.

—¿Cómo ha dicho? ¿Qué? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, vaya, sí! Sí, ¡claro que sí! ¡Es él! ¡Sin la menor duda! ¡Dios mío! ¿Habré perdido la cabeza? Demasiados Primm's Cups, me temo. Oh, bueno, al final lo atraparon, ¿verdad? ¡Lástima! ¡Qué valiente era este cabrón!

Lo que Scobie acababa de confirmar era que el difunto, el presunto Joseph Temescu, era en realidad un agente secreto estadounidense con fama de «legendario» en unas partes del mundo, pero de «agente del infierno» en otras.

Paul Dimiter.

Zui miró el expediente, todavía con escepticismo. Dimiter había entrado

clandestinamente en el país. ¿Cómo iba a haberlo hecho sin un objetivo? Sobre todo, tratándose de un agente tan famoso, tan invencible y letal, que hasta en el ambiente del espionaje internacional se rumoreaba y se creía que Ho Chi Minh, el carismático caudillo del Vietcong, no había muerto de muerte natural en su cama, por fallo cardíaco, como anunciaron los norvietnamitas, sino que había caído víctima de un golpe perpetrado por Dimiter durante un banquete en Albania, donde había acudido el dirigente a reunirse con la cúpula albanesa y los representantes militares soviéticos. Según el rumor, el agente, perfectamente camuflado, se había infiltrado en la plantilla de la cocina y el comedor del hotel Dajti de Tirana y la noche del banquete había untado con un veneno mortal de acción lenta el interior de una ensaladera de madera, que después dejó delante del dirigente chino. No es que faltasen agentes albaneses de seguridad, tanto en la cocina como en la sala del banquete, durante toda la cena. Pero fue inútil. En el avión de vuelta a Hanoi, Ho Chi Minh tuvo un leve trastorno estomacal y, seis días después, murió, suceso del que los norvietnamitas acusaron a Rusia. Zui se preguntó si en las páginas que tenía delante habría alguna referencia, por indirecta que fuese, a esos hechos, aunque suponía que no.

En efecto, no la había. Como tampoco, para su desencanto, nada que no fuera encaminado a demostrar que la CIA no tenía absolutamente ninguna relación, ni el menor conocimiento siquiera, con la presencia de Dimiter en Israel. El resto de la información se había omitido o revisado íntegramente. Ni siquiera constaba la edad de Dimiter. Zui sacudió la cabeza y repasó las hojas a fondo fijándose en los datos. 1941 a 1945, oficial de combate en servicios estratégicos, Segunda Guerra Mundial e, inmediatamente después, reclutado por la CIA y asignado a Servicios Clandestinos. 1946: instrucción especial (sin especificar). Después, diversas misiones. Década de 1960: servicio en Vietnam, sin descripción, y, al mismo tiempo, en los primeros años de la guerra, instrucción paramédica en el extranjero a bordo de un barco sueco de intercambio de prisioneros; matrimonio secreto con otra agente a quien había dado instrucción personalmente. 1972: la halla muerta en el transcurso de una misión encubierta dirigida por él mismo. Época de depresión profunda. 1973: lleva a cabo otra misión en Albania, muy insólita. Zui frunció el ceño. Las dos páginas siguientes estaban rehechas en su totalidad, con lo que, a efectos prácticos, se daba por concluido el cuerpo del informe principal. Se adjuntaba un apéndice que contenía el último informe de Dimiter sobre la misión que había concluido con la muerte de su mujer y del agente Stephen Riley, bioquímico, asesino entrenado y experto en explosivos.

La mujer de Dimiter, que era una piloto experta, había llevado a los tres en avión a un valle angosto y recóndito de las afueras de Dolacio, una pequeña ciudad del distrito de Los Lagos de Chile que siempre había atraído una fuerte inmigración de alemanes. El objetivo de la operación de búsqueda era Erik Klar, un científico alemán que había ideado (y vendido a Estados Unidos) una tecnología novedosa para dotar a los aviones militares de un dispositivo que los haría completamente indetectables por

los radares. Más tarde se había recibido un informe que corroboraba de manera irrefutable el doble juego de Klar, pues, al mismo tiempo, habría ofrecido a los soviéticos la tecnología necesaria para anular el dispositivo antirradar. Cuando dieron con su paradero, una casa muy cercana a una colonia de edificios de viviendas baratas, y después de matar a los guardaespaldas, los agentes obligaron al científico a revelar la ubicación y la combinación de una caja fuerte depositada en un edificio cercano en la que, según Klar, se encontraban los planos y esquemas del dispositivo antirradar. Su mujer se fue con Riley a recoger esos documentos para guardarlos en una de dos maletas negras, o en las dos en caso necesario, que Riley había tenido todo el tiempo bajo su custodia; después, debían irse directamente al avión, mientras Dimiter se quedaba a eliminar a Klar, puesto que seguía teniendo una copia de los planos del invento en la cabeza, donde también guardaba intenciones traicioneras. Le descoyuntó el cuello. A continuación, registró escrupulosamente la casa, por si el científico había mentido y, en realidad, los planos estuvieran allí, o tal vez una copia, que conservase por si perdía la primera. No halló nada y se dispuso a recoger pruebas de que el hombre al que había matado era en realidad Erik Klar. Primero se envolvió el índice con cinta adhesiva y luego, con otro trozo de adhesivo, envolvió el índice de Klar, apretó, le retiró la cinta del dedo y, con mucho cuidado la pegó encima del suyo para ocultar y proteger así la huella del objetivo. En el momento en que terminó de hacerlo, una tremenda explosión conmovió la casa hasta los cimientos. Según constaba en el informe, Dimiter salió a la calle de inmediato y vio derrumbarse un edificio de apartamentos cercano envuelto en una llamarada titánica que se elevaba en el aire. Era el edificio donde, según Klar, estaban guardados los planos.

Se oían gritos y llantos, pero no procedentes del edificio. Era imposible que hubiera supervivientes, pero Dimiter esperó, angustiado, observando y desando con vehemencia haberse equivocado, que no fuera ese el edificio al que Riley y su mujer habían ido a buscar los planos, o que los hubieran encontrado enseguida que les hubiese dado tiempo a salir antes de que se produjese la explosión y que estuvieran esperándolo pacientemente en el aeropuerto.

No estaban.

Se adjuntaban dos fotos al expediente, cada una con un nombre al pie. Una era de Riley, un hombre pelirrojo, alto y atractivo; la otra era de la mujer de Dimiter, una joven rubia y bonita, con cara de inocente y una encantadora sonrisa de colegiala.

No había foto de Dimiter.

Su mujer se llamaba Jean.

Zui repasó algunas páginas, cerró la carpeta, la dejó en la mesa con un golpe y tocó el timbre para llamar a Sandalls, quien irrumpió a los pocos minutos en la habitación con otra carpeta en la mano y, sonriendo de satisfacción, se sentó enfrente de Zui.

—Entonces, ¿en qué consistió la misión de Albania? —preguntó Zui—. Está eliminada.

—Sí, es confidencial.

Sandalls levantó la carpeta con la que había llegado y se la pasó a Zui.

—¡Toma! ¡Aquí tienes la historia completa! Esperaba el permiso anoche, pero acaba de llegar ahora. Léelo todo, creo que despejará tus preocupaciones.

—¿Qué permiso? —preguntó Zui— ¿De quién?

—Del Vaticano.

—¿Para qué?

Sandalls se llevó una pastilla de chicle a la boca.

—Lo tienes todo ahí —dijo, refiriéndose a la carpeta, mientras que, con la otra mano, arrugaba el envoltorio del chicle. Se levantó y añadió—: Toca el timbre cuando termines.

—No lo dudes.

Zui esperó a que Sandalls hubiera cerrado la puerta silenciosamente desde fuera; abrió la carpeta y se entregó a la lectura del fascinante relato que contenía. Se hacía constar que en 1973, la Agencia había recibido, de manera confidencial, una solicitud de ayuda del Vaticano para resolver una situación sumamente apurada por la que pasaba Albania. Como había sucedido en México a principios de siglo, en Albania habían matado, encarcelado o deportado a todos los sacerdotes; todos los intentos del Vaticano de infiltrar a un obispo con facultades para ordenar a nuevos sacerdotes habían terminado con la detención y muerte de cada uno de los enviados. Por ese motivo, el Vaticano solicitaba a la CIA los servicios de un agente que estuviera preparado para llevar a cabo la misión sin que lo descubrieran. Si fuere católico de nacimiento o se hubiere bautizado en la fe con posterioridad, sería ordenado obispo temporalmente.

De manera extraordinaria, la CIA aceptó el encargo; puso a Dimiter a disposición de la Santa Sede por su experiencia en Albania y el agente llevó a cabo el encargo.

Sin embargo, cuando regresaba a Roma a devolver las facultades obispales, se retiró de la Agencia —inesperadamente y para escándalo de algunos— y desapareció de la faz de la Tierra. Se interrogó, sin resultados positivos, al cardenal Vittorio Ricci, mentor de Dimiter en el Vaticano y su ordenante, quien se declaró desconocedor total de los planes y el paradero del Dimiter. La única luz que pudo arrojar sobre el estado mental del agente se basaba en lo que le había contado al volver de Albania sobre una «experiencia mística» que había vivido casi al final de la misión del Vaticano, algo que lo había conmovido profundamente pero que no podía ni deseaba describir y que le impedía matar, impulso que, por otra parte, según confesó a Ricci, había ido creciendo en él desde mucho antes.

«Fue después de su bautizo y ordenación —contaba Ricci—. Creo que en los primeros momentos de la misión. Al menos, así me lo contó él. Además, había sufrido la muerte de su mujer. Algunas veces, el sufrimiento termina por ser la puerta trasera por la que finalmente entra la gracia en el corazón del hombre. ¡Ah, sí! Acabo de acordarme de otro detalle: me dijo que deseaba descubrir una cosa más, como otra

misión autoimpuesta, por decirlo de alguna manera, pero no de la naturaleza de las que le confiaban ustedes, no. De esas, no. Diferente.»

Zui cerró la carpeta, la dejó en la mesa y tocó el timbre.

—¿Satisfecho, Moshe?

—Sí y no, porque seguimos sin saber por qué estaba aquí.

—Has dado en el clavo, en efecto.

Zui levantó un poco la carpeta para verla bien.

—Era un caso muy raro —dijo.

—¿Por qué?

—No sentía dolor, por ejemplo.

—¡Menuda suerte!

—O no —replicó Zui—. ¿No viene Bell?

—No creo.

—Pregunta por pregunta, Bill, ¿puedo?

—Adelante.

—¿Conoces el rumor de que Dimiter mató a Ho Chi Minh?

—Sí, claro, es de dominio público.

—¿Y es cierto?

—No lo sé.

—Me lo acabas de decir: sonrías.

—Estaba mirándote la corbata.

—Bien, entre tanto, echa un vistazo a esto.

Zui había extraído una hoja del expediente censurado por la CIA.

—Tantas caras distintas en las fotos de los pasaportes, y resulta que no hay ni rastro de cirugía plástica. Es lo que los árabes llaman *ghaimetsayfiyyeh*, «una nubecilla de verano».

—Al menos, es una estación que me gusta.

—Pero no deja de ser una nube. ¿Cómo se explica? ¿Relleno exterior, tal vez, trocitos de esponja en los pómulos? ¿Inyecciones subcutáneas para oscurecer la piel?

—Puede, o tal vez los cambios vinieran de dentro de él. Era un hombre singular, verdaderamente singular. Una persona extraordinaria.

—Entonces, ¿lo conociste?

—No. Aunque tal vez lo correcto sea decir que quién sabe.

Zui esbozó la menor de las sonrisas.

—Sí, y, hablando de lo que ignoramos... —Cogió la carpeta y enseñó la tapa a Sandalls—. Aquí hay toneladas de detalles ínfimos e irrelevantes; por ejemplo, sus marcas de tiro, su afición a la música clásica y demás; o, por ejemplo, que en un absurdo barco de intercambio de prisioneros, un camboyano que había sido payaso de circo le enseñó a hacer malabarismos y a maquillarse de payaso para sacar del aburrimiento a los ratones de la bodega. En cambio, ¿nos niegan el privilegio de saber qué edad tenía? ¿O el lugar de nacimiento?

—No sabemos esos datos.

—¿Que no los sabéis?

—No; no figuran en el expediente. ¡En ningún expediente!

—Bill, esto es una farsa, de verdad. ¿Es que tengo que aceptar que ese hombre apareció en el planeta como por ensalmo?

—Te he dicho la verdad.

—¿Gano puntos por no citar a Poncio Pilatos? —Zui abrió la carpeta y empezó a pasar las hojas—. ¡Ah, no! ¡Disculpa! Sus palabras no están aquí, en el expediente.

—Soltó la carpeta encima de la mesa con un golpe seco.

—¿A qué viene tanta ponzoña por una trivialidad?

Zui apoyó la espalda contra el respaldo y sonrió levemente.

—¡Ah, qué largo eres! Y, por cierto, acabas de decir la palabra secreta.

—¿Te refieres a trivialidad?

—No, a ponzoña. ¿A quién se le ocurre suicidarse con veneno de escorpión amarillo, Bill? Dicen que el dolor es horrible.

Sandalls se encogió de hombros.

—¡Ah! ¿Quién demonios sabe? Se dice que no podía con los remordimientos por la muerte de su mujer.

—¿De su mujer?

—Eso dicen. O, mejor dicho, lo dice «él», el hombre del Vaticano. Si Dimiter no se hubiese saltado la prohibición de que los matrimonios formasen equipo, ella no habría muerto. *Capisce?* No habría ido a esa misión.

—¿Y qué?

—Pues que tal vez lo único que quería era sufrir.

—¡Vaya! ¿Ahora somos psiquiatras, Sandalls?

—¡Vamos, Moshe! ¡Tiene que ser suicidio! El hombre se estaba muriendo. ¿Por qué matarlo? ¿Por qué arriesgarse?

—Muy buenas preguntas. De todos modos, he pedido a la Policía Nacional que la Kishla dé un poco más de tiempo en el caso a ese sargento, Meral. Me convence. Me gusta su forma de pensar. Es posible que Dimiter fuera asesinado. De ser cierto, si encontramos al asesino, tal vez lleguemos a averiguar qué misión lo trajo aquí. Siembra la muerte por donde pasa, pero, ¿la de quién, en este caso?

Sandalls desvió la mirada y sacudió la cabeza.

—No te bajas del burro —murmuró.

—No.

Zui cogió un periódico de la mesa.

—Supongo que has visto el maldito titular del maldito *Jerusalem Post* de hoy: «¿Era agente de la CIA el difunto hallado en el Sepulcro de Jesús?».

—¿Tienes idea de quién ha podido airearlo, Billy-Willy? Juro que voy a averiguarlo y, cuando lo pille, lo echo a las hormigas gigantes.

—Vamos, Moshe, el tipo está muerto.

—¿Vamos? ¿Qué?

—Ahora, ya, la única tapadera que se puede levantar es la de su féretro.
Palabras proféticas, a su manera, como se vería después.

Mayo miró incrédulamente al sacerdote.

—¿Qué poca formalidad! ¿Me hace venir hasta aquí y ella no está?

—Lo siento, Mayo, de verdad. Cuando me levanté, se había ido. A lo mejor le dan miedo los médicos. Es una palestina joven y le asusta todo el que empuñe cuchillos. Vamos, siéntese. A lo mejor vuelve dentro de un momento, ¿quién sabe? Vamos, voy a hacer té para los dos.

—¿Cómo ha podido marcharse, si estaba tan mareada?

—¡Ah! ¿Quién sabe?

—¿No podía haberme avisado por teléfono?

—No tenemos. Para llamar hay que ir a la oficina de Correos, pero la línea ha estado cortada todo el día. Lo siento, Mayo, de verdad. ¡Haga el favor de sentarse, por el amor de Dios!

Mayo suspiró y, a continuación, asintió.

—Está bien.

Se sentó a una mesita redonda de madera.

—¿Cómo pueden estar sin teléfono? —preguntó a Mooney de mal humor.

—La línea no llega hasta aquí. Tendríamos que pagarla nosotros y no podemos permitirnoslo. Nos costaría una fortuna. Es mucho mejor emplearla en los pobres.

«¿En los pobres?», se preguntó Mayo, acordándose del macizo Rolex de oro que llevaba el sacerdote.

—Bueno, hago el té y le enseño la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—La que le prometí. Nacen detrás de la casa.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mayo.

—A unos higos deliciosos.

Aferrado a los barrotes de la ventanilla de observación de la puerta de una celda acolchada, el joven soldado sirio que había matado al Jesucristo rival en Hadassah suplicaba comprensión desde lo más hondo de sus oscuros ojos, empañados de gratitud por la presencia de Meral. Aquella noche, después de acostarse, el policía empezó a inquietarse e, incapaz de conciliar el sueño pensando en el misterio de la misión de Dimiter, terminó por levantarse de la cama, ponerse el uniforme, llamar a un taxi e ir a Kfar Shaul a ver al joven soldado que había matado al otro Jesús.

—Estoy aquí contigo, hijo. Estoy aquí. ¿Te tratan bien?

No hubo respuesta; el soldado no dejaba de mirar a Meral a los ojos.

—¿Te dejan leer? ¿Te prestan algún libro?

Por los delirios que el asesino lunático había padecido durante su estancia en el ala de Psiquiatría, se había constatado que el joven poseía una gran inteligencia y unos conocimientos de teología muy superiores a su edad y a su educación. Según los psiquiatras de Kfar Shaul, en algunos casos, ciertos estados de trastorno mental aumentaban la inteligencia y, en cuando a los conocimientos teológicos del paciente, se suponía que los había adquirido en los libros que siempre se le veía leer en el ala de Psiquiatría del hospital.

—¿Te dejan libros? —insistió Meral.

No varió la mirada imperturbable del soldado sirio.

Ni respondió una sola palabra.

—Quisiera saber una cosa —dijo Meral en voz baja— que es muy importante para mí. Si me respondieras, sería como si me hicieras un gran regalo. Un regalo enorme. Un día te dije que eras el único Jesús que había en la ciudad, ¿te acuerdas? Fue cuando vinimos aquí. Tú me respondiste: «No, hay otro». Dime, ¿a quién te referías? ¿Quién es el otro?

Silencio de nuevo. El soldado loco seguía mirando sin pestañear.

—Dime algo. Dime cualquier cosa —lo apremió Meral.

Inesperadamente, el soldado dijo unas palabras crípticas:

—Querían matarlo, pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

Y, a continuación, dio media vuelta lentamente y se acostó en un colchón que había en el suelo, pegado a la pared, dando la espalda a Meral.

El sargento se quedó mirándolo.

—¿Quién es? —preguntó.

Esperó y, por último, dijo en voz baja:

—Que Dios sea contigo.

Dio media vuelta y se marchó convencido de que jamás obtendría respuesta. Y así sería.

Al menos, no por parte del soldado.

Mientras el sargento firmaba escrupulosamente la hoja de salida del hospital, la

enfermera del mostrador lo miraba con los brazos cruzados.

—Me da lástima, no puedo evitarlo —dijo ella—. ¡Es tan joven y parece tan maltrecho!

Recogió la hoja y la guardó.

—Me alegro mucho de que reciba más visitas.

Meral iba a marcharse ya, pero se quedó mirándola fijamente.

—¿Ha recibido más visitas?

—Sí; a menudo viene a vedo un hombre.

—¿Quién?

—Se me ha olvidado el nombre. ¿Quiere que lo mire y se lo diga?

—¡Ah! Si es usted tan amable, sí, por favor. Se lo agradecería mucho.

Le enfermera sacó el libro de registro, lo abrió, pasó las hojas hasta una fecha reciente y recorrió las entradas de una página con el dedo.

—¡Ah, sí, aquí! Ya lo tengo. El apellido es Wilson.

Meral volvió a Casa Nova sumido en un remolino de conjeturas; allí lo esperaba Samia, la enfermera. Estaba sentada en el vestíbulo de la entrada. Al ver entrar a Meral, se levantó y aguardó a que se acercase.

—¡Vaya, Samia! ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—No, sólo quería decirte una cosa muy importante.

—¿De qué se trata?

—Aquí no —dijo ella, bajando la voz—, fuera.

Meral se giró y vio que Patience, desde el mostrador de recepción, no les quitaba el ojo de encima. Estaba inclinado sobre el mostrador, apoyado en los brazos.

—Sí, vamos. Salgamos a dar un paseo.

Se detuvieron al pie de unos pocos peldaños que desembocaban en la calle Casa Nova.

—Bien, Samia, dime, ¿qué sucede?

—Bueno, ¿te acuerdas del día en que estabas trabajando en mi barrio y me enseñaste una foto de un hombre y me preguntaste si lo conocía?

—Me acuerdo.

—Pues... mentí.

—De eso también me acuerdo.

—¿Te diste cuenta? Bueno, supongo que no sé mentir. —De Jo cual me alegro. ¿Y ahora has venido a contarme la verdad?

—Verás, es que no quería meterlo en un lío.

—¿A quién?

—A Wilson. Creo que lo he visto con el hombre de la foto que me enseñaste.

Meral puso cara de incredulidad.

—¿Wilson?

—Sí, Wilson. Es decir, no es que se limitara a estar con ese hombre, sino que creo que lo tuvo en su casa una temporada. De vez en cuando lo veía asomado a la

ventana.

—Samia, la foto que te enseñé es borrosa. ¿Estás completamente segura?

—¿Completamente? No, pero creo que era él. Vaya, bueno, ahora ya no estoy tan segura.

Meral sacó del bolsillo de la camisa una libreta y un lapicero.

—Supongamos que lo estás.

—Sí, de acuerdo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, qué?

—Crees que estuvieron viviendo juntos.

—Un par de meses. Desde enero.

—¿En qué fechas?

—A mediados de mes, más o menos.

—¿El día 14, por casualidad?

Era la fecha del accidente de la calle Remle.

—No lo sé —dijo Samia con un encogimiento de hombros.

Salió una persona por la puerta principal del albergue y empezó a bajar los escalones hasta la calle. Meral agarró a la enfermera por el hombro, le hizo dar media vuelta, avanzaron unos pasos y se detuvieron otra vez.

—Sí, continúa —le dijo.

—Pues, cuando coincidíamos en el mercado, le veía comprar prácticamente el doble de provisiones que de costumbre. Es decir, como si comprara para dos, ya sabes. Por cierto, hay una gente en el mercado que da escalofríos. Son unos insolentes, un montón de racistas. Bueno, olvídale. ¿Sabes dónde lo puedes encontrar? A Wilson, digo.

—Sí, sí —respondió Meral—. Hace trabajillos de mantenimiento aquí, en la casa. —Levantó un brazo y miró el reloj—. Pero no a estas horas —añadió—. Es muy tarde.

—Puedo decirte qué lugares frecuenta.

Tras un recorrido por tranquilas calles oscuras, Meral liego al Club 2000, iluminado con luces de colores; era una cafetería de mala fama, con vídeo y máquinas tragaperras, que por las noches se llenaba de jóvenes bulliciosos, en general parados, y otras malas hierbas. Wilson se encontraba con un grupo, riendo, charlando y de un humor excelente, pero, al ver acercarse a Meral de uniforme, los animados contertulios se callaron.

—No pasa nada —les dijo Meral—, he venido a tomar café, nada más.

Se reanudaron las conversaciones, aunque en un tono mucho más bajo. Cuando Meral vio que Wilson lo miraba y sonreía, arqueó las cejas y, con un gesto, señaló las mesas de la terraza de la calle. Wilson asintió, se levantó y siguió a Meral al exterior. No había nadie más. El sargento señaló una mesa, la más alejada de la puerta.

—¿Allí?

—Me parece bien.

Se sentaron.

—Me alegro de verlo, Wilson.

—Lo mismo digo. Bueno, ¿qué hay?

—Creo que tenemos que hablar un poco.

—Sí, claro.

—Por cierto, relativamente, es usted un recién llegado a la ciudad. Le conviene saber que este club es un cubil de delincuentes, por ejemplo algunos de los que estaban en su mesa, conque tenga cuidado.

—¡Ah, eso ya lo sé!

—¿Lo sabe?

—No son los sanos quienes necesitan del médico.

Meral se quedó mirándolo un momento.

—Mucho me temo que no lo entiendo.

Wilson sonrió y miró a un lado.

—Siempre me pasa lo mismo —dijo amablemente—. No consigo que la gente me entienda hasta que están preparados de verdad.

Antes de que el desconcertado policía pudiera hablar o reaccionar de alguna manera, una delgada camarera llamada Yunis salió del bar y se acercó a la mesa. Pidieron dos cafés.

—*Sichar wasat* —especificó Wilson: normal de azúcar, y se dirigió a Meral con una sonrisa de arcángel—. De verdad, me alegro muchísimo de estar así con usted —dijo efusivamente, con una expresión de alegría que parecía sincera—. ¿Tiene algo que preguntarme, sargento Meral? Seguro que sí, ¿de qué se trata? Pregunte usted. ¿Tiene que ver con un trabajo policial o con Casa Nova otra vez?

—Trabajo policial, en realidad. Se trata de un caso que ha pasado por mis manos. Una persona me ha dicho que tal vez podría usted ayudarnos.

—¿De verdad? ¿Quién ha sido? —preguntó Wilson.

—Eso no tiene importancia —contestó Meral.

Había sacado una foto de un bolsillo interior de la chaqueta y se la enseñó a Wilson. Era una ampliación de la del carné de conducir de Joseph Temescu.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre? A mí me parece que sí.

Wilson cogió la foto y la miró con seriedad; la sonrisa había desaparecido de su cara.

—Está bastante borrosa.

—Pero no para el ojo de la verdad. Se llama Joseph Temescu. Sabemos que vivió una temporada con usted en su apartamento.

Wilson levantó la cabeza y se encontró con una férrea mirada fija.

—De acuerdo —dijo—. Me llevé algunas cosas del hospital. ¿Es por eso? ¿Ha venido a verme por eso?

Meral, confundido, frunció el ceño.

—¿A qué se refiere, Wilson? ¿Qué clase de cosas?

—¡Ah, vamos! Vendas, morfina, linimento, jeringas y antibióticos.

—¿Hurtó usted esas cosas en el hospital?

—Eso ya lo sabía usted.

—No, no lo sabía. ¿Las robó el 14 de enero?

—¿Por qué ese día?

—Por favor, límitese a contestar, Wilson, ¿fue ese día?

—No, no; creo que no. Fue más tarde; unos dos o tres días, quizá. No tenía dinero para comprarlas y las necesitaba de verdad. ¡No tuve otro remedio!

—¿Por qué? ¿Las vende?

Wilson lo miró con preocupación.

—¿Me he metido en un lío? Creo que, en cierto modo, he pagado esas cosas. Es decir, sí, con las horas que he donado al hospital, a Hadassah. ¿Va a acusarme de algo?

Meral lo miraba con perplejidad distante. A pesar de la dureza de sus facciones y su constitución física casi imponente, Wilson parecía un niño pequeño a quien sorprenden robando lapiceros y gomas de una cañera escolar.

—Hadassah no entra en mi jurisdicción —le dijo Meral—, y ese pequeño robo de material no me interesa. Lo que me interesa es Temescu. Quiero que me diga todo lo que sepa sobre ese hombre. Todo: qué impresión le daba, qué costumbres tenía..., todo lo que contaba. —Meral quitó la foto a Wilson de la mano con suavidad—. ¿Va a cooperar?

—¿No habrá consecuencias por lo del robo del material de curas?

—No.

—Bien, en tal caso, de acuerdo, se lo voy a contar, pero no ahora. Estoy con esos tipos. —Wilson señaló con el pulgar hacia el interior del club—. ¿Podemos dejarlo para mañana, sargento Meral?

—Sí. Hablaremos del asunto a fondo. Creo que tiene usted mucho que contarme.

—En efecto. Tiene usted que saberlo.

Meral lo sopesó un momento en silencio. Wilson siempre conseguía que la frase más normal pareciese críptica, como si ocultase un significado más profundo. ¿O sólo se lo imaginaba Meral?

El sargento se puso de pie y Wilson lo imitó.

—Mañana por la mañana —dijo Meral—. ¿A las nueve?

—Bien, de acuerdo. ¿En su despacho?

—No, ¿por qué no en Fuad, tomando café? Está cerca de la comisaría, justo enfrente de la iglesia del Santo Sepulcro.

Wilson le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—¡Me parece un sitio idóneo para quedar!

—Sí, es mucho mejor —asintió Meral.

El sargento siguió a Wilson con la mirada, mientras este volvía al interior del club. «Morfina, vendas y antibióticos.» ¿Sería posible que Wilson hubiera sido el salvador del conductor del Land Rover, aquella noche? En tal caso, ¿no había también alguna probabilidad de que hubiera estado con él cuando murió en el Sepulcro de Jesús?

«¿Para hacer qué?», se preguntó.

Le vino a la cabeza una posibilidad escalofriante.

No podía descartarse nada.

En este mundo, no.

Se puso en marcha hacia la iglesia del Santo Sepulcro. Quería hablar con Tariq.

¡Sin demora!

Sentado a su mesa de despacho, con una mano en el estómago, Mayo hizo una mueca como si hubiese tomado un sorbo de vino avinagrado.

—No sé por qué —gruñó en voz baja—, pero estoy como corroído.

—¿Has comido algo fuera de lo normal? —Samia estaba hundida, como de costumbre, en la butaca Naugahyde verde—. Es curioso que sea yo quien te interroga a ti —añadió.

—He comido tortitas de patata con nata agria y salsa de manzana, doctor, y en mi vida me habían hecho este efecto.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes, Moses? ¿Qué crees que podría ser?

—¿Quieres dejar de mirarme sin parpadear desde esa posición inferior? Pareces una anaconda blanca con patas.

—No cambies de tema. ¿Qué te pasa?

—No tengo ni idea.

—Pues si no lo sabes tú, ¿quién lo va a saber?

—Gran verdad.

—¿Quieres saber mi opinión?

—No.

—Bien, creo que te has contagiado. Estás solo y deprimido, que son los primeros síntomas.

—Llevo solo y deprimido toda la vida.

—No es eso lo que me han contado.

Mayo se volvió hacia la ventana con una mirada pensativa.

—Samia, ¿por qué se haría un sacerdote un estiramiento radical de la cara?

—¿Es una broma? ¿Tengo que dar una respuesta chistosa?

—Eso espero —murmuró Mayo, meditabundo.

—¿Qué quieres decir? —insistió Samia.

—Nada. —Le dio la espalda—. ¿Me sacarías una muestra de sangre y la llevarías abajo, al laboratorio, querida? —dijo con debilidad—. Estoy hecho polvo, de verdad. Con un esfuerzo, Samia se levantó del sillón.

—Pobrecito. Sí, claro que sí.

—Me encuentro peor que nunca, de verdad —dijo Mayo.

Se equivocaba.

—Se ha afeitado la barba, Wilson, ¿por qué?

—No sé, sargento. Limpieza primaveral, supongo.

Estaban tomando café en la terraza del Fuad. Enfrente, la maciza puerta de la iglesia del Santo Sepulcro estaba abierta de par en par y ya habían empezado a entrar turistas y peregrinos.

—¿Cuántos años tiene, Wilson? Parece muy joven.

—Cincuenta y dos.

—¿Cincuenta y dos? ¡Es increíble!

Wilson sonrió.

—Bueno, a plena luz del sol y sin barba... —empezó Meral.

—¿Sin barba, qué?

—Pues, los ojos. Tiene usted los ojos azules. Creía que eran oscuros, casi negros.

Wilson, ¿de dónde es usted?

—De California. ¿No lo sabía?

Con la taza de espeso café solo a medio camino de Vos labios, Meral se detuvo a observar la cara de Wilson y le pareció un hombre sencillo, pero sin un pelo de tonto. Después dio un sorbo y posó la taza en la mesa.

—Sí, lo sabía. Eso sí lo sabía, desde luego. Y lleva usted aquí seis meses. Un poco más, pero ¿por qué vino, Wilson?

—Buscando algo, supongo.

—¿Qué?

—El sentido de la vida, me figuro.

Meral volvió la cabeza enseguida; su actitud tolerante se opuso con valentía, pero en balde, a un latigazo de impaciencia.

—Sí, por más ilusiones románticas que pueda inspirar esta ciudad, lo cierto es que no tiene más que envidia, ruido y animadversión, peleas por unas monedas y un corazón duro y frío. Como siempre ha sido. —Volvió a mirar a Wilson—. ¿Todavía no lo ha descubierto?

—No.

—Mejor para usted. O peor. Por cierto, ¿de qué vive? El trabajo que hace es voluntario.

Wilson se encogió de hombros.

—Cuento con algunos ahorrillos, lo suficiente. Se puede decir que tengo suerte.

—¿En qué sentido?

—El dinero nos impide ver.

—¿Ver? ¿Qué?

—La realidad. —Wilson cogió su taza, tomó un sorbo y volvió a dejarla—.

¿Vamos a hablar del material del hospital?

—Ya le dije que eso no es cosa mía, Wilson. Aunque llegará un momento en que

le pregunte por qué lo cogió, no lo dude.

—*Ahlan!* ¿Puedo sentarme?

Era Tariq. Esperaba junto a la mesa.

—Claro amigo mío, faltaría más —le dijo Meral—. Pide un café.

—¿No le importa? —preguntó a Wilson.

—¿Por qué iba a importarme? —dijo Wilson señalando una silla vacía—. Siéntese con nosotros.

Tariq se sentó e inmediatamente se puso a mirar a Wilson sin parpadear.

Wilson sonrió y dijo:

—Es usted Tariq, ¿verdad?

Meral lo miró inexpresivamente, procurando ocultar la sorpresa. La trampa que había preparado funcionaba, pero era innecesaria.

—¿Conoce a Tariq, Wilson?

—Sí. Sí, lo conocí el otro día, cuando vine a ver la iglesia. Estuvimos un rato hablando del falafel.

Aturdido, Tariq abrió los ojos como platos sin dejar de mirar alternativamente a los otros dos hombres.

—Pero ese día llevaba barba —añadió Wilson—, una profusa barba pelirroja. ¿Se acuerda?

Meral miró hacia la iglesia.

—Tariq, me parece que te están esperando.

Sin una palabra, el recién llegado se levantó de la silla y echó a andar a buen paso por la calle en dirección a la iglesia, balanceando los brazos y con el corazón rebosante de agradecimiento por haberse librado de aquello, fuera lo que fuese.

Wilson se quedó mirándolo.

—Se ha ido sin tomar café, siquiera.

—No le importa.

Wilson se dirigió de nuevo a Meral. El policía no dejaba de observarlo, de sopesar, con la cabeza un poco ladeada, su inocente expresión inquisitiva y su actitud de candidez total.

—¿Estuvo en la iglesia del Santo Sepulcro el 7 de marzo?

—Pues ¿qué día de la semana era?

—Martes.

—Entonces, sí. Fui cuando ya estaban cerrando.

—¿Estaba usted solo?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Quiere ayudarme, ¿no es así, Wilson?

—¡Desde luego, sargento Meral! ¡Quiero ayudarlo de verdad!

Meral hizo una breve pausa, asombrado por el tono vehemente de Wilson.

—Bien, entonces, dígame: ¿fue usted con alguien?

—Sí.

—¿Con el hombre que vivía con usted, Joseph Temescu?

—Sí.

—¿Y entró en la cámara del Sepulcro con él?

—Sí.

—¿Qué hicieron ustedes allí?

—Quería que lo ayudase a morir.

—¿Cómo dice?

—Quería que lo ayudase a morir. Me pidió que le inyectara hidrato de doral, así perdería el sentido y el final llegaría enseguida. Lo llevaba todo él mismo: la jeringuilla, el doral, la morfina...

Desconcertado, el sargento se quedó sin palabras. Después empezó a entrecerrar los ojos.

—Pero podría habérselo inyectado él solo, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Entonces, ¿qué necesidad había de que estuviera usted presente?

—Verá, sargento: si se lo dijera en este momento, tendría que estar una hora explicándole cosas para que me creyese. Es muy complicado, de verdad. Muy raro.

—Conque sí, ¿eh? Muy bien. Vamos a dejarlo para otro día. Entre tanto, dígame, ¿por qué quería morir en la tumba de Jesús? ¿O eso también es muy complicado?

—Quería que su defunción apareciera en toda la prensa.

—¿Lo dice en serio?

—Es lo que dijo él.

—¿Padecía un desequilibrio mental?

—No, en absoluto.

—Bien, hay que reconocer que su deseo se cumplió.

—¿Qué quiere decir?

—¿No ha leído la prensa esta mañana?

—No.

—El hombre que se hacía pasar por Joseph Temescu era en realidad un asesino del gobierno estadounidense.

—¿Que era qué?

—Sí, es cierto.

—No me lo creo.

—¿No se lo dijo a usted?

—¡No! ¿Un asesino? ¿Está seguro?

—Sí. Es lo que dice el titular de *The Jerusalem Post*. Se llamaba Paul Dimiter y era bastante famoso en su ambiente. Puede usted darse por afortunado.

—¿Afortunado? ¿Por qué lo dice? Él... ¡Ah! Ya, comprendo. Sí, un asesino. Un asesino en mi casa. De todos modos, no puedo creerlo. Ese hombre parecía tan bondadoso...

—Sí, los asesinos suelen parecer bondadosos... y muy sinceros.

Wilson ladeó la cabeza.

—¿Qué insinúa?

—Nada. Menos que nada. Bien, a ver si nos centramos en lo que hacía ese tal Dimiter en Jerusalén. No, no; retrocedamos un poco. Cuénteme cómo lo conoció.

—¿Está seguro de que no voy a tener complicaciones por lo de las cosas que cogí del hospital?

Wilson lo miraba de nuevo con cara de niño preocupado y echó por tierra las incipientes sospechas de Meral.

—¿Están relacionadas las dos cosas? —le preguntó.

—Sí, y se lo contaré todo, pero ¿no tendré complicaciones? ¿Me lo promete?

—Prometido. Bien, ¿cómo se conocieron?

—Una noche tuvo un accidente tremendo en la gasolinera Paz, justo al pie de la Puerta de Jaffa.

Meral abrió los ojos de par en par.

—¡Es usted el otro hombre!

—¿A qué se refiere?

—Ahora no importa. No, de verdad. Siga, siga, cuéntemelo todo.

—Bien. Se me estaba recalentando el motor y necesitaba poner un poco de agua en el radiador; por eso me paré en la gasolinera. En esa gasolinera dejan bidones de agua por la noche, y también de gasolina. Luego pagas al día siguiente.

—¿De dónde venía usted?

—De Ramala. Volvía a casa. Bueno, como he dicho, paré allí y, de repente, oí un coche que se acercaba a mí a toda velocidad; entonces dio un volantazo, se estrelló contra el surtidor de gasolina y hubo una explosión. Fue horroroso. Fui corriendo a sacarlo del coche, y...

—¿A quién sacó?

—Pues al conductor, al hombre a quien usted llama Dimiter. Como se llamase. Estaba todo magullado y con quemaduras graves. Había perdido el conocimiento. El coche estaba en llamas. Fui a sacarlo de allí tan rápidamente como pude, pero las quemaduras ya eran graves. Sobre todo la cara y las manos. Entonces, lo llevé al hospital estatal árabe, el de los pobres, porque era el más cercano. Sin embargo, Hadassah está mejor equipado para los quemados y allí quería yo trasladarlo un par de días después, cuando parecía que los de urgencias lo habían estabilizado, pero él no quiso. No pude convencerlo. Decía no sé qué de que no quería entrar en el sistema para que no lo identificasen. En el hospital estatal no son tan escrupulosos con esas cosas.

—En efecto, pero intentan hacerlo bien. Son buena gente.

—Sí, lo comprobé. Bueno, el caso es que dos días después lo di de alta, me lo llevé a casa y lo cuidé.

—Por eso hurtó usted suministros en el hospital —dijo Meral—. El regreso del «buen samaritano».

—Me dolía mucho ver a una persona en semejante estado, tan quemado, con la cara tan llena de cortes. Y, encima, el cáncer atroz.

—¡Ah! ¿Eso sí se lo dijo?

Wilson levantó la cabeza.

—¡Huy, me contó muchas cosas! Sabía que se estaba muriendo y se sinceró totalmente conmigo. Me contó de todo, muchas cosas de su vida. Pero, claro, supongo que todo era mentira. ¿No es eso?

—Espero que no. Lo iremos viendo todo, poco a poco, Wilson. Eso es precisamente lo que quiero, pero, de momento, cuénteme lo fundamental hasta el momento en que lo vio por última vez.

—La verdad es que no hay mucho más, ya se lo he contado todo. Lo cuidé hasta que pudo andar otra vez. Daba paseos cortos por la calle, para tomar el aire. Luego, un día, me pidió que lo llevase a una iglesia.

—¿Por qué quería ir a una iglesia?

—Se lo pregunté, pero se limitó a sacudir la cabeza y no quiso decírmelo. Sin embargo, estaba muy ansioso por ir.

—¿Y lo llevó usted?

—No, no fue inmediatamente. Aquella mañana llovía muchísimo. Las calles estaban inundadas. El hombre no paraba de pasearse por el piso. Estaba muy agitado, muy tenso. Parecía muy impaciente por algo que yo no entendía. Entonces, al atardecer, el cielo se despejó y lo llevé a la iglesia de al lado del huerto de Getsemaní.

—La iglesia de la Agonía —asintió Meral.

—Sí.

—¿Quién eligió la iglesia, él o usted?

—Él, fue él.

Aquí, Meral se acercó a Wilson con gran interés.

—Y, una vez en el interior del templo, ¿qué hizo él? ¿Se encontró con alguien?

—Pues... —Wilson calló y desvió la mirada—. Podría decirse que sí.

—¿Qué quiere decir? ¿Con quién se encontró?

Wilson miró al sargento con ternura.

—Cuando entramos, no había nadie en la iglesia, sólo nosotros, y al principio se quedó atrás un buen rato, muy quieto y silencioso y como si estuviese asustado por algo, receloso, como estrujado y encogido en sí mismo a modo de protección, más pequeño, disminuido, mirando adelante, entre las enormes columnas, a la Roca de la Agonía, frente el altar. Es la piedra en la que dicen que oró Jesús antes de la crucifixión.

—Sí, lo sé. Conozco la iglesia.

—¡Ah, bien! Bueno, pues miré hacia donde miraba él y entonces oí un ruidito ahogado, como un sollozo contenido y, al volverme, vi que tenía una mueca de dolor. Entonces dio un paso tambaleándose y siguió avanzando con inseguridad, lentamente, hacia el altar, con los brazos tendidos hacia delante y las palmas, blancas

y quemadas, hacia arriba. Cuando llegó a la verja que rodea la roca, cayó agarrándose a los barrotes y luego, gimiendo convulsamente, como si fuera a romperse, se puso de rodillas, con la cabeza agachada y sin soltarse de los barrotes. Acudí a su lado y le oí gemir en silencio, repitiendo una y otra vez: «¡Cuánto siento todo lo que he hecho! ¡Lo siento mucho!».

Wilson guardó silencio.

—¿Y después?

—Nada. Esperé a ver qué pasaba y luego lo ayudé a levantarse y me lo llevé a casa. Al día siguiente se quitó la vida, con el veneno.

—Está seguro de lo que me dice, ¿no es eso?

—Por supuesto. Acabo de decirle que lo ayudé a hacerlo.

—Sí, pero a veces ayudamos en exceso.

—¿Qué quiere decir?

—Nada.

—¡Ah, no! ¡Un momento! ¡Espere! ¿Es que sospecha que lo maté yo?

—Repito: no he querido decir nada.

—¡Casi nada!

—De acuerdo, prácticamente nada. En serio, Wilson, ¿por qué iba a querer suicidarse? Si de verdad lo hizo, tuvo que contarle por qué. ¿Por qué se quitó la vida? ¿Porque no soportaba más los dolores del cáncer?

Wilson miró hacia la iglesia, donde un padre y una madre intentaban apaciguar el llanto histérico de una niña muy pequeña con una cola de caballo que tenía muchísimo miedo de entrar en el oscuro recinto. Le habían contado que era el lugar en el que Jesús había muerto y donde lo habían enterrado. Wilson la miraba fijamente.

—Sí —respondió en voz baja—, para acabar con el sufrimiento.

La niñita dejó de llorar y el padre la tomó de la mano. Cuando entraron en la iglesia, volvió al cabeza y miró a Wilson.

Meral terminó el café, dejó la taza boca abajo en el platillo y le dio unas vueltas. El leve chirrido de la porcelana atrajo la mirada de Wilson al sargento.

—Sí —dijo Meral pensativamente—, dicen que desde la muerte de su mujer se deprimió, atormentado por la culpa.

—¿Perdió a su mujer?

—Son cosas que pasan. Y, a veces, el dolor es tan intenso que te impide respirar.

Meral dejó de dar vueltas a la taza, pero no de mirarla sin verla ni de tocarla con los dedos. Al notar los ojos de Wilson fijos en él, levantó la cabeza y observó su rostro. Se preguntó qué era lo que expresaban sus ojos. ¿Cariño? ¿Compasión? ¿O era una cosa que no tenía nombre terrenal?

Wilson se cruzó de brazos y miró al suelo.

—Sigo sin poder creerlo —dijo—. Es decir, que el hombre a quien salvé esa noche... Bueno, se equivoca usted. No puede ser ese Dimiter que dice. Es imposible.

—Pues hágase a la idea de que sí.

Wilson levantó la mirada.

—¿Está seguro de lo de la muerte de su mujer? Porque él me hablaba de ella como si estuviera viva. Me enseñó fotos de ella.

—¿De verdad?

—¡Desde luego!

—Bueno, entonces, tal vez delirase. La morfina.

El comunicador de radio de Meral hizo un ruido. Lo soltó del cinturón y pulsó el botón hablar.

—Meral —dijo secamente y, a continuación pulsó otro botón para oír.

—Kfar Shaul quiere hablar contigo —dijo una voz. Era el comandante Zev, desde la Kishala.

—¿Tengo que ir allí?

—No, sólo llama, pero hazlo esta mañana. Pregunta por el doctor Waleed.

—Entendido.

Cortaron los dos y Meral miró la hora.

—Ahora debo marcharme —dijo—. Tengo que ir a ver a un amigo que está muy enfermo y a unos albanos duros de pelar, y pasar por un asilo de locos y otro montón de recados. Mire, no se preocupe por lo que hurtó en el hospital. No habrá problemas. De todos modos, a usted y a mí nos quedan muchos kilómetros por recorrer. ¡Muchos! Me han encargado que averigüe lo que hacía aquí su amigo. Piénselo, por favor, apunte lo que se le ocurra. Por cierto, me intriga lo que ha insinuado sobre su faceta espiritual —le vino a la cabeza el quitapiedras—, aunque dudo mucho que fuera de verdad —se enmendó—. No, sospecho que ese hombre tramaba algo mucho más siniestro. Pero, ¿quién sabe? ¿Dijo algo de esas cosas en algún momento? Aparte del incidente de la Roca de la Agonía, quiero decir, por simple curiosidad.

—¡Ah, sí, sí! ¡Hablaban mucho de la vida después de la muerte!

Meral había levantado las manos para llamar al camarero con un par de palmadas, pero las bajó otra vez.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo— ¿De verdad?

—¿Van a hacerle entierro? Me gustaría asistir.

—No. Van a devolverlo a casa.

Wilson volvió la cabeza y, en silencio, se quedó un momento mirando la entrada de la iglesia. Después, añadió en voz baja:

—Ya está allí.

Algo se movió en los ojos de Meral.

—Tenemos que establecer un horario para continuar con esto —dijo—. No hemos hecho más que empezar, sólo empezar. ¿No le importa? ¿Va a colaborar?

Wilson frunció el ceño. Parecía atribulado.

—¿Tiene que ser en comisaría?

—Ni mucho menos, pero tampoco aquí. ¿Se le ocurre algún sitio?

—¿En mi casa, tal vez?

—Posiblemente. De todos modos, ¿trabaja en el albergue esta noche?

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué no viene a mi habitación cuando termine el trabajo? Cuando quiera, a partir de las siete. ¿Puede ir?

Wilson sonrió con gran satisfacción.

—Me parece perfecto.

Meral lo miró a los ojos.

«Otra vez la misma ambivalencia. ¿Qué significa?»

El sargento llamó al camarero y pidió la cuenta.

Mientras esperaban, cogió la taza y se la enseñó a Wilson.

—Mire lo que han hecho los posos al poner la taza boca abajo y darle vueltas. Hay quien lee el futuro de esta forma. Ven dibujos en los churretes que deja el café en la taza. Mire, cójala. Fíjese un momento y dígame lo que ve.

En el momento en que Wilson cogió la taza y se acercó a mirar el blanco interior, Meral perdió súbitamente y a la vez el control de sí mismo y el del tiempo y creyó ver a Wilson congelado en pleno movimiento, como un fotograma aislado de película muda, apagados todos los sonidos del mundo, irradiando una pulsación sobrenatural que lo envolvió en ondas sinuosas, frías y debilitantes al principio, aunque después le dejó una sensación cálida y refrescante. De renovación, incluso.

—¿Qué ve? —preguntó a Wilson, cuando se hubo recuperado.

Wilson lo miró y sonrió:

—Buenas noticias.

Ese día, el padre Mancini, tan rotundo y risueño como siempre, se había sentado a la mesa de Meral y estaba pelando una naranja cuando el sargento, que había estado silencioso y meditabundo durante toda la comida, lo miró y le preguntó:

—Padre, ¿podría ser un versículo de las escrituras?

—¿El qué?

—Querían matarlo, pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

Meral sabía que podía confiar en el dictamen del clérigo desde el día en que le dio respuesta a una inquietante cuestión de fe:

—¿Cree que Jesús murió por nuestros pecados?

—Pero ¿qué me pregunta, hombre? ¡Por supuesto!

—Sin embargo, Jesús dijo que el Padre quiere misericordia, no sacrificio.

—Ya veo por dónde va: la antigua cuestión del Padre que exige sufrimiento y sangre como sacrificio propiciatorio de su delicado sentido de la justicia, al estilo de los dioses aztecas. ¿Es eso?

—Sí, es eso, padre. ¿Cómo puede usted creer en eso?

—No creo en eso. Al menos, no como lo entiende la mayoría de la gente. Jesús

murió por nuestros pecados. En eso sí creo, en efecto, pero ahora soy yo quien le hace una pregunta. Si Jesús hubiese muerto a los ochenta años de cáncer o de una gripe grave y después hubiera resucitado de entre los muertos, ¿cree que habría alguna posibilidad de que hubiéramos llegado a saberlo? No. Tenía que morir de una manera espectacular, en público, por eso, a mi entender, hubo de morir crucificado, porque de ese modo, llegaríamos a saber de su resurrección, sin la cual nuestra fe no sería más que incienso y humo.

—Sí, es de Lucas —respondió Mancini inmediatamente—. Estaba Jesús predicando en Nazaret cuando la multitud se enfureció mucho por una cosa que dijo y se lo llevó a rastras hasta un barranco con intención de arrojarlo a la muerte, pero, no se sabe cómo, «pasando por medio de ellos, se marchó», según Lucas.

Mancini mordió un gajo de naranja y el jugo le cayó en churretones por los gordezuelos dedos.

—¿Qué dijo para ofender así a la multitud, padre?

—En una época en la que había muchos leprosos en Israel, dijo que Elias no había querido curar más que a uno que no era judío. Naamán.

—¿Quién?

—Naamán. Naamán el sirio.

Por segunda vez en el día, Meral se quedó en blanco, como si flotase en medio de una sensación irreal, como si el mundo se hubiera vuelto de pronto inconcreto y fantasmal, un concepto artificioso en el que podía suceder cualquier cosa y en el que la naturaleza y sus leyes eran tan estables como un capricho.

—¡Qué raro está usted! —le dijo el sacerdote—. ¿Le pasa algo?

Esa mañana, después de la entrevista con Wilson, Meral había llamado a Kfar Shaul y había hablado con el doctor Waleed:

—*Es por el soldado sirio que mató al otro loco que se creía Jesús en Hadassah. Sé que no lleva usted el caso, pero, al parecer, se ha interesado por el joven, por eso he pensado que le gustaría saber las buenas noticias.*

—¿Buenas noticias?

—*Buenas y malas, en realidad. La mala es que habrá que denunciarlo. La buena es que está completamente cuerdo. Ya no cree que es Jesús.*

El informe lo había dejado perplejo. Cuando el soldado loco había ingresado en Hadassah, no hubo dudas sobre lo incurable de su trastorno, opinión que habían confirmado también en Kfar Shaul. Pero, de pronto, algo cambió radicalmente. Meral se preguntaba qué sería lo que había cambiado.

Sólo se le ocurría una respuesta posible:

Wilson. Wilson y sus visitas.

Dio el último sorbo al café y puso la taza boca abajo, encajándola en el platillo con un clic. Se puso a darle vueltas; hacia un ruidito de porcelana.

—No, no, nada —respondió al sacerdote sin dejar de mirar la taza—. Sólo estaba pensando.

—¿En un caso que tiene ahora?

—Estaba pensando en una coincidencia muy curiosa.

Mancini agachó la cabeza y dio un jugoso mordisco a otro succulento gajo de naranja.

—Las coincidencias no existen —murmuró.

—¡Sargento Meral!

El policía miró a Patience.

—¡Al teléfono, sargento! ¡Es muy urgente!

Meral se levantó a toda prisa y empujó la mesa sin querer, pero la taza de café solo cayó de lado.

En los posos no se habría visto nada bueno.

Meral entró enérgicamente en el despacho de Mayo, con el ancho ceño fruncido de preocupación, y fue directo al sofá en el que, tumbado boca arriba, dormía el neurólogo, tapado con una manta de algodón de cuadros rojos y blancos, con los brazos relajados sobre ella. El policía miró el rostro delgado y ceniciento de su amigo y oyó su respiración, superficial e irregular.

Un susurro a su espalda.

—¡Meral!

Al volverse vio a Samia. Estaba sentada al escritorio de Mayo. Se levantó y le pidió silencio llevándose un dedo a los labios; después señaló al pasillo, donde, unos momentos después, se puso a hablar con el sargento en voz baja.

—Bien, ¿qué sucede? —preguntó Meral—. ¿Qué le pasa?

—Nadie lo sabe. El análisis de sangre podría estar mejor, pero no hay indicios de nada grave. Sin embargo, está muy cansado todo el tiempo y dice que se encuentra más débil cada día. Y lleva mucho tiempo durmiendo. ¡Dios! Parece que se esté muriendo de una pena muy honda, te lo juro. ¿Lo despierto? Meral, alguien tendría que decirle que se vaya a una cama, a una habitación grande de las que hay en Neurología. Yo se lo he dicho cien veces, pero no me hace ni caso, es un cabezota. Aunque estoy pensando que a lo mejor a ti te lo hace. ¿Vas a volver esta noche?

—No, esta noche no; he quedado.

—Entonces, ¿mañana?

—Sí, mañana. Sólo tengo que encontrar el momento. Hasta la vista.

Meral iba a marcharse, pero retrocedió.

—Por cierto, te estoy muy agradecido.

—¿Por qué?

—Por contarme lo de Wilson y la otra persona.

—¿Cómo? ¿Qué persona? —Samia no entendía nada, pero, de repente—: ¡Ah! —exclamó—. Sí, ya me acuerdo, el tipo que vivía con él. Vale, ¡Ah, pero no hace falta que me des las gracias por eso!

—¿No?

—No, no fue idea mía, sino de Wilson.

Por la noche, después de la cena, Wilson acudió a la habitación de Meral.

—¿Dijo usted a Samia que fuera a verme, Wilson?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quería ayudarlo a usted.

—Entonces, ¿por qué no vino a buscarme directamente?

—Las cosas no funcionan así; era usted quien tenía que ir a buscarme a mí.

—No lo entiendo —dijo Meral frunciendo el ceño.

—Todavía.

Meral sostuvo a Wilson la fría mirada azul e inmediatamente notó un débil pánico latente por todo el cuerpo, al comprender que había entrado en un laberinto mental con muchos recovecos que no podía seguir ni sabía adónde lo llevaría. Dejó de hacer preguntas al instante y, con preocupación, se dirigió a él.

—Bueno, no importa —dijo con brusquedad—. Por favor, piense solamente en cualquier cosa que, durante las semanas anteriores a su muerte, le dijera o le confiase el hombre a quien hemos identificado como Dimiter con respecto a los motivos de su presencia en Jerusalén.

El cambio de táctica dio resultado. Wilson respondió sin enigmas, parecía ansioso por contar a Meral hasta la última palabra y el último acto del hombre al que había salvado la vida, por lo que las entrevistas de después de la cena durarían once noches más, y en cada sesión a Meral se le abrirían los ojos más y más. Al final, cuando escribió el informe, sabía sin sombra de duda que la información aturdiría a muchos e iluminaría a otros tantos.

Prefirió omitir algunos detalles.

Durante esa época, Meral dedicó los domingos íntegramente a Mayo, quien ocupaba una cama en el ala de Neurología, víctima de una enfermedad sin nombre, o, si lo tenía, no quiso revelarlo. Cada día estaba más débil y lánguido. Samia procuraba pasar con él tanto tiempo como podía y en sus horas libres nunca lo dejaba solo, a veces incluso dormía en la silla de la habitación, tapada con la manta roja y blanca de Mayo. Empezó a percibir algo extraño en la actitud de Meral, pues, a medida que el neurólogo se deterioraba, más vivo y fresco parecía el policía. La mañana del 17 de mayo se preguntó, llorosa, si el proceso se detendría ahí, pues fue el día en que todo el mundo comprendió que ya no habría más visitas dominicales.

—No, no puede ser —dijo Meral, anonadado.

Acababa de cambiar el uniforme azul de invierno por el de verano y le pareció un atuendo grotesco y fuera de lugar cuando retiró la sábana y vio el cadáver de su amigo de la infancia. Lo había llamado Samia a la comisaría para decirle que Mayo estaba agonizando, había acudido a toda prisa junto a él, pero llegó tarde para lo que fuere, salvo para el dolor.

Meral se dirigió a Samia, que estaba a su lado con un pañuelo empapado en la mano, apoyado en la barbilla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—No se sabe. Sencillamente, ha muerto.

—¿Así, sin más?

—Dejó de respirar, eso es todo. Sí, así, sin más.

Meral miró de nuevo a Mayo con tristeza.

—El último buen amigo que me quedaba —murmuró roncamente.

—No. El último, no.

Meral se volvió y se encontró con una espléndida mirada de Samia.

—Gracias —le dijo—. Gracias.

Entonces, acercó una silla a la cama y se sentó allí un rato, lamentándolo en silencio, hasta que empezaron a colarse en sus pensamientos unas palabras insidiosas: «Conozco todas las formas de hacerlo sin levantar sospechas, sin que pueda detectarse en las pruebas..., detectarse en las pruebas..., detectarse en...».

Meral miró a Samia.

—¿Sabes lo que estaba haciendo cuando enfermó?

—Lo de siempre.

—¿Nada fuera de lo normal?

—No. No, de verdad. ¡Ah, bueno! Tal vez, una cosa.

—¿Qué?

—Me pidió que investigase una cosa de espías.

—¿De espías?

—Sí, de espías: tomar huellas dactilares con cinta adhesiva.

—¿Para qué demonios...?

—No lo sé.

—¿Alguna vez dijo algo sobre lo que podía aquejado? —No, a mí no. Pero él no lo sabía.

—¿Murió durmiendo?

—Adormilado, más o menos. De pronto vi que le temblaban los párpados y le oí decir: «Samia», con un hilo de voz. Casi no lo oía. Yo le dije: «Sí, estoy aquí, Moses. Estoy aquí», y me incliné sobre él. Se le empañó la voz y tuvo que callar un momento. Después prosiguió; acerqué el oído a su boca; dijo algo, unas pocas palabras. Y luego murió.

—¿Entendiste lo que dijo?

Samia asintió. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas.

—«Pues me tomo el caldo y dejo los fideos.»

—¿Cómo dices?

—Es una máxima que tiene en la pared. Allí. —Meral miró hacia la placa de la pared que tenía la cita de Kishon—. Y entonces..., y entonces... —prosiguió la enfermera con voz trémula.

Pero un sollozo contenido salió en estampida y la mujer huyó de allí corriendo por los asépticos pasillos del hospital. Meral se quedó escuchando los pasos rápidos y amortiguados hasta que desaparecieron por completo en el silencio en el que ahora se almacenaban todos los latidos del corazón de Mayo. Bajó la cabeza un momento, fue hasta la puerta, se volvió y se despidió por última vez con una larga mirada, más asombrado por descubrir que todavía podía llorar que por el rompecabezas de la muerte inexplicable.

Algo había roído «la muralla».

Lo sobresaltó el regreso de Samia.

—¡Meral!

El policía dio media vuelta.

—Sí, dijo algo más —añadió Samia—, al final.

—¿Y qué fue? —preguntó Meral.

—Dijo: «El franciscano».

ENTREVISTA AL SARGENTO MAYOR PETER V. MERAL
CENTRAL DE INTELIGENCIA DE ISRAEL, 17 DE MAYO DE 1974

Entrevistador: Moshe Zui

P.: Así pues, ahora sólo quedamos usted y yo, sargento. Parece que los estadounidenses han perdido interés.

R.: Ya veo.

P.: ¿Algún contratiempo?

R.: ¿A qué se refiere?

P.: Parece preocupado, Meral, como si estuviera pensando profundamente en algo.

R.: Sí, disculpe.

P.: ¿En Moses Mayo?

R.: Sí, en Mayo.

P.: ¿Qué es lo que pasa? Según me han dicho, tiene usted sospechas.

R.: Es una intuición. Estoy trabajando en ella.

P.: ¿Quiere esperar un poco?

R.: No, empecemos.

P.: Bien, de acuerdo. Nos ha enviado su último informe provisional. Es fascinante. Lo de la calle Remle, la colisión y todo lo demás. Ese tal Wilson cuida a Temescu (Dimiter, mejor dicho) y, al final, lo ayuda a suicidarse. Por cierto, ¿piensa denunciarlo?

R.: No creo. Wilson es un ingenuo. No tiene ni un pelo de tonto, desde luego, ni mucho menos. Ni muchísimo menos. Es sencillo, sin más, pero en el buen sentido, no en el malo.

P.: Permítame repasar esto [Consulta el expediente]. ¿Lleva siete meses en Israel?

R.: ¿Wilson?

P.: Sí.

R.: No; ahora ya son ocho.

P.: Ocho, de acuerdo. Es decir, en realidad, Temescu era Paul Dimiter. Bien. Sin embargo, todavía no sabemos qué hacía aquí. Seguro que tenía una misión, y la circunstancia de que los estadounidenses mientan descaradamente significa que debía de ser muy importante. Por lo tanto, Wilson es la clave. Él lo cuidó, y vivió unas semanas con él. Algo tendrá que saber, ¿no? Usted se ha reunido con él unas cuantas veces... ¿Diez, más o menos?

R.: Más o menos, sí.

P.: Entonces ¿puedo suponer que esas reuniones dieron su fruto? ¿Tanto lo ha ayudado? Es decir, para descubrir la misión que tenía Dimiter.

R.: Sí, me ayudó.

P.: ¿Lo ayudó? ¡Ah, es estupendo, Meral! ¡Cuénteme!

R.: Bueno, es complicado.

P.: ¿Complicado, por qué?

P.: Pues, en realidad, no son hechos que respalden esa cuestión en concreto, y muy pocos corroboran cualquier otro aspecto. Por otra parte, algunos de los supuestos hechos no son nada objetivos, la verdad. Me refiero a las conversaciones que mantuvieron Dimiter y Wilson. Creo que le dijo algunas mentiras o que estas eran producto de la morfina que se inyectaba. Me indino a creer que se debía más a esto último. Se estaba muriendo. ¿Qué beneficio podían reportarle las mentiras? Todo lo contrario, diría yo.

P.: ¿Me puede poner un ejemplo de lo que quiere decir?

P.: Bien, de acuerdo. Cuando Wilson preguntó a Dimiter cuántos años tenía, le dijo que no estaba seguro, que había nacido en forma de feto abortado y una enfermera lo había recogido de la basura de un hospital. Le practicaron una traqueotomía y lo metieron en una incubadora, de donde lo robó la enfermera y se lo llevó a su casa a escondidas. Era una mujer soltera de origen albanés, dijo él; le dio su apellido y lo crio hasta que falleció.

P.: ¿Por qué cree que es mentira?

R.: Pues todo eso de «robar» y «a escondidas» me suena a fantasía.

P.: Sin embargo, la cicatriz de la traqueotomía es real.

R.: Siempre se pueden hacer castillos en el aire basándose en la realidad.

P.: Es usted muy riguroso, Meral.

R.: Procuro no serlo.

P.: Cierto, lo procura. ¿Algún otro ejemplo de esas mentiras?

R.: Dijo a Wilson que su mujer estaba viva.

P.: Sí, de eso ya hablamos. La mujer murió. Su mujer, Jean.

R.: A Wilson no le dijo ese nombre.

P.: ¿De verdad? ¡Ah! En tal caso, tal vez tenga razón usted, y todo se deba a la morfina.

R.: Sí, tal vez.

P.: Bien, volvamos a la misión que lo trajo aquí. ¿Qué me decía usted?

R.: Sí. Puesto que no hay hechos evidentes de los que podamos fiarnos, me pareció que sería mejor abordar el asunto de la misión de una forma mucho más general.

P.: ¿De qué forma?

R.: Pues desde el punto de vista de la religión, si puede usted creérselo. O, mejor dicho, el del profundo interés religioso que tenía Dimiter. Wilson dijo que lo obsesionaba la religión. ¿Por qué estamos aquí? ¿Adónde vamos?

P.: Sí, esas son exactamente las preguntas que tengo en este momento. ¿Adónde vamos?

R.: Pues, en cierto modo, hada la misión de Dimiter. Las creencias tiñen los propósitos.

P.: ¿No le parece que estamos dando vueltas a lo tonto, sargento? ¿El asesino oficial más temible del mundo encuentra a Dios?

R.: Hay algunos antecedentes.

P.: Bien, pero lo que pregunto es si es razonable.

R.: No, en absoluto. Sin embargo, no es lo mismo la verdad que la razón. A ese hombre le sucedió algo que lo hizo cambiar.

P.: ¡Ah, la experiencia mística!

R.: Exacto. ¿Sigo?

P.: Quizá prefiera un descanso antes.

R.: ¿Un descanso?

P.: Se le ha puesto cara de Mayo otra vez. Vamos, hagamos un breve descanso.

R.: No, no se preocupe. Prefiero continuar. ¿Puedo?

P.: ¿Se va a quedar usted conmigo?

R.: Sí, por supuesto.

P.: Continúe, por favor.

R.: Según me dijo Wilson, a Dimiter siempre lo había obsesionado la cuestión del mal. Decía que era «un misterio clavado en el corazón». Sin embargo, llegó a creer que existía otro mucho más profundo, al que denominaba el «misterio de la bondad».

P.: Me he perdido.

R.: Quiero llegar a una cuestión.

P.: Eso espero.

R.: Bien; dijo que si íbamos a quedar reducidos a materia insensible, ¿por qué no nos dedicábamos siempre a servir ciegamente a nuestros fines egoístas? Que, sin embargo, lo que veíamos eran personas dispuestas a dar la vida por otras, personas que se sacrificaban en la vida cotidiana, no sólo grandes héroes. Que eso era lo que creía él.

P.: ¿Y ya está? ¿Eso es lo que cree que tenía sus motivos?

R.: Sólo en parte. Además, hay que tener en cuenta la experiencia mística.

P.: ¿Habló de eso con Wilson?

R.: Hasta cierto punto. Le contó que la había experimentado al final de la misión en Albania, la segunda, aunque hacía ya un tiempo que tenía la sensación de que iba a pasarle algo, según dijo Wilson: un rechazo al acto de matar, si podía evitarlo de alguna manera. Sin embargo, en cuanto terminó de ordenar a unos jóvenes... Sabe a qué hechos me refiero, ¿verdad?

P.: Sí, sí.

R.: Bien, pues, en ese momento, lo llenó una «fuerza», dijo él, algo «mayor que el universo pero menor que un guisante». Palabras textuales.

P.: Veo que consulta apuntes.

R.: Sí. Los escribía inmediatamente después de cada entrevista con Wilson.

P.: No quería interrumpirlo.

R.: Bien; después de eso, Dimiter le relató una misión que había llevado a cabo en Somalia. El país sufría una hambruna, y decenas de millares de personas murieron de inanición. Una mañana oyó cánticos; eran muchas voces, y entonces vio a unas gentes de tribus libanesas, una multitud que formaba un corro, todos de la mano y balanceándose de un lado a otro al tiempo que cantaban, todos demacrados y esqueléticos. Se estaban muriendo y, sin embargo, sonreían, dijo él. Cantaban y sonreían alegremente. Estaban jubilosos. Circulaba entre ellos una sensación desbordante de rectitud y gloria de la cosas, emanaba de ellos e impregnó a Dimiter. Y sin embargo, dijo él, esa sensación no fue una centésima parte de lo que sintió en Albania justo después de haber ordenado a los sacerdotes.

P.: ¿Cómo? ¿Oyó la voz de Dios o algo así?

R.: No. Wilson dijo que no podía explicarlo ni describirlo mejor, que era algo inefable.

P.: Creo que empiezo a entenderlo, por fin. Lo que quiere usted decir, me refiero. Lo que ha intentado averiguar es que el hombre había cambiado tanto, había mejorado tanto, que fuera lo que fuere lo que vino a hacer aquí no podía ser nada malo. ¿Es eso?

R.: Exactamente, sí, eso es lo que quería dar a entender.

P.: Bueno, quién sabe. Tal vez esté usted en lo cierto. Bell y Sandalls se alegrarían mucho de saberlo. Pero no podemos olvidarnos de la morfina, de las fantasías, de las posibles mentiras... Lo cual me recuerda a la mujer de Temescu. Quiero decir, de Dimiter. ¿Le dijo Wilson que no se llamaba Jean?

R.: En efecto.

P.: Entonces, ¿cómo dijo que se llamaba?

R.: Moricani.

P.: ¿De verdad? Mi mujer tenía una amiga que se llamaba así.

R.: Parece un nombre rumano, ¿verdad?

P.: Es albanés. Entonces, ¿ya ha terminado con Wilson?

R.: Todavía no. Dice que sabe «exactamente» en qué consistía la misión que Dimiter tenía aquí y me ha prometido que me lo contará.

P.: ¡Fantástico, Meral! ¿Cuándo?

R.: «Cuando esté yo preparado», dice él.

P.: ¿Y eso qué significa?

R.: ¡Dios sabrá!

P.: ¿No deberíamos ponerle protección?

R.: ¿Protegerlo a él, quiere decir?

R.: Desde luego.

R.: No me parece necesario.

P.: ¿Por qué?

R.: Tengo esa impresión.

P.: Bien, entonces, de acuerdo. Hemos terminado. Me alegro. Se le ha vuelto a poner cara de Mayo. Tendrá que cerrar ese capítulo de alguna manera, Meral.

R.: Eso pretendo.

Nada más dejar a Zui, Meral se fue en el coche patrulla por la carretera de French Hill del barrio árabe de Sheij Garrah y bajó después por una empinada pendiente hasta avistar el cubo de piedra caliza beis y seis pisos de altura que albergaba la Jefatura de la Policía Nacional. Dejó atrás la verja eléctrica y el puesto de guardia, aparcó y enseguida traspasó la puerta giratoria de metal, que lo depositó en un vestíbulo fresco y silencioso, con el suelo de mármol blanco, brillante como un espejo, y un mostrador de recepción atendido por hombres uniformados. A continuación del mostrador había un expositor con diferentes clases de bombas y otro con artilugios antirrobo.

En África oriental, en el monte Elgon, hay una tribu que cree que el hombre tiene dos almas y que una de ellas existe porque la otra la sueña. La noche anterior, en sueños, Meral creyó encontrar a quien lo soñaba. Su doble se encontraba en la cámara del enterramiento de Jesucristo mirándolo a los ojos y, al mismo tiempo, señalaba con el dedo a Shlomo, el sobrino de Mayo, quien, muy concentrado y con el ceño fruncido, golpeaba la pared de la cámara con los nudillos, con el oído pegado a ella, escuchando con atención; entonces, en el lugar en el que golpeaba, brotó de pronto una rosa azul de forma perfecta. Shlomo la cortó de la pared con un grito triunfante: «¡Ajá!». A continuación, la cripta rechinó y crujió y empezaron a correrse a un lado grandes porciones de pared hasta dejar al descubierto una pequeña estancia secreta en la que apareció Moses Mayo, quien también miraba a Meral. Estaba completamente envuelto en ropas blancas de difunto y llevaba un sombrero flexible y una gabardina con cinturón parecida a la de Humphrey Bogart en *Casablanca*. Expulsaba suavemente humo de cigarrillo por la boca y hablaba arrastrando las palabras: «Conozco todas las formas de hacerlo sin levantar sospechas. Ahora ya sabes por qué nunca hago planes con tanta antelación». Luego levantó un brazo y, señalando a Shlomo, dijo crípticamente: «¡Sigue a la gacela!».

Y el sueño terminó.

—¿A quién desea ver, señor?

—Al inspector Shlomo Uris.

—Seis veintidós. Suba.

El sobrino de Mayo miró al recién llegado sin levantarse de la mesa. Llevaba unos tirantes anchos, de un rojo agresivo, y una camisa azul claro de manga corta, con el

cuello desabrochado y sin corbata. Cuando entró Meral, tenía los pies encima de la mesa de despacho y estaba lanzando pliegos de informes policiales, arrugados en forma de pelota, a una papelería metálica verde que había en un rincón, encima de un archivador.

—¡Ah, hola, Meral! Tres tiros más y ya está. Pase, siéntese.

Meral se sentó a un lado de la mesa y echó un vistazo alrededor. Allí se veía algo de la herencia de Mayo: una pared estaba totalmente cubierta de carteles, casi todos de conciertos de *rock* de todo el mundo, y todos alrededor de uno enorme de un héroe de tebeo: el capitán Marvel.

—Bien.

Meral miró a Uris. Una vez que hubo terminado de tirar pelotas de papel, bajó los pies al suelo y se inclinó con interés hacia delante, con las manos unidas ante sí sobre la mesa y haciendo un esfuerzo por aparentar tristeza y seriedad. En la pared de atrás había un mapa fotográfico en blanco y negro del subdistrito de Jerusalén.

—Mi más sentido pésame —dijo Meral.

—Soy yo quien se lo da a usted. Eran ustedes muy amigos, como hermanos.

Meral pasó la vista como al descuido por encima de un símbolo que había al lado del teléfono de la mesa de Uris. Era una gacela en pleno salto.

—Sí, como hermanos —respondió Meral suavemente.

—Bien, ¿qué puedo hacer hoy por usted?

Meral miró de nuevo a Uris.

—Encuentre a la persona que asesinó a su tío.

Un enfurruñado cielo matutino se deshacía repiqueteando en gruesas gotas que salpicaban los polvorientos cristales amarillentos de las ventanas de una calle del barrio neoyorquino de Brooklyn. Una fila de camiones rugía al pasar por encima de las tapas de alcantarilla levantando una fuerte estridencia metálica que apenas alcanzaba a oír una anciana de camisón rosa claro y zapatillas marrones de lana. La anciana cogió una foto de una mesita redonda de la pequeña sala de estar, donde se hallaba en compañía de una amiga, una mujer que debía de ser unos años más joven y llevaba un vestido azul de flores y una chaqueta muy usados que olían a tienda de ropa de segunda mano.

—Mi pequeño —murmuró con tristeza la más anciana.

La foto era de un joven alto y musculoso, de pelo rubio, vestido de monje franciscano.

—Vamos allá —dijo la amiga.

Sujetaba en la mano una pluma sobre un pliego de papel barato de escribir.

La más anciana dejó la foto en su sitio.

—Vamos allá. Primero diles que he hecho lo que me dijeron, pero que sigo sin saber una palabra. Están locos. No, eso no lo pongas en la carta. Sólo...

—Un momento.

La más anciana se puso la mano detrás de la oreja para oír mejor y dijo:

—¿Qué?

La que escribía la carta levantó un poco la voz y repitió:

—¡Un momento!

—¡Ah, un momento! De acuerdo.

La pluma siguió rascando sobre el papel y finalmente se detuvo.

—Bien, ¿qué más?

—¿Qué?

—Sí, ¿qué más pongo?

—Bueno, sólo diles que es la tercera vez que les escribo por el mismo asunto.

—¿No sería mejor que llamas por teléfono, Mary? ¿Quieres que llame yo?

—¡Ay! ¿De verdad?

—¡Pues claro! ¡Por ti, lo que sea! Y por Dermis.

En ese momento, en Jerusalén, un teletipo imprimía línea a línea una foto en la sala de comunicaciones de la *Kíshla*, mientras Meral, aburrido e impaciente, esperaba a que terminase dejando vagar los pensamientos; por fin, la foto salió entera y se hizo el silencio.

Metal la cogió.

Y decidió que se había terminado el aburrimiento.

Con las manos en los anchos bolsillos de las perneras de los pantalones, Shlomo Uris paseaba inquieto de un lado a otro de su despacho, esperando que le devolviesen una llamada telefónica. Se detuvo un momento junto a una mesa auxiliar larga y estrecha que había al pie de la ventana, detrás de la mesa de despacho, con fotografías familiares enmarcadas y ordenadas. Cogió una. Era él de pequeño, en brazos de su tío Moses. Cuando sonó el teléfono, dejó la foto en su sitio, se volvió hacia la mesa y descolgó:

—¿Diga? Uris. ¿Sí? Sí, pásemela, por favor.

Mientras esperaba, miró una carta que tenía encima de la mesa. Iba dirigida al embajador estadounidense en Tel Aviv, la remitía una mujer de Brooklyn y, tras recorrer varios canales, había terminado en su escritorio. Había repasado las llamadas telefónicas que había recibido Mayo desde tres días antes de que se declarase su enfermedad hasta el día en que por primera vez se quejó de molestias gástricas. Se fijó en una de las llamadas, porque tenía relación con la carta de Nueva York.

—¿Diga? ¿Sí? ¿Me oye bien? Perfecto. Soy Shlomo Uris, inspector de policía de la ciudad de Jerusalén. Jerusalén, sí. ¡Ah, bien! Saludos también para usted. Verá, llamo por un ciudadano suyo que se encuentra aquí. Es bastante urgente. Necesito que me manden una fotografía suya. ¡No, no, no! Cualquiera, no; una en concreto. Tengo entendido que la madre les ha preguntado a ustedes por él. ¿Cómo dice? No, no; número de teléfono, no. La madre padece cierto grado de sordera y...

Uris se quedó un momento escuchando y después asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, eso es —confirmó—, Dennis Mooney.

Sentada a la pequeña mesa redonda de su cocina, Samia escribió cuidadosamente una nota en su diario, en tinta azul eléctrico, con letra pequeña, pero redondeada y bonita; decía: «¿Qué es el amor, en realidad?». Cansada, melancólica y todavía con el uniforme de enfermera, menos la almidonada cofia blanca, se arropó los hombros con la manta de cuadros de Mayo. Hacía una noche fría y la calefacción central del edificio se había estropeado. Oyó una suave llamada a la puerta y levantó la cabeza. El timbre tampoco funcionaba.

—¿Quién es? ¿Quién llama? —preguntó.

—Soy Meral.

Samia abrió los ojos de asombro, pero enseguida se rehízo. Se levantó, cerró el diario, lo guardó en un cajón y lo cerró también.

—¡Vale! —dijo en voz alta—. ¡Ahora te abro!

La enfermera ordenó someramente la sala de estar a toda prisa y fue a la puerta. Miró por la mirilla, abrió tres pestillos de seguridad independientes y por último abrió la puerta a Meral. Iba de uniforme, llevaba un maletín negro en la mano y su rostro no reflejaba ninguna emoción.

—¡Ah, hola, Meral! —dijo con naturalidad.

—Hola, Samia. Siento molestarte. ¿Te importa que pase un momento?

—¿Bromeas? —se le escapó, pero enseguida se retractó—. Es decir, claro, pasa —dijo con normalidad—. ¿Por qué no?

Meral entró y Samia cerró la puerta cortando en seco la risa de dos niños que corrían y jugaban abajo, en el portal, y sus patadas y su impredecible y alegre ritmo.

—Pasa, vamos a la cocina —dijo la enfermera guiando a Meral con un movimiento suelto de la mano—. Es donde menos frío hace, gracias al horno y a los quemadores de la cocina. Lo tengo todo encendido, porque la calefacción se ha estropeado. ¡Qué casero tan agarrado! Seguro que lo hace adrede. Seguro que trabaja por cuenta de los judíos de arriba. Ven, siéntate. Vamos, siéntate ahí, al lado de la cocina.

—Sí, gracias.

Se sentó y dejó el maletín en el suelo, a su lado, pero seguía mirando a la salita de estar. Tres paredes estaban pintadas de rosa y la cuarta, cubierta de flores moradas pintadas a mano.

—Tienes un piso muy bonito —dijo.

—Es un cuchitril, pero procuro animarlo.

—Me gusta la pared de flores.

—Sí, a mí es la que más me gusta. Lirios morados. No puedo creer que hayas venido aquí. ¿Quieres café? Puedo hacerlo ahora mismo.

—¡Oh, no, por favor! No te molestes, Samia, por favor.

—¡Vamos, hombre! No es ninguna molestia.

Samia se levantó y empezó a sacar de un armario lo necesario para hacer café.

—¿Te gusta con agua de rosas?

—Sí, por favor, si no es molestia.

—Bien, ¿qué hay? ¿Te han dado un caso en el vecindario o qué? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué pasa en la ventana, Samia?

—¿A qué te refieres?

—La ventana —repitió—, esa de ahí.

Señaló la ventana de la salita de estar, donde se veía de espalda un torso de plástico de tamaño natural, como si estuviera sentado en el alféizar: un vampiro sonriente de largos colmillos, con una navaja de treinta centímetros levantada en la mano.

Samia miró y enseguida se volvió a la cocina y al café.

—¡Huy! ¿Has venido por eso? ¿Se ha quejado alguien?

—No. No se ha quejado nadie, pero ¿qué hace ahí?

—Es por seguridad. La gente lo ve, se imagina que en este apartamento sólo puede vivir un loco y no quiere saber nada. La locura los asusta de verdad.

—¿A quién asusta?

—A los ladrones, ya sabes. A todo el mundo. A ellos. Por las noches lo dejo con una luz encendida, Meral. Da miedo de verdad.

Meral la miraba inexpresivamente mientras ella medía el café, muy molido, reducido a polvo marrón, y lo ponía en un puchero muy pequeño y brillante de mango largo.

—Sé que este distrito no entra en mi jurisdicción, Samia —le dijo—, pero tengo entendido que esta zona es la más segura de Jerusalén, hay muy pocas denuncias por allanamiento o robo.

—Precisamente por eso. Según la ley de los porcentajes y las medias, vamos con retraso.

Meral no supo qué responder.

La enfermera puso el puchero del café en un quemador y se sentó a la mesa enfrente de su invitado.

—Vienes a hacerme más preguntas sobre Wilson, ¿verdad?

—No, no he venido por eso.

—Entonces, ¿sólo pasabas por aquí?

—Sí, podríamos decir que sí.

—¿Estás enfermo? ¿Te has perdido? Esto es el apartamento 2B. Yo soy Samia.

—Oye, te he traído un regalo.

—Bromeas.

—No, de eso nada.

—¿Qué es?

—Después del café —dijo Meral.

—¡Ah, una sorpresa! ¿Eh? ¿En forma de citación?

—No, no es una citación.

—¿Es buena o mala?

—Nunca te traería nada malo.

—No, desde luego.

Lo miraba con ternura, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Te veo cambiado, Meral.

—¿Cambiado? ¿En qué?

—No sé.

—Y tú estás un poco triste —dijo él.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Sí, un poco. Sólo un poco. ¿Es por Mayo?

La enfermera se encogió de hombros y a continuación asintió y bajó la cabeza, al tiempo que se inclinaba ligeramente hacia delante y se apoyaba en los brazos.

—Sí, un poco, supongo.

—Yo también.

—Me he quedado muy sola sin él.

—¿No tienes más amigos íntimos?

—Como él, no.

—¿Y tus padres? ¿Todavía viven? ¿No tienes hermanos?

—No, ninguno —dijo ella sacudiendo la cabeza. Levantó la mirada y miró el café —. Igual que tú —remató con naturalidad.

Meral la miró sin decir nada. Samia se giró de nuevo hacia él.

—Ya casi está —dijo—. Vamos, Meral, ¿de qué se trata? ¿Qué es lo que pasa?

—Después del café —dijo él firmemente.

—¡Qué fastidioso eres!

Enseguida se sirvió el café y pasaron un rato charlando tranquilamente.

—¡Qué rollo de ciudad es Jerusalén! —dijo ella en un determinado momento—. ¡No hay forma de encontrar un restaurante mexicano en ninguna parte! Los judíos deben de pensar que, en realidad, los mexicanos son árabes que llaman tequila al arak.

—Vamos, Samia, eso no tiene sentido. De verdad... Hay restaurantes árabes por toda la ciudad.

—¡Ah, sí, claro! Cerrárselos a ellos sería demasiado descarado.

—De verdad...

—¡Desde luego que sí! Por eso se meten con los hispanos.

La enfermera terminó el café y dejó la taza.

—Bien, Meral, ya hemos tomado café. ¿Qué me has traído?

Meral cogió el maletín y sacó dos objetos. Los dejó en la mesa y dijo:

—Esto. He podido guardarlo para ti, pero prefería que lo vieras con algo caliente en el estómago.

Con los ojos llenos de tristeza y recuerdos cariñosos, Samia se quedó mirando el cartel de viajes de la costa Big Sur de California que tenía Mayo en la pared de su despacho. Lo cogió con ternura.

—Gracias, Meral. Lo guardaré como oro en paño. De verdad. Muchas gracias. Él soñaba con esto, ¿sabes? O quizá no lo supieras. Soñaba con volver algún día y quedarse a vivir. Tenía algún ser muy querido allí.

—¿En Carmel?

—Sí, en Carmel. Decía que se contentaría aunque sólo fuera con verla por casualidad de vez en cuando, si tenía que ser así, en la calle, quizá, en el supermercado o en cualquier sitio, para poder sonreírle y tal vez saludarla con la mano. Incluso conocer al hijo de ella, quizá.

—¿Y quién era ella? ¿Lo sabes?

—No, el nombre no lo sé. Una estrella de cine. Hablaba mucho de ella al final, cuando se puso enfermo. —Dejó el cartel al lado del otro regalo, la foto de Mayo y Meral cuando eran niños—. Y esto —dijo al tiempo que la cogía—. Gracias, Meral. Eres más bueno que el pan. O un buen plan. Lapsus freudiano.

—¿Qué quieres decir con lapsus freudiano?

Samia dejó la foto y dijo:

—Nada. ¿Otro café?

—No, no, gracias. —Meral miró el reloj y empezó a levantarse de la mesa—. No; tengo que irme, de verdad —pero, de pronto—: ¡Ah, no, espera! —dijo, y volvió a sentarse—. Tengo una cosa más.

Metió la mano de nuevo en el maletín y sacó un objeto.

—¿La placa de lo del caldo y los fideos?

—No, Samia, no es de Mayo. Se trata de otra cosa. No tan importante, por cierto, pero, ya que he venido...

Meral lo dejó en la mesa. Era una copia ampliada de una fotografía enviada por teletipo: un hombre con uniforme militar. La levantó de nuevo y la sometió al escrutinio de la enfermera.

—Hoy he recibido esto —dijo—, hay pocas probabilidades, pero ¿por casualidad podría ser este el hombre a quien dices que veías en el comedor de nuestro buen amigo Wilson?

—¡Ay, Dios mío!

—¿Es él?

—Sí, me parece que sí.

—¿Estás segura?

—Bastante. Déjame ver.

Samia cogió la foto de la mano de Meral y la miró más de cerca.

—Sí, estoy segura —dijo finalmente—. Es él.

Samia dejó la foto y miró al sargento. El policía parecía preocupado.

—¿Es un pez muy gordo? —le preguntó—. ¿Quién es?

—Un hombre que se había perdido y ha aparecido.

La enfermera se cruzó de brazos y se quedó mirando a Meral mientras este devolvía la foto al maletín, se ponía la gorra y se la ajustaba.

—¿Eso es todo? —dijo ella—. Me has sacado toda la información y ahora ¿de vuelta al trabajo?

—Es inevitable.

Sin embargo, el policía se quedó quieto unos momentos, con la mirada y la mano suavemente posadas en la mesa. Sólo se oía el zumbido de las llamas azules del quemador.

—Bien —dijo al fin.

—¿Bien, qué?

Meral la miró como si fuera un hallazgo agradable.

—No me había fijado en lo largo y ondulado que tienes el pelo.

—Sí, claro. Vosotros os ponéis esas gorritas negras tan monas, pero yo tengo que llevar esta enorme mamarrachada almidonada y blanquísima. ¿Por qué quieren los árabes que llevemos una gran estrella de David por sombrero? ¿Por qué no un *falafel* o una porción de *kibbe* frito? ¡Tanta blancura puede confundirse con yogur!

Meral la miró un momento afectuosamente y, de pronto, se levantó con brusquedad.

—Bueno, ahora sí que me voy —dijo—. Tengo mucho que hacer.

Ayudando las dos manos en la mesa, Samia se levantó.

—Yo también. Tengo un montón de cosas que atender. De todos modos, me alegro de que hayas pasado por aquí.

—No es nada.

—Bien.

Al cruzar la salita de estar, de camino a la puerta, Meral se detuvo ante la pared pintada de lirios morados.

—Un trabajo muy bonito —comentó—. Ha tenido que costarte una fortuna.

—¡Ah! ¡Qué más quisiera yo! No, lo pinté yo con estas manitas.

Meral hizo un ademán de sorpresa.

—¿Pintas? No me lo habías dicho nunca.

—Cuando se tiene un talento fuera de lo común, hay que disimular. ¡Corre mucha envidia por ahí!

Una vez más, un atisbo de afecto asomó a los ojos de Meral cuando miró a la enfermera atentamente a la cara. Dio media vuelta de pronto y, seguido por Samia, fue hasta la puerta, la abrió, salió al rellano y se volvió hacia ella... de nuevo con cara de preocupación.

—Gracias por el café —dijo.

—¡Ay, por Dios! ¿Por qué no sonríes? —le dijo espontáneamente—. ¿Es que te morirías por sonreír? ¿Eh? ¿Te morirías si sonrieras aunque sólo fuera una vez?

Meral agachó la cabeza.

—Gracias por la ayuda —dijo, y echó a andar.

—Vuelve cuando quieras —le dijo Samia—. ¿La semana que viene, por ejemplo?

—Tengo mucho que hacer, pero gracias.

—Entonces, la siguiente. ¡Y trae fotos de paracaidistas húngaros!

La enfermera lo vio bajar las escaleras que lo llevarían a la calle, pero no cerró la puerta lenta y silenciosamente hasta que el policía hubo desaparecido. Se quedó un momento pensando, mirando al suelo, y sacudió la cabeza; después, levantó la vista y, con paso enérgico, volvió a la cocina, se sentó a la mesa, abrió el cajón y sacó el diario. «Me alegro de que hayas pasado por aquí.» «No es nada», dijo en tono de protesta. «¿No es nada?» Con la cabeza gacha, se llevó la mano a la frente, luego la levantó otra vez, tomó aire y cogió el bolígrafo.

«Acaba de venir a casa y el corazón me empezó a temblar y a bailar a un tiempo —escribió en el punto en el que lo había dejado—, aunque me parece que ha cambiado, no sé por qué. No sé explicarlo, en realidad, pero tenía algo distinto. Aunque, al final, la breve visita resultó ser por cuestiones de trabajo, como de costumbre. Un asunto un poco escalofriante, por cierto. Me alegro mucho de no ser más que un bicho raro, en vez de poli. De todos modos, me parece que me rindo. Sí, la romántica Samia vuelve a las noches de *whisky* y canciones de Frank Sinatra en el tocadiscos, o puede que incluso, como soñaba Mayo con Carmel, me conforme con verlo pasar alguna vez o charlar un poco, o quizá simplemente con una sonrisa y un gesto de la mano al pasar.»

Lo releyó y tachó la referencia a la sonrisa.

Fuera del apartamento de Samia, en la calle, Meral se sentó a solas un rato en el coche de policía mirando con consternación la foto del militar albano desaparecido de su contingente de las Naciones Unidas en los Altos de Golán: el que Samia había reconocido como el hombre que vivía con Wilson. En esa nueva foto, clara y enfocada, se veía a un hombre de facciones fuertes, muy marcadas, y con una cicatriz que le deformaba la boca, todo acorde con las anteriores descripciones de Temescu, pero diferente de la imagen borrosa del carné de conducir.

Era el coronel Jeton Agim Vlora.

Wilson se acercó despacio a una silla que había junto a la ventana de su pequeño apartamento de Montes de Jerusalén. Buscaba luz. Con la cabeza agachada y una expresión indescifrable, se sentó lentamente y estuvo mucho tiempo con la mirada fija en el sobre de una carta que había recogido del buzón unos minutos antes: «Michael Wilson. 17 Rué Meleé, Montes de Jerusalén. Israel 90835». Incluyó el sobre un poco hacia los rayos del sol para ver el descolorido matasellos. Era de la ciudad. Lo puso recto y siguió mirando la elegante y dolorosamente conocida letra. Por último, lo abrió, sacó la carta y la leyó. Después, la bajó despacio hasta la rodilla y estuvo unos momentos inmóvil, mirando por el cristal amarillento de la ventana la descomposición de sombra y sol de la tarde que moteaba el edificio de enfrente de lentas y apagadas variaciones de melancólico pardo, como un calidoscopio roto de sólo dos colores. Se levantó y fue a sentarse a un pequeño escritorio cuadrado, abrió el cajón, sacó papel de escribir y un bolígrafo y empezó a redactar una carta que, al final, iría a engrosar un paquete de misivas atadas con cinta morada que jamás llegarían a su destino.

Empezaba: «Queridísima Jean».

Luego, bajó la cabeza y lloró.

Meral entró en su habitación, se quitó la chaqueta, la colgó y se sentó en el borde de la cama. La jornada había sido más larga y agotadora que de costumbre. Había estado buscando a Wilson en vano, tanto en su apartamento como en Hadassah y, por la noche, en Casa Nova, donde lo esperaban para que hiciese unas reparaciones, pero, para su sorpresa, no se presentó. Abatido, agachó la cabeza y la sacudió; luego la levantó y miró las fotos del escritorio. Tendría que comprar un marco para otra más.

Poco después, cuando se preparaba para irse a la cama, se le ocurrió leer un rato, a ver si la lectura conseguía cerrarle los ojos y adormecer sus inquietos pensamientos, pero, al abrir un cajón de la mesilla de noche en el que guardaba todos los libros en rústica, encontró encima del primero una cosa que no había visto nunca. Se preguntó de dónde habría salido. La sacó y volvió a sentarse en el borde de la cama, mientras, de la habitación de alguna monja, al fondo del pasillo, empezaron a llegar, amortiguados, acordes de un concierto de violín. Sin parpadear, miró lo que había encontrado: era un fajo de cartas sin sello, escritas a mano y atadas con cinta morada.

Todas empezaban con las palabras «Queridísima Jean»

Avanzó lenta y sigilosamente, como un espectro, por una serie de pasillos abovedados y oscuros, flanqueados por arcos e impresionantes columnas, hasta detenerse por fin a la entrada de una estancia enorme, en la que debían encontrarse, según decía en la carta. Se hallaba en las caballerizas de Salomón, una impresionante y cavernosa construcción de piedra situada bajo el monte del Templo. Sólo el quedo arrullo de una paloma rompía el silencio expectante, casi tan profundo como el de Dios, desde un respiradero que se abría un poco por encima de la altura de las calles, iluminadas por las promesas del sol del final de la mañana, cuya luz se derramaba oblicuamente sobre las sombras del suelo. Dio un paso a un lado para no despegar la espalda de la pared. Esperó. Aguzó el oído. Entonces, oyó los pasos suaves que esperaba, unos pasos que conocía muy bien. La vio acercarse por detrás de una columna y entrar en un haz de luz del sol, donde se detuvo y se quedó mirándolo a él en silencio, con los ojos hundidos y el rostro estragado por efecto de las drogas; como el mundo mismo, no conservaba más que un recuerdo lejano de su antigua belleza.

—Hola, Paul —dijo con voz resonante.

—Hola, Jean.

Paul Dimiter miró rápidamente a la izquierda en el momento en que Stephen Riley salía de detrás de otra columna. Todavía llevaba puestas las ropas monacales de Dennis Mooney y empuñaba una pistola de cañón largo con silenciador.

—¡Vaya, buenos días, viejo amigo y mentor!

—¡Vaya, buenos días tengas tú también. Estás muy cambiado!

—Cirugía plástica, como mandan los cánones.

—¡Ah, muy buen trabajo, Steve!

—¡Que te jodan, colega! ¡No te muevas! ¡Ni un milímetro!

—No voy a moverme.

—¡Ni un milímetro! Y pon las manos arriba. Sí, bien. No las bajas. ¿Sabes una cosa? No puedo creer que hayas caído, que hayas venido en realidad. ¿Vas a echarme encima una red, Paul, o estoy justo sobre una trampilla? ¡Vamos, dímelo! ¿Cuál es el truco?

—No hay truco.

—No me lo creo. ¡Y vienes desarmado! —se maravilló Riley.

—No; estoy armado —respondió Dimiter en voz baja.

—No lo veo.

—Porque no puedes, pero vengo armado.

—¡Ah, vaya! Ahora me haces pensar que son ciertos todos los rumores que circulan por ahí, *mi amigo*^[11]. ¿sabes que puede que te falten unos cuantos tornillos? ¡Bah, demonios! Es una lástima que tenga que ser así. Quiero decir que, loco o cuerdo, te echaremos de menos.

—¿Vas a matarme?

—¡Ahora sé que estás loco! ¡Por supuesto que voy a matarte! —replicó Riley, burlón—. Jean, hazte a un lado, estás en medio.

—Sí, de acuerdo —dijo ella, y repitió dócilmente—: A un lado. —Sin embargo, dio un paso vacilante hacia Dimiter, tendiendo hacia él una mano implorante, con la palma hacia arriba—. ¡Ay, Paul, cuanto lo siento! —dijo con voz trémula—. Estoy...

—¡Cállate, Jean! —ordenó Riley tajante, sin dejar de mirar a Dimiter—. De acuerdo, Paul-o —empezó—. Conque nos has seguido, ¿eh? ¿Cómo te enteraste de que estábamos aquí?

—A ti no te he seguido nunca, Stephen.

—¡Mentira!

—No, es la verdad. Te daba por muerto, hasta que llegué a la ciudad.

—¿Hasta que llegaste?

—Sí, te reconocí.

—¿Cómo?

—Por tu andar.

—¿Por mi...?

—¡Steve...!

—¡Cállate, Jean! —le ordenó con fiereza, sin apartar jamás la mirada de Dimiter—. Esto es casi para morirse de risa —se burló— ¿Supones que voy a tragarme que estás aquí por pura casualidad?

—Nada más lejos de la verdad —respondió Dimiter con calma.

—Entonces, ¡reconócelo! ¡Has venido siguiéndonos!

—No. Buscaba a otra persona, esa es la verdad. No a ti. Vas a matarme ahora, diga lo que diga, de modo que ¿por qué iba a mentirte?

—Porque...

—¿Lo ves? ¡Todo esto para nada, Steve! ¡Por nada, joder! —dijo Jean Dimiter a Riley a voz en grito—. ¡Ya ves que no nos seguía a nosotros!

—No lo creo —le respondió Riley sin levantar la voz—. Y ahora, ¡apártate, Jean! ¡Aparta!

—Te perdono, Jean —dijo Dimiter—, no lo olvides nunca. Recuerda que te perdono.

—Lo siento, Paul —dijo Riley al tiempo que lo apuntaba con el arma—. Juntos pasamos momentos estupendos, lo digo de todo corazón, estupendos. Bien, y ahora, Jeannie, cariño, ¡hazte a un lado! ¡Muévete, vamos!

—Déjala tranquila, Stephen —dijo Dimiter—. Me aparto yo. Mira, me pongo a tiro. Vamos, Stephen, aquí tienes la diana.

Y, mientras Dimiter se desplazaba a un lado mirando a su mujer con ternura, Jean Dimiter rompió a llorar súbitamente y echó a correr hacia su marido con los brazos tendidos; lo abrazó en el preciso instante en el que explotaba en su cerebro el fuego blanco de la bendición y de una bala.

—¡Dios del cielo! —dijo Riley, aturdido.

Dimiter miró el cuerpo inerte de su mujer y después a Riley.

—A ti también te perdono.

—¿De qué cojones hablas, psicótico de mierda?

Dos contundentes balas más y Dimiter cayó junto al cadáver de su mujer, de manera que, cuando los descubrieron al día siguiente, bien podría haberse dicho que eran dos enamorados que se habían dado la vuelta para dormir, una impresión que no distaba mucho de la realidad.

No hubo separación.

TERCERA PARTE

INFORME FINAL

7 de junio de 1974

ÚLTIMAS ENTREVISTAS Y DISPOSICIONES DE ASUNTOS RELACIONADOS CON EL INCIDENTE DE LA CALLE REMLE, PAUL DIMITER, JEAN DIMITER, STEPHEN RILEY Y EL CORONEL AGIM JETON VLORA

Asistentes: Moshe Zui, del servicio israelí de inteligencia; William Sandalls y Charles Bell, de la embajada estadounidense; sargento mayor Peter V. Meral, de la comisaría de la Kishla; Shlomo Uris, del subdistrito de Jerusalén. Mecanografía: Annette Assaf.

ZUI: Bien, esto es principalmente para Bell y Sandalls. Bill, tienes copia de todo, ¿verdad?

SANDALLS: No. De todo, no; pero está bien. Empieza, porque para eso hemos venido, ¿no?

ZUI: De acuerdo. Shlomo Uris, ¿quiere empezar usted? Pero no. Primero voy a repasar lo elemental. Bien. Stephen Riley, disfrazado de fraile franciscano, y Jean, la mujer de Dimiter, eran objeto de chantaje de los rusos, quienes, de vez en cuando, les encargaban el asesinato de alguna persona a la que deseaban liquidar sin dejar rastros que pudieran conducir a ellos. Los habían...

SANDALLS: ¿Cómo sabes todo eso?

ZUI: Por un informador. SANDALLS: ¿Quién?

ZUI: Todo se andará, Bill. Es una sorpresa. Entre tanto, también nos han proporcionado un fajo de cartas que Dimiter escribió a su mujer, pero que nunca envió.

SANDALLS: ¿De dónde las sacaste?

ZUI: Las encontró el sargento Meral en su habitación.

SANDALLS: ¿En la de Dimiter?

ZUI: No, en la suya propia.

SANDALLS: Vuelve a empezar.

ZUI: No; lo has oído bien. Meral las encontró en su habitación, en Casa Nova, pero no sabemos cómo llegaron allí. A ver, ¿puedo seguir con esto, muchachos? SANDALLS: ¡Tira!

ZUI: De acuerdo. Riley y la mujer de Dimiter eran amantes a espaldas de este. Se apoderaron de los planos del radar que habían ido a buscar, fingieron su propia muerte, vendieron los planos a los rusos a cambio de una fortuna y Stephen Riley se sometió a cirugía para cambiar de cara. Después vinieron a esconderse aquí. Hasta ahí, todo salió a pedir de boca. Pero entonces los rusos dijeron: «¡Ajá! ¡El chantaje está servido!», y los obligaron a hacer algunos trabajos por su cuenta; primero tenían que contaminar con salmonela la comida del objetivo o nuestra agua con gas embotellada «Bébe me y recuerda

los campos»; el objetivo terminaba en Hadassa y el amigo Riley, ese *goniff* disfrazado de fraile católico, lo remataba con una inyección letal e indetectable. Los hospitales son sitios idóneos para hacerlo, porque en ellos muere gente todos los días. ¿A quién le va a llamar la atención? Pero entonces aparece Dimiter disfrazado de Wilson, aunque en realidad no tiene malas intenciones. Es decir... Esto no lo escribas, Annette: mira cómo sonríen Sandalls y Bell, ¡como si hubieran ganado la lotería de Israel!

SANDALLS: ¡Esta noche van unos tragos por nuestra cuenta en el Rey David!

ZUI: Bien. Estamos para complacerlos. De acuerdo, volvamos a lo nuestro. Bien, entonces Riley descubre a Dimiter en alguna parte e inmediatamente da por supuesto que los ha seguido y que ahora quiere matarlos; lo primero que hace entonces es contratar a un pistolero yemení, que también es asesino a tiempo parcial, para que liquide a Dimiter en lo alto de la torre de la iglesia rusa, porque sabe que siempre va allí determinados días al amanecer; le enseña a preparar «el alambre» y el tipo lo prepara el día en que suele ir Dimiter y luego se esconde en un recoveco de lo alto de la torre. Llega Dimiter, puntual como un reloj, pero ve el «alambre» y el sicario dispara contra él (seguro que Riley se olvidó de explicar un par de cosas sobre Dimiter a su matón) y, por supuesto, falla el tiro; entonces tropieza, se cae por las escaleras y se rompe la crisma. Que descanse en paz y que se joda, él y su mala sombra. A continuación, Riley piensa que tiene que hacer el trabajo personalmente y que la forma de lograrlo es tenderle una trampa utilizando a su mujer como cebo.

SANDALLS: ¿Y todo eso de dónde sale? ¿De otra carta?

ZUI: Sí, en parte. Es una carta que recibió Dimiter de su mujer, en la que intenta atraerlo a las caballerizas de Salomón. Estaba con las que aparecieron en la habitación de Meral. La mujer le dice que lamenta todo lo sucedido e incluso le cuenta la intentona del «alambre» para que parezca que está arrepentida de verdad. Al menos, es lo que me parece a mí, además de a nuestra intachable fuente, como ya he dicho.

SANDALLS: Moshe, da marcha atrás un momento.

ZUI: ¿De qué se trata?

SANDALLS: De la mujer. ¿Ella sabía que era una trampa para cargarse a su ex?

ZUI: Sí, Bill, lo sabía.

SANDALLS: ¡Qué agallas!

ZUI: No estoy tan seguro de que las tuviera. Su cuerpo era un colador, lleno de pinchazos de agujas por todas partes. Heroína. Según el análisis, hacía poco que se había inyectado una dosis fuerte. Tuvo que ponérsela (o quizá se la inyectase Riley) justo antes de acudir a las caballerizas. Así era como la controlaba Riley.

BILL: Estás muy seguro de eso.

ZUI: Por nuestro informador, por la última carta de ella y por otra cosa más.

SANDALLS: ¿Cuál?

ZUI: El tiro de Riley le dio en la nuca.

SANDALLS: ¡Ah, ya! Por cierto, ¿nos vas a dar esas cartas?

ZUI: Sí, os las daré. En ellas lo encontraréis casi todo. Sólo quería esbozar una idea general. Incluso hemos averiguado cuál era su misión. SANDALLS: ¿La de Dimiter?

ZUI: Sí.

SANDALLS: ¡Ah, por todo lo que se menea! ¿Todavía andas con eso? ¡Acabas de decimos que había venido a tomar las aguas, y que no tenía ninguna misión!

ZUI: He dicho lo primero, pero no lo segundo.

SANDALLS: Me parece que acabo de saltar al otro lado del espejo.

ZUI: No. Ten paciencia, Bill. Todo llegará. Nos estamos acercando al cadáver que apareció en el Sepulcro de Jesús y al incidente de la calle Remle que investigaba Meral. Vamos a aclarar eso y la misión de Dimiter.

SANDALLS: Sí, nuestra misión en Adrómeda.

ZUI: ¿Podemos continuar?

SANDALLS: Lo intento.

ZUI: Bien, primer caso pendiente: me gustaría que el inspector Uris resumiera la brillante investigación que ha hecho de esa parte de los hechos. ¿Inspector?

URIS: Prefiero que me llame Shlomo.

ZUI: Shlomo, pues. Cuéntenos cómo detuvo a Riley. SANDALLS; ¿Cómo? ¿Lo tienes?

BELL: ¡Lo tienes!

ZUI: Sí, lo tenemos, y espero que no haya disputas por la jurisdicción.

SANDALLS: ¡Es maravilloso! ¡Fantástico! ¿Cómo lo detuvo? URIS: El mérito no es mío, la verdad. Me vino todo a las manos. Mi tío, Moses Mayo, era médico en el hospital Hadassa y murió sin motivos aparentes. Sencillamente fue apagándose poco a poco. El primero que sospechó que podía tratarse de un asesinato fue el sargento Meral, porque mi tío supiese algo de algún asunto... o de alguna persona. Así pues, me puse a investigar dónde había estado mi tío justo antes de ponerse enfermo. Una mañana había avisado a la Facultad de Medicina de que faltaría a las clases, porque tenía que salir de la ciudad, aunque no dijo adónde ni a qué. Eso me pareció sospechoso, de manera que comprobé las llamadas que había recibido hasta el día en que se ausentó y una de ellas me hizo saltar en la silla. La habían hecho desde un teléfono público de Beit Sahour, donde hay una capilla que llevaba un franciscano llamado Dennis Mooney, que vivía allí, en dos estancias anejas, y tenía un ama de llaves y cocinera interina alojada en una cabaña de invitados que hay al lado.

SANDALLS: ¿Y por qué le llamó tanto la atención Beit Sahour?

ZUI: A eso vamos. La madre del verdadero Dennis Mooney vive en Nueva York; en Brooklyn, para ser más exactos. Su padre murió y la madre es una anciana bastante sorda. Hacía dos años que no sabía nada de su hijo. Le escribía cartas y le pedía que le mandase fotos suyas, de la capilla de los Ángeles, del santuario de los Pastores y demás, pero no obtuvo respuesta, ni fotos ni nada. Entonces escribió a la sede de los franciscanos. Ellos le contestaron y le dijeron que no habían tenido ninguna dificultad para ponerse en contacto con su hijo y que este les había escrito diciendo que se encontraba bien, que mandaría fotos a su madre y que no había recibido ninguna carta de ella. Al cabo de dos meses, la mujer seguía sin recibir noticias de Mooney, de manera que escribió de nuevo al superior de la comunidad franciscana y fue como empezar desde el principio: le contestaron diciendo que habían mandado un telegrama a su hijo con el siguiente texto: «¡Escriba a su madre ahora mismo y envíele fotografías!». Entonces Riley llamó a su superior y juró que le había mandado fotografías, que no entendía por qué no había recibido las cartas y las fotos que le había mandado y que volvería a escribirle de inmediato. Pero, como de costumbre, a la madre no le llegó nada. Entonces, la madre, muy preocupada, se enfureció como un demonio y alguien le aconsejó que se pusiera en contacto con el Departamento de Estado, de resultas de lo cual su embajador en el país nos pasó la solicitud a nosotros, esta acabó en mi mesa y, cuando supe que el fraile estaba en Beit Sahour, me dije: «¡Bingo!» Llamé al superior de los franciscanos y le pedí una foto de Mooney; me la mandaron y, con ella en la mano, fui al santuario de los Pastores como un turista más. Tendrían que haberme visto: un judío como yo cantando villancicos en una capilla llena de *goyim*^[12] con cuadros y estatuas de ángeles por todas partes, pero lo hice con mi más sincero respeto, se lo prometo, y todo por ver con mis propios ojos a Dennis Mooney y comprobar que no era el verdadero, porque al verdadero lo habían matado y enterrado mucho antes de que el pobre hombre llegara del aeropuerto a Casa Nova, siquiera, para que nadie pudiera saber cómo era en realidad. A continuación me fui al pueblo de Beit Sahour, a la comisaría municipal, y desde allí llamé a Tel Aviv para que me mandasen refuerzos. Me los mandaron y nos llevamos a ese *mómzer* de Riley. El hombre cantó de plano. Nos lo contó todo, incluso cosas por las que no le habíamos preguntado.

BELL: ¡Eso sí que es asombroso, muchacho!

ZUI: Vosotros tenéis vuestros métodos, y nosotros, los nuestros.

SANDALLS: ¿Son legales los vuestros?

URIS: Por supuesto que no. Los amenazamos con leerles haikus judíos.

Lógicamente, entre tanto, nos enteramos de que la supuesta criada de Beit Sahour era...

ZUI: Sí, lo sabemos: la mujer de Dimiter.

SANDALLS: Lo que no entiendo es cómo mató Riley a su tío. ¿Fue él en realidad?

URIS: Sí. Regaló a mi tío unos higos en los que había inoculado una toxina mortal que no deja rastro; sólo lanza la bola por la pendiente y después desaparece.

ZUI: Muchas gracias, inspector Uris.

URIS: Shlomo.

ZUI: Shlomo. ¡Gran trabajo!

SANDALLS: Quedemos para tomar unos tragos, Shlomo. URIS: Será un placer.

ZUI: Bien; ahora, el sargento Meral.

BELL: Pero ¿qué es esto? ¿Un desfile de policías?

ZUI: Un momento, dejadme leer esta nota que acaban de pasarme. [La lee.] Bien, descanso de quince minutos.

SANDALLS: ¿En serio?

ZUI: Sí.

[INICIO DEL DESCANSO, 9:44. FIN DEL DESCANSO, 10:02]

ZUI: ¿Quiere empezar con lo de la calle Remle, sargento?

MERAL: No, con Vlora.

ZUI: De acuerdo, con Vlora.

SANDALLS: ¿Quién es Vlora?

MERAL: Es el hombre que apareció muerto en el Sepulcro de Jesús; al principio creíamos que se trataba de un tan Joseph Temescu, y después, erróneamente, claro está, de Paul Dimiter, cuando en realidad era un policía albanés que se alistó en el contingente de los Altos del Golán.

SANDALLS: La cabeza me da vueltas otra vez. ¿Por qué lo hizo?

MERAL: Para matar a Dimiter.

SANDALLS: ¿Por qué?

MERAL: Porque Dimiter mató a su hijo.

SANDALLS: Buen motivo.

MERAL: Lo tenía, pero no es lo que usted y yo podríamos imaginar. Vlora despreciaba a su hijo. Él ordenaba torturas en nombre de lo que le parecía un bien superior, mientras que su hijo infligía dolor por placer. Los albaneses tienen un código llamado *besa*: si alguien mata a una persona de la propia sangre, se tiene el deber de matar a cualquier varón de la sangre del asesino. Incluso a un niño pequeño, si es necesario. Para ellos es como un imperativo moral. Vlora buscaba a Dimiter sin apasionamiento, por una pura cuestión de principios, de honor y de deber.

BELL: ¿Cuándo mató Dimiter a su hijo?

MERAL: Cuando cumplía la misión de ordenar sacerdotes en Albania. Lo tuvieron prisionero una temporada, Vlora lo interrogó y lo torturó y, para escaparse, tuvo que matar al hijo del policía. ¿Está todo claro, hasta aquí?

SANDALLS: Ya veremos.

MERAL: Bien; después, las cosas dieron un giro inesperado. Dimiter rescató a Vlora de un accidente de coche en el que, sin su intervención, habría muerto; lo llevó al hospital del gobierno de Jerusalén y, de allí, a su apartamento, en Montes de Jerusalén, donde lo ayudó a recuperar poco a poco algo semejante a la salud. Imagínense: le daba de comer, lo cuidaba, le leía en voz alta y lo animaba; a veces, incluso con su sola presencia, y de eso tengo constancia de primera mano.

SANDALLS: ¿A qué se refiere con eso?

MERAL: Quiero decir que uno cambiaba por el mero hecho de estar cerca de él.

SANDALLS: ¿Cambiar?

ZUI: Eso no es importante. Vuelva a Vlora, sargento, por favor. ¿Por dónde iba?

MERAL: El coronel Vlora estaba perplejo; toda esa atención se la dispensaba un hombre al que había mandado torturar durante una eternidad y de las formas más insoportables y horrorosas, y al que había intentado matar. ¡Aquello era justo lo contrario del código *besa*! Vlora cambió. Estaba desbordado. Renovado. Fue su experiencia mística, en cierto modo. Entonces sucedió lo más asombroso de todo.

SANDALLS: ¿Todo esto lo sabe por cartas, también?

MERAL: Sí, así es.

SANDALLS: ¿Y vamos a poder ponerles las manos encima?

ZUI: Os las vamos a mandar todas. Te doy mi palabra.

SANDALLS: Gracias, Moshe. Bien, ¿qué es eso tan asombroso, Meral?

MERAL: ¡Lo es de verdad! Vlora sabía que querían matar a Dimiter. Se lo había dicho él. Entonces, unas semanas después, pidió a Dimiter que lo acompañara a la iglesia del Santo Sepulcro y, cuando ya casi habían llegado, le reveló sus intenciones. Le explicó que si fingían la «muerte» de Dimiter de una manera muy aparatosa y pública, sería fácil que el asesino en potencia creyera que se había equivocado, que en realidad Wilson no era Dimiter y que el hombre a quien se había propuesto matar no era el que quería. A fin de cuentas, Dimiter había cambiado de apariencia muchas veces. Vlora tenía intenciones de morir de tal forma que lo confundiesen con Dimiter y, así, a primera hora de la mañana en que pensaba llevar a cabo su plan, fue al apartamento que había alquilado, aunque en realidad no llegó a ocuparlo, y lo regó de objetos y documentos, que fueron los que nos hicieron creer que Vlora era Dimiter. Este, muy consternado al conocer el plan del albanés, dijo que no quería hacerlo. Al principio se negó, pero, claro, eso no iba a cambiar nada, porque

Vlora ya se había tomado el veneno. Con esto llegamos a la segunda parte de la idea de Vlora. Alegó que quién iba a pensar que se trataba de un suicidio, ya que, habiendo tantos somníferos disponibles y capaces de lograr el objetivo, nadie elegiría una forma tan increíblemente dolorosa de morir como el veneno del portador de la muerte. Según su mentalidad, educada en la miope visión del mundo de la *besa*, tan ajena a los remordimientos, era la única forma, creía él, de convencer a cualquier atacante potencial de que Dimiter había muerto sin ninguna duda a manos de alguien que lo odiaba mucho.

SANDALLS: Puede que sí o puede que no.

MERAL: Exactamente. Por eso es tan notable: porque no tenía garantías de que el plan fuese a funcionar y, sin embargo, eligió una forma extremadamente dolorosa de morir sólo por si acaso.

SANDALLS: Creo que entiendo a lo que se refiere. ¿Qué pasó después?

MERAL: Bien, Dimiter no podía hacer nada y entró en el sepulcro con Vlora, quien, tan pronto como la gente salió de la cámara, tomó otra dosis masiva de hidrato de doral y se tumbó en la losa a esperar la muerte, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados.

BELL: ¿Cruzó los brazos? ¿Por qué? ¿Es una tradición albanesa o algo?

MERAL: No. Lo hizo sólo por redondear el aura de misterio con que pretendía captar la atención de la prensa y el público. Dimiter prometió a Vlora que se quedaría hasta el final y, cuando todo terminó, salió sigilosamente del sepulcro y de la iglesia. Fin de la historia.

SANDALLS: ¿Quién regó el apartamento de Vlora con los objetos y documentos de identidad de Dimiter? ¿Él mismo?

MERAL: Sí, el propio Vlora. Todo, salvo las pelotas de malabares y los objetos de payaso. Vlora no sabía lo que significaban, así que Dimiter los añadió después. No quería que el sacrificio del albanés fuera en balde.

SANDALLS: De acuerdo, gracias.

MERAL: No hay de qué. ¿Inspector?

ZUI: Bien; ahora, la misión de Dimiter.

SANDALLS: Lo he dicho y lo repetiré hasta el hartazgo. Estaba aquí por cuenta propia.

ZUI: Pero tenía una misión.

SANDALLS: ¡Ah, por el amor de Dios, Moshe!

ZUI: Me parece que has dado exactamente en el clavo.

SANDALLS: ¿A qué te refieres?

ZUI: Lo sabrás enseguida, si te tomas la molestia de escuchar un poco más.

SANDALLS: De acuerdo, escucho. Soy todo oídos.

ZUI: Bien. Tiene que ver con vuestro san Pablo, que era nuestro Saulo e, igual que Dimiter, un asesino legendario. Perseguía a los cristianos y los mataba sin

compasión. Un día, cuando iba por el camino de Damasco con unos cuantos compañeros, decididos todos a aniquilar a la comunidad cristiana de esa ciudad, tuvo una experiencia mística: una fuerza lo tumbó en el suelo, una luz del cielo, blanca y brillante; también oyó una voz y, poco después, nuestro Saulo se convirtió en vuestro san Pablo. A Dimiter le sucedió algo semejante. Tuvo una apabullante experiencia mística relacionada con Jesucristo. Y, al igual que Saulo, al principio no entendía qué era lo que lo había golpeado. Sin embargo, siendo como era, ¿qué hizo? ¡Por supuesto! Vino a Jerusalén a averiguar qué era lo que lo había tumbado en el suelo. O lo que lo tiró del caballo, como algunos parecen pensar.

BELL: Sigo sin entender. ¿Por qué Jerusalén?

ZUI: Le gustaba el sonido de gente en discusión constante. Sargento Meral, ¿quiere continuar usted, por favor?

MERAL: Sí. Recordarán que, siempre que a Paul Dimiter le encomendaban una misión con un objetivo muy importante, pasaba muchas semanas preparándose, meses incluso, buscando información personal sobre el objetivo que debía encontrar y aniquilar: su forma de andar, de vestirse, lo que leía, lo que le hacía reír, lo que le hacía llorar, lo que le enfurecía, etcétera, etcétera; en resumen, todo lo que pudiese reunir sobre la persona en cuestión, pero, sobre todo, la mentalidad del objetivo, hasta el punto de que, cuando concluía la preparación, se había convertido en el objetivo.

SANDALLS: Oiga, quizá sea yo un poco obtuso, pero, ¿qué tiene que ver todo eso con venir a Jerusalén? ¿Por qué aquí? ¿Y no habíamos quedado en que lo que buscaba era una idea, no a una persona?

MERAL: No, tenía un «Objetivo X». Era una persona.

SANDALLS: ¿Me está tomando el pelo, sargento? ¿Está seguro de eso?

MERAL: Sí, sin la menor sombra de duda.

SANDALLS: Entonces, ¿a quién buscaba?

MERAL: A Jesús.

[10:55. LA ENTREVISTA CONCLUYE BRUSCAMENTE]

A continuación se produjo un tenso cambio de impresiones. Bell y Sandalls pidieron copia de las «cartas de Dimiter» y se marcharon a toda prisa, crispados y bastante aturdidos; rechazaron la invitación de Zui a quedarse un poco más para hablar de un «hecho inquietante de última hora». Cuando los estadounidenses y Meral se hubieron ido, Zui suspiró, recogió la nota que le habían pasado al principio y sacudió la cabeza lentamente mientras la leía de nuevo.

—Ya verás cuando se enteren—murmuró—. ¡Ya verás!

Agarrado con sus largas manos al negro pretil de hierro de lo alto de la torre de la iglesia rusa, Meral miraba hacia el este; contemplaba los meandros marrón rojizos de los imponentes y escarpados montes de Moab, con sus decoloradas laderas de sal que descendían blanqueadas bajo el sol, limitadas por arriba y por abajo por amplios campos amarillos de diente de león que brillaban entre la alta hierba y resplandecían como promesas de lluvia y redención. Cuando llegó arriba, había varios turistas, pero ya se marchaban, y lo agradeció. Quería estar solo allí, como lo había hecho tantas mañanas al amanecer, cuando iba a oír el eco de los pasos de Dimiter, a inhalar los últimos vestigios rezagados de su presencia. Al amanecer, cuando el sol ascendía deslizándose por detrás del confín de la tierra, adormecida todavía, era diferente; sin embargo, desde que había terminado el último informe, sentía un impulso misterioso e irresistible de ir allí, a pesar de la hora poco propicia. Y ahora esperaba, pero ¿a qué? De pronto, una idea le cruzó por la cabeza. Se preguntó si acaso esperaba recibir una señal. Se acordó de la carta de Dimiter, en la que contaba que había visto el «alambre» y hablaba de su «reflexión especial», la única en la que se refería a las visitas que hacía a la torre. ¿Llegaría a ver alguna aparición? Siguió allí un rato, solo, y cuando miró el reloj y estaba a punto de marcharse, se levantó de pronto un viento feroz, tan fuerte que lo empujó contra el muro de la torre y no le dejó moverse hasta que, tan súbitamente como se había levantado, cesó, y todo quedó en la calma más absoluta. Inició el descenso sin saber por qué había ido allí a una hora de tanto ajetreo.

Se había acordado de la carta en que Dimiter hablaba de su «reflexión especial». Pero no de lo que había dicho sobre la fuerte racha de viento.

Meral llegó a su habitación, se quitó la chaqueta del uniforme, la colgó y, sentándose en el borde de la cama, como hacía todas las noches de su vida, contempló con ternura, un buen rato, cada una de las fotos del escritorio, en último lugar la más reciente. La de Mayo. Después, miró el cajón estrecho del centro del escritorio. Se inclinó hacia él, lo tocó con sólo estirar la mano, lo abrió y sacó una hoja de papel en la que el amor que había creado la belleza de las cosas había escrito una carta de su puño y letra. Era la última misiva de Dimiter a su mujer.

Meral la había guardado para sí.

Estaba seguro de que iba dirigida a él.

Queridísima Jean:

¡Estás viva! ¡Qué alegría! ¡Vives! Y me has confesado todo lo que has hecho, lo que habéis hecho Stephen y tú y lo que pretendéis hacer, que es matarme. Y ahora quieres que nos reunamos a escondidas, a espaldas de Stephen. Dices que ahora lo odias, que lo temes y que quieres que te ayude a librarte de él. Que quieres volver conmigo y que tienes muchos remordimientos; eso, de ser así, sería lo único cierto que me has contado, pues me has enviado una invitación a la muerte. De todos modos, creo que hay otra cosa cierta en tu carta: que todavía me amas. Bien; sé que tú no lo crees, pero estoy convencido de que es cierto para la parte de tu alma que sigue incólume e inmaculada, la que se ha salvado de la caída, la que sigue siendo la Jean a quien tanto tiempo he amado.

Acudiré a la cita que me has dado. Allí estaré. No opondré resistencia. Voy, porque quiero decirte y demostrarte que te perdono, porque nunca se sabe si un día, inesperadamente, no se inundará tu corazón de una gracia y un júbilo que te llamen a tu lugar de siempre y te permitan por fin perdonarte a ti misma.

Te amaré eternamente, mi queridísima Jean.

Tuyo, Paul

Meral se quedó mirando la carta con la cabeza agachada.

—Sí, «perdonarte a ti misma» —murmuró.

La carta era diferente de las demás, no sólo porque había sido escrita para él, sino por otra razón.

Había sido enviada y entregada.

Epílogo

—Jerez seco, Patience, por favor.

—«Si una vez hecho, hecho quedara.»^[13]

—Sí, exactamente. Y ten la bondad de no ponerme nada en la bebida.

Meral se encontraba en el mostrador de Casa Nova. Había terminado otra jornada de trabajo y se había puesto una chaqueta azul de lino, pantalones de color caqui, camisa blanca y una veraniega corbata azul claro. Era la hora de antes de cenar. Se volvió a mirar alrededor. En el bar sólo había otras dos personas y, por tanto, muchas sillas libres, todas con el asiento y el respaldo de piel de camello y brillantes patas negras huecas de metal. Dio la vuelta a una para no perder de vista a Patience y se sentó.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué hay, viejo amigo?

Meral volvió la cabeza. Era Scobie, con un periódico doblado en la mano. El recién llegado miró hada la baña.

—¡Lo de siempre, por favor! —dijo en voz alta, y en vez de sentarse al lado de Meral, ocupó la silla siguiente.

—¿Te importa que me siente aquí contigo, viejo amigo?

—No, no, en absoluto. Es un placer.

—¿En serio? —replicó Scobie mirándolo con incredulidad.

—Por supuesto, Scobie. Siéntate, por favor.

Scobie lo miró fijamente un momento más, antes de volver por fin la cabeza y desdoblar el periódico.

—¡Ah! Seguro que ya sabes la última estupidez del maldito Shin Bet, ¿no?

—No, no sé nada.

—¿No? Extravían el cadáver de un agente secreto, ¡un tipo muy famoso, además, maldita sea! El tal Dimiter, ¿sabes? ¡Los muy imbéciles! Primero me bombardean por haberíos informado mal, y ahora, esto. ¡Ya no hay quien viva en este país!

Meral se volvió hacia él. Scobie sujetaba el periódico con ambas manos y la nariz pegada al texto, mirando la página de arriba abajo en busca de algo interesante que comentar.

—¿Qué dices, Scobie?

Scobie lo miró.

—¿De verdad no te has enterado?

—¿De qué han extraviado el cadáver?

—Resulta que lo habían puesto en el congelador del depósito de cadáveres, hasta el momento de mandarlo a Estados Unidos... ¡y ahora dicen que ha desaparecido! ¡Que no lo encuentran! —Volvió al periódico—. ¡Pandilla de inútiles! ¡Figúrate! ¡Menuda cagada, maldita sea! ¡Extraviar un cadáver!

Meral miró a lo lejos, perdido en una ensoñación de ideas y maravillas, como si

Scobie le hablara desde un remoto planeta menor del último confín del silencioso torbellino ambulante de las galaxias.

—Pero dime, ¿llegaste a conocer al tal Dimiter?

—Sí. Una vez me dio un girasol.

—Muy bien, aquí estoy.

Meral se volvió y vio a Samia.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. ¿Te gusta lo que me he puesto?

Llevaba un vestido azul claro, sandalias rosas y una camiseta blanca y rosa con la efigie de Beethoven.

—Lo digo porque Beethoven no era católico, sino protestante —prosiguió—. Aquí no dan importancia a esas cosas, ¿verdad, Meral?

—No, en absoluto —contestó él, y se levantó—. Y es muy bonito lo que llevas —añadió—. ¿Un aperitivo y después cenamos? He pedido al cocinero que esta noche hiciera algo mexicano. ¿Qué pasa? ¿No te apetece?

Samia no había dejado de escutarlo con gran preocupación.

—Estás como distraído —le dijo—. ¿En qué estás pensando?

—Si te lo digo, no te lo crees.

—¿En mí?

Meral sonrió.

Agradecimientos

A finales de la década de 1960 asistí a una modesta fiesta de Año Nuevo en casa de mi amigo, el maravilloso novelista y guionista Buiton Wohl, y allí me presentaron a Marc Jaffe, a la sazón director editorial de Bantam Books. Conocía mi obra de novela cómica y, sin darle mayor importancia, me preguntó en qué estaba trabajando. Para responder, tuve que hablar de la oficina estatal del paro, pero después de sopesar los riesgos de perder el respeto que me tuviera, en no más de uno o dos minutos le conté que tenía idea de escribir una novela sería, aunque prudentemente oculté que ya la había paseado por varias empresas dedicadas a la publicación y varios estudios cinematográficos de Hollywood y que en todas partes me habían mirado con compasión. Sin embargo. Marc Jaffe no. Cuando terminé de hablar, y sin vacilar ni un momento, me miró a los ojos y dijo literalmente: «¡Te lo publico yo!». Y así fue. Se trataba de *El exorcista*. Ahora, cuarenta años después y prácticamente sin haber mantenido contacto entre nosotros, Marc Jaffe ha hecho lo mismo; asignarse la misión de encontrar la editorial adecuada para esta novela, para mí, la más importante de mi carrera.

Nunca podré agradecersele como es debido.

Es un regalo inmenso.

También quiero dar las gracias a Vivienne Jaffe, quien, junto con Marc, me ha prestado una ayuda impagable en la revisión y preparación del manuscrito, igual que Julie, mi mujer.

Expreso aquí mi agradecimiento a, entre otras personas: William R. Corson, coronel del ejército de Estados Unidos, al personal del hospital Hadassah de Jerusalén, a la Policía Nacional de Israel, a Isser Harel, «padre de los Servicios Israelíes de Inteligencia», que planeó y dirigió la captura de Adolph Eichmann y me proporcionó un asesoramiento de valor incalculable durante la investigación. Todos ellos han fallecido, pero se lo agradezco de todos modos y confío en que su defunción no les impida saber lo agradecido que les estoy.

Nota del autor

Agradecería enormemente a los lectores de esta novela que vivan en Jerusalén que tuviesen la amabilidad de no ceder al impulso de escribirme para puntualizar que la «calle Remle» no existe ni ha existido jamás. Lo sé. Sin embargo, sólo es ficticio el nombre, no el lugar al que se refiere, que es Hativat Jerushalayim, nombre que habría destrozado por completo el ritmo de cualquier frase en la que hubiera intentado emplearlo. Con la calle del Patriarcado Armenio Ortodoxo ni siquiera lo intenté. *Shalom.*



WILLIAM PETER BLATTY. (1928-2017) Escritor y guionista. Estudió Literatura Inglesa en la Universidad George Washington. Tras su licenciatura, ingresó en las Fuerzas Armadas estadounidenses y fue enviado a Beirut, Líbano, donde comenzó a escribir sus primeros artículos periodísticos. A su regreso, publicó su primera novela y produjo su primera película. A partir de entonces, comienza a trabajar para Hollywood. Su novela *El exorcista* (1972) se convirtió en un éxito rotundo y Blatty escribió asimismo el guion de la versión cinematográfica, por el que obtuvo un Óscar en 1973. Otras de sus obras son *Legión*, la autobiografía *I'll Tell Them I Remember You*; *Twinkle, Twinkle, Killer Kane* y *Demons Five, Exorcists Nothing*. Además, consiguió importantes premios literarios y cinematográficos, como el Golden Globe en 1973 y 1980 o el Academy of Fantasy Science Fiction and Horror en 1980.

Falleció el 12 de enero de 2017 a los 89 años de edad.

Notas

[1] Dhoti: prenda masculina que se enrolla y sujeta a la cintura pasando entre las piernas. Es típica de la India. (N. de la T.) <<

[2] Goniff (voz yidis): aproximadamente «sinvergüenza». (N. de la T.) <<

[3] Momzers (plural adaptado del yidis mómzer) «bastardos», en sentido literal y figurado. (N. de la T.) <<

[4] Mickey Finn (epónimo): sedante que se vierte a escondidas en la bebida de una persona, generalmente hidrato de cloral (N. de la T.) <<

[5] Langley (Washington, D.C.): sede de la CIA en Estados Unidos. (N. de la T.) <<

[6] Suq: zoco, mercado, mercadillo. (N. de la T.) <<

[7] «¡Shane, vuelve!»: últimas palabras de la película *Shane* (traducida en España como *Raíces profundas*). (N. de la T.) <<

[8] Utzing (en yidis): molestar. (N. de la T.) <<

[9] Kibutz: comuna agrícola de Israel. (N. de la T.) <<

[10] D.C.: se refiere a Washington, capital del Distrito de Columbia. (N. de la T.) <<

[11] Mi amigo, en español en el original. (N. de la T.) <<

[12] Goyim: «gentiles». (N. de la T.) <<

[13] En *Macbeth*, I, 7 (1). En traducción de José Méndez Herrera, Aguilar, Madrid, 1962. (N. de la T.) <<